LUIS A. SANTAMARÍA

LA FIRMA DE LA MUERTE

NADA CRECE RECTO CUANDO EL ORIGEN ESTÁ TORCIDO



MÓNICA LAGO 8

LA FIRMA DE LA MUERTE

MÓNICA LAGO

LIBRO 8

LUIS A. SANTAMARIA

SERIE MÓNICA LAGO

Copyright © 2026 Luis A. Santamaría

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni la transmisión bajo cualquier forma o a través de cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

Publicado por Luis A. Santamaría

Fecha de edición: Junio de 2026

www.luisalbertosantamaria.com

LA PRECUELA

La precuela de la inspectora Mónica Lago…

¡GRATIS!

Pincha en el enlace:

DESCARGA TU LIBRO GRATIS

O escanea el código y descárgalo en tu formato favorito.

¡ADVERTENCIA! La precuela de Mónica Lago puede provocar insomnio severo. Se recomienda consumir con moderación.

OBRAS DEL AUTOR

SERIE MISTERIO NOIR

Enterrar el pasado

INSPECTORA MÓNICA LAGO

La cicatriz de Mónica (precuela)

Entre bambalinas

Entre líneas

Entre viejos desconocidos

Secretos entrelazados

Heridas abiertas

Asuntos pendientes

El precio del silencio

La firma de la muerte

Mónica Lago #9

TONI GALÁN

Crimen fuera de escena

La última noche de Anne Miller

Juegos peligrosos

Toni Galán #4

LA DESAPARICIÓN DE MARGOT LANE

Margot

Huida

Abismo

TRILOGÍA OLI

El secreto de Oli

El aleteo de la mariposa

Veinte veintitrés

LIBROS INDEPENDIENTES

No puedes ser tú

Mensajes ocultos

Reflejos en el espejo

AGRADECIMIENTOS

Advertencias (Antes de abrir este libro):

La Firma de la Muerte no es una historia amable.

Hay crímenes. Hay personas que mueren de formas que no merecen.

En estas páginas se habla de obsesión, de culpa, de las cosas que hacemos en nombre del amor y de las que cometemos en su nombre sin saber que lo estamos haciendo. De amigas que se fallan. De hombres invisibles que acumulan años de silencio hasta que ya no pueden más.

Te doy la bienvenida.

Cuando empecé esta saga no sabía que Mónica Lago iba a quedarse. Pensé que era un personaje de un solo libro. Que resolvería su caso, se tomaría un café mal hecho, haría algún comentario sarcástico que no le agradecería nadie y desaparecería.

Lleva ocho novelas sin irse.

Escribir *La Firma de la Muerte* ha sido, de los ocho libros, el que más me ha costado soltar. Cuando leas las últimas páginas, sabrás por qué.

Espero que te cueste soltarlo también.

Gracias.

A Alfonso Palazón, lector beta número uno, corrector de incoherencias, detector de tramas que no cierran y de personajes

que de repente tienen los ojos de otro color en el capítulo dieciséis. Gracias a ti, dos capítulos fueron reescritos y mejorados.

A mi familia. A mi madre, fan incondicional, que lee cada novela con una lealtad que no me merezco y que sigue diciéndome que «adivine al asesino en el capítulo tres». Tiene razón. Siempre. A Fer, Itzi y Lucía. Luci, un día entenderás que los adultos somos complicados y que a veces necesitamos escribir sobre cosas oscuras para encontrar algo de luz. Guárdalo hasta entonces. Hay secretos en estas páginas que todavía no te corresponden.

A Silvia. Si Mónica tiene la determinación para seguir adelante cuando todo le dice que pare, es porque te tengo cerca. Eres la que me dice «esto no funciona» exactamente cuando no funciona, aunque duela, aunque ya sean las doce de la noche y Morfeo apriete. Y gracias por el *plot twist* (sé lo que te gusta esa expresión 😉) más fuerte de la historia.

A mi lista de correo y a mi grupo de lectores. Sois los que esperáis. Los que preguntáis. Los que me mandáis mensajes a las dos de la madrugada diciendo que no podéis dejar de leer y que vuestro sueño de mañana es culpa mía. Gracias por vuestro calor. Es un privilegio saber que estáis al otro lado.

A todos los que habéis llegado hasta aquí: ya sabéis cómo funciona esto. El siguiente ya está en camino. Mónica os necesita. Y yo también.

Y dejo para el final a mi padre. No sé muy bien cómo se agradece a alguien que ya no está que te haya enseñado a no rendirte. Supongo que escribiendo. Supongo que terminando lo que se empieza. Hay algo tuyo en esta novela. No voy a decirte dónde. Lo reconocerías enseguida.

Querido lector: escribir sobre muertes que parecen accidentes, sobre culpas que duran décadas, sobre las flores que alguien deja junto a un cadáver como si fueran un regalo, no es solo ficción. Es, a su manera, una forma de entender. De no mirar hacia otro lado. De preguntarse quién es el desconocido que sonríe en el fondo de la foto.

Gracias por dejarme acompañarte unas cuantas páginas más.

Nos vemos en la próxima.

Para mis lectores
digitales.

GRACIAS por seguir
dándole cariño a Mónica.

¡Feliz aventura!

Luis D. Santaveria

Ni una batalla de tinta sin mi socia, amiga y amor: Silvia

Se necesitan dos años para aprender a hablar… y sesenta para aprender a callar.

ERNEST HEMINGWAY

PRÓLOGO

El mensaje llegó a las once de la mañana. Tres frases. Ni siquiera se molestó en llamar.

> No va a poder ser este finde. Sorry. Ya quedamos otro día.

Ella lo leyó dos veces buscando un matiz oculto, una broma, un error. No había nada de eso. Dejó el móvil boca abajo sobre la mesa y se quedó mirando la maleta a medio hacer, que seguía junto a la puerta del dormitorio. Dentro había ropa interior de encaje negro —que picaba un poco pero le quedaba de miedo—, un vestido nuevo de flores que se había comprado para la ocasión y un neceser con el cepillo de dientes y ese perfume que a él le gustaba tanto.

Todo preparado para un fin de semana de ensueño que ya no iba a existir.

—Soy imbécil —murmuró.

Al otro lado de la ventana, el cielo de febrero era una plancha de plomo gris que amenazaba lluvia. Dentro del apartamento, sin embargo, el ambiente era tropical. La calefacción central trabajaba sin descanso, obligándola a mantener el balcón entreabierto para no morir asfixiada en su propio salón.

El gato la observaba desde el sofá. Era un animal viejo, de pelaje pardo y mirada de juez severo, que dormía con esa indiferencia

aristocrática que solo los felinos dominan. A él le importaba un comino que le hubieran roto el corazón a su ama; solo le importaba que el cuenco de pienso seguía medio vacío.

Fue hacia la ventana y apoyó la frente en el vaho del cristal. Abajo, la calle se difuminaba bajo una capa de bruma prematura. Un hombre paseaba a un perro pequeño. Una mujer arrastraba un carrito de la compra. Madrid seguía funcionando sin ella, igual que siempre, igual que seguiría haciéndolo cuando se marchara.

Porque iba a marcharse. Llevaba semanas dándole vueltas, pero ahora, tras el mensaje de él y la maleta llena de ropa derramándose por los bordes como una tragedia doméstica, la decisión se había vuelto nítida.

Madrid se le había quedado grande. O quizá ella se había hecho demasiado pequeña.

Cerró la maleta de un manotazo. «¡Se acabó!» La cremallera se atascó a medio camino, con una manga del vestido nuevo asomando por la rendija como una lengua burlona. No se molestó en arreglarla.

El curso terminaría en unos meses y la ciudad, que antes le parecía un parque de atracciones de posibilidades infinitas, ahora solo era ruido, precios desorbitados y soledad compartida. Ese viaje iba a ser el último intento. Casa rural, chimenea, vino y sexo de reconciliación. Todo el pack de «vamos a intentarlo una vez más» condensado en un fin de semana.

Pero él acababa de demostrar lo que ella ya sospechaba: que no era más que un pasatiempo. Alguien con quien quedar cuando no tenía nada mejor que hacer.

Apoyó la espalda contra la pared y se dejó resbalar hasta el suelo. El frío del gotelé le traspasó la camiseta.

Ni siquiera se había molestado en llamarla, ni en inventarse una excusa elaborada. Solo cuarenta y siete caracteres para cancelar un fin de semana que llevaban planeando un mes. Todo reducido a un «ya quedamos otro día». Conocía de sobra el dialecto de los cobardes: aquello no era una proposición. Era una ruptura edulcorada. «Ya quedamos otro día» significaba «nunca».

Así pues, ya no quedaba nada que la atara allí. La decisión, que hasta hacía un momento había sido un susurro culpable en la parte

trasera de su cerebro, de repente le gritó en la cara: tenía que volver a casa. O irse a cualquier otro sitio donde el aire no pesara tanto.

Solo faltaba decirlo en voz alta.

Sus padres lo entenderían. O quizás no, pero al menos fingirían hacerlo. Llevaban meses preguntándole cuándo pensaba volver, si había buscado trabajo por allí, si no echaba de menos el mar. Ella siempre respondía con evasivas, pero la verdad era que sí lo echaba de menos. El olor a salitre; el sonido de las gaviotas al amanecer; la sensación de que el horizonte no terminaba nunca.

La otra conversación sería más difícil. Piruja era su ancla. La única persona que hacía que la ciudad fuera soportable. Habían pasado juntas los últimos tres años, compartiendo apuntes, resacas y secretos a medianoche. ¿Cómo se lo iba a decir? ¿Cómo le explicas a la única persona que te mantiene a flote que has decidido soltar la cuerda?

Estaba anocheciendo sin que ella se diera cuenta. El silencio del apartamento empezaba a pesarle. Era de esos que se mete debajo de la piel y te obliga a escuchar tus propios pensamientos, aunque no quieras. Se apartó de la ventana y cogió el móvil. Ningún mensaje nuevo, por supuesto.

Necesitaba ruido.

No iba a llorar. Se negaba a darle a ese imbécil la satisfacción de sus lágrimas, aunque él nunca las vería. Buscó en la lista de reproducción esa canción, su placer culpable, la que ponía cuando nadie miraba.

—A la mierda —murmuró.

Le dio al *play*.

La batería inicial estalló en el salón y algo en su pecho se aflojó. *«Mmmbop, ba duba dop…»*. Era azúcar auditivo. Una inyección de insulina directa al cerebro. Ese tema tenía el poder de transportarla a una época en la que su mayor preocupación era si le saldría un grano antes del baile de fin de curso. La ponía en bucle en el radiocasete de su habitación hasta que su madre le gritaba que por favor cambiara de disco. Era imposible estar triste con ese temazo. Absurdamente alegre, casi infantil, como un caramelo de fresa en

mitad de un funeral. La había escuchado en sus peores días y siempre funcionaba. Siempre.

Subió el volumen hasta que los bajos vibraron en el suelo.

Fue a la cocina. Había platos sucios de la noche anterior, que había dejado en remojo con la vaga promesa de fregarlos el domingo, a su vuelta. Abrió el grifo y atacó la grasa con la esponja como si quisiera borrar sus propios errores.

You have so many relationships in this life, only one or two will last…

Enseguida sintió que los labios se le curvaban solos. Sin darse cuenta, estaba tarareando. Luego empezó a cantar, bajito, casi para sí misma. Cuando llegó a la sartén, estaba cabeceando y moviendo las caderas. Agarró la esponja como un micrófono y cantó el estribillo a gritos, desafinando con orgullo, sabiendo que nadie la escuchaba.

En el reflejo oscuro del cristal, se vio despeinada, con una camiseta vieja de propaganda y bailando como una posesa. Se sentía ridícula y le daba igual.

El gato levantó la cabeza desde el sofá, abrió un ojo amarillo y volvió a enroscarse.

—Tú cállate —le espetó, señalándolo con la espumadera—. No me juzgues.

Se rio. Una risa de verdad, la primera en todo el día.

La canción terminó y, con el pulso acelerado, corrió a ponerla otra vez. *Repeat*. Bucle infinito. Quería quedarse a vivir en ella. No quería volver al silencio, y a la maleta sin deshacer, y al mensaje de tres líneas que seguía esperando en el móvil.

Se movió por el salón esquivando la mesa, girando sobre sí misma como una peonza descontrolada. Al pasar junto al balcón, el aire frío le golpeó la cara y se sintió viva. Empujó la puerta con el pie y la abrió un poco más. Que entrara el frío. Que se llevara todo lo que sobraba.

La decisión estaba tomada. Esa noche llamaría a sus padres y les diría que volvía. Que había decidido dejar Madrid, terminar el máster a distancia si hacía falta, buscar trabajo cerca de casa. Les diría que los echaba de menos y que quería volver a ver el mar.

Y mañana hablaría con Piruja. Le explicaría todo, aunque doliera. Las dos llorarían, pero era lo que había.

La canción volvió a empezar. *Mmmbop…*

La certeza se asentó en su estómago como algo sólido y cálido. Llevaba semanas arrastrándola, postergándola, temiéndola. Y ahora, de pronto, le parecía la cosa más sencilla del mundo.

En el sofá, el gato levantó la cabeza de golpe. Sus ojos felinos se clavaron en la puerta de entrada. Tenía las orejas giradas hacia delante y el cuerpo tenso. Ella lo miró un segundo, extrañada.

—¿Qué pasa, bicho?

El animal no se movió. Siguió escrutando la entrada como si pudiera atravesarla con la mirada.

Ella se encogió de hombros y volvió a bailar.

Sonó el timbre.

El ruido la cortó en seco, dejándola con la espumadera en el aire y una pierna levantada en medio de un giro.

Se quedó inmóvil. El corazón le había dado un vuelco estúpido. ¿Sería él? ¿Habría ido a disculparse en persona? No, los hombres que mandaban esos mensajes de texto no aparecían en la puerta al cabo de dos horas con ramos de rosas.

Luego cayó en la cuenta. Piruja. Tenía que ser ella, claro. Se suponía que no debía ir hasta mañana, pero quizás había decidido pasarse antes.

Fue a abrir, secándose las manos en los vaqueros, y observó por la mirilla. La luz del rellano, siempre mortecina, parpadeaba. Había alguien, pero la distorsión de la lente convertía la figura en una mancha borrosa. Debía de ser ella, sí. Seguro que venía a ver cómo estaba el gato y a darle de comer.

No pensó en que su amiga tenía una copia de las llaves, porque, de haberlo hecho, tal vez no habría abierto la puerta de par en par.

—Tía, menos mal que vienes, tengo que contarte que…

La frase murió en su garganta.

No era Pîruja.

El hombre que la sonreía en el umbral podía ser un repartidor, o un voluntario recogiendo firmas para alguna ONG, pero… había algo en él que no encajaba con esa descripción. En su mano sostenía una

única flor. Ella parpadeó, confundida. Nunca había visto una flor así. Un tallo arqueado del que colgaban unos pétalos extraños, con forma de corazón, de un rosa intenso y blanco en la punta. Era una flor hermosa. Inquietantemente hermosa.

Detrás, en el salón, los hermanos Hanson seguían cantando sobre lo rápido que pasa la vida y lo poco que duran las relaciones. La música sonaba ahora obscena, fuera de lugar, como música de circo en una morgue.

MMMBop, ba duba dop, ba du bop…

Ella entrecerró los ojos, confusa. Abrió la boca, pero lo único que le salió fue:

—¿Quién eres tú? —Dio un paso atrás instintivo y su mano buscó el borde de la puerta.

JUEVES

1

Mónica lleva cuarenta y nueve minutos escuchando hablar de centros de mesa y está perdiendo las ganas de vivir.

La carpa es preciosa, eso hay que reconocerlo. Columnas envueltas en guirnaldas de flores blancas, hileras de sillas con lazos de satén y una iluminación cálida que convierte el espacio en algo sacado de una revista de bodas. Todo muy elegante, muy sofisticado, muy Mercedes. Pero si Estefanía —la organizadora, una mujer de sonrisa profesional y carpeta de cuero que parece contener los secretos del universo— vuelve a señalar la maldita carta de colores, Mónica va a necesitar terapia. O disparar a alguien. Preferiblemente a la carta de colores.

—El marfil tiene un subtono cálido, más acogedor —explica Estefanía, con la gravedad de quien negocia un tratado de paz—. El hueso, en cambio, es más orgánico, más… crudo.

Mónica se muerde el interior de la mejilla. *Crudo*. Como la paciencia que le queda.

—¿Qué os parece para los centros de mesa? —continúa Estefanía, señalando un arreglo floral que descansa sobre una de las mesas de muestra—. Hemos combinado rosas blancas con eucalipto y un toque de paniculata. Muy romántico, pero sin caer en lo cursi.

Mercedes se inclina hacia el arreglo floral como si fuera una reliquia sagrada recién desenterrada en el Vaticano. Sus ojos grandes brillan con humedad peligrosa, esa emoción febril que solo

experimentan las novias a un mes del día D. Roza un pétalo con la punta del dedo, reverencial.

—Es perfecto —susurra.

Luego se queda quieta, mirando la carpa vacía, y por un segundo, su sonrisa tiembla.

—¿Estás bien? —le pregunta Mónica.

—Sí. —Mercedes sacude la cabeza y se ríe—. Es solo que… a veces pienso que voy a despertar y nada de esto habrá pasado.

—Pues si despiertas, avísame —dice Mónica entre dientes, buscando los ojos de Faina—. Así me libro de toda esta locura.

La hija de Rayco está hundida en una silla de diseño, con la columna vertebral en una posición anatómicamente imposible y el móvil pegado a la nariz. La preadolescente levanta la vista un microsegundo, el tiempo justo para transmitir a Mónica un mensaje de socorro universal: *Mátame. Por favor.*

Ella le devuelve un gesto cómplice casi imperceptible. *Aguanta. Si caes tú, caigo yo.*

—Os he visto —dice Mercedes sin girarse del todo—. Las dos. Estáis poniendo esa cara otra vez.

—No es verdad —miente Mónica con su mejor cara de póker.

—Es completamente verdad —confirma Faina, traicionándola sin piedad.

Mercedes exhala un suspiro, pero la sonrisa le tira de las comisuras de los labios. Está demasiado blindada por la dopamina para enfadarse. Es ese tipo de felicidad ofensiva, radiante, que hace que el resto de los mortales se sientan un poco grises, un poco rotos.

—Mamá, llevas veinte minutos hablando de flores —dice Faina sin dejar de hacer *scroll* en la pantalla, donde un vídeo de TikTok reproduce a un gato tocando un piano—. Flores, ¿vale? La gente las mira cinco segundos, dice «ah, pues muy bien» y luego se olvida de ellas para siempre.

—Yo no me voy a olvidar —replica Mercedes, ofendida.

La niña pone los ojos en blanco con ese dramatismo que solo dominan los adolescentes. Tiene trece años —casi catorce, como le gusta recordar cada vez que puede—, el pelo claro de su padre

recogido en una coleta despeinada y la actitud de «todo me aburre» que Mónica recuerda haber tenido a su edad. Aunque ella era peor, seguramente.

—Las flores son importantes —insiste Mercedes, girándose hacia Mónica en busca de apoyo—. ¿Verdad que son importantes?

Mónica parpadea, volviendo a la realidad desde su lugar feliz (un lugar donde no hay servilletas de lino). Hoy no ha dormido bien. O más exactamente: no ha dormido lo suficiente. Se quedó hasta tarde viendo un documental sobre la migración de los pingüinos emperador mucho después de que Andrés se acostara. Es lo que hace cuando no puede dormir y no quiere pensar en por qué no puede dormir: ver bichos caminando por el hielo hasta que el cerebro se rinde.

Se muerde una uña sin darse cuenta.

—¿Qué te pasa? —pregunta Mercedes.

—Nada. Pensaba en pingüinos.

—¿Qué pingüinos?

—Olvídalo.

Estefanía, detectando que está perdiendo el control de la sala, carraspea.

—Bueno, si os parece, podemos pasar a revisar la disposición del menú. Tenemos tres opciones para el entrante…

Mónica asiente con una expresión de interés que merece una condecoración al mérito civil. Por dentro, su cerebro está gritando, pero por fuera, sonríe. Porque Mercedes se lo merece. Después de la muerte de su ex, de los años difíciles, de cómo ha encajado en la vida de Rayco y las niñas como una pieza de Tetris perfecta… se merece cada maldita flor, cada servilleta de tono marfil (¿o era hueso?), cada segundo de esta burbuja rosa que la hace flotar, literalmente. Mónica está convencida de que si la soltaran en una piscina, no se hundiría.

Rayco, por supuesto, es más listo. Lleva semanas sepultado en informes para evitar estas reuniones.

—Es que los nervios, según se acerca el día, me dan dolores de tripa —le confesó una tarde, mientras revisaban unos ficheros en la oficina.

Mónica lo entiende. Rayco es de los que prefieren desactivar bombas a elegir entre dos tonos de blanco para los manteles. Pero también ha visto cómo Rayco mira a Mercedes cuando ella no se da cuenta. Como si no pudiera creerse su suerte.

Es asquerosamente tierno.

Queda poco menos de un mes para la boda. Y aunque Mónica está contenta de verdad por ellos, si tiene que opinar una vez más sobre si el ramo debe llevar eucalipto o no, va a cometer un crimen. Y luego tendrá que investigarlo ella misma, lo cual sería un conflicto de intereses.

—… y para el plato principal, hemos pensado en solomillo con reducción de Pedro Ximénez —continúa Estefanía, ajena al hecho de que Mónica ha dejado de escuchar hace tres frases—. Aunque también tenemos la opción de lubina salvaje para los que prefieran pescado.

—El solomillo suena increíble —dice Mercedes, consultando algo en su teléfono—. Rayco va a morirse cuando lo pruebe.

Estefanía las guía hacia el fondo, donde dos operarios desempacan arcones de plástico.

—Esos hombres son mis héroes —dice con orgullo—. Llevan aquí desde primera hora de la mañana.

Mercedes saluda con la mano, radiante. Uno de ellos devuelve el gesto con una sonrisa tímida; el otro ni siquiera levanta la vista, concentrado en unos sacos de tierra.

—¡Qué flores tan bonitas! —exclama Mercedes, señalando unas cajas abiertas cerca de la entrada—. Y las luces… ¡Me encantan!

Mónica asiente sin prestar demasiada atención. Le duelen los pies —¿por qué se ha puesto estos zapatos?— y mataría por un café.

La salvación llega en forma de vibración en su bolsillo trasero. Saca el móvil. Al mirar la pantalla, comprueba que se trata de Rayco.

—Disculpad —dice, alejándose unos pasos.

Descuelga con una mezcla de esperanza y curiosidad. Rayco no suele llamar para charlar.

—Dime que ha pasado algo horrible —susurra—. Que se ha declarado un estado de emergencia nacional. Un ataque zombi. Lo

que sea.

—Han encontrado un cuerpo —responde Rayco al otro lado de la línea. Su voz es contenida—. Mujer joven. Apartamento en Malasaña. —Hace una pausa—. Hay algo raro, Mónica.

El aire en los pulmones de Mónica cambia. El interruptor se enciende.

—¿Raro cómo?

—Ya te contaré.

—Voy para allá.

—¿Ya habéis terminado con la organizadora?

—No, pero si me quedo cinco minutos más, voy a estrangularla con una guirnalda de paniculata.

—Puedo ocuparme yo. No hace falta que vengas corriendo.

—Rayco. —Baja la voz, girándose para que Mercedes no la oiga —. Llevo una hora escuchando hablar de servilletas. Mándame la ubicación porque voy… Para… Allá.

Hay una pausa al otro lado. Luego, un suspiro suave.

—¿Cómo está ella? ¿Le gusta cómo está quedando todo?

Mónica mira a su amiga. Mercedes está discutiendo la caída de una tela con Estefanía, gesticulando con esa pasión que le pone a todo. Tiene las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes.

—Está en su salsa —dice—. Creo que nunca la he visto tan feliz. Da un poco de asco, la verdad.

—Bien. —Rayco suena aliviado—. Eso está bien.

—Eres un blandengue, ¿lo sabías?

—Soy un hombre enamorado. Es diferente.

—Es lo mismo, pero con mejor marketing.

Cuelga antes de que él pueda responder y regresa a la zona de guerra nupcial.

—Me tengo que ir —anuncia—. El deber me llama.

—¿Ahora? —Mercedes frunce el ceño, pasando instantáneamente del modo *novia happy* al modo *policía*—. ¿Qué ha pasado?

—Nada que deba preocuparte. Tú céntrate en tu boda.

—¿Es grave?

—Mercedes. —Mónica le pone las manos en los hombros, anclándola—. Boda. Arreglos florales. Manteles. Eso es lo único que

existe para ti ahora mismo.

—Pero…

—La culpa es de tu prometido. Él me ha llamado. Quéjate a él.

—¡Yo también quiero ir! —Faina se levanta de un salto, guardando el teléfono en el bolsillo trasero de sus vaqueros—. Puedo ayudar. Soy muy observadora.

—Tienes trece años —la corta Mónica.

—¡Casi catorce!

—Eso sigue siendo trece.

—En la Edad Media ya estaría casada y tendría tres hijos.

—En la Edad Media te habrían quemado por bruja por usar ese móvil, así que siéntate y ayuda a tu madre a elegir los platos.

Faina arruga la nariz con todo el dramatismo del que es capaz. Mónica responde sacándole la lengua, un gesto muy maduro para una inspectora de homicidios.

Entonces, antes de que Mónica se dé la vuelta, Faina se levanta y le da un abrazo rápido a Mercedes. Es un gesto furtivo, casi avergonzado, como si le diera rabia que su cuerpo la hubiera traicionado. Mercedes parpadea, sorprendida, y luego sonríe con las pupilas húmedas.

—Anda, boba —murmura, acariciándole el pelo.

Faina se zafa del abrazo y vuelve a hundirse en la silla, recuperando su máscara de hastío en tiempo récord. Pero Mónica lo ha visto. Debajo de todo ese sarcasmo, hay una niña que quiere a su nueva madre.

Mónica sale de la carpa a paso rápido, con el sonido de sus tacones resonando.

El aire de febrero es frío y cortante, un alivio bienvenido después del aroma empalagoso de las flores de invernadero. A través del cristal de la entrada, ve a Mercedes discutiendo con la organizadora, señalando algo en su móvil. Faina ha vuelto a sumergirse en la luz azul de su pantalla.

Es una imagen de postal. Una burbuja de paz.

Mónica se detiene un segundo, con la mano en el tirador de la puerta de su coche. En su memoria, este momento conservará por siempre una cualidad mágica: quizás, en parte, porque es mágico de

verdad. Pero, principalmente, porque el resto del día será caótico. Durante las siguientes horas, la firma brutal de la muerte será protagonista, y ni la magia ni la paz harán acto de presencia.

Sube al coche y arranca el motor.

2

Despierta con la cara pegada al suelo. La baldosa está fría, pegajosa y huele a algo que prefiere no identificar.

Tarda tres segundos en recordar dónde está. Cinco en quién es. Diez en desear no haber recordado ninguna de las dos cosas.

Lo primero que nota es el sabor: ceniza, cerveza y algo metálico que podría ser sangre. Lo segundo es el dolor, como un taladro percutor metido en el lóbulo frontal. Se lleva la mano a la boca y siente los labios agrietados.

Con un gruñido, se incorpora hasta quedar sentado. El apartamento se inclina peligrosamente hacia la izquierda, como la cubierta de un barco hundiéndose.

Apoya la espalda contra el mueble del televisor y respira hondo. Su casa es un museo de malas decisiones. Latas de Mahou vacías, algunas aplastadas, forman un archipiélago en el suelo. El cenicero se desbordó hace días y la ceniza gris cubre la mesa de centro como nieve sucia en una ciudad industrial. Las cortinas están echadas; la única luz proviene de una bombilla desnuda que parpadea en el techo, como si también le afectara la resaca.

En algún momento hubo orden aquí.

Ahora solo queda esto: un vertedero con wifi.

Un maullido áspero lo saca de su estupor. Bowie lo observa desde la encimera de la cocina americana. El gato tiene un ojo azul y otro marrón —como el músico, de ahí el nombre—, una

heterocromía que le da un aspecto de alienígena sabio y decepcionado.

—Ya voy, coño.

Nacho Pareja se arrastra hasta la cocina y abre el armario. El inventario es desolador: tres latas de paté de salmón *gourmet* para gatos y una de atún en aceite vegetal marca blanca para humanos.

Bowie come mejor que él. Y es justo. Él no se bebe el dinero del alquiler.

Abre una de las latas del gato. El olor a pescado procesado le revuelve el estómago, pero se obliga a aguantar la respiración mientras vuelca el contenido en el cuenco de cerámica. El animal se acerca con la dignidad de un monarca recibiendo su tributo y empieza a comer sin mirarlo.

Nacho le rasca detrás de las orejas, en ese punto exacto donde el pelaje es más suave. Bowie ronronea, una vibración grave que se transmite a sus dedos.

—De nada, desagradecido —le dice al aire viciado del apartamento.

Para sí mismo, abre la lata de atún. Come de pie, apoyado en la encimera, pinchando los trozos directamente del envase con el tenedor. El aceite le resbala por la barbilla. Se lo limpia con el dorso de la mano y nota una costra áspera.

Se mira los nudillos.

La piel de la mano derecha está abierta, llena de arañazos y sangre reseca. Fragmentos de anoche empiezan a filtrarse a través de la niebla etílica de su memoria. «Claro, joder, ayer hubo una pelea». Recuerda un bar de mala muerte en Vallecas. El olor a serrín y orina. Y unas voces demasiado altas. Alguien empezó a soltar mierda desde la mesa de al lado. Algo sobre ella.

«¿Esa no es la tía que sale en esa página? ¿La calientapollas que…?»

Nacho no recuerda el resto de la frase, ni haber decidido golpear. Solo recuerda el sonido: el *crac* satisfactorio de un cartílago rompiéndose contra los huesos de su mano. Se le cruzaron los cables. Y a partir de ahí, la bruma roja de ira que le estalló dentro,

los puñetazos, los gritos, las manos de alguien intentando separarlo, arrastrándolo hacia la salida mientras él escupía insultos y sangre.

—Gilipollas… —masculla ahora, en la cocina. No sabe si se lo dice al tipo del bar o a sí mismo.

¿Por qué tuvo ella que estropearlo todo?

¿Por qué no podía dejar las cosas como estaban?

Esa jodida egoísta que solo pensaba en sí misma… Fría y cínica como una puta princesa. Pero él sabe bien lo que ocultaba bajo aquella superficie. Los dos estaban hechos del mismo material defectuoso. Compartieron demasiado, y entonces, de pronto, ella cambió las reglas del juego sin consultar.

—¡Joder!

La rabia le sube por la garganta, ácida. Lanza el envase de atún contra la estantería. El aceite salpica la madera y gotea hacia el suelo.

Bowie, desde la encimera, lo mira un segundo y luego vuelve a su comida. Ha visto cosas peores.

Tira el tenedor al fregadero, donde aterriza con estrépito sobre una montaña de platos sucios. Necesita algo para bajar el atún. Camina hacia el salón, esquivando las minas de ropa sucia, y encuentra una lata de birra olvidada junto al sofá. Está abierta y ha perdido el gas. Aún queda algo.

Se la lleva a los labios sin pensar. El líquido está tibio y sabe a colilla húmeda —anoche debió de usarla a modo de cenicero—, pero se la bebe igual. El alcohol es alcohol, aunque sepa a muerte.

Al bajar la lata, sus ojos se posan en la esquina del salón. La batería está cubierta por una sábana vieja, como un fantasma doméstico. Hace meses que no la toca. Los vecinos se quejan. Su casero se queja. Su cabeza se queja.

Pero hoy la rabia es más fuerte que el mareo.

Aún arrastra la borrachera de anoche, así que la cerveza empieza a hacerle efecto enseguida, pese al alto grado de tolerancia al alcohol que ha desarrollado durante tantos años. Se acerca a la batería y arranca la sábana de un tirón. El polvo baila en el aire bajo la luz de la bombilla. Se sienta en el taburete y agarra una baqueta que había quedado en el suelo.

Calientapollas.

Golpea el bombo. *Bum*.

Te vendrá bien cuidar de algo.

Golpea el plato. *Clang*.

No es música. Es violencia. Golpea una y otra vez, un ritmo roto y feo, descargando la frustración contra la piel desnuda de los tambores. El sonido es ensordecedor, una explosión real que hace vibrar el suelo, retumba en los cristales de las ventanas y sacude las paredes finas del edificio. Sabe que en tres minutos alguien aporreará la pared o llamará a la policía.

Le da igual.

En un arranque de furia, lanza la baqueta contra la pared con un grito ahogado y se deja caer hacia atrás, respirando con dificultad. El sudor le pega la camiseta amarillenta a la piel. Nacho Pareja, veintiséis años, alcohólico, hígado graso y corazón roto. La viva imagen del éxito.

Se limpia el sudor de la frente con el antebrazo. El temblor ha remitido un poco. Se queda mirando el techo. La bombilla parpadea. Un grifo gotea en algún sitio. Durante un momento no piensa en nada, y es casi agradable. Como flotar en agua sucia.

Luego la mano empieza a buscar sola. Muy despacio, como quien manipula una bomba, rebusca entre los cojines del sofá. Encuentra el móvil entre pelusas y pelo de gato. La pantalla está agrietada en una esquina, una telaraña de cristal sobre el display.

Desbloquea el teléfono. Ignora las tres llamadas perdidas de su padrino de Alcohólicos Anónimos. Su dedo va directo a la carpeta de imágenes. Busca la captura de pantalla que hizo la semana pasada. La que le revolvió el estómago y le partió en dos lo poco que quedaba.

La encontró por casualidad. O quizá no. Cuando buscas a alguien cada día, repasas sus fotos, su Instagram, su Facebook, sus comentarios en publicaciones ajenas, acabas tropezando con cosas que no quieres ver. Una noche, aburrido y borracho, arrastró una foto de ella a Google Lens. Solo quería ver dónde más aparecía su cara. En qué más sitios existía.

La encontró en una web de sexo.

Eran varias fotos. Su sonrisa, su pelo, su piel. Usadas como reclamo en un perfil donde los hombres pagaban por hablar con ella. Por tener sexo virtual. Por fantasear con ese cuerpo que él solo había tocado en sueños.

Al principio pensó que era un error. Alguien que se parecía. Pero no. Era ella. Su cara, su cuerpo. Las mismas fotos que tenía en Instagram. Las mismas que él miraba cada noche. No había otra explicación.

Pasó de la incredulidad al asco. Del asco a la rabia. De la rabia a un agujero en el centro del pecho que succiona todo lo demás.

¿Por qué? ¿Por qué haría ella algo así? ¿No le bastaba con la atención que ya recibía en la calle, en la facultad, en cualquier puto sitio donde pusiera un pie?

Quiso decírselo. Quiso llamarla y gritarle. Pero ¿cómo? ¿Cómo le explicas a alguien que llevas meses rastreando cada píxel de su vida digital? Tendría que confesar lo que él era antes de acusarla de lo que ella hacía.

Así que se calló. Y volvió a mirar. Cada noche. Como un yonqui que se inyecta veneno sabiendo que le matará.

Ahora abre la aplicación. Ahí está el perfil. Ahí están sus fotos. Los mismos ojos que le hacían tartamudear en la vida real, ahora expuestos para cualquier desconocido con una tarjeta de crédito. Se queda mirando el punto gris que indica «desconectado».

—Por supuesto que estás desconectada, cariño —susurra a la pantalla que proyecta sombras azules bajo sus ojos hundidos.

Bloquea el móvil y la imagen se apaga. Lo deja caer y se cubre la cara con las manos. Huelen a atún barato y a tabaco rancio. El silencio se cierra sobre él como una losa, y en el apartamento solo queda el sonido de Bowie lamiendo el cuenco ya vacío.

3

La vida tiene un sentido del humor retorcido y, a veces, simplemente cruel.

Hace menos de una hora, Mónica estaba rodeada de peonías, lazos de satén y promesas de amor eterno. Ahora está frente a un portal precintado con cinta amarilla y dos agentes uniformados que parecen demasiado jóvenes para custodiar un cadáver.

Mónica enseña la placa y cruza el umbral. Sube las escaleras hasta el tercer piso. El apartamento está abierto. Dentro, reina una actividad febril. La maquinaria de la Científica ya está a máximo rendimiento: monos blancos, guantes azules y el destello intermitente de los flashes fotográficos congelando el horror.

Rayco la intercepta en el recibidor.

—Al final has venido. —Su tono tiene un exceso de cafeína, una vibración nerviosa que no le pega—. Mira que eres tozuda. Te ha faltado tiempo para escapar de Alcatraz… digo, de la organización de la boda.

Mónica se detiene. Rayco tiene esa energía de novio a un mes de la boda que le hace hablar demasiado rápido y gesticular en exceso. Si empieza a chocarle los cinco, Mónica pedirá su traslado.

—¿Qué tenemos? —pregunta ella, ignorando su verborrea.

—Mujer joven. Veinticinco años. —Rayco consulta sus notas, aunque ella sospecha que no las necesita; es un gesto para mantenerse ocupado—. Se llama Abigail Brennan. Irlandesa. De un pueblo en la costa oeste, Clifden. Llevaba en Madrid desde niña,

pero sus padres volvieron a Irlanda hace años. En la actualidad vivía sola.

—¿Quién la encontró?

—Hubo una llamada anónima al 112. Hacia las tres de la madrugada. Alguien denunció la existencia de un cadáver en este piso.

Mónica arquea una ceja.

—¿Anónima?

—El que llamó no quiso identificarse. Dio la dirección exacta, el número del piso y colgó. Una patrulla vino a comprobarlo. Llamaron al timbre, pero nadie contestó. El del tercero B les abrió el portal. Estaba despierto. Los agentes subieron y llamaron a la puerta del apartamento, pero nada. La forzaron y… —Hace un gesto vago hacia el pasillo—. El anónimo no mentía. La chica estaba muerta.

—¿Tenemos grabación de la llamada?

—Sí. Una voz masculina. Joven, aparentemente. Nervioso. Habla rápido y cuelga antes de que le pidan más datos.

Mónica procesa la información. Alguien sabía que Abigail Brennan estaba muerta. Alguien lo sabía antes que la policía. Y ese alguien no quiso dar la cara.

—¿El asesino arrepentido? —sugiere Rayco, aunque su tono indica que no se lo cree.

—O un testigo que vio algo y no quiere verse involucrado.

Mónica se detiene en seco cuando va a entrar en el salón.

Ha visto muchas muertes. Las pasionales son caóticas: lámparas rotas, sangre en las paredes, el desorden de la furia. Pero esto… esto es diferente.

El apartamento es pequeño —salón con cocina americana, un dormitorio y un lavabo—, pero está impecable. Los libros en la estantería están alineados por altura y color, formando un arcoíris. Los cojines del sofá, apelmazados como los de una revista de decoración. Sobre la mesa de centro hay una taza de té, fría, con una mancha de carmín en el borde.

No parece una escena del crimen. Más bien un catálogo de IKEA. O un escenario preparado para una función que ya ha terminado.

—¿La familia está al corriente? —pregunta ella sin girarse.

—Sí. Los padres están volando en estos momentos desde Dublín. Llegan esta noche.

—Joder.

Camina hacia la estantería. Hay manuales de lingüística, diccionarios de español-inglés y lo que más llama la atención de la inspectora: un ejemplar gastado de *Don Quijote* con anotaciones en los márgenes. La chica estudiaba. Se esforzaba. Tenía una vida que alguien decidió hacer estallar.

—Estudiaba un máster de Traducción e Interpretación en la Complutense —apunta Rayco a su espalda—. El cuerpo está en el baño.

Fernando Vara emerge del pasillo quitándose los guantes con un chasquido. Gafas de pasta, expresión de estar resolviendo el teorema de Fermat y esa fama de bicho raro que en Jefatura se alimenta sola. Lo del cerdo vietnamita como mascota sigue sin estar confirmado, pero nadie se atreve a preguntarle.

—Inspectora —dice, con su habitual tono monocorde—. Bienvenida a la fiesta. Tu presencia siempre eleva el nivel de un operativo, si se me permite el cumplido. Pero llegas tarde.

—Estaba eligiendo servilletas.

—Fascinante. Eso explica tus ganas de ver un cadáver.

—Pues al lío: ¿qué tienes para mí?

Fernando es el mejor en lo suyo. Y ahora mismo, su expresión indica que lo que hay en ese baño no es algo que se vea todos los días.

—Estrangulamiento manual. —Hunde las manos en los bolsillos de la bata—. Un recipiente de vidrio roto esparcido por el suelo. La víctima presenta un par de uñas dañadas, como si hubiese forcejeado. Pero, a menos que el microscopio diga lo contrario, no se aprecian restos del agresor a simple vista.

—Seguramente llevaba guantes —señala Mónica.

—Sí, es lo más probable.

—¿Hora de la muerte?

—A ojo de buen cubero, entre las diez y las dos de la madrugada, a falta de que el forense le tome la temperatura al hígado.

Mónica asiente y camina hacia el final del pasillo. Rayco la sigue.

El olor a ambientador de lavanda —ese aroma sintético y dulzón de uno de esos dispensadores automáticos— golpea primero. Debajo, reptando por el suelo, está el olor a esfínteres relajados y muerte reciente.

La chica yace junto a la bañera. Tiene una pierna doblada sobre el borde, congelada en un último intento de huida que nunca llegó a completarse. Su pelo, de un rojo cobrizo brillante, se derrama sobre las baldosas blancas como algas varadas en una playa de porcelana. Junto a ella, en el suelo, hay restos de un jarrón roto.

Mónica se acuclilla, cuidando de que su abrigo no roce nada.

Abigail parece dormida, si ignoras los hematomas violáceos que le marcan el cuello como un collar grotesco. Sus manos descansan sobre el suelo. Uñas pintadas de un azul eléctrico, barato, descascarillado en el índice.

Los ojos de Mónica se detienen en algo concreto que ha captado su atención. Junto a la mano izquierda de la chica, rompiendo la monotonía clínica del blanco y el cobre, hay una flor.

No es una especie convencional, y desde luego no se parece a nada que Mónica haya visto en el catálogo de bodas hace una hora. Tiene un tallo largo y arqueado del que cuelgan unos pétalos extraños, con forma de corazón, de un rosa intenso que se vuelve blanco en las puntas. Hermosa de un modo irreal. Y en este contexto, es terrorífica.

—¿Qué coño es eso? —pregunta.

Rayco, apoyado en el marco de la puerta, niega con la cabeza.

—Ni idea. Fernando dice que no hay plantas en la casa. Esa flor no es de aquí.

Mónica acerca la cara, sin tocarla. Está colocada con cuidado. No se ha caído. La han puesto ahí a propósito, junto a la mano de la chica.

—Una ofrenda —murmura.

—O una firma.

Mónica se incorpora. Sus rodillas crujen.

—¿No había señales de que alguien hubiera entrado antes de la patrulla? —pregunta, más para sí misma que para nadie.

—Los agentes lo han confirmado —responde Rayco—. La puerta no estaba forzada.

—Así que ella le abrió a su asesino. Se trataba de un conocido. O de alguien que le parecía inofensivo. Un repartidor, un vecino…

—O un ligue.

Salen del baño, dejando a Abigail con su flor alienígena. En el salón, un técnico está fotografiando un portátil que descansa sobre el escritorio, junto a la ventana.

—Sin batería —informa—. Tenía la tapa abierta cuando llegamos, pero estaba apagado. Lo llevaremos al laboratorio para extraer los datos.

—Prioridad absoluta —ordena Mónica.

—Entendido.

Mónica mira a su alrededor. Hay una pieza fuera de sitio.

—¿Y el móvil?

Rayco niega con la cabeza.

—No lo hemos encontrado. Ni en el salón, ni en el dormitorio, ni en el baño. Tampoco en su bolso. Hemos mirado hasta en la cisterna del váter.

—¿Una chica de veinticinco años sin móvil?

—Raro, ¿verdad?

—Más bien impensable.

Mónica saca conclusiones. O alguien se lo llevó, o está en algún lugar que aún no han mirado. Pero si el asesino se tomó la molestia de llevarse el teléfono… ¿qué había en él que no quería que encontraran?

Rayco se acerca a ella y baja la voz, invadiendo su espacio personal.

—Hay una cosa más, Mónica. Los vecinos.

—¿Qué pasa?

—El del 3B. El que abrió a la patrulla. Dice que llamó a la policía a las once por el ruido. Y luego a las doce.

—¿Y nadie atendió la queja? —Mónica siente el aguijón de la irritación.

—Barrio céntrico… ya sabes cómo va. El caso es que el vecino dice que no se trataba de una fiesta común. Era una sola canción,

sonando una y otra vez.

Mónica frunce el ceño.

—¿Una sola?

—En bucle. Durante horas.

—¿Y no subió a quejarse en persona?

—Dice que golpeó la pared un par de veces. Otros dos vecinos han confirmado el testimonio.

—¿Qué canción era?

Rayco niega con la cabeza, incómodo.

—Nadie sabe el título. Dicen que era pegadiza. Pop de los noventa, creen. —Levanta la vista—. La describen como… alegre. «De esas canciones que te sabes aunque no quieras», dijo el del cuarto.

Mónica mira hacia el pasillo oscuro y un escalofrío le recorre la espalda. Una canción alegre sonando en bucle mientras alguien te aprieta la garganta hasta que la luz se apaga.

Esto no es un crimen pasional. Ni un robo que salió mal. Es otra cosa.

—¿Cómo está Mercedes? —pregunta Rayco de repente, rompiendo el clima opresivo con un martillazo de normalidad—. ¿Ha quedado contenta con la visita a la organizadora?

Mónica parpadea, desubicada por el cambio de tema.

—¿Mercedes? Flota en una nube. Y está deseando casarse contigo, por motivos que escapan a mi comprensión lógica.

Rayco sonríe. La ilusión baña sus ojos.

—Bien. Me alegro.

Antes de salir, Mónica se gira una última vez. La taza de té fría. Los libros ordenados. La vida interrumpida de Abigail Brennan. Y esa flor exótica, rosa y blanca, dejada allí con la delicadeza de quien deja flores en una tumba.

No es un detalle aleatorio, ni algo que el asesino olvidó. Es algo que dejó a propósito.

Una firma.

La pregunta es: ¿qué significa?

4

El cursor parpadea en la pantalla del móvil. Un latido digital. Blanco, negro. Blanco, negro.

Escribe:

Hola. Tienes unos ojos preciosos.

Borra.

Demasiado directo. Las mujeres huelen la desesperación como los tiburones la sangre y actúan justo al contrario: una sola gota y nadan en dirección contraria. Tienes que ser interesante pero inofensivo; un espejo donde ellas quieran mirarse.

Lo intenta de nuevo.

He visto tu foto posando en la librería. Las mujeres aficionadas a la poesía no son fáciles de encontrar.

Evalúa las palabras. Es mentira, claro. En la foto de perfil, ella no está en una librería, sino en una cafetería genérica, y lo que hay sobre la mesa es una revista de moda, no un poemario de Machado. Pero la mentira es el lubricante social por excelencia. La halaga. Le atribuye una profundidad intelectual que probablemente no tiene, pero que desea poseer.

Es perfecto. Le da a enviar.

El mensaje sale disparado al éter digital. Ya está hecho. Ahora solo queda esperar.

Se lleva el pulgar a la boca sin darse cuenta. Un viejo hábito de cuando era niño. Sus dientes encuentran el pellejo levantado junto a la uña, esa tira de carne que siempre está ahí, pidiendo ser arrancada.

Tira.

El dolor es agudo, un pinchazo eléctrico que sube por su mano, pero no para. Sigue tirando hasta que siente el sabor cálido y metálico de la sangre en la lengua.

Madre odiaba que hiciera eso. Le daba golpes en la mano cada vez que lo pillaba. «Los niños buenos no se muerden las uñas», decía. Él intentaba ser un niño bueno. Lo intentaba con todas sus fuerzas. Pero nunca era suficiente.

El recuerdo llega sin permiso, como siempre, arrastrado por el sabor cobrizo. El puesto de flores del mercado de la Cebada. El olor a tierra húmeda y rosas. El murmullo de los clientes. Y ella, en el centro de todo, con las manos hundidas en una maceta.

Poseía una belleza extraña. Tenía pelo oscuro con hebras blancas que a él le parecían hilos de plata. Y manos ásperas, siempre con tierra negra incrustada bajo las uñas, como si acabara de cavar una tumba poco profunda.

No olía a galletas ni a suavizante, como las otras madres. Olía a fertilizante y a raíces. Un aroma verde y vivo.

Cuando lo abrazaba —las pocas veces que lo hacía—, él hundía la cara en su cuello y respiraba ese olor. Y aunque en algún rincón de su cabeza había otras imágenes —manos que no eran suaves, voces que no eran dulces, un sótano donde la luz no llegaba—, él las empujaba hacia abajo, las enterraba como semillas que nunca deberían germinar.

Pero, a veces, las semillas germinan de todas formas.

«Las únicas cosas bonitas de esta casa».

Eso decía ella mirando las flores. Luego lo miraba a él. Y no hacía falta que dijera nada más.

Él aprendió pronto que las flores eran más importantes. Que él era un accidente, un estorbo, algo que había que tolerar sin más.

Aprendió a hacerse pequeño, a no molestar, a observar desde los rincones. Aprendió que el amor de Madre era un recurso escaso y que las orquídeas siempre se llevaban la mayor parte.

Abre los ojos.

El teléfono sigue en su mano. En la pantalla, la hora: 14:32. Y un *visto*. *Mensaje leído.* El corazón le da un vuelco estúpido dentro del pecho.

Espera. Los minutos pasan. Mira el teléfono. Lo apaga, manchando el cristal con una huella de sangre de su pulgar. Lo enciende. Lo vuelve a apagar.

Nada. Ninguna respuesta.

Ella lo ha visto. Ha leído su mentira sobre la poesía. Ha visto su intento de conexión. Y ha decidido que no merece ni cinco segundos de su tiempo.

«Zorra…»

Mira la foto de ella. Tiene una sonrisa amplia, dientes blancos y el pelo recogido en una coleta desenfadada. Se parece un poco a Madre. El mismo arco en las cejas, la misma forma de inclinar la cabeza. En la imagen, parece amable. Accesible.

Pero es como todas. Arrogante. Se cree especial.

Se muerde el pulgar hasta que vuelve a sangrar y cierra la aplicación. Ya responderá. Siempre responden.

Y si no lo hace… bueno.

Hay otras.

5

La camilla sale del portal empujada por dos operarios del servicio judicial. Ruedas metálicas sobre el asfalto irregular. Detrás, un funcionario del juzgado firma papeles en una carpeta sin levantar la vista.

Mónica observa la cremallera negra que se cierra sobre el pelo cobrizo de Abigail Brennan. Hace una hora, era una estudiante llena de sueños; ahora es un número de expediente y un problema logístico.

La pregunta le da vueltas en la cabeza desde que salió del piso:

—¿Qué significará esa flor?

—Tiene pinta de firma —contesta Rayco, frotándose las manos para entrar en calor. Su aliento forma pequeñas nubes—. Estaba colocada junto al cuerpo, no tirada al azar. Alguien quería que la encontráramos.

Fernando Vara se une al grupo exhalando una columna de humo de tabaco negro que el viento, con mala leche, empuja directamente a la cara de Mónica.

—¿Alguno de vosotros había visto una especie así? —pregunta.

—Jamás. —Ella abanica el aire, fulminándolo con la mirada—. Y apaga eso o fúmatelo más lejos. Bastante tengo con estar aquí congelándome por tu maldita adicción, como para que encima me ahúmes como a un salmón.

—El frío mata las bacterias. Deberías agradecerme que te saque de ese apartamento lleno de fluidos corporales.

—Qué asco, Fernando.

—Me lo dicen mucho. —El criminalista da otra calada y señala hacia el edificio con el cigarro—. Por cierto, un detalle interesante para tu colección de rarezas: la flor estaba fresca.

—¿Fresca?

—Turgente. Y el tallo, húmedo. Fue cortada, diría yo, un par de horas antes de que la encontráramos. No salió de un jarrón de la casa, eso seguro. Lo más probable es que asesino la trajera consigo.

—La trajo de fuera —murmura Mónica, procesando la información. «De modo que no fue un arrebato, ni un crimen pasional que se salió de control. Alguien lo planeó.»

Una ráfaga barre la calle, arrastrando hojas secas y envoltorios de plástico. Mónica se sube el cuello del abrigo. A su derecha, el furgón judicial espera con las puertas traseras abiertas. La camilla desaparece en su interior con un chasquido metálico.

—Febrero en Madrid. Mi época favorita.

—Podrías haberte quedado eligiendo centros de mesa —comenta Rayco, sin mirarla—. Te di la opción. Pero insististe.

—Cállate.

Fernando da una última calada al cigarro y lo aplasta contra la pared del edificio. El viento le revuelve el pelo, que tal vez lleva demasiado largo para un hombre de su edad.

—En cuanto a las huellas —dice, guardándose las manos en los bolsillos—, tenemos dos grupos claros.

Mónica se gira hacia él.

—Uno de la víctima, obviamente. ¿Y el otro?

—El segundo grupo es más interesante. Está por todo el apartamento: picaportes, interruptores, encimera de la cocina, mesa del salón. Parece el rastro de alguien que entraba y salía con frecuencia. Alguien que se sentía cómodo en ese espacio.

—Un amigo —sugiere Rayco—. O algo más.

—Pero hay un detalle —continúa Fernando, y su tono cambia, como si acabara de llegar a la parte que realmente le interesa—. En el cuello de la víctima hay marcas de presión claras. Y, sin embargo, no hay ni una sola huella dactilar en la piel.

Mónica frunce el ceño.

—¿El asesino usó guantes?

—Lo que sea que usó no dejó fibras visibles, pero eso lo confirmará el laboratorio. —Fernando se encoge de hombros—. Lo que te digo es que este tío apretó con ganas, pero sus dedos no tocaron la piel directamente. Eso requiere cierta… previsión.

—O costumbre —murmura Mónica.

Fernando la mira un segundo, como evaluando si habla en serio. Luego asiente, despacio.

—O costumbre. Sí.

—Cruzaremos las huellas del apartamento con la base de datos —dice Mónica—. Si nuestro hombre ha fichado alguna vez, aunque sea por robar chicles, lo sabremos.

El furgón arranca y se aleja calle abajo, sin urgencia. Mónica lo observa hasta que desaparece al girar la esquina.

—Por cierto —dice Rayco, soplándose las manos—, Mercedes quiere saber dónde sentaros a ti y a Andrés. Para el tema de las mesas.

Ella lo mira incrédula.

—¿Eso es lo que te preocupa ahora mismo? ¿Acaban de llevarse a una chica de veinticinco años en una funda de plástico y tú estás pensando en la ubicación de los invitados?

—Me ha mandado cuatro mensajes en la última hora. Créeme, me preocupa.

—Ponednos donde queráis. Mientras no sea con Goyo.

—¿Goyo Velasco? ¿El forense?

—¿Conoces a más Goyos? La última vez que comí con él me pasé cuarenta minutos escuchando las bondades digestivas del tofu. Así que lejos de Goyo, por favor. Es mi única condición.

Rayco hace una mueca divertida.

—Anotado. Lo sentaré junto a Fernando, entonces.

El criminalista arquea una ceja, pero no se digna a contestar.

—¿Cuándo era el gran día? —pregunta.

—Catorce de marzo. —Rayco mira hacia donde ha desaparecido el furgón y suspira—. Está a la vuelta de la esquina.

—¿Ya tienes el traje? —pregunta ella.

—Tres pruebas después, todavía me queda grande de hombros. Mercedes dice que estoy adelgazando por los nervios.

—¿Y el vestido de ella?

Rayco sonríe. Una sonrisa de idiota enamorado, luminosa, que transforma su cara de policía cansado en la de un chaval.

—No me deja verlo. Dice que da mala suerte.

—Mercedes tiene razón. Eres pura mala suerte andante.

—Le dijo la sartén al cazo.

Fernando carraspea, interrumpiendo el momento.

—Como veo que habéis pasado a planificar la boda real, yo me despido. He acabado aquí.

Fernando hace amago de girarse, pero Rayco lo frena.

—¡Espera! Joder, por poco se me olvida, tengo la cabeza en mil sitios. —Se vuelve hacia Mónica—. Antes de que llegaras, revisé el buzón de la víctima.

—¿El buzón?

—Costumbre. A veces encuentras facturas, citaciones, cartas de amenaza. En este caso… —Saca una bolsa de pruebas del bolsillo interior de su chaqueta y se la tiende—. Esto.

Dentro hay un sobre blanco, rasgado por arriba. La letra es masculina, apretada, ligeramente inclinada hacia la derecha, como si las letras intentaran huir del papel.

—Una carta manuscrita —observa ella—. ¿Quién escribe cartas en 2026?

—Alguien que quería que ella supiera que era importante.

Mónica se pone los guantes y saca la hoja con cuidado, sujetándola por los bordes. El papel es barato, de cuaderno.

—*Abby* —lee en voz alta. Su voz se endurece—. *Sé que no quieres saber nada de mí, y lo entiendo. Me he portado como un imbécil. No, peor que eso. Me he portado como el cabrón egoísta que siempre supe que era y que tú te negabas a ver.*

Rayco silba bajito. Ella continúa.

—Maldigo mi manera de ser. Maldigo cada vez que te hice sentir pequeña, cada vez que puse mis mierdas por delante de ti. Eres lo más importante que he tenido nunca y lo jodí. Lo jodí todo.

Hace una pausa. El viento agita el papel entre sus dedos.

—*No te pido que me perdones. Solo quería que supieras que lo siento. Que siempre lo sentiré. Que si pudiera volver atrás…* —Mónica recorre el resto con la mirada—. Sigue así durante media página más. Básicamente, súplicas y autoflagelación.

—¿Cómo firma? —pregunta Fernando.

Mónica baja la vista al final de la hoja.

—*Tuyo siempre, Nacho.*

El nombre queda flotando entre los tres, mezclado con el humo de Fernando.

—Nacho —repite Rayco—. ¿Un exnovio? ¿Amante despechado?

—Alguien con mucho sentimiento de culpa, eso está claro —dice Fernando, sacando otro pitillo del paquete—. Y la culpa es una emoción interesante. Puede convertirse en muchas cosas.

—¿Como en violencia? —pregunta Mónica.

Fernando prende una cerilla y enciende el cigarro. La llama tiembla.

—Como en violencia. La línea entre «no puedo vivir sin ti» y «no vas a vivir sin mí» es tan fina que cabe en esta cerilla.

—La voz de la llamada al 112 era masculina —dice ella, conectando los puntos—. Joven, nerviosa.

Rayco la mira.

—Parece evidente que ese tal Nacho acaba de colarse en lo más alto de la lista de sospechosos.

Mónica vuelve a guardar la carta en la bolsa. Una carta que Abby nunca llegó a leer. Una disculpa que llegó demasiado tarde… o quizás justo a tiempo para convertirse en la prueba número uno.

—Tenemos que hablar con la familia cuando aterrice —dice—. Los padres vienen de Irlanda esta noche. Y necesitamos localizar a amigos, compañeros de la universidad, cualquiera que pudiera conocer a este Nacho. Es urgente ponerle apellidos a ese tipo.

—Al menos ya tenemos un nombre —dice Rayco—. Es un comienzo.

Mónica asiente, pero su mente ya está escaneando el entorno. Levanta la vista, paseando la mirada por la acera. Edificios antiguos, balcones con toldos desvencijados, una tintorería cerrada, un bar de tapas que todavía no ha abierto.

Y entre ambos, casi escondida, una joyería. Escaparate pequeño, rejas de seguridad bajadas a medias, y ahí, justo encima de la puerta, un ojo de cristal sucio.

—¿Veis lo que yo veo?

Rayco y Fernando siguen su mirada.

—«Joyería Granero» —lee Fernando—. Llevan ahí toda la vida.

—No me importa la historia del negocio. Me importa esa cámara.

Rayco entrecierra los ojos.

—Apunta hacia la calle.

—Justo al portal —corrige ella—. Si alguien entró o salió de este edificio anoche, lo habrá grabado.

—¿Y si el dueño no quiere colaborar?

Mónica ya ha empezado a cruzar, con el abrigo ondeando como una capa de batalla.

—Entonces le recordaré, con toda mi amabilidad, que obstruir una investigación de asesinato es la forma más rápida de acabar sentado ante un tribunal. Vamos.

6

El dedo anular de la mano izquierda lleva comportándose de manera extraña toda la mañana. Rayco lo nota más cuando cruzan la calle hacia la joyería. Se ha estado tocando ese dedo con el pulgar repetidamente, sin darse cuenta. Un gesto absurdo, de esos que el cuerpo realiza de forma instintiva.

El dedo aún no sabe lo que le espera: tres semanas y un día, y luego un aro de metal que no se quitará nunca.

La ironía sería graciosa si no fuera suya: ha sobrevivido a cosas que habrían partido a cualquier hombre por la mitad: el asesinato de Fátima, su primera mujer; la desaparición de Faina; una rodilla que le duele en los días de lluvia; las quemaduras que tardaron meses en cicatrizar y que a veces aún le tiran de la piel. Pero lo que le provoca taquicardia esta mañana no es un cadáver, sino la inminente perspectiva de la boda.

—¿Qué te pasa en la mano? —pregunta Mónica a su lado. Ni siquiera ha girado la cabeza. Su radar para las neurosis ajenas es infalible.

—Me pica.

—Te pica otra cosa, y tiene nombre: pánico al compromiso.

Rayco sonríe a medias. Después de tantos años, lo conoce demasiado bien. Fue ella quien vio venir lo de Mercedes antes incluso de que él se diera cuenta.

Él llevaba pocas semanas en la Jefatura y se sentía como un extraño, como un trasplante que el cuerpo receptor aún no sabe si

aceptar o expulsar. Una mañana, entró a la sala del café, dejó su taza en la mesa, y Mónica levantó la vista del expediente que tenía delante.

—Cierra la boca, que se te nota —le dijo, sin preámbulos ni misericordia.

Rayco no entendió nada. Entonces Mónica señaló con la cabeza hacia el pasillo, donde Mercedes cruzaba con una carpeta bajo el brazo y el pelo suelto cayéndole sobre los hombros.

—No tengo ni idea de qué estás hablando —dijo él.

Mónica ya había vuelto al expediente.

—Claro que no.

Rayco siempre ha pensado que esa conversación resume bastante bien su relación con Mónica: ella sugiere una cosa, él niega lo evidente, y ambos saben perfectamente la verdad.

Mercedes no se lo puso fácil. Él tenía cierta fama de seductor entre las mujeres: facilidad para conversar, hacer reír y encontrar el ángulo correcto en el momento adecuado… y ese acento canario infalible en la península. Pero con Mercedes todo eso no valía absolutamente de nada. No es que fuera antipática. Era educada, sí. Amable, incluso. Pero impenetrable. Una puerta que tiene el cerrojo echado por dentro y tú no tienes la llave ni sabes dónde buscarla.

Entendió la razón del cerrojo una noche que salieron a tomar algo después del trabajo. Mónica se encontraba en Londres investigando el misterio de Patrick Shearer, y a Rayco le parece que ha pasado toda una vida desde aquello. Mercedes pidió un vino tinto, y en algún momento de la segunda copa, se lo contó.

Era viuda. Su marido había muerto de cáncer.

Lo dijo así, sin aviso, sin construir ningún puente hacia el tema. Solo lo dijo y luego bebió un sorbo.

Él lo entendió: Mercedes no se negaba por falta de interés, sino porque tenía miedo. Y eso era algo que él comprendía mejor que nadie. Si tenía paciencia —que era la virtud que más le costaba—, la puerta algún día podría abrirse.

Y lo hizo. Vaya si lo hizo.

—Venga, entremos —dice Mónica, empujando la puerta de entrada de la joyería. Una campanilla anuncia su llegada.

El establecimiento exhibe vitrinas con anillos, pulseras y collares sobre cojines de terciopelo gris, bajo una luz que hace que todo parezca más caro y más frío al mismo tiempo. El silencio recuerda al de un templo, como si hubiera una norma no escrita que prohíbe levantar la voz.

El dependiente sale del fondo de la tienda en cuanto los oye entrar. Es un hombre delgado, con un cuello largo y fino sobre el que la cabeza parece ligeramente desproporcionada. El poco pelo que le queda está perfectamente peinado, con esa dignidad contenida de los hombres que han aceptado la situación y han decidido sacarle el máximo partido posible. En su solapa, una chapa dorada con su nombre: *Aurelio*.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarles?

Rayco abre la boca para contestar, pero Mónica ya tiene la placa plantada sobre el cristal del mostrador. El sonido seco hace saltar al hombre.

—Inspectora Lago. Él es el inspector Medina. Necesitamos ver las grabaciones de su cámara de seguridad. La que apunta a la calle.

Aurelio parpadea. Su sonrisa comercial se desmorona.

—¿Las grabaciones?

—Las de anoche. Entre las diez y las tres de la madrugada.

Aurelio se frota las manos. El preludio de las excusas.

—Verán, eso es… complicado. Tendría que hablar con el dueño. Hay protocolos, protección de datos, ya saben cómo son estas cosas. No es que no quiera colaborar, pero…

Rayco intenta ser amable.

—Entendemos la situación, pero se trata de una investigación de asesinato. Agradeceríamos cualquier ayuda que pueda prestarnos.

Aurelio palidece ligeramente. Y entonces hace algo curioso: antes de responder, antes incluso de llevarse la mano al pecho y decir «Dios mío», mira un momento hacia la cámara del exterior. Solo un segundo. Luego vuelve a mirarlos. Rayco lo archiva sin saber todavía dónde colocarlo.

—¿Asesinato? Dios mío. ¿En esta calle?

—En el edificio de enfrente. Una joven.

—Qué horror. Pero, aun así, sin una orden judicial…

—Mire, Aurelio. —Mónica da medio paso adelante—. Tenemos una chica muerta al otro lado de esa calle. Y usted tiene cámaras que apuntan justo a su portal. Puede enseñarnos la grabación ahora mismo, tomarse un café mientras la revisamos y seguir con su día. O podemos esperar a que llegue la orden judicial. Pero entonces vendré con cuatro agentes de uniforme, un coche patrulla aparcado en su puerta y la misma actitud que tengo ahora, pero con mucho más papeleo. Usted elige.

Silencio. Solo se oye el tictac de un reloj de pared.

Rayco disimula una sonrisa echando un vistazo al expositor lateral. Ahí, entre los anillos de compromiso y las pulseras de oro, hay un collar sencillo, de plata mate, sin adornos. Piensa que a Mercedes le gustaría. Quizás para el aniversario de…

Mónica le da un codazo sin mirarlo. *Céntrate.*

Él abandona el collar y vuelve al dependiente.

—Aurelio, por favor. Ahórrenos el papeleo.

—Está bien —suspira el hombre—. Acompáñenme, por favor.

Los guía hacia la trastienda. Es un espacio pequeño, atestado de cajas y un escritorio con un ordenador anticuado. Aurelio se sienta, teclea una contraseña con un solo dedo y abre el programa de vigilancia.

—Ahí tienen. Cámara 1. Exterior.

La imagen es nocturna. Se ve el exterior de la joyería —la acera mojada, los coches aparcados en doble fila— y al fondo, en la acera contraria, la fachada del edificio de Abigail Brennan. El portal, las ventanas del primero y la farola que parpadea en el lateral.

—Pueden ver desde las ocho de la tarde hasta las seis de la mañana —dice Aurelio—. Si quieren, puedo quedarme aquí y…

—Nosotros nos encargamos. Gracias.

El hombre asiente, evidentemente aliviado de no tener que quedarse en esa sala diminuta con ellos dos, y sale cerrando la puerta con cuidado.

Rayco arrastra la segunda silla y se sienta junto a Mónica. Ella ya tiene el ratón en la mano y avanza la grabación despacio, buscando el momento exacto.

Ver grabaciones de seguridad es el trabajo más aburrido del mundo, el reverso no glamuroso de las series de televisión. Las primeras horas son lo que son: vecinos que entran y salen; un hombre con un perro que se detiene demasiado tiempo en cada farola; una pareja discutiendo en silencio; un repartidor de comida rápida que se hurga la nariz antes de entregar el pedido. Rayco bosteza, cubriéndose la boca con el antebrazo.

—Pasa a cámara rápida —dice, frotándose los ojos.

A las 22:30, una figura con capucha entra en el edificio. Rayco se inclina hacia adelante.

—¿Ese?

Mónica rebobina. La figura sale dos minutos después con una bolsa de basura y la deja en el contenedor de la esquina.

—Solo es un vecino —dice ella.

—Sí… —Rayco vuelve a recostarse en la silla.

Siguen mirando sin detectar nada fuera de lo común.

Y entonces…

Las 23:47. Una silueta.

No es nada que grite. Es más sutil, algo que el cerebro de Rayco registra antes de que él sea del todo consciente de haberlo visto, y que le produce ese frío en la base del cráneo.

—¿Es lo que creo que es? —susurra.

Mónica no responde. Está rígida, con la espalda recta y los ojos fijos en la pantalla. Sin parpadear.

La grabación sigue. Las 00:15. Las 01:30. Las 02:00. Más movimiento. Más imágenes.

Cuando dan las 02:47, Rayco levanta una mano.

—Para.

Mónica detiene la imagen.

—Rebobina —le pide él—. Treinta segundos.

Ella obedece y la imagen retrocede.

Ahí está de nuevo.

Mónica extiende un dedo hacia la pantalla. No para él. Es un gesto involuntario, de esos que el cuerpo hace cuando el cerebro está demasiado ocupado para controlarlo. Luego se levanta, abre la puerta y grita:

—¡Aurelio!

El dependiente asoma la cabeza casi de inmediato, lo que sugiere que estaba esperando justo al otro lado.

—¿Sí?

Mónica señala el monitor con la misma calma con la que señalaría el menú de un restaurante.

—Necesito una copia de esto.

Rayco se ha quedado mirando la imagen congelada. La imagen granulada, las sombras, el portal de Abigail Brennan.

No sabe exactamente qué acaban de ver. Pero el dedo le ha dejado de picar.

7

La dependienta tiene un oso panda tatuado en el antebrazo izquierdo y una serpiente enroscada en el derecho. Nacho se concentra en la tinta para no mirarla a los ojos. Los ojos siempre son un problema.

—¿Algo más? —pregunta ella.

Él empuja la bolsa de pienso sobre el mostrador. Royal Canin Sensible 33. Treinta y cuatro euros con setenta y cinco. Es casi lo que gasta en alimentarse a sí mismo en una semana, pero Bowie tiene el estómago delicado y las marcas baratas le provocan vómitos que luego hay que limpiar de la alfombra, del sofá, de los cojines…

—Solo esto.

La chica asiente. Coge el saco por una esquina, lo pasa por el escáner y lo deja caer en una bolsa de plástico. Nacho nota el micro gesto: una arruga imperceptible en la nariz, un espasmo involuntario. La misma mueca que uno hace al pasar junto a un contenedor de basura en pleno agosto.

Él sabe que huele. Lo sabe porque lleva dos días sin ducharse y su camiseta es un mapa de manchas de aceite, cerveza y sudor rancio.

—Catorce con setenta y cinco.

Le entrega un billete de veinte. Ella lo toma con dos dedos, abre la caja y saca el cambio. Luego, en otro movimiento instintivo —o puede que no tanto—, se limpia la palma en el pantalón antes de dejar caer las monedas sobre el mostrador. Caen con un clic metálico contra la superficie. No se las pone en la mano.

Simplemente las deja ahí, como quien alimenta a una paloma sarnosa, evitando cualquier roce de piel con piel.

Nacho recoge el cambio. Sus dedos son torpes, salchichas temblorosas que no obedecen. Una moneda de veinte céntimos se le escapa y rueda por el suelo. Se agacha a por ella y el mundo da un bandazo. Un mareo líquido, de esos que empiezan detrás de los ojos y bajan en ascensor hasta el estómago.

Se incorpora, rojo de vergüenza y esfuerzo.

—Es lo único que le gusta —dice, sintiendo la necesidad absurda de justificarse—. Tiene el paladar fino.

Su sonrisa intenta ser simpática, quizá incluso algo graciosa, pero le sale torcida, como si su cara no le funcionara del todo bien.

La chica asiente sin mirarlo.

—Que vaya bien —dice. No «que le aproveche» ni «saluda al minino de mi parte» ni nada que sugiera el menor interés por el gato o por su dueño. Solo «que vaya bien», el eufemismo social para decir «lárgate de mi vista».

Nacho coge la bolsa y sale a la calle.

El sol de febrero le golpea en la cara como un bofetón blanco, y tiene que parpadear varias veces para que el mundo recupere sus contornos. Luz invernal, de esas que te hacen creer que hace buena temperatura desde detrás de un cristal.

Camina calle abajo, abrazando la bolsa de Royal Canin. Se detiene frente al escaparate de una zapatería, no para mirar zapatos, sino para recuperar el aliento. Su reflejo en el cristal es un fantasma gris. El vaho sale de su boca en nubes cortas y nerviosas.

El teléfono empieza a sonar en el bolsillo de sus vaqueros.

—Hola —balbucea al contestar.

—Soy Bernie. ¿Cómo estás, chaval?

Bernie. Su padrino de Alcohólicos Anónimos. Cincuenta y ocho años, conserje de un colegio público, divorciado y sin hijos. Un hombre tranquilo que ha visto la cara más rugosa de la vida. Nacho a veces odia esa voz precisamente por eso: porque suena a conciencia.

—Como una mierda. ¿Qué quieres?

—Han encontrado muerta a tu amiga. —Pausa—. Acabo de enterarme. Lo siento. Solo… quería que lo supieses antes de verlo en las noticias.

Un autobús frena en la parada con un chirrido de frenos. Una mujer con un carrito de la compra cruza el paso de cebra. El mundo sigue girando, ruidoso e indiferente.

—¿Nacho? ¿Hola? ¿Me has oído?

—Sí, sí, claro. —Se pasa la lengua por los labios agrietados. Solo quiere llegar a casa y tomarse otra cerveza—. ¿Qué has dicho? ¿Que a Abby… la han matado?

—No he dicho nada de matar. Solo sé que ha aparecido muerta en su piso.

El autobús arranca con un resoplido neumático. Dos palomas se pelean por un trozo de pan junto a una papelera.

—Joder. Bueno, tengo cosas que hacer. Luego hablamos.

—¡Nacho! No hagas ninguna tontería. ¡Nacho!

Él ya ha colgado. Pero no baja el teléfono. Se queda ahí, petrificado en medio de la acera, con el plástico frío del móvil pegado a la oreja y la pantalla en negro. Alguien le golpea el hombro al pasar, pero él no se mueve. No parpadea ni respira, o al menos no es consciente de hacerlo.

Luego, muy despacio, como si la gravedad hubiera aumentado de repente, baja el teléfono y se lo guarda en el bolsillo.

Al otro lado de la calle hay un colegio. La verja está pintada de verde. Detrás, un patio de cemento. Y en el patio, el caos. Un enjambre de anoraks de colores chillones corre, grita, existe con esa intensidad insoportable de la infancia. El recreo. Ese estruendo que hacen los niños cuando se olvidan de que los adultos existen, que es básicamente siempre.

Nacho se acerca. Se queda embobado mirando a través de los barrotes.

Hay un grupo de niños junto a la portería de fútbol. Rodean a uno más bajito, con la cara redonda, los ojos rasgados y una sonrisa que no se ha dado cuenta de que debería desaparecer de inmediato. Uno de los otros le quita la gorra y se la lanza a un tercero. El chico

del centro gira sobre sí mismo, intentando recuperarla, pero siempre llega tarde. Es el juego de siempre. El fuerte contra el débil.

Entonces aparece una niña, flacucha, con el pelo recogido en dos coletas que le botan al caminar. Se mete en el centro del círculo como un misil tierra-aire. Empuja al abusón, le arranca la gorra de las manos y se la devuelve al chico de los ojos rasgados. Les dice algo a los otros. Desde la acera, Nacho no puede oír qué es, pero no lo necesita.

Porque ya lo ha visto antes. Lo ha vivido.

El patio cambia. La verja se oxida un poco más. La pintura verde se descascarilla y debajo aparece un azul viejo, más sucio. Los abrigos de los niños cambian de color. El cemento del patio tiene grietas distintas, más anchas. El olor del recreo es el mismo —a bocadillos de mortadela, a plastilina, a sudor infantil—, pero el cielo es diferente. Más gris y frío. Y el idioma que grita la niña que se planta delante de él con los puños apretados no es del todo español.

—*¡Dejad a my friend o voy a…!*

Le falta la palabra. Siempre le falta la palabra. Lleva solo cinco meses en España y el idioma se le resiste. Tiene el pelo de un rojo encendido que parece hecho de óxido y fuego, enmarañado y lleno de nudos. Las rodillas peladas, los calcetines caídos y el jersey del uniforme demasiado grande porque su familia siempre compra una talla de más para que le dure. Se llama Abigail Brennan y tiene nueve años. Ha venido de Irlanda, una isla cercana al polo norte, y los niños le llaman «zanahoria».

—*¡Dejad a my friend o voy a… pegarrros un… un…!*

—¿Un qué, zanahoria? —se burla el más alto de los tres.

—*Un kick. En la… en los…* —Abby baja la mirada hacia donde más duele, sin encontrar la palabra—. ¡Ahí!

Los tres se quedan un momento en silencio. Luego estallan en carcajadas. Pero ya no es una risa cruel. Es una risa de sorpresa, porque hay algo en esa cría pelirroja llena de pecas que resulta imposible de odiar, como una hoguera en medio de un patio gris: no puedes ignorarla.

Se van, no porque les dé miedo. Porque ya no tiene gracia.

La niña se queda ahí, resoplando.

Nacho permanece de pie junto a la pared, mirando al suelo. No dice gracias. No dice nada. No sabe cómo expresar lo que siente porque ni siquiera sabe qué siente; solo sabe que algo se ha destensado en el centro de su pecho, como un nudo que se afloja un milímetro, y que esa niña roja y furiosa es la causa.

Al día siguiente, Nacho hace algo que no ha hecho nunca. Arranca una flor del borde del camino. No es una rosa, ni nada que huela bien. Es un diente de león con la cabeza amarilla y despeinada, a punto de volverse esa bola de pelusa que los niños soplan pidiendo deseos.

Se acerca a ella en el recreo. Extiende el brazo rígido, con la vista clavada en algún punto del suelo, y le ofrece la flor.

Abby la coge. La examina como si fuera un diamante.

—*Thank you* —dice. A su sonrisa le falta un diente—. Es… ¡*beautiful!*

—No es *beautiful* —murmura él sin levantar la vista—. Es una mierda de flor.

Abby suelta una carcajada sonora. Mete el diente de león dentro de su libro de matemáticas y lo cierra de golpe. La flor se queda ahí dentro, aplastada entre una división de dos cifras y un ejercicio de fracciones.

—Ahora es mía —dice.

Se sientan en un banco del patio, sin hablar. Ella tiene el cuaderno sobre las rodillas y balancea las piernas, que no llegan al suelo. Él mira al frente, con los hombros caídos y las manos entre las rodillas.

Pero se siente en paz.

Es el sentimiento de un niño de diez años que, por primera vez en su vida, tiene a alguien.

Los gritos del recreo vuelven a cambiar. Se agudizan. El patio se enfoca de nuevo y el banco desaparece. Tampoco está Abby, claro, ni su cuaderno de matemáticas con la flor aplastada, y lo que queda es una calle de Madrid en invierno, el ruido de los coches, el sol frío y un hombre sin rumbo, de pie, frente a una verja verde.

Los críos de hoy siguen jugando al otro lado. El chico de la gorra se ha sentado en un escalón y come un bocadillo.

Nacho se seca los ojos con el dorso de la mano. Aprieta la bolsa de pienso contra el pecho y echa a andar.

8

Mónica se detiene frente a su propia puerta, con la llave a medio insertar en la cerradura.

Al otro lado suena música: algo suave y acústico que lucha por hacerse oír sobre el zumbido del extractor de la cocina. A través de la madera se filtra un olor intenso a cítricos, cilantro y carne asada que la teletransporta de golpe a aquel restaurante mexicano de la calle Fuencarral al que Andrés la llevó en su segunda cita. ¿O fue la tercera? Ya no lo recuerda. Lo que sí recuerda es que, al salir, él le limpió una mancha de guacamole de la barbilla con el pulgar y ella pensó: *mierda, creo que este tío me gusta de verdad*.

Eso fue hace meses. Ahora el recuerdo le parece ajeno.

Mónica gira la llave y empuja la puerta.

La cocina parece una zona de guerra culinaria. Hay tortas de trigo apiladas junto a la vitro, medio aguacate aplastado contra la tabla de cortar, un cuenco con pico de gallo que se asemeja a una escena del crimen a pequeña escala y una sartén que humea como si alguien estuviera invocando a un demonio azteca. El extractor ruge a máxima potencia y, aun así, una neblina grasienta flota en el aire.

Andrés está de espaldas, removiendo algo en la sartén con una espátula de madera. Lleva unos pantalones de chándal grises, una camiseta vieja que se le pega a los omóplatos y un trapo colgado del hombro. El hombre que en la oficina impone respeto con sus

americanas entalladas, en casa parece el primer expulsado de *MasterChef*.

—¿Llamo a los bomberos o todavía estamos a tiempo? —dice Mónica, apoyándose en el marco de la puerta.

Andrés se gira un segundo. Levanta las cejas a modo de saludo y vuelve a los fogones.

—Cierra, que se escapa el calor.

Mónica deja el abrigo en el respaldo de una silla y se acerca a la encimera. Observa el despliegue de ingredientes y roba un trozo de aguacate con los dedos.

—¡Eh! —protesta él, dándole un golpecito en el dorso de la mano con la espátula—. Eso es el guacamole. Se mira, pero no se toca.

Mónica se chupa el dedo.

—Está rico.

—Claro. Lo he hecho yo.

Andrés se gira por fin. Tiene una mancha de salsa en la camiseta, a la altura del pecho, y el pelo ligeramente revuelto, con el flequillo cayéndole sobre la frente.

—¿Qué tal el día? —pregunta.

—Los he tenido mejores.

Él la observa un instante más de la cuenta. Parece que va a decir algo, pero se arrepiente.

—Los tacos estarán en diez minutos —anuncia al cabo de unos segundos, volviendo a la sartén—. Los he hecho de cochinita pibil.

—¿Cochinita? ¿Tú? ¿De dónde has sacado la receta?

—De un *reel* de Instagram.

—Oh, Dios nos asista.

—No pongas esa cara. Ha salido bien. Más o menos.

Cenan en la mesa pequeña del salón. Andrés ha dispuesto la comida como si alguien fuera a fotografiarla para una revista: la carne especiada en una fuente, el pico de gallo escoltado por cuartos de lima, el guacamole en un mortero de piedra y las tortitas de maíz, ligeramente carbonizadas en los bordes, en un plato. Dos cubiertos. Dos vasos de agua. El hueco donde normalmente está el plato infantil de Jamie es una ausencia más que se suma a la lista.

Su hijo está con John desde el viernes —le toca esta semana— y su falta se siente como la de un mueble que alguien ha retirado de golpe. Sin los dibujos animados de fondo, sin el repiqueteo de sus zapatillas por el pasillo, sin la pregunta interminable de «mamá, ¿por qué, por qué, por qué», el apartamento parece lo que era antes de que él naciera: un sitio donde dormir entre caso y caso.

—Están increíbles —reconoce Mónica, con la boca medio llena.

—Me alegro.

«Me alegro.» No «¿Ves? Mujer de poca fe», ni la réplica orgullosa que ella esperaba para lanzar el contraataque sobre la paella del domingo pasado, que estaba cruda por arriba y pegada por debajo, y que Rayco calificó de «arroz de Schrödinger». Solo «me alegro», un sorbo de agua y una mirada que no termina de posarse en ningún sitio.

La coreografía doméstica funciona a la perfección. Él sirve el agua y ella le acerca las limas. Ninguno roza al otro al hacerlo. Mastican en silencio, acompañados por el zumbido de la calefacción y el tic-tac rítmico de un reloj antiguo. Es un trasto espantoso que Andrés trajo de su casa anterior, un regalo de su hija Laura. Mónica lo detesta, pero antes se cortaría un brazo que pedirle que lo quite.

Tres meses. Casi tres meses desde que Esther se presentó en Madrid con su sonrisa de serpiente y sus ganas de incendiar todo lo que Mónica y Andrés habían construido. Lo acusó de acoso. De intentar besarla. De cosas que Mónica sabía —*sabía*— que eran mentira. Y aun así, durante cuarenta y ocho horas, la duda se le enquistó en el pecho como una astilla. Él lo notó. Claro que lo notó. Andrés nota hasta cuándo cambias de marca de contorno de ojos. Y desde entonces la mira exactamente así: como quien observa una puerta que ya no piensa volver a abrir del todo.

—Bueno —dice él, dejando su taco a medio comer y limpiándose las manos con la servilleta—. Cuéntame. ¿Qué ha pasado con esa chica?

Ahí está la transición, el gesto casi invisible con el que Andrés pasa de novio a inspector jefe: la mandíbula un poco más tensa, la espalda un grado más recta, los ojos que parpadean menos. No es que cambie, simplemente añade una capa. Lo irónico es que esa

capa es la que mejor le funciona esta noche: hablar de trabajo es territorio seguro, el único idioma que ambos dominan sin riesgo de herirse.

Mónica le pone al día entre mordisco y mordisco. Le habla de cómo encontró a Abigail Brennan en el baño de su propio apartamento y de la flor alienígena. Andrés escucha sin pestañear y solo detiene su masticación cuando ella menciona la canción pegadiza, sonando en bucle, que oyeron los vecinos durante la noche.

—Rayco me ha contado lo de la carta en el buzón —dice él. Se ha pasado el día lidiando con políticos en el Ministerio y apenas ha podido hablar con el canario cinco minutos por teléfono.

—Una carta manuscrita, muy personal —asiente Mónica, dándole un trago a su agua—. De alguien obsesionado que conocía bien a la víctima. No hay amenazas directas de muerte, pero transmite una intensidad que pone los pelos de punta. Exige perdón. Se fustiga. Y firma: «Tuyo siempre, Nacho».

—Culpa tóxica.

—Exacto. Mañana a primera hora vamos a ver a la mejor amiga de la víctima, una tal Cecilia. Nos ha pasado el contacto la familia desde Irlanda. Esperemos que ella sepa ponerle apellidos a ese Nacho.

Andrés asiente, enlazando los dedos.

—Rayco también me ha dicho que habéis visto la grabación de cierta cámara de seguridad.

—Sí. La de una joyería en la acera de enfrente. Hemos revisado la cinta. Al principio, un coñazo sideral. Pero a las doce menos cuarto de la noche, la cosa se pone interesante.

—¿En qué sentido?

—A esa hora, la cámara registra a un tipo. La imagen es una mierda, con luz nocturna y la cámara enfocando en diagonal hacia el portal de Brennan, pero se le ve.

—¿Se le distingue la cara?

—No con claridad. Lleva abrigo largo y capucha puesta. Pero su lenguaje corporal es de manual.

Andrés inclina la cabeza, esperando más.

—Cuéntame.

—Se planta frente al portal. Merodea un rato. Da un par de pasos hacia la puerta, retrocede. Mira a izquierda y derecha.

—¿Y entra?

—Entra. Pero sale casi de inmediato. Como si se hubiera arrepentido o asustado de algo.

—O como si estuviera comprobando el terreno —sugiere Andrés.

—Esa fue mi primera teoría. Pero ahora viene lo bueno: en lugar de largarse, el tipo se queda en la acera, cruza la calle y alza la vista. Se tira un minuto mirando fijamente hacia la fachada. Buscaba una ventana en concreto, estoy segura.

Andrés deja la servilleta a un lado.

—¿Y luego?

—Vuelve a entrar. Y no se le ve salir hasta las dos y media largas de la madrugada. O sea, casi tres horas dentro del edificio.

Andrés frunce el ceño.

—La estimación preliminar de Fernando sitúa la muerte entre las once y las dos, ¿verdad?

—Cuadra a la perfección. Un tipo obsesionado deja una carta en el buzón. Está a punto de marcharse, pero se arrepiente y sube. La estrangula mientras suena una musiquita alegre en bucle a todo volumen para tapar el ruido, deja una flor y se marcha.

Se miran a través de la mesa. No hace falta que ninguno diga lo que está pensando, pero Andrés es de los que necesitan verbalizar sus pensamientos para darles forma.

—Tiene que ser ese Nacho. Demasiadas coincidencias.

—Ese es el problema, Andrés —Mónica coge el último taco, pero no le da un bocado—. Demasiadas.

—¿No te convence?

—Si Nacho es el asesino, es el más estúpido de la historia. Entra, sale, se lo piensa delante de una joyería con un cartel de «Videovigilancia», mira a la ventana para dejar claro a qué piso va, y de postre nos deja su nombre de pila en el buzón. Es el comportamiento de alguien que está pidiendo a gritos que lo arresten.

—O el de alguien muy borracho o drogado. —Andrés hace una pausa—. O que no tenía intención de matar, pero la cosa se le torció.

Mónica nota cómo las piezas del caso giran dentro de su cabeza. Es como un cubo de Rubik al que le faltan pegatinas. La flor. La canción. El móvil desaparecido. La carta.

—Hay más cosas que chirrían —dice—. La flor junto al cadáver. Recién cortada. Nadie deja una flor exótica perfectamente colocada por accidente. Es deliberado. Una firma, Andrés. Es alguien que quiere decir algo.

—¿Habéis identificado la especie?

—Fernando tiene un amigo botánico al que ha preguntado. Está en ello. Pero no es una flor corriente, desde luego.

Andrés cierra los ojos un instante. Mónica sabe lo que está haciendo. Está construyendo la escena del crimen en 3D en su cabeza, caminando por el baño, sintiendo el ambiente.

—¿Qué más? —pregunta él, abriendo los ojos.

—La llamada anónima a emergencias. Poco antes de las dos y media de la madrugada, alguien llama desde el teléfono fijo de la víctima, dice que hay un cadáver en esa dirección y cuelga antes de que puedan hacerle preguntas. Si fue Nacho arrepentido, quería que la encontraran pronto. Si no fue él, entonces alguien más estuvo en esa casa después del crimen.

—¿Y el móvil de ella?

—No estaba en el apartamento. Ni en el bolso, ni en los cajones, en ningún sitio. O se lo llevó alguien, o la víctima no lo tenía en casa esa noche, lo cual me parece casi descartable tratándose de una chica de veinticinco años.

—A los veinticinco años, el móvil es una extensión de la mano.

—Y a los cuarenta. —Mónica señala el teléfono de Andrés, que descansa sobre la mesa—. Tú duermes casi abrazado al tuyo como si fuera un peluche.

—Es por si hay emergencias.

—Y porque te encanta ver el Marca a las seis de la mañana antes de ir al baño.

—Oye, mejor el móvil que la pistola —contraataca él, con una sombra de sonrisa—. Cuando me enteré de que dormías con el

revólver en la mesilla de noche, estuve a punto de saltar por la ventana.

Mónica sonríe de medio lado, aunque lo disimula dándole otro mordisco al taco.

—¿Qué hay del portátil de la chica? —pregunta Andrés, retomando el tema—. ¿Hemos tenido noticias de los informáticos?

—Aún no. Veremos si pescamos algo en sus redes sociales; suelen ser una gran fuente de información relevante. Y aún estamos pendientes de los resultados de la autopsia.

—Llamaré a Goyo a primera hora. Trabaja mejor bajo presión.

Terminan de cenar y, juntos, recogen la mesa. Andrés enjuaga los platos, los coloca en el lavavajillas optimizando el espacio y limpia la encimera. Lo hace con la meticulosidad de quien ha vivido solo mucho tiempo. Mónica seca un par de vasos y los guarda en el armario. Se mueven por la cocina sin tocarse, como dos satélites en órbitas paralelas que comparten el mismo eje pero nunca se cruzan.

—Hoy he visto un cadáver y creo que tengo estrés postraumático —dice Mónica de pronto—. ¿Qué tal un vino?

Andrés se seca las manos y la mira.

—Eso ni se pregunta.

Descorcha un Ribera del Duero que guarda sobre la nevera y sirve dos copas.

—He pensado en una cosa —dice, pasándole una.

—Dime.

—Es sobre la grabación. El tipo que duda en el portal. ¿Y si fue a verla, dejó la carta, subió… y se encontró con un escenario que no esperaba?

Mónica da un sorbo de vino. Lo deja reposar en la boca un momento.

—Lo he pensado. Sube, la encuentra muerta, se acojona y hace la llamada anónima. Pero si eso es cierto… ¿por qué tardó tantas horas desde que subió hasta que llamó? ¿Y quién estranguló a Abby antes? ¿Alguien a quien le abrió la puerta? ¿Alguien que tenía llave y ya estaba dentro?

Andrés asiente, despacio. El ruido de Madrid se ha apagado ahí fuera. A las once de la noche, la ciudad es solo un rumor lejano de

neumáticos, alguna sirena ahogada y el ladrido esporádico de un perro. Dentro, la calefacción ronronea. El vino empieza a derretir el nudo de tensión que Mónica acumula de manera crónica en la base del cuello.

—¿Tienes todo listo para mañana? —pregunta Andrés.

Mónica tarda dos segundos en procesar la pregunta.

—¿Mañana?

—La despedida de soltera de Mercedes.

—Ah. Eso. Sí. Más o menos. Lo tengo bajo control.

—Esa es la mentira menos convincente que he oído en mi vida. Y me dedico a interrogar a homicidas.

—A ver, hemos reservado un sitio. Patri se ha encargado de la logística. Hablamos de Mercedes, ¿vale? No es de las que quieren limusinas y *boys* aceitados. Se conformará con unas copas, que le digamos lo divina que va a estar de blanco, y una corona con un pene de gomaespuma.

Andrés casi se atraganta.

—¿Le vais a poner un pene de gomaespuma?

—Es lo que yo propuse. Pero Patricia ha impuesto la temática de *El juego del calamar*. No le veo la gracia a ir en chándal, pero en fin…

Andrés se ríe. Mónica percibe el olor a gel de ducha y menta que siempre lleva encima, incluso después de haber estado cocinando comida mexicana durante una hora. Es un olor que a ella le resulta ya tan familiar como su propio perfume.

—Va a ser una buena boda —dice él en voz baja.

—Va a ser una boda plagada de policías. Una orgía de testosterona, recelos interdepartamentales y barra libre. ¿Qué podría salir mal?

—Rayco se merece ser feliz. Ha tragado mucha mierda.

—Más que nadie —admite ella con sinceridad.

Se quedan en silencio un rato.

—No puedo quitármela de la cabeza —murmura ella, llevándose una mano a la frente.

Andrés levanta una ceja.

—¿La boda?

—La flor. Junto a ella, en el baño. Como una ofrenda. ¿Qué clase de monstruo hace eso?

—Alguien que cree que lo que ha hecho es un acto de amor.

Mónica siente un estremecimiento. No por el frío, sino por la verdad que esconden esas palabras.

—Eso es lo que me da miedo —dice—. Si fuera un sádico de manual, un loco que mata al azar, se acabaría ahí. Pero si es alguien con una misión retorcida… lo volverá a hacer. Cuando acabe el duelo, buscará otra flor que cortar.

Andrés la busca con la mirada.

—Entonces lo encontraréis antes de que lo haga.

—¿Lo encontra*réis*? ¿No lo encontra*remos*?

—Sabes lo que quiero decir. Oye —dice él, de pie, con la copa a la altura del pecho como un escudo—. Lo de Valencia es este lunes.

Mónica nota cómo algo se le contrae en el estómago.

—Sí. Ya me lo dijiste. El cumpleaños de Laura.

—¿Vas a venir conmigo?

La pregunta cae entre ellos como una granada sin detonar. Mónica se apoya contra la encimera, frente a él. Tres metros de baldosa los separan, pero en estos momentos, siente que son treinta.

—Andrés, tengo a Jamie a partir del domingo.

—Lo sé. Pero podrías hablar con John. Que se lo quede unos días más, hasta el miércoles, por ejemplo. Seguro que estaría encantado.

—No tengo por qué pedirle a mi ex que se quede con nuestro hijo más tiempo del estipulado.

—No es pedirle un favor. Es coordinarse.

—Es lo mismo.

—No es lo mismo, Mónica. Se trata de mi hija.

Hay un borde afilado en la manera en que pronuncia su nombre completo. Andrés solo la llama «Mónica» —las cuatro sílabas, sin abreviar— cuando está controlando algo que le quema por dentro.

—Además —añade ella, cruzándose de brazos—, acabamos de empezar con el caso. Vamos a tener mucho trabajo los próximos días.

—Soy tu jefe, ¿recuerdas? Te estoy dando permiso. Si es una cuestión laboral, ya la tienes resuelta. Rayco puede ocuparse.

—No es solo laboral.

—¿Entonces qué es?

Mónica no contesta. No porque no tenga respuesta, sino porque todas las que se le ocurren son verdades a medias que suenan a excusa, y Andrés tiene un detector de excusas que haría palidecer al polígrafo de la DEA.

El silencio se estira como un chicle a punto de romperse.

Andrés da un trago largo. Luego asiente una sola vez, despacio, como si procesara un informe que confirma algo que ya sospechaba.

—Vale —dice—. Capto el mensaje. No quieres venir.

—No es eso.

—Sí es eso. Pero da igual.

No levanta la voz. No hay reproche en su tono, ni sarcasmo, ni ira. Solo una constatación clínica y limpia. Y eso es infinitamente peor que un grito, porque Mónica sabe pelear contra un grito, pero contra la decepción serena de Andrés Gordillo no tiene munición.

Él recoge su vino y se dirige al pasillo.

—Voy al despacho un rato. Mañana madrugo.

Cierra la puerta como se cierra todo en esta casa últimamente: con cuidado, sin ruido.

Mónica se queda sola en la cocina. La sartén se enfría en el escurridor. Sobre la encimera queda el mortero de piedra con los restos de guacamole oscureciéndose al contacto con el aire.

El móvil vibra sobre la mesa del salón y ella acude a ver. La pantalla ilumina el cristal con una notificación de WhatsApp de Rayco.

> Mañana te recojo a las 8:00 y vamos a ver a la amiga.
> Descansa, anda.

Se queda mirando la pantalla luminosa hasta que se apaga. No contesta.

Debería ir al despacho. Decirle a Andrés que tiene razón, que es una cobarde, que irá a Valencia con él para el cumpleaños de Laura.

Pero decir esas cosas en voz alta es como quitarse el chaleco antibalas en medio de un tiroteo. Así que hace lo que su cuerpo le está pidiendo con desesperación.

Marca el número de John.

9

—¿Puedes pasarle el teléfono un segundo? —dispara Mónica en cuanto escucha el acento inglés de John desde el otro lado—. Quiero oír su voz.

—¿Ahora? Es bastante tarde. Está frito.

—Pues despiértalo.

Ella espera que John oponga resistencia. Un «¿va todo bien?» o «¿ocurre algo?», pero él aprendió rápido que cuando ella quiere algo, no hay nada que la haga cambiar de opinión.

A través del auricular, oye el roce amortiguado de los calcetines de John sobre la moqueta del pasillo. Cierra los ojos y se imagina la habitación entreabierta de Jamie —siempre la dejan así, con la luz del pasillo proyectando una franja amarilla en el suelo, porque él todavía le tiene algo de miedo a la oscuridad, aunque jura que no, que ya es mayor. El orgullo de un niño de casi cuatro años—, y a John sentándose en el borde de la cama.

Su hijo durmiendo de lado, con la boca entreabierta y el pelo castaño claro, tan parecido al de su padre, cayéndole sobre la frente. El edredón está casi en el suelo. Jamie tiene un brazo colgando por fuera de la cama y con la otra mano estrangula a un dinosaurio de plástico verde al que le falta una pata. Le cuesta dormirse si no lo tiene. El mes pasado se coló detrás de la lavadora y fue como si se hubiera declarado la guerra: Jamie no paró de llorar hasta que Andrés movió el electrodoméstico —soltando de paso cuatro exabruptos que un inspector jefe no debería pronunciar

delante de un menor— y rescató a la bestia cubierta de pelusas. Jamie lo lavó él mismo en el fregadero con la seriedad de un taxidermista, y desde entonces no lo suelta ni para bañarse.

—¿Mami?

La vocecita somnolienta y aguda la golpea directamente en el centro del pecho. La tensión en los hombros de Mónica desaparece al instante, evaporada por una sola palabra.

—Ey, campeón —susurra—. Siento despertarte. ¿Qué tal el día?

—Bien… —Un bostezo roza el micrófono—. He hecho una canción en el cole. ¿Quieres oírla?

—Claro que sí. Me encantaría escuchar ese temazo.

Mónica pasa los siguientes dos minutos con el teléfono apretado contra la oreja, escuchando a su hijo tararear una melodía incomprensible y arrítmica. Se le cae la baba. Y, por un breve lapso de tiempo, todo lo que está podrido en el mundo se desvanece.

—Te quiero, bicho. Vuelve a dormir.

—*Güenas* noches, mami…

Cuando cuelga, el silencio regresa de golpe, y con él, como una fotografía que alguien desliza bajo una puerta, la imagen: Abigail Brennan. El pelo rojizo derramado sobre las baldosas blancas. Esa flor extraña, con pétalos en forma de corazón, sangrando su color junto a un cuerpo frío.

Mónica aprieta los puños sobre el mármol de la cocina.

Hay hijos de puta ahí fuera que estrangulan a chicas de veinticinco años, y niños aquí dentro que duermen con la boca abierta abrazados a su T-Rex. Y el trabajo de ella, el que le devora el sueño, le inyecta veneno en las venas y le jode las relaciones personales, consiste simple y llanamente en garantizar que los primeros nunca crucen el umbral de los segundos.

Apaga la luz y camina por el pasillo.

Al pasar frente al despacho, se detiene un segundo. Debajo de la madera asoma una línea de luz artificial.

Mónica mira la franja, traga saliva y pasa de largo hacia el dormitorio.

Sola.

VIERNES

10

Un *check* gris. Uno solo. A las once y diez de la noche.

Cecilia Montes envió el audio y el mensaje se quedó ahí, flotando en el vacío digital como una botella arrojada al mar. Un solo *check*. Traducido: ni siquiera se ha entregado.

Lo normal a estas alturas es que el doble *check* azul ya hubiera aparecido, seguido de un audio de respuesta. Treinta segundos, cuarenta, a veces un minuto entero de Abby resumiendo su día con esa cadencia medio irlandesa, medio madrileña, incrustando palabras en inglés cuando el español no le alcanza. Lo llaman «el parte de guerra». Todas las noches, desde hace casi dos años, sin excepción: a las once, audio de WhatsApp. Así funcionan las cosas entre ellas.

Pero anteanoche, Cecilia mandó su audio —«Tía, menudo día de mierda. Me he quedado sobada en clase de Fiscalidad y creo que el profe me ha visto. Mañana te cuento»— y el *check* se quedó en gris.

A las once y cuarto, la llamó. Saltó el buzón de voz.

A las once y media, lo mismo.

A las doce menos cuarto, un mensaje de texto, por si acaso: «Oye, ¿estás bien? Llámame cuando puedas.»

Nada. La última conexión de Abby marcaba las 20:47.

A las doce y veinte, probó con Instagram. Ni historias, ni publicaciones, ni la dichosa foto del plato de la cena que Abby sube religiosamente cada noche, convencida de que su madre, a dos mil

kilómetros de distancia en Galway, dormirá mejor si ve que su hija ingiere carbohidratos.

A la una de la madrugada, Cecilia llamó a Belén, la compañera de máster con la que Abby suele encerrarse en la biblioteca de Moncloa. Belén respondió con voz pastosa: «Nos despedimos sobre las cuatro en la puerta de la facultad. Estaba normal. ¿Ha pasado algo?». Cecilia colgó sin contestar.

A las dos, el teléfono de Abby ya ni siquiera daba tono. Saltaba directamente la grabación, impersonal y educada, como la azafata de un vuelo que cae en picado: *«El número al que llama está apagado o fuera de cobertura. Deje su mensaje después de la señal…»*

Cecilia se quedó mirando la pantalla en la oscuridad de su habitación, con la espalda pegada al cabecero y las rodillas contra el pecho. El resplandor azulado le iluminaba la cara. Sintió un bloque de hielo en la boca del estómago, un peso físico e innegable: la certeza absoluta de que algo estaba muy mal.

Porque Abby Brennan no apaga el teléfono. Nunca. Ni para entrar al cine, ni para dormir. Lo deja en la mesilla, boca abajo y en *mute*, pero encendido. Siempre. «Es por mi madre», explica siempre. «Si me pasa algo, quiero que sepa dónde estoy».

A las cinco de la madrugada, Cecilia no aguantó más y se levantó de la cama. No encendió la luz del pasillo; conoce cada baldosa de esa casa, cada tabla que cruje. Cogió las llaves con cuidado para que no tintinearan, pues no quería despertar a su madre, y giró el cerrojo despacio, sujetando el pomo con ambas manos.

En la calle no había nadie. Ni taxis, ni borrachos rezagados, ni camiones de la basura. Solo la quietud de una ciudad que parecía contener la respiración.

Caminó rápido. El piso de Abby está a veinte minutos a pie, tal vez quince si se aprieta el paso. Sabía el recorrido de memoria porque lo ha hecho cientos de veces, siempre de día, con una bolsa de comida asiática colgando de la muñeca y el móvil pegado a la oreja. *«Estoy llegando, pon los platos». «Que no se te olvide el wasabi». «¿Has puesto ya Netflix?»*.

Al girar la última esquina, vio las luces.

Un coche de policía estaba aparcado en doble fila frente al portal de Abby, con las luces de emergencia barriendo las fachadas en silencio con ráfagas azules, y la puerta del conductor abierta. Junto a él, había una furgoneta blanca. El portal del edificio estaba abierto de par en par.

Cecilia se detuvo en seco. No fue una decisión; simplemente, sus piernas dejaron de responder. Se quedó ahí, medio oculta tras un contenedor de reciclaje, con la boca entreabierta y el aliento formando pequeñas nubes de vapor que desaparecían enseguida.

Un hombre salió del edificio estirándose unos guantes de látex azules. Los ajustó con ese chasquido seco que Cecilia solo había oído en las series de televisión y que, ahora, a cincuenta metros de distancia y casi a las seis de la mañana, sonaba como un disparo dentro de su cabeza. Detrás de él, otro técnico cargaba un maletín metálico y una bolsa de plástico transparente. Cecilia no podía verlo bien desde esa distancia, pero le pareció que dentro de la bolsa había algo oscuro, algo que podría ser ropa de su amiga.

Quiso gritar. Correr hacia el portal, apartar a esos hombres y subir las escaleras de tres en tres. Aporrear la puerta de Abby y oír su voz al otro lado diciendo *«¿Pero tú estás loca, tía? ¿Sabes qué hora es?»*.

Pero no hizo nada de eso. Se quedó ahí, pegada al contenedor, respirando con tanta fuerza que le dolía el pecho, viendo desfilar a esos hombres con sus maletines, sus bolsas y sus caras de profesional, y supo —lo supo con la misma claridad con la que había sabido a los siete años que sus padres estaban a punto de divorciarse— que lo que estaba pasando en ese edificio era un viaje de ida. No había vuelta atrás.

Dio media vuelta y huyó.

Caminó de regreso a casa como un autómata. No recuerda el trayecto, ni abrir la puerta, ni quitarse las zapatillas, ni meterse en la cama. Solo recuerda el techo de su habitación y el *check* gris del WhatsApp brillando en la pantalla como el ojo de algo muerto.

Ayer fue el día más largo de su vida. Veinticuatro horas de llamadas al buzón, de actualizar el Instagram de Abby cada diez minutos, de buscar en Google combinaciones cada vez más

desesperadas: «suceso calle Espíritu Santo Madrid», «Policía Malasaña», «muerte apartamento Madrid». Nada. Como si lo que vio de madrugada no hubiera ocurrido. Como si se lo hubiera inventado.

Ahora son las ocho de la mañana del día siguiente y Cecilia sigue sin haber dormido más de dos horas seguidas.

Tendría que haber preguntado. Diez pasos, un carraspeo y una simple pregunta: *«Perdone, mi amiga vive aquí, ¿ha pasado algo?»*. Y ya lo sabría. Pero en el sótano de su mente, donde guarda las verdades que no soporta mirar de frente, una voz le susurra la razón por la que no lo hizo: porque ya lo sabía. Porque el teléfono no se apaga solo y la policía no aparece a esas horas de la madrugada sin motivo.

Y porque quien apaga la luz no quiere ver el monstruo.

Escucha a su madre en la cocina. El chasquido de la tostadora. La radio encendida en alguna emisora de noticias con el volumen bajo, esa manía adulta de llenar el vacío acústico. El tintineo de una cucharilla contra la loza. Sonidos de un mundo que sigue girando, ordinario y cruel, mientras ella se ahoga.

Suena el timbre.

Cecilia se incorpora de golpe. Oye los pasos de su madre en el pasillo, abriendo la puerta principal. Y dos voces. Una de hombre y otra de mujer. Graves, profesionales, bajas.

Unos segundos después, su madre asoma la cabeza por la rendija de la habitación. Lleva una mancha de mermelada de fresa en la solapa del pijama y los ojos muy abiertos.

—Ceci, cariño… —le tiembla la voz—. Hay dos policías en la puerta. Dicen que tienen que hablar contigo. ¿Tú sabes de qué va esto?

Cecilia no contesta. Se levanta de la cama de un salto, se pone una camiseta limpia y sale al pasillo, pasando junto a su madre sin mirarla.

La mujer policía tiene una cicatriz en la mejilla y, aun así, es guapa. La cazadora de cuero, las botas, esa actitud de «no me jodas». Cecilia daría un riñón por irradiar la mitad de esa seguridad. La está observando en silencio, como si la midiera.

El hombre es distinto. Más bajo, con una leve cojera y ojos compasivos. Le ofrece la mano.

—Cecilia. Soy el inspector Medina, y ella es la inspectora Lago. ¿Podemos sentarnos?

Su madre aparece por detrás con dos vasos de agua y una expresión de desconcierto absoluto.

—¿Quieren un café? Estaba haciendo tostadas. ¿Seguro que no quieren…?

—Estamos bien, gracias —interrumpe la mujer, con un tono que cierra la puerta a cualquier otra oferta culinaria—. Necesitaríamos hablar con su hija a solas, si no le importa.

La madre asiente, intimidada, y se retira a la cocina.

Cuando la puerta del salón se cierra, la inspectora se sienta en el sofá frente a Cecilia y saca una libreta pequeña del bolsillo interior de la cazadora. El inspector se queda de pie un momento, echando un vistazo al salón, antes de tomar asiento junto a su compañera.

—Cecilia, ¿cuándo fue la última vez que hablaste con Abigail Brennan? —pregunta ella, sin preámbulos.

Cecilia traga saliva. El corazón le late en la garganta.

—Antes de ayer por la tarde. Sobre las cinco. Me mandó por WhatsApp un cartel de un concierto al que queremos ir. —Se frota las manos húmedas contra los muslos—. Luego intenté hablar con ella a las once de la noche, como siempre hacemos. Pero no contestó. Después su teléfono se apagó y ya no…

Se interrumpe. Mira a él, luego a ella.

—¿Le ha pasado algo?

La inspectora Lago no responde de inmediato. Anota algo en su libreta. El rasgueo del bolígrafo es el único sonido en el salón.

—¿Era habitual que Abigail no contestara a tus mensajes? —pregunta sin levantar la vista.

—No. Nunca. Abby jamás apaga el móvil. Lo hace por su madre, en Irlanda. Ella siempre… siempre lo tiene encendido.

—¿Y qué hiciste cuando viste que no daba señales de vida?

Cecilia duda. La imagen del coche patrulla y el técnico de los guantes azules destella en su mente.

—La llamé muchas veces. Escribí a otros amigos. Nadie sabía nada.

Omite su paseo de las cinco de la madrugada. La inspectora levanta la vista y le sostiene la mirada un segundo más de la cuenta.

—Cecilia —dice, y la forma en que pronuncia su nombre, directa, sin florituras, hace que algo se encoja dentro de ella—. Lamento tener que decirte esto. Tu amiga ha muerto. La encontraron ayer en su apartamento, de madrugada.

Cecilia escucha las palabras. Las procesa. Pero durante unos segundos interminables, no producen ningún efecto, como si le hablaran en un idioma que estudió hace tiempo y apenas recuerda. Algo en su cerebro se ha desconectado para protegerse, un fusible que salta cuando hay una sobrecarga. Sus manos buscan a ciegas el cojín del sofá y lo atraen contra su pecho. Ahora es lo único sólido en una habitación que ha comenzado a girar.

—Pero si el lunes tiene un examen —dice, cuando el fusible vuelve a conectar. Y es tan absurdo, tan desesperadamente cotidiano, que el inspector baja la mirada hacia el suelo.

—Lo sentimos mucho —murmura él.

Cecilia se tapa la boca. Los ojos se le inundan de golpe y las lágrimas se derraman en silencio, empapándole los dedos y el jersey. No solloza, solo tiembla con la mandíbula apretada hasta el dolor.

La inspectora desliza un paquete de pañuelos sobre la mesa de centro.

—Sé que es difícil —dice al cabo de un momento, suavizando ligeramente el tono—. Pero necesitamos hacerte algunas preguntas. Todo lo que nos digas puede ayudarnos a encontrar al culpable de esto.

Cecilia aparta las manos de su rostro, enrojecido.

—¿Al culpable? —balbucea—. ¿Acaso alguien la ha… matado?

La mujer asiente una sola vez.

Cecilia cierra los ojos. «La foto», piensa instintivamente, y se odia por pensarlo. Su mejor amiga está en una camilla de la morgue y lo primero que le viene a la cabeza es eso. La puta foto. El puto perfil.

—¿Abigail estaba saliendo con alguien? —pregunta el hombre.

Ella niega con la cabeza, ansiosa por colaborar, por desviar la atención.

—No. Novio fijo, no. Pero estaba… hablando con alguien por internet.

La mujer deja de escribir.

—¿Por internet?

—Por una app de citas. Abby lo hacía a veces. Creaba un perfil, chateaba, a veces quedaba con los chicos que más le gustaban.

—¿Sabes el alias del tipo con el que hablaba últimamente?

—No. Abby no me lo dijo. Solo me comentó que le gustaba. Que hablaban mucho por las noches. Aunque… bueno, Abby se pillaba cada dos por tres. Era muy enamoradiza.

—Así que ligaba mucho por ese medio.

—Con la cara de Abby era fácil. Cualquier foto suya servía para… —Cecilia se detiene un instante, como si la frase se hubiera soltado sola y ahora no supiera dónde aterrizarla— para llamar la atención. Era muy fotogénica.

Siente que la inspectora la observa con esos ojos penetrantes que parecen tener un detector de mentiras incorporado. Cecilia sostiene la mirada. Su pulso se dispara.

«No sabe nada», se repite. «No puede saber nada.»

—¿Tú usabas esas aplicaciones, Cecilia?

La pregunta cae limpia, casual, pero Cecilia nota el filo oculto en ella.

—A veces. ¿Quién no?

—Alguien con pareja estable, supongo —replica la mujer con ironía suave, y pasa la página de la libreta—. ¿Te dice algo el nombre de Nacho?

Cecilia siente que su expresión cambia. Es un cambio sutil, un endurecimiento alrededor de la boca, un pliegue entre las cejas que antes no estaba. El inspector lo ha notado. La inspectora también.

—Nacho… —repite ella, como mascando el nombre—. Sí. Sí me suena.

—¿Quién es?

—Un amigo de la infancia de Abby. De cuando era pequeña, del colegio. No sé los detalles, creo que se conocieron de críos cuando

ella vino de Irlanda. Abby hablaba de él a veces. —Hace una pausa —. Pero no es amigo mío. Yo casi no lo conozco.

—¿Cómo lo describirías?

—Un puto friki. Con perdón. Un tío raro, de los que evitan mirarte a la cara. Abby decía que le daba pena, que era torpe socialmente pero inofensivo. A mí personalmente me ponía los pelos de punta.

—¿Por qué? —interviene el hombre.

—Porque le mandaba mensajes todo el rato. *To-do el ra-to* —repite, subrayando cada sílaba—. Una vez estábamos en un bar, tomando cañas, y Abby me enseñó el móvil. Tenía más de cuarenta mensajes de él, del mismo día. Algunos solo decían «¿estás bien?» o simplemente un emoji. Pero hubo uno que me dejó helada. Decía algo así como… —entrecierra los ojos, recordando— «He pasado por tu calle y tenías la luz encendida. Me gusta esa sensación». —Mira a la inspectora—. Yo le dije que lo bloqueara, que eso era de psicópata de manual, pero ella se rio. Decía que Nacho no mataría ni a una mosca.

Se calla, tragándose un nudo de lágrimas.

—Los inofensivos son los que luego salen en los telediarios —añade—. Se lo advertí.

—¿Sabes su apellido? —pregunta el hombre.

—Pareja. Nacho Pareja.

Los agentes intercambian una mirada. Acaban de encajar una pieza. La mujer saca su móvil, abre un archivo de vídeo y lo gira hacia Cecilia.

—Esta grabación es de anoche. Es de una cámara de seguridad cercana al edificio de tu amiga. Necesito que me digas si reconoces a la persona que aparece.

La imagen es granulosa. Un hombre encorvado, con capucha, camina frente al portal de Abby. Su lenguaje corporal es extraño: parece arrastrar los pies, dudando, retrocediendo antes de entrar.

—Nacho andaba así —murmura Cecilia, acercando la cara a la imagen—. Como pidiendo perdón por existir.

—¿Es él?

—Se parece muchísimo. La ropa, la postura… Pero no puedo asegurarlo al cien por cien. Lo habré visto en persona tres veces en

mi vida, y siempre de lejos.

La inspectora asiente. Abre otro archivo.

—Ahora te voy a poner un audio. Es una llamada que alguien hizo desde el fijo de Abby comunicando su muerte. Necesito que me digas si reconoces la voz.

Cecilia traga saliva y asiente con la cabeza.

El sonido sale por el altavoz del móvil, distorsionado y metálico, como si hubiera sido filtrado a través de una lata. Es una voz de hombre. Grave, rota, empapada de algo que podría ser llanto o alcohol. Las palabras salen a trompicones, separadas por silencios demasiado largos.

«Hay una chica… en el número… está muerta. Mierda, creo que está muerta.»

Un sollozo. O un estertor. Es difícil distinguirlo.

«Por favor. Vengan. No sé qué… Vengan, por favor.»

Un clic y la llamada termina.

—¿Es Nacho?

Las manos de Cecilia tiemblan en el regazo.

—No lo sé —dice, y las palabras le salen roncas—. Nunca hablé con él. Abby nunca… nunca nos presentó formalmente. Nunca lo he oído hablar.

—¿Estás segura?

—Estoy segura de que no reconozco la voz. Pero no puedo decirles si es él o no. Lo siento. Ojalá pudiera.

La inspectora guarda el teléfono. El hombre se pone de pie, se abrocha el abrigo y le tiende la mano.

—Has sido de mucha ayuda, Cecilia. Si recuerdas algo más, lo que sea, por pequeño que te parezca, llámanos.

Le deja una tarjeta sobre la mesa. Cecilia la mira sin cogerla.

—Una última cosa —dice la mujer, ya de pie, como si fuera una ocurrencia de último momento, aunque a Cecilia no le parece nada improvisado—. Ese hombre de la app de citas… ¿Es posible que fuera el mismo Nacho?

Cecilia frunce el ceño.

—No lo creo. Abby hablaba de ellos como si fueran universos distintos. Nacho era el pesado de siempre. El otro, la novedad, la

ilusión.

Ella la escruta sin decir nada. Luego sonríe.

—Gracias por tu tiempo.

Cecilia los observa alejarse por el pasillo. Cuando salen, la casa queda sumida en un pesado silencio. Ella se queda sentada en la misma silla, mirando la puerta del salón. Sobre la mesa, entre los dos vasos de agua intactos, está la tarjeta del inspector Medina. En la cocina, la radio sigue murmurando noticias que nadie escucha.

«No les he dicho lo del perfil.»

El pensamiento la atraviesa como una aguja.

«No puedo hacerlo. Si se lo digo, todo se va a la mierda. Todo.»

Porque hay algo que Cecilia no le ha contado a los inspectores. Algo que comenzó como un juego estúpido y se convirtió en un monstruo. Un secreto que Abby nunca supo. Y que ahora, con su amiga metida en un armario de metal, es tan oscuro que Cecilia no se atreve ni a nombrarlo en su propia mente.

Coge el móvil con manos temblorosas. Tres toques. Ajustes. Cuenta.

Sus pulgares se mueven con la rapidez del pánico.

Eliminar cuenta.

El sistema le lanza un aviso en letras rojas: *¿Estás segura? Esta acción no se puede deshacer.*

Cecilia pulsa *Sí*.

Bloquea la pantalla y tira el teléfono al otro extremo del sofá, como si quemara.

Su madre entra en el salón pisando despacio. Lleva en las manos un plato con galletas María emparedadas con mantequilla. Es lo que le preparaba cuando tenía siete años y se quedaba en la cama con fiebre. Un gesto tan absurdamente maternal, tan ridículamente inútil ante la muerte, que Cecilia siente cómo se le rompe la última barrera que la mantenía en pie.

Su madre deja el plato en la mesa y se sienta a su lado, atrayéndola contra su pecho.

—Estoy aquí, mi niña. Ya está.

Cecilia se derrumba como no lo hacía desde la infancia. Llora por Abby. Por las luces del coche patrulla y por no haberse acercado a

preguntar. Llora por el examen del lunes que Abby no llegará a hacer. Por la madre de Abby, en Galway, que nunca más recibirá las fotografías de sus cenas.

Pero sobre todo, llora porque sabe que acaba de destruir una prueba policial, y un terror ácido le quema la garganta; un terror que se parece mucho, demasiado, a la culpa.

Por encima del hombro de su madre, el móvil yace boca abajo sobre el cojín, mudo.

Asqueada, Cecilia aparta la vista.

11

Mónica se deja caer en el asiento del copiloto y cierra la puerta. Rayco está al volante, pero aún no ha arrancado el motor; se limita a ajustar el retrovisor interior, un gesto inútil para mantener las manos ocupadas.

Ella se frota los ojos con los nudillos. Le escuecen, como siempre que pasa demasiado tiempo en un piso cerrado con la calefacción alta. El cielo gris sucio parece pintado con rodillo. Afuera, dos chicas adolescentes cruzan el paso de cebra, absortas en sus pantallas, esquivando coches por instinto, como si el mundo real fuese un trámite molesto. Una de ellas es alta, lleva el pelo suelto y una cazadora que le deja el ombligo al aire, a pesar de las bajas temperaturas. La otra es más bajita, redonda, sepultada bajo un abrigo acolchado que le queda dos tallas grande. Lleva una bolsa de tela con el logo de alguna librería.

Siempre hay una que brilla y otra que sujeta el espejo.

Mónica lo sabe bien. En su época, Patricia era el sol alrededor del cual orbitaban los chicos del instituto, y ella era la amiga bajita, miope y con actitud de perro de presa que pasaba tan desapercibida como un político en el banquillo de los acusados. Hasta que aprendió que la invisibilidad tiene sus ventajas, especialmente si te dedicas a observar.

Piensa en Cecilia Montes. En sus ojos hinchados y en la forma en que se aferraba a aquel cojín como si fuera un chaleco de kevlar. Había algo más detrás de esas lágrimas. Mónica lleva años viendo a

gente destrozada como para conocer la diferencia: el dolor llora hacia afuera, buscando consuelo; la culpa llora hacia adentro, intentando no hacer ruido. Aunque a veces es difícil distinguirlo.

Y luego está Abigail.

Abby Brennan. Pelirroja, de ojos claros, piel suave y veinticinco años. Casi nada. En Irlanda serán rasgos habituales, pero en Madrid, esas características hacen girar cabezas en el metro. Es la clase de chica que entra en un bar y provoca que los camareros se olviden de cobrarle la primera copa.

Y, según su amiga, esa chica, que podría haber tenido al hombre que quisiera, se exhibía en aplicaciones de citas.

Mónica tuerce el gesto. El instinto le raspa la parte posterior del cráneo.

No cuadra.

Las chicas como Abby no tiran de ese tipo de aplicaciones. Eso lo hacen las que necesitan una pantalla de por medio y un filtro de Instagram para compensar lo que la genética no les dio. Mónica lo sabe porque ella misma lo hizo una vez, hace años, durante esos meses oscuros después de que Jorge se largara. Tres semanas en Tinder, hasta que un tipo, cuya foto de perfil era un primer plano de sus abdominales en el espejo del gimnasio, le escribió: «Estás bien para tu edad, bombón.» Borró la aplicación y no volvió a abrirla. Pero esa es otra historia.

El punto es que Abby Brennan no necesitaba eso. Los hombres iban a ella, no al revés.

Entonces, ¿qué hacía una chica como Abby en esas redes? Algo chirría. Es como escuchar una canción que conoces de memoria y notar que alguien ha cambiado un solo acorde. No puedes señalar cuál es, pero sabes que arruina toda la melodía.

Archiva el dato. No tiene nada concreto: ni pruebas, ni indicios, ni siquiera una teoría medianamente articulada. Solo una sensación, un picor detrás de los ojos que lleva sintiendo desde que salieron del piso de Cecilia.

El móvil vibra en su bolsillo e interrumpe sus reflexiones. Mónica lo desbloquea. Un mensaje de Andrés. Lo lee dos veces buscando algo que no está.

¿A qué hora volvéis a Jefatura? Tengo reunión con el comisario a las 12. Avísame si necesitas algo del caso antes.

Ni un «buenos días», ni un «¿qué tal ha ido?», ni siquiera un emoji, y Andrés Gordillo es de los que pone el pulgar hacia arriba hasta para confirmar que ha recibido una factura de la luz.

Mónica teclea con el pulgar:

Estamos saliendo ya. No he cogido mi coche, me ha traído Rayco. Por favor, ve a Jefatura con el Mini y luego volvemos juntos.

Enviar.

Guarda el móvil en el bolsillo de la cazadora y clava la vista en el parabrisas. Nota la mirada de Rayco en su perfil, ligera pero insistente.

—¿Qué? —dice ella sin girarse.

Rayco juega con la llave del coche, como si calibrara si la pregunta merece el riesgo. Sigue sin arrancar.

—¿Las cosas con Andrés… siguen igual?

La palabra «igual» hace todo el trabajo. No necesita especificar igual que qué. Rayco estuvo presente la semana pasada cuando Andrés y Mónica se cruzaron en el pasillo de Jefatura y se saludaron con la misma calidez con la que dos abogados de partes contrarias se encuentran en un juzgado.

—Sí.

—¿Y ya está?

—Ya está.

Rayco asiente despacio. Deja pasar tres segundos de cortesía antes de sacar su propio móvil.

Mónica lo agradece en silencio. Su amigo siempre sabe cuándo soltar el hilo. Es una de las razones por las que llevan años sin matarse: él pregunta una vez, ella responde lo mínimo imprescindible, y los dos fingen que eso es suficiente. Funciona. Probablemente no sea sano, pero funciona.

Rayco necesita mirar a cualquier otra parte que no sea la expresión blindada de su compañera, así que saca su teléfono.

La pantalla está apagada. Durante un segundo, su cara le devuelve la mirada desde el cristal oscuro. Entonces, una notificación lo ilumina.

Instagram. Hannah ha publicado una historia.

Rayco la abre por inercia. Es el peaje de los padres modernos: vigilar a tus hijos a través de redes que apenas entiendes, buscando pistas de que siguen vivos y enteros.

En la foto, Hannah sonríe desde un pub francés. Lleva el pelo recogido en una trenza despeinada, un vaso de pinta a medias y la expresión luminosa de alguien que está exactamente donde quiere estar. Detrás de ella, medio cortado por el borde de la foto, hay un tipo. Los hombros de Rayco se tensan. Solo se le ve medio hombro, parte de la mandíbula y el cuello de una sudadera oscura. Podría ser un amigo. Podría ser cualquiera.

Hannah tiene veintiún años y está de Erasmus en Toulouse, sola, en una ciudad ajena, conectada a un mundo digital donde cualquier depredador puede esconderse tras un alias amable y una foto robada.

Abby Brennan tenía veinticinco. Era lista. Vivía sola en Madrid. Y alguien la encontró a través de una pantalla, se ganó su confianza, entró en su casa y le rodeó el cuello con las manos hasta apagarle las luces para siempre.

Aunque eso, claro, es solo una hipótesis, tal vez infundada por su miedo de padre.

Le tiembla el pulgar sobre el cristal. Es el terror primario, el sexto sentido que no se activa con nada más: ni con los criminales, ni con las armas, ni con los incendios que te dejan la piel como cera fundida. Solo se activa con tus hijos. Con la posibilidad, por remota que sea, de que alguien les haga daño mientras tú estás a cientos de kilómetros resolviendo el caso de otra persona que no pudo proteger a los suyos.

Cierra Instagram y marca el número de Mercedes.

El tono da dos avisos antes de que ella descuelgue.

—Hola, cariño. ¿Qué tal la mañana? —saluda ella.

—Bien. Oye… ¿has hablado con Hannah hoy?

—No. Tenía clase pronto. ¿Por qué?

—Por nada. Si hablas con ella luego, dile que la quiero.

Se produce un breve silencio al otro lado de la línea. Mercedes tiene un radar especial para sus cambios de tono.

—Rayco, ¿estás bien?

—Sí, no te preocupes. —Se aclara la garganta para borrar cualquier rastro de debilidad—. Oye, ¿estás ya en Jefatura?

—Acabo de llegar a mi mesa.

—Apunta este nombre: Ignacio Pareja. Busca su última dirección conocida y antecedentes. Te paso más info cuando lleguemos.

—Ignacio Pareja. Vale. Me pongo con ello.

—Genial. Gracias. ¿Y lo de Hannah…? Llámala, cariño. Da igual si está en clase.

Otro silencio, esta vez más largo.

—Claro, ahora mismo. Te quiero.

—Y yo.

Rayco cuelga y deja el móvil en la consola central. Levanta la vista hacia el portal de Cecilia: la puerta verde con el cristal esmerilado, las macetas con geranios mustios en el alféizar del primero.

El nombre de Ignacio Pareja flota en su mente como una nube de humo negro. Más de cuarenta mensajes sin respuesta en un solo día. *«He pasado por tu calle y tenías la luz encendida.»*El perfil de un tipo que no acepta un «no».

Los inofensivos son los que luego salen en los telediarios, ha dicho Cecilia.

—¿Todo en orden? —pregunta Mónica a su lado.

—Sí.

—Has preguntado por Hannah.

—La echo de menos. Eso es todo.

Mónica estira el brazo y posa una mano en su rodilla. Un gesto raro en ella.

—A Hannah no va a pasarle lo de Abby.

—Ya.

—¿Crees que Cecilia nos lo ha contado todo? —pregunta ella, cambiando de tema para no dejarle hundirse en el fango de su propia paranoia.

Rayco suspira, apoyando las dos manos en el volante.

—Creo que nos ha contado todo lo que estaba dispuesta a contarnos, que no es lo mismo.

—No. No lo es.

—¿Y ahora qué? —Rayco la mira—. Seguimos sin la autopsia. A saber qué nos aporta Goyo aparte de confirmar que la estrangularon y darnos una charla sobre el nivel de colesterol de la víctima.

—Yo tengo puestas mis velas en Informática —dice Mónica, acomodándose en el asiento—. Si logran reventar la contraseña de ese portátil y entramos en sus redes, se nos va a abrir el cielo. Seguro.

Rayco asiente, apretando los labios.

—Claro. Solo nos falta ese pequeño e insignificante detalle: que logren entrar.

Quedan en silencio un instante, cada uno con sus propias cavilaciones, hasta que Rayco disipa la tensión acumulada en el habitáculo apretando el contacto.

—En fin, aquí no hacemos nada. Será mejor volver a Jefatura.

Arranca el motor, comprueba los espejos una vez más y se incorpora al tráfico de media mañana. A su lado, Mónica se recuesta contra el reposacabezas, con la vista perdida en la carretera y la mente en un lugar que Rayco no puede ver.

12

El Mini de Mónica huele a ella.

No exactamente a su perfume, ni a ese bálsamo labial de cereza que se aplica a veces cuando se le cuartean los labios. Es algo más sutil: el olor residual del café derramado hace semanas sobre la tapicería, un Chupa Chups de cola a medio terminar pegado al fondo del cenicero y algo indefinible que, simplemente, le recuerda a ella.

Andrés conduce con las rodillas rozando el volante. Debería haber regulado el asiento antes de salir, pero no lo ha hecho, y ahora lleva diez minutos conduciendo como un astronauta embutido en la cápsula de reentrada: con el volante a un palmo del pecho y el retrovisor devolviéndole una imagen perfecta de su propia frente.

El semáforo de Alberto Aguilera cambia a ámbar y Andrés frena con suavidad. Un vaso de cartón rueda desde debajo del asiento y le golpea el tobillo. Café para llevar. Del martes, calcula, porque el martes Mónica salió corriendo y no le dio tiempo ni a terminar el desayuno. Como el miércoles. Y el jueves. Y prácticamente todos los días desde que empezaron a compartir piso.

Verde.

Arranca y mete primera. La palanca de cambios luce una pegatina de los Rolling Stones —la de la lengua de *Sticky Fingers*— que se está despegando por una esquina, acumulando pelusa en el pegamento. Se le había olvidado lo pequeño y caótico que es el interior de este coche. La guantera no cierra del todo y de la rejilla

de ventilación cuelga un ambientador con forma de pingüino que ya no desprende olor.

Cada objeto en este habitáculo es un pequeño campo de minas emocional, y Andrés los sortea con la misma diplomacia con la que ella esquiva las conversaciones sobre Valencia.

Gira por Princesa. A esta hora, Madrid es un atasco en sí misma. Una furgoneta de reparto bloquea media calzada y un motorista serpentea entre los vehículos como si las líneas de carril fueran solo decorativas. Andrés mira el reloj del salpicadero —las 08:49— y calcula que llegará a Jefatura en menos de diez minutos.

Tuerce a la derecha por una calle secundaria, buscando un atajo. La calle es estrecha, flanqueada por coches aparcados en doble fila con esa impunidad que solo los madrileños dominan. Andrés reduce a segunda para sortear un contenedor verde que sobresale medio metro de la acera.

Sin previo aviso, un Seat Ibiza gris asoma el morro desde una salida perpendicular. Sin intermitente. Sin mirar. Y sin la más mínima intención de respetar el ceda el paso.

Andrés reacciona a tiempo para aplastar el claxon y hundir el pedal del freno.

Las pastillas chirrían. El Mini se clava en el asfalto. El cinturón le muerde el hombro izquierdo. El Chupa Chups sale volando del cenicero y el vaso de café vacío rebota de nuevo contra su tobillo.

Pero el Ibiza no frena a tiempo.

El impacto es ridículo: un golpe sordo, un crujido de plásticos baratos y el balanceo del coche.

Andrés cierra los ojos. Aprieta las manos en el volante. Siente el latido del corazón martilleándole la base del cuello.

Levanta los párpados y mira a través de la luna. El Ibiza gris sigue ahí, empotrado contra su aleta delantera.

La puerta del conductor se abre.

Sale un hombre. Ronda los treinta y largos, pelo oscuro revuelto y unas gafas de montura negra que se le han quedado torcidas sobre la nariz por el impacto. Lleva una cazadora de ante marrón sobre una camiseta negra. Camina hacia él con cara de disculpa anticipada y un ritmo desigual, provocado por una cojera evidente.

Tiene las manos levantadas a la altura del pecho en el gesto universal de *lo sé, lo sé, no hace falta que me lo diga*.

Andrés apaga el motor, se desabrocha el cinturón y sale del Mini.

Lo rodea y evalúa los daños.

El lateral delantero derecho tiene una abolladura del tamaño de un melón, rematada por un arañazo profundo que ha dejado la pintura roja hecha un estropicio. El piloto está agrietado. No sería grave…

… si el coche fuese suyo.

—Oiga, lo siento muchísimo —dice el tipo de las gafas, deteniéndose a un metro de distancia—. Ha sido culpa mía. Total y absolutamente culpa mía. Ni siquiera voy a intentar inventar una excusa creíble.

Andrés lo escruta. La primera impresión es la de un tipo inofensivo pero espabilado. La segunda, la de uno que está evaluando a toda velocidad cuánto le va a costar este error.

—¿Está usted bien? —pregunta Andrés.

—¿Yo? Sí, sí. Perfectamente. Físicamente, quiero decir. Mentalmente, deseando que me trague la tierra. Pero entero, por suerte. ¿Y usted?

—Estoy bien.

—Menos mal. —El hombre suspira, se pasa una mano por el pelo y se endereza las gafas—. Joder, de verdad que lo siento. No he mirado. No he puesto el intermitente. Me he despistado con el GPS. Es un coche de alquiler y no me hago a la ciudad. Le juro que normalmente conduzco con una competencia aceptable.

—¿Es de fuera?

—En realidad soy de aquí, pero vivo en Estados Unidos. Uno se acostumbra rápido a las avenidas anchas y a girar en rojo. —Esboza una media sonrisa, como si la situación le divirtiera a su pesar.

Andrés vuelve a mirar el estropicio. Sabe que es una ilusión óptica, pero juraría que el melón acaba de crecer dos centímetros.

—¿Tiene los papeles del seguro? —le pregunta al tipo.

—Tengo los del coche de alquiler, sí. —El hombre se inclina hacia el interior del Seat y saca una carpeta de la guantera—. ¿Rellenamos el parte amistoso?

Andrés abre la boca para decir que sí, pero se detiene. ¿Dónde demonios guarda Mónica los papeles del seguro? ¿En la guantera que no cierra? ¿Debajo del asiento, junto a los vasos de café? ¿O los tiene en casa? Lleva meses compartiendo cama con esa mujer y se da cuenta de que no sabe absolutamente nada de su logística básica.

—Tenemos un problema —dice, despacio.

El hombre parpadea.

—¿Qué problema? ¿No tiene seguro?

—No es mi coche. Es de mi pareja.

El otro lo mira por encima de la montura. Se muerde el interior de la mejilla.

—Ay.

—Sí.

—¿Y su pareja es de las comprensivas o de las que no lo son?

Andrés piensa en Mónica. En su ceño fruncido cuando descubra la abolladura. El Mini es una extensión de su coraza: pequeño, ruidoso, con cicatrices, pero exclusivamente suyo. Sentirá ese golpe de chapa como una herida personal.

—De las que no —confirma Andrés.

—Lo siento el doble, entonces.

—No se preocupe. Si fuera mío, lo arreglaríamos en cinco minutos. Pero ella va a reclamar sangre. O al menos, va a querer comprobar los daños en persona antes de firmar nada. Le tiene mucho cariño a este coche.

—Lógico. —El hombre juega con la carpeta del seguro—. ¿Está muy lejos? ¿La llamamos para que venga?

Andrés se imagina la llamada. *«Hola. Sí, verás, un tipo que miraba el GPS ha empotrado su coche contra el tuyo. No, no es siniestro total, pero requiere taller. Yo estoy bien, por cierto»*. Le recorre un escalofrío por la espalda.

—Mejor vamos a verla directamente —decide—. Está a un par de manzanas de aquí. Rellenamos el parte con ella.

—Me parece bien. —El hombre señala su vehículo—. ¿Le sigo?

—Sí. A una distancia prudencial, por favor.

Andrés rodea el Mini y abre la puerta. Antes de entrar, se vuelve.

—Me llamo Andrés, por cierto.

—Encantado de joderle la mañana, Andrés. Yo soy Antonio. Aunque solo me llamaba así mi ex cuando estaba enfadada. Para el resto del mundo, Toni.

—¿A qué se dedica en Estados Unidos, Toni? —pregunta Andrés, dejándose llevar por el instinto policial.

—Soy investigador privado en Nueva York.

Andrés enarca una ceja.

—Vaya.

—Sí, ya lo sé. Decepcionante. —Toni hace un gesto vago con la mano—. Uno espera a alguien con gabardina y bebiendo whisky en un despacho en penumbra. Le aseguro que mi trabajo es un noventa por ciento burocracia, un nueve por ciento buscar infidelidades y un uno por ciento abollar vehículos ajenos.

—No lo decía por eso. Lo decía porque resulta irónico.

—¿Irónico por qué?

Andrés apoya el antebrazo en el techo del vehículo y lo mira con serenidad.

—Porque yo soy policía.

El cambio en la actitud del hombre es instantáneo. La desenvoltura neoyorquina se esfuma. Se queda congelado, con el peso del cuerpo apoyado en su pierna buena y la sonrisa a medio borrar.

—Así que policía…

—Inspector jefe de Homicidios. Y mi pareja, la dueña de este coche, es inspectora de la misma brigada. Y tiene bastante peor carácter que yo.

Toni baja la vista hacia el Ibiza. Luego la desliza hacia la abolladura del Mini. Finalmente, mira a Andrés.

—Joder —murmura, pasándose una mano por la cara—. Acabo de chafar el coche de una policía. Mi socia tiene razón: soy único atrayendo las desgracias.

Andrés no puede evitar una media sonrisa compasiva.

—No es el único. Vamos, sígame. Y esta vez, por lo que más quiera, ponga el intermitente.

13

Mónica observa el chorro de líquido alquitranado que gotea en el fondo de su vaso de plástico. La máquina emite un zumbido asmático, como si le costara la vida misma producir algo tan mediocre. Da un sorbo. A estas alturas de su carrera, el sabor a cartón quemado ya no le sorprende. Da otro.

Rayco aparece a su lado, le quita el vaso de las manos, lo huele, arruga la nariz y se lo devuelve.

—Todo tuyo.

Saca una bolsa de papel de debajo del brazo y la abre con la delicadeza de quien desenvuelve un regalo de Navidad. Dentro hay un dónut glaseado.

Mónica lo mira.

—¿En serio?

—¿Qué?

—Un policía comiendo un dónut. Súper original. Deberías llamar a Tarantino; seguro que le falta este cliché para su próxima película.

—Me vuelven loco —replica él, dándole un bocado salvaje. Un copo de azúcar se le queda pegado en la comisura—. Y me niego a dejar de comerlos solo porque sean un estúpido cliché. Además, necesito ganar kilos si quiero rellenar el traje de la boda.

Cruzan el pasillo hacia la zona de ordenadores, pero no llegan muy lejos. Andrés aparece doblando la esquina. Camina hacia ellos con las manos hundidas en los bolsillos de su americana azul y una expresión que oscila entre la contrariedad y la disculpa preventiva.

Y no viene solo.

A su lado camina un hombre que Mónica no ha visto en su vida. Moreno, con barba de tres días meticulosamente descuidada y unas gafas de pasta oscura. Lleva una cazadora de ante marrón que parece haber dormido en el asiento trasero de un coche y, bajo el brazo, una carpeta. Tiene aspecto de profesor de instituto que se ha equivocado de edificio.

—Mónica —dice Andrés, deteniéndose frente a ella—. Tenemos que hablar.

—Buenos días a ti también.

—Ha habido un pequeño percance con tu coche. —Lo suelta así, sin vaselina. La palabra «pequeño» en boca de su novio es como la palabra «leve» en boca de un cirujano: nunca, jamás, en ningún universo conocido, significa lo que promete.

—¿Qué le has hecho a mi coche?

El desconocido da un paso al frente y los interrumpe.

—Él no le ha hecho nada. Yo soy el culpable que buscas. Me llamo Toni. Me he saltado un ceda el paso y he empotrado mi coche de alquiler contra tu aleta delantera. Total, absoluta y bochornosamente culpa mía.

Mónica lo escruta. Esperaba excusas, tartamudeos, un «no vi el coche». Pero el hombre está ahí, sosteniéndole la mirada con una calma exasperante y una media sonrisa de disculpa.

—¿Cómo se puede no ver una señal de tráfico ni un coche rojo brillante? —pregunta ella, notablemente exasperada. Y no es para menos.

Él se ajusta las gafas con el dedo índice. Es un gesto automático, el tipo de tic que se repite tantas veces al día que ya ni se es consciente de hacerlo.

—Voy a ser completamente sincero. Podría inventarme que me cegó el sol o que un perro cruzó la calle. Pero la verdad es que soy un peligro al volante. Mi seguro cubrirá todo. Te dejarán el coche como nuevo, lo cual te beneficia, teniendo en cuenta la cantidad de arañazos previos que ya traía de serie.

Andrés se pellizca el puente de la nariz. Rayco, desde la retaguardia, deja escapar un bufido que suena a risa ahogada.

Mónica guarda silencio durante tres segundos. Tres segundos en los que calibra si estrangularlo ahí mismo o dejarle continuar.

—¿Sabes una cosa? —dice al fin, dando un paso hacia él—. Llevo toda la vida escuchando la maldita broma de que las mujeres no sabemos aparcar. Que si nos falta visión espacial, que si las columnas del garaje se nos echan encima. Y luego llega un tipo estupendo con cazadora de diseño y me demuestra que el verdadero peligro público es la estupidez.

Se ha pasado, Mónica lo sabe en cuanto la última palabra sale de su boca, y lo lamenta. Sin embargo, en lugar de achantarse o ponerse a la defensiva, el tipo se ríe; la risa de un hombre que sabe encajar un golpe porque está acostumbrado a recibirlos.

—Me declaro culpable, señoría —dice el tal Toni, asintiendo—. Perpetúo el estereotipo del imbécil motorizado.

—Al menos reconoces tus limitaciones.

—Tengo una lista bastante larga. Conducir va en segundo lugar, justo después de «incapaz de cerrar la boca a tiempo».

Mónica aprieta los labios para no sonreír. Detesta que le caiga bien la gente que le estropea el día.

El hombre busca en el bolsillo interior. Palpa un lado de la cazadora, luego el otro. Al final, encuentra lo que busca en el trasero de los vaqueros. Es una tarjeta.

—Aquí tienes mis datos. Llámame para lo que necesites, a la hora que sea, y yo me encargo del papeleo. No quiero robaros más tiempo; se nota que aquí hay trabajo de verdad.

Mónica coge la tarjeta. El cartón es grueso y elegante.

—De verdad que lo siento, Mónica —añade él, usando su nombre con una naturalidad que la incomoda. Se despide de Andrés con un apretón de manos firme. Luego se gira hacia Rayco, baja los ojos al dónut, los sube otra vez y dice:

—Eres de los míos. Buen provecho.

Rayco levanta el bollo a modo de brindis.

—Gracias, hermano.

Toni asiente, se da la vuelta y se aleja por el pasillo con una leve asimetría en el paso. Al llegar al fondo, empuja la puerta con el hombro y desaparece.

Mónica baja la vista a la tarjeta.

Cartulina blanca, tipografía negra y sobria. Dos líneas:

TG CONFIDENTIAL

TONI GALÁN — INVESTIGADOR PRIVADO. NUEVA YORK

Pone los ojos en blanco y resopla.

—Un investigador privado —murmura, mirando la puerta que todavía oscila—. De Nueva York. Me acaba de abollar el Mini un detective privado de Nueva York. A las nueve de la mañana de un viernes.

—Parecía un buen tío —comenta Rayco, limpiándose el azúcar de las manos.

Mónica guarda la tarjeta.

—Más le vale. Me debe un panel lateral.

Guarda la tarjeta, se termina el café de un trago y entra en modo trabajo.

Por fin entran en la zona abierta de la oficina. Mercedes teclea algo en su ordenador, pero Mónica, que tiene un radar para las distracciones ajenas, nota que mira el reloj cada treinta segundos. El tiempo hoy es un animal escurridizo para ella. Debajo de su silla hay una bolsa de tela que intenta disimular aplastándola con su propio bolso.

—¿Qué llevas ahí? —dispara Rayco, señalando el bulto.

Mercedes ni parpadea.

—Nada.

—Es la tiara de la despedida —la delata Mónica sin piedad, cruzando hacia su mesa.

—No es una tiara. —Mercedes se cruza de brazos, con un tono escarlata tiñendo sus mejillas—. Es una diadema. Hay una diferencia importante.

—No la hay —murmura Andrés, pasando por detrás de ellas y abriendo su carpeta de expedientes.

Rayco se deja caer en su silla con un suspiro teatral y una sonrisa de oreja a oreja. Mercedes intenta fulminarlo con la mirada,

pero es difícil resultar amenazante cuando a ti también se te escapa la risa. Mercedes Escribano fingiendo que no le importa su inminente despedida de soltera es como un niño en Navidad fingiendo que no le importan los regalos mientras le tiemblan las rodillas.

—Bien, se acabó el recreo. —Andrés apoya las manos en el respaldo de una silla y los escruta con expresión pétrea—. Ponedme al día. ¿Qué os ha contado la amiga?

Mónica y Rayco se alternan para destripar el interrogatorio a Cecilia. Ella y Abby se conocieron hace casi dos años en la universidad. Uña y carne desde entonces. Cecilia estaba destrozada. Cooperó, pero no aportó demasiado que no supieran ya. Eso sí, les dio el apellido del tipo de la carta —Pareja— que a la vez es el primer candidato para ser el que aparece en la grabación de la cámara de seguridad y, por lo tanto, el principal sospechoso del asesinato. Según su testimonio, Nacho Pareja acosaba a Abby.

—¿Y eso es todo? —pregunta Andrés.

—Es todo lo que ha querido decir —puntualiza Mónica.

Andrés asiente, gira sobre sus talones y se enfrenta a la pizarra. Descapucha un rotulador negro y escribe en mayúsculas afiladas: *CECILIA MONTES*. Debajo, traza una línea y anota: *IGNACIO PAREJA*. A la izquierda, la foto de Abby Brennan, impresa a todo color y sujeta con un imán, sonríe a la sala.

—Por nuestra parte —dice, lanzando el rotulador a la bandeja de aluminio—, Informática sigue chocando contra un muro de ladrillo con el portátil de Abby. La contraseña del sistema está resultando un hueso duro de roer, no es la típica fecha de cumpleaños. Han pedido autorización para escalar el tema.

—¿Y mientras tanto? —Mónica da otro sorbo a su café.

—Mientras tanto, han buceado en sus perfiles públicos. —Andrés desliza una tablet por la mesa y se detiene justo frente a Mónica—. Instagram, Facebook, algo de actividad en X. Todo abierto y asquerosamente normal.

Mónica toma la tablet y desliza el dedo por las capturas de pantalla. Abby en la Puerta del Sol con un grupo de chicas, todas envueltas en bufandas y sujetando vasos de Starbucks. Abby posando con un birrete en lo que parece una ceremonia de

graduación. Abby en una terraza de Malasaña, brindando con una caña, con los ojos entrecerrados por el sol.

El retrato de una chica de veinticinco años haciendo exactamente lo que se supone que debes hacer a los veinticinco en una ciudad como Madrid: estudiar, salir, ser feliz.

—¿Y la famosa web de citas? —pregunta, apagando la pantalla.

—Nada a simple vista. Ningún perfil público en plataformas de contactos.

«Cecilia dijo que Abby usaba esas apps constantemente. Si es verdad, ¿dónde están? Y si no lo es, ¿por qué mintió?»

—¿Y lo no público?

—Para eso necesitamos entrar en ese maldito ordenador.

Mónica deja la tablet boca abajo. Andrés la mira un segundo más de lo que miraría a cualquier otro miembro de su equipo. Solo un segundo. Luego se vuelve hacia Mercedes.

—Tu turno. ¿Qué tenemos de Nacho Pareja?

Mercedes se ajusta las gafas y hace clic en el ratón.

—Ignacio Pareja Soto. Veintiséis años. Vive de alquiler en la calle Encomienda de Palacios, en Moratalaz. Sin antecedentes penales. No tiene empleo registrado en la Seguridad Social desde hace un año. Antes trabajó como auxiliar administrativo en una clínica veterinaria.

—Un ciudadano promedio —concluye Rayco.

—Un acosador sin antecedentes es solo un acosador que todavía no ha cometido su primer error —suelta Mónica.

—O un tipo patético que se obsesionó con una chica —rebate Rayco.

—Eso es exactamente lo que diría un abogado defensor.

—Solo digo que no le colguemos la soga antes de verle la cara, Mónica.

—Le veremos la cara dentro de una hora. Y créeme, estoy ansiosa por reventarle el timbre.

A Mónica le vibra el móvil en el bolsillo. Lo saca por debajo de la mesa y mira la pantalla. Un WhatsApp de Patricia.

El disfraz me quedaba grande, así que he ido a descambiarlo. Me lo he probado y ahora parezco una morcilla de Burgos envuelta en papel de regalo. ¿Tú te has probado el tuyo?

Mónica teclea rápido, sin cambiar la expresión:

No. Estoy trabajando en un asesinato. No me jodas con el disfraz.

Tres puntos. Patricia escribiendo. Mónica debería guardar el móvil, pero no lo hace.

Pues pruébatelo YA. Si hay que cambiar tallas necesito saberlo ANTES de las seis. La Merche no sospecha nada y quiero que siga así. Y acuérdate de la máscara. Sin máscara no entras.

Ahora sí, guarda el aparato y levanta la vista. Mercedes la observa con una mezcla de curiosidad e ilusión infantil.

—¿Patricia? —pregunta en voz baja.

—Patricia.

Mercedes sonríe. Aunque intenta mantener su aura de funcionaria eficiente, su rostro se ilumina por completo. La despedida de soltera es esta noche y Mercedes está a punto de subirse a una montaña rusa.

—¿Puedo solicitar formalmente que todo lo que ocurra esta noche quede bajo estricto secreto de sumario? —pregunta Rayco, recostándose y cruzando las manos sobre el estómago.

—Rayco, es una despedida, no el asalto a un cártel de drogas —responde Mónica.

—A ver, chicos, a lo que estamos —corta Andrés, dando una palmada al aire.

Mónica está a punto de contestar cuando el móvil de Andrés comienza a vibrar. El tono es el predeterminado de fábrica, ese pitido aburrido que la gente seria nunca se molesta en cambiar. Andrés lo coge sin prisa.

—Dime, Goyo.

Mónica reconoce el timbre nasal de Gregorio Velasco, el forense, filtrándose por el auricular. Es un murmullo denso. Andrés asiente un par de veces. *Ajá… Vale…* Se apoya en el borde de la mesa, haciendo girar su bolígrafo entre los dedos de la mano que no sostiene el teléfono. Rayco da otro bocado a su dónut. Mercedes revisa la hora por octava vez.

Y Mónica lo percibe antes de que suceda.

Es como esa variación imperceptible en la presión atmosférica que los animales detectan segundos antes de un terremoto. Andrés se incorpora lentamente. El bolígrafo deja de girar. Sus dedos se congelan en el aire durante un instante, y luego deja caer el boli sobre la carpeta.

Mónica conoce esa transformación. Es el momento exacto en que deja de ser su Andrés para convertirse en Gordillo, inspector jefe de Homicidios. Un apagón emocional que comienza en la tensión de la mandíbula y termina en los ojos, que se vacían de cualquier rastro de humanidad para volverse de granito.

Rayco deja de masticar.

—¿Qué pasa? —pregunta, pero Andrés levanta la palma de la mano pidiendo silencio.

—¿Estás seguro? —dice Andrés al teléfono. Pausa. Cierra los ojos con fuerza—. Vale. Entendido. Pásamelo por correo ya mismo. Gracias, Goyo.

Cuelga y deja el móvil. No dice nada.

Mónica no espera al resumen. Ya se ha girado hacia su ordenador y ha abierto el correo interno de la brigada. Pulsa *Actualizar bandeja*. Un segundo después, entra un nuevo email con la etiqueta de alta prioridad.

Remitente: G. Velasco (Servicio de Medicina Legal)

Asunto: Informe Preliminar – Autopsia ABB-260226

Abre el correo. El PDF adjunto se carga con la desesperante lentitud de los sistemas informáticos del Estado.

Mónica desliza el ratón hacia abajo, saltándose las descripciones técnicas iniciales. Peso del hígado. Estado de los pulmones. Marcas de ligadura perimetral en el cuello por estrangulación manual. Hora estimada del deceso.

Baja un poco más.

En el apartado de «Hallazgos adicionales», Mónica encuentra una línea redactada en el lenguaje aséptico y desprovisto de emoción que Goyo utiliza en sus informes, tan distinto de su verborrea habitual:

Evidencia de agresión sexual perimortem. Desgarros vaginales compatibles con penetración forzada. Muestras biológicas recogidas para análisis de perfil genético (ADN).

El cerebro de Mónica traduce la jerga clínica a la vida real en una fracción de segundo.

—La violaron —dice en voz alta. Su voz suena seca.

Levanta la vista del informe.

Mercedes ha dejado de sonreír. Rayco ha dejado el dónut. Andrés le sostiene la mirada desde el otro lado de la mesa, asintiendo lentamente.

Mónica gira la cabeza hacia la pizarra blanca.

La foto de Abby Brennan sigue ahí, clavada. Con sus ojos verdes, su pelo rojizo y esa sonrisa despreocupada de quien cree firmemente que mañana será un día cualquiera.

Siente un escalofrío y aparta la vista.

Ya no buscan a un asesino. Buscan a un depredador.

14

Un concursante de la tele acaba de perder quince mil euros por no saber en qué año murió Napoleón.

Él lo sabe: 1821. Santa Elena.

Solo, en un pedazo de roca en medio de la nada, a miles de kilómetros de cualquier persona a la que pudiera importarle. Lo leyó en un libro de la biblioteca cuando iba al colegio. En aquel entonces, pensó que morir solo en una isla era el destino más triste que podía sufrir un ser humano.

Ahora sabe que hay cosas peores.

El presentador suelta una broma prefabricada y el público aplaude. La música del plató sube de volumen, como si fracasar fuera motivo de celebración.

Pero él hace varios minutos que no mira la pantalla.

Mira el helecho.

Está en la repisa de la ventana, dentro de una maceta de barro con un desconchón en el borde. Las hojas, que hace apenas una semana eran verdes y elásticas, ahora están crujientes y secas por los extremos. Algunas se han curvado hacia el tallo principal, encogiéndose como dedos artríticos que intentan protegerse del frío. Un polvo grisáceo, idéntico a la ceniza, cubre la tierra.

Se ha muerto.

Lo sabe antes de tocarlo, pero extiende la mano de todos modos. Pasa el pulgar por la punta de una hoja y la estructura celular se

deshace entre sus dedos. El sonido es un crujido sordo, íntimo, como el de un hueso muy pequeño al partirse bajo el zapato.

El estómago se le contrae. Un nudo frío, muy abajo, justo encima del ombligo.

En la televisión, el presentador grita el nombre del siguiente concursante. Alguien ríe.

Él solo oye el clic.

El clic de una cerradura girando por fuera.

Solía escucharlo a través del cristal. Un sonido minúsculo, metálico y definitivo, como el chasquido de unas tijeras al cerrarse en el aire. Después, los pasos de ella alejándose sobre la grava. Y luego, la nada.

El invernadero era ridículamente pequeño: cuatro metros por tres, tal vez menos. Un anexo adosado a la pared trasera de la casa, construido con estructura de hierro verde y paneles que Madre limpiaba cada domingo con agua, vinagre y papel de periódico. Dentro hacía calor. La humedad espesa se te pegaba al paladar y entraba en los pulmones como un trapo mojado en agua caliente.

Cuando lo encerraba allí, lo único que se oía era el goteo de la condensación resbalando por los cristales y chocando contra los tiestos. Lento. Irregular. El tictac de un reloj al que se le está acabando la cuerda.

Las plantas lo asfixiaban. Ella sabía el nombre científico de cada brote, su edad exacta, el agua que necesitaban y el ángulo de incidencia solar que requerían para no quemarse. Las trataba como a hijos. Mejor que a un hijo.

Cuando la puerta se cerraba, el olor lo devoraba todo: turba húmeda, musgo, y el perfume dulzón y opresivo de las gardenias, exactamente la misma fragancia que ella se frotaba en el cuello antes de salir a vender al mercado. Para cualquier otra persona, habría sido un aroma agradable. Para él, ese olor significaba que la puerta estaba bloqueada y que no había garantías de cuándo volvería a abrirse.

Las primeras veces, cuando era muy pequeño, lloraba hasta quedarse sin aire. Golpeaba los paneles con las palmas abiertas, dejando huellas empañadas de desesperación. Aprendió pronto que

eso empeoraba las cosas. Los golpes solo conseguían que ella le sumara horas al reloj del castigo.

Así que dejó de golpear. Dejó de llorar.

Se sentaba en el suelo, encajonado entre las macetas, abrazándose las rodillas contra el pecho, y contaba las baldosas: blancas y verdes, colocadas en diagonal. Cuarenta y siete blancas, treinta y nueve verdes, tres desconchadas en las esquinas. Las contaba de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, hasta que los números perdían su significado y se fundían en un zumbido mental, una anestesia parecida al sueño pero sin el consuelo del descanso.

Se convirtió en el elefante del cuento. Al que atan de cría a una estaca y tira hasta hacerse sangre. Cuando crece, podría arrancarla de un tirón. Pero ya no lo intenta.

Indefensión aprendida.

La psicología le puso nombre a su infancia.

Aquel día, el sol caía a plomo cuando ella giró la llave. Una orquídea se había marchitado. Las orquídeas son unas hijas de puta caprichosas. De vida corta y exigencias ridículas. Él era solo un niño —siete, tal vez ocho años, no lo recuerda bien— y se suponía que debía haber vigilado el nivel de humedad. Debía haber notado que el borde del pétalo perdía firmeza.

No lo notó.

O lo notó demasiado tarde.

Cuando ella descubrió la flor muerta, se agachó junto a la maceta y acarició los pétalos caídos con la yema de los dedos, con una ternura infinita, casi reverencial, como quien le cierra los ojos a un pariente en el lecho de muerte. Luego se giró hacia él. En su cara no había ira, solo decepción. Esa decepción fría, plana y aterradora de quien te mira y confirma que ya no espera nada de ti.

—Saldrás cuando hayas pensado en lo que has hecho —dijo. Su tono era el mismo que usaba para explicarle a una clienta cómo podar un rosal—. La has dejado morir. Es como si tú mismo la hubieras matado. ¿Lo entiendes, hijo?

No levantó la voz. No le gritó.

El niño asintió. Y la puerta se cerró.

Clic.

Podría haber sido peor.

Y lo fue. Fue mucho peor.

Recuerda la rosa. El tallo estaba cortado un milímetro demasiado arriba de la yema. Recuerda la mano callosa de ella acercándose. Las tijeras de podar de acero al carbono. Luego, el roce frío en su muslo de niño y la piel blanda cediendo, abriéndose despacio como la pulpa de una fruta madura.

La sangre era oscura y caliente. Resbaló por la cara interna de la pierna, trazando un camino lento que le hizo cosquillas hasta que empapó el algodón blanco del calcetín.

No gritó. Para entonces, ya había aprendido a no hacerlo.

De vuelta en el presente, con la televisión parpadeando de fondo, se mira el antebrazo. La piel es pálida, translúcida, un mapa de venas azuladas. Y sobre ellas, las marcas. Algunas son recientes, rojas e irritadas, con forma de lunas menguantes. Otras son viejas, cicatrices nacaradas que se superponen unas a otras como los anillos de crecimiento de un tronco talado.

En un movimiento involuntario, lleva dos dedos de su mano a la cara interior del brazo contrario.

Clava las uñas —comidas, irregulares, rodeadas de pellejos— en la piel sensible bajo el codo. Y aprieta. Lo hace despacio, sin dramatismo. Como quien se rasca una picadura.

El dolor llega puntual. Y detrás del dolor, a rebufo, la calma.

¡Inútil!

Empieza a notarlo. La respiración se ralentiza. Los hombros descienden un milímetro. El temblor de las manos desaparece.

¡Patético!

La voz de Madre lleva cuatro décadas parasitando su corteza craneal. Es una frecuencia de radio que no puede sintonizar ni apagar. *Inútil. Patético. Cara de sapo. Nunca nadie te va a querer.*

Levanta las uñas de la carne y se queda mirando un momento. Cuatro medias lunas de un rojo furioso marcan la blanca piel.

Apaga el televisor. El silencio inunda el piso.

Se levanta, camina hacia la ventana y saca el helecho muerto de la maceta. Lo hace con un cuidado exquisito, pinzando el tallo inerte.

Un puñado de tierra seca se desmorona y cae sobre la repisa. Él lo recoge con la mano. No deja ni una sola mota de polvo. Tira la planta envuelta en papel de periódico directamente al cubo de la basura.

Vuelve a la repisa con una bayeta húmeda. Limpia el interior del tiesto, frotando el barro hasta quitar los restos. La seca y la coloca exactamente en el mismo ángulo en el que estaba, con el desconchón oculto de cara a la pared.

Mañana bajará a comprar una planta nueva. Son fáciles. Si mueren, se reemplazan.

Se baja las mangas del jersey, cubriendo las marcas rojas, y camina hacia la habitación.

El ordenador está encendido. Siempre lo deja así.

La silla de oficina cruje bajo su peso. Mueve el ratón. El escritorio de Windows es un abismo negro: ni fondo de pantalla, ni carpetas, ni iconos. Un escritorio invisible para un hombre invisible. Solo el navegador, abierto en una pestaña permanente.

Entra en la plataforma erótica. La de siempre. El cursor parpadea mecánicamente sobre la barra de búsqueda, pero él no necesita buscar. Va directo a la bandeja de entrada y hace clic en el icono del sobre.

Un mensaje nuevo.

La miniatura muestra la foto de perfil: una chica de pelo oscuro que mira a la cámara con la cabeza ladeada. Ojos grandes. Tetas enormes, posiblemente operadas. Y una sonrisa asimétrica coronada por unas paletas graciosamente separadas. No es el tipo de belleza de revista que intimida, sino un magnetismo extraño que te obliga a mirarla dos veces.

Él la mira tres.

La tensión residual de su mandíbula se evapora. Es un reflejo involuntario, como el placer de un perro apaleado al que, de pronto, alguien le rasca detrás de la oreja. Algo se abre en su pecho, algo que no tiene nombre pero que se parece al alivio, o a lo que él recuerda que era el alivio antes de que esa palabra perdiera su significado.

El mensaje es breve. Cuatro líneas limpias y sin faltas de ortografía. Ella le pregunta qué tal le ha ido el día. Le confiesa que el suyo ha sido larguísimo y bastante deprimente. Le pregunta, con una cercanía que le calienta la sangre, si él también tiene días así, de esos en los que parece que las horas pesan el doble.

Termina con un emoji: una carita sonriendo del revés.

Es una tontería. Un cúmulo de píxeles enviados desde un servidor a otro. Pero para él, es agua en el desierto.

Lo lee hasta memorizarlo. Entonces escribe la respuesta.

Le dice que sí, que él también tiene esos días. Que a veces lo único sensato es sentarse y dejar que las horas pasen por encima. Termina diciéndole que ojalá mañana el mundo pese un poco menos para ella. Y añade un emoticono: una carita con una sonrisa tímida.

Enviar.

Se reclina contra el respaldo de la silla. El monitor le baña la cara con una luz azulada y fantasmal.

Y en medio de esa oscuridad aséptica, sonríe.

15

Mónica empuja la puerta del bar y el ambiente cargado le da la bienvenida.

Le lleva un segundo adaptarse a la penumbra. El ruido de los vasos, las voces, el olor dulzón de cócteles baratos y perfumes que compiten entre sí. Mónica se quita la máscara negra que lleva colgada del cuello —un triángulo geométrico estampado, como exige la temática— y busca el reservado al fondo.

Llega tarde. Hora y media, para ser exactos. Sabe que Patricia se lo hará pagar con chupitos de tequila.

Pero el deber manda y no entiende de fiestas temáticas.

Hace apenas tres horas estaba en Moratalaz, plantada frente a una puerta cerrada. El apartamento de Nacho Pareja olía a animal incluso desde el rellano. Rayco casi hunde el timbre a base de pulsarlo y hasta ha golpeado con los nudillos.

Rendidos, han interrogado a los vecinos y lo único que han sacado en claro es que Nacho es un fantasma urbano, el clásico tipo del que nadie sabe nada, salvo que es «un chico bastante raro».

Al final se han ido con las manos vacías, cruzando los dedos para que Mercedes tuviera más suerte localizando a la casera.

Pero antes de eso, en Jefatura, tuvo lugar la llamada de Goyo.

Las noticias del forense revolvieron el estómago de todo el equipo. Abigail Brennan fue agredida sexualmente antes de morir asfixiada. Aparte de eso, la autopsia no arrojaba nada que no supieran ya.

Después vinieron los padres. El matrimonio Brennan llegó a Jefatura a media tarde, con los ojos hinchados y las manos entrelazadas. Andrés condujo la reunión con una serenidad sobrehumana: voz suave, pausas largas y ninguna pregunta que no fuera estrictamente necesaria.

La madre habló más que el padre. Contó que, cuando Abby empezó la universidad, ellos, recién jubilados, regresaron a Irlanda y dejaron a su única hija echar raíces en España. También que Abby coleccionaba imanes de nevera de todos los países que visitaba y que, la última vez que hablaron por teléfono, le pidió la receta del pastel de carne de su abuela. Nada que ayudara a avanzar en la investigación; la conversación solo sirvió para recordar que la chica del informe forense tenía nombre, familia y una receta pendiente que ya no iba a cocinar.

Y aquí está ahora ella: en un pub con servilletas de papel y un cartel escrito a mano que anuncia las tapas del día, embutida en un chándal rojo que le queda grande y una máscara de guardia de *El juego del calamar* colgándole del brazo.

«Llévame pronto…»

Cierra el cajón mental de los horrores y tira la llave. Es hora de reducir la marcha.

Cuando aparta la cortina del reservado, la primera a la que ve es a Mercedes.

Lleva un chándal verde de concursante con el número 014 cosido al pecho —catorce de marzo, el día de la boda; Patricia no da puntada sin hilo— y, coronando el conjunto, una tiara de plástico con brillantina rosa y una banda dorada cruzándole el pecho con la palabra *NOVIA* en mayúsculas temblorosas. Parece una Miss España que se ha colado en una distopía coreana.

Está riéndose a carcajadas, rodeada de cinco mujeres con chándales rojos y máscaras negras apoyadas en la frente o colgando del cuello, como un ejército de guardias que se ha tomado el día libre.

—¡Ya era hora, majestad! —grita Patricia desde la pared del fondo, levantando una copa de balón—. ¿Sabes cuánto tiempo llevo esperando para empezar el juego?

—He venido en metro desde Moratalaz porque mi querido novio decidió usar mi coche como auto de choque —se defiende Mónica, dejándose caer en el único taburete—. ¿Sabéis lo que es la línea 9 un viernes por la tarde? He visto cosas que os helarían la sangre.

Patricia le empuja un copazo por la mesa.

—Bebe. Tienes cara de viernes negro.

Mónica no discute. Se lleva el gin-tonic a los labios. El hielo y la ginebra le bajan por la garganta como un bálsamo anestésico.

Patricia da una palmada.

—Bueno. Ahora que la Cenicienta ha llegado, empezamos. —Levanta el móvil como si fuera un pergamino sagrado—. He preparado quince preguntas sobre Rayco. Mercedes tiene que responder en menos de cinco segundos. Si acierta, bebe un trago. Si falla, bebe dos. Lo he bautizado como *Verdad o coma etílico*.

—Eso no es un juego —comenta Mónica—. Es un programa de intoxicación forzosa.

—Calla y observa. —Patricia se aclara la garganta, pone voz de presentadora y dispara—: Primera pregunta. ¿De qué color son los ojos de tu futuro marido?

Mercedes parpadea, sorprendida por la rapidez.

—Azules.

—Especifica, concursante 014.

—Azules… claros. Muy claros. Como… no sé, como el fondo de una piscina a las siete de la mañana.

Patricia baja el móvil y la mira por encima de la pantalla.

—Joder, Mercedes. Te he pedido un color, no un poema. Bebe.

El reservado estalla en carcajadas. Mercedes se tapa la cara con las manos, pero se le nota la sonrisa por debajo. Da un buen trago a su copa.

—Segunda pregunta —continúa Patricia, implacable—. ¿Qué es lo primero que hace Rayco al llegar a casa del trabajo?

—Abrir la nevera.

—¡Coooooorrecto!

Más risas. Mónica sonríe a su pesar. Es verdad. Rayco Medina ataca la comida con la urgencia de un náufrago. Lo ha visto devorar un bocadillo de lomo como si lo hubiera agredido personalmente.

—Tercera pregunta. ¿Cuál es su peor manía cuando se pone nervioso?

Mercedes se lleva un dedo a la barbilla.

—Se toca el dedo anular de la mano izquierda. Justo donde llevaba la alianza de…

Se detiene en seco. No termina la frase.

Se produce un silencio breve. Todas saben de qué alianza habla. La de Fátima, su primera mujer. La que fue asesinada.

Patricia, que tiene un don infalible para dinamitar la tensión antes de que arruine el momento, no pierde ni medio segundo:

—Pues pronto va a tener otra alianza que tocarse y esta no se la va a quitar ni para ducharse. Siguiente pregunta: ¿ronca?

—Como una motosierra —responde Mercedes, y el alivio ilumina su rostro—. Pero me he acostumbrado. Es como dormir al lado de un motor diésel con acento canario.

Alguien golpea la mesa en medio de las risas. Patricia se seca una lágrima de rímel.

—Pues yo lo que quiero saber —interviene Toñi desde la esquina, arrastrando las palabras tras media botella de pacharán y con la máscara negra a modo de diadema— es si Medina cocina algo decente o si te va a tener comiendo de *táper* hasta que la muerte os separe.

—Rayco cocina —dice Mercedes.

—¿Ah, sí? ¿Y qué cocina?

—Huevos fritos. Y arroz blanco. A veces los combina.

—Virgen santa —murmura Toñi, santiguándose con su propio vaso.

Patricia anota algo en el móvil.

—Esa no era una de mis preguntas, pero te la compro. Toñi, estás ascendida a coorganizadora del evento.

—A mí no me asciendes tú, bonica, que yo llevo treinta años en la Administración y me he ganado cada euro a pulso.

Más risas.

Mónica observa a Mercedes entre pregunta y pregunta. La corona ladeada, la banda de purpurina medio despegada, el chándal verde que debería ser ridículo pero que ella lleva con la misma

naturalidad con la que lleva el uniforme. Hubo un tiempo en que Mónica la llamaba «la pánfila». La Reina del Excel. Miss Perfecta. La tía que siempre sonreía, que se acordaba de todos los cumpleaños, que traía bizcochos caseros a la oficina y los compartía con todo el equipo.

Cuánto la odiaba.

Ahora la mira y piensa que se equivocó durante mucho tiempo. Mercedes Escribano no es perfecta, ni mucho menos. Es de titanio puro. Hay una gran diferencia.

Un rato después, cuando el juego de preguntas ha terminado y las copas han bajado de nivel, Mercedes se levanta a por otra ronda. Mónica la intercepta junto a la barra.

—¿Has tenido noticias de la casera de Moratalaz?

Mercedes tarda un parpadeo en salir del modo novia y entrar en el modo policía.

—Sí. Se llama Encarna Ruiz. Está en Guadalajara, visitando a su hermana. Vuelve mañana a primera hora. Le he dado tu número. Dice que lleva semanas sin ver al inquilino.

—¿Semanas?

—Eso dijo. Me pareció nerviosa. Como la típica casera que alquila sin contrato y reza para que nadie le haga preguntas.

Mónica asiente. Memoriza el nombre: Encarna Ruiz. Mañana la conocerá en persona.

—Gracias. Ahora apaga el cerebro y disfruta de tu noche.

—Disfruto más cuando no me hablas de sospechosos junto al tirador de cerveza, si te soy sincera.

Patricia aterriza entre las dos como un misil teledirigido.

—¿Estáis hablando de trabajo en mi despedida?

—Es MI despedida —corrige Mercedes.

—Es la despedida que YO he organizado. —Patricia las mira a las dos con los brazos en jarra—. Hay una norma nueva esta noche: prohibido hablar de muertos, autopsias, pruebas forenses o cualquier cosa que empiece por «el sospechoso». ¿Queda claro?

—Como el agua —concede Mónica.

—Cristalino —añade Mercedes.

Patricia entrecierra los ojos durante tres segundos larguísimos, evaluando su sinceridad. Finalmente, sonríe.

—Estupendo. Volved al corral, que toca el brindis.

Cuando Patricia se gira para organizar los vasos, Mónica mira a la novia. Tiene restos de purpurina dorada en la mejilla.

—¿Estás nerviosa? —le pregunta casi al oído.

Mercedes tarda un momento en entender que ya no habla del caso.

—¿Por la boda?

—No, por el campeonato de pádel. Pues claro que por la boda.

Mercedes sonríe.

—Un poco. Pero son unos nervios raros. Esa sensación de que todo va tan rematadamente bien que una parte de ti espera que en cualquier momento suene el teléfono con una mala noticia.

Mónica traga saliva. Conoce esa sensación. Duerme con ella cada noche.

—Mercedes. Escúchame bien. Te lo mereces todo.

Mercedes le coge la muñeca y le acaricia los nudillos con el pulgar.

—Gracias, Mónica.

—No te acostumbres, que si me pongo tierna me salen sarpullidos.

El brindis llega con la tercera ronda. Mercedes se pone de pie con la copa en alto. Las demás callan.

—No voy a soltaros un discurso largo —empieza, con la voz ligeramente inestable—. Primero, porque no soy buena con las palabras. Segundo, porque estoy un poco pedo. Y tercero, porque si lloro, sé que Patricia me hará una foto y la subirá a Instagram.

—Sin filtro, además —confirma Patricia.

Mercedes le lanza una mirada y continúa.

—Solo quiero deciros una cosa. —Hace una pausa. Se nota que ha ensayado esto en su cabeza y que ahora, al decirlo en voz alta, le cuesta más de lo que esperaba—. No tengo mucha gente en mi vida. Nunca la he tenido. Soy un bicho raro para las multitudes. Pero las personas que tengo son buenas. —Mira a Mónica fijamente. Luego a Patricia, a Toñi, a todas—. Y eso vale más que un estadio lleno.

—Amén a eso —añade Mónica en voz baja.

Chocan las copas. Alguien dice «¡viva la novia!» y Mercedes se ríe, mientras a Mónica se le forma un nudo duro y caliente en la garganta que se niega a analizar.

Terminado el momento emotivo, Patricia se acerca a la barra y le pide al barman que reproduzca la *playlists* que habían acordado previamente. Cuando el hombre lo hace y sube el volumen, Patricia se gira hacia el grupo con los brazos en alto.

—¡Señoras, abróchense los cinturones! Entramos en la máquina del tiempo. La *playlist* se llama: *Lo que bailábamos antes de que la vida se volviera jodida.*

La primera canción es de las Spice Girls. Toñi da un grito de guerra. Mercedes salta de su silla. Patricia usa su copa a modo de micrófono y empieza a hacer *playback* con una devoción que asustaría al propio miedo.

Mónica se resiste estoicamente los primeros treinta segundos, apoyada en la pared con los brazos cruzados. Pero al final, claudica.

Desfilan los Backstreet Boys. Britney. Aqua. Cada canción es un pequeño portal a los noventa, con los pantalones de campana, los *walkman* que saltaban al caminar y los primeros amores.

Mónica se descubre bailando con Patricia como cuando tenían quince años y el mundo era un lugar donde las cosas malas les pasaban a otros. Patricia le tira de las manos, haciéndola girar torpemente. A su lado, Mercedes se mueve levantando el cubata, cuidando de no derramar ni una gota, como si fuera posible ser elegante con un chándal verde y una banda de purpurina.

—*¡YOU HAVE SO MANY RELATIONSHIPS IN THIS LIFE…!* —aúlla Patricia, desgañitándose sobre la melodía.

Mónica se une, cantando el estribillo a pleno pulmón, inventándose la mitad de la letra mientras señala a Patricia con el dedo índice. La euforia es contagiosa, un chute de endorfinas directo a la vena.

Y en mitad del estribillo, todavía riendo, Mónica gira la cabeza para buscar a Mercedes.

No está bailando.

Tampoco canta.

Está de pie junto a la mesa, inmóvil, con la copa suspendida a medio camino de los labios.

Mónica deja de sonreír.

El rostro de su amiga es una máscara de cera. El color ha huido de sus mejillas, dejándole la piel de un tono grisáceo y pálido. Tiene los ojos muy abiertos, pero no mira a Patricia, ni a Mónica, ni a nadie en el bar. Está mirando hacia dentro. Hacia un abismo muy profundo al que Mónica no tiene acceso.

Dura apenas dos segundos. Tres, como máximo.

Mónica parpadea, intentando procesarlo.

Cuando vuelve a enfocar, el abismo ha desaparecido. Mercedes ya se está riendo de nuevo. Levanta la copa al aire, grita algo que se pierde entre la música y se ajusta la tiara con un gesto cómico, volviendo a mover las caderas.

Pero Mónica lo ha visto.

Ha visto algo agazapado detrás de esos ojos que ahora vuelven a brillar.

Ba du bop, ba duba dop…

La música sigue sonando. Patricia ríe. Toñi da palmas. Mercedes le saca la lengua a Mónica desde el otro lado del reservado: un brindis a distancia, una sonrisa perfecta.

Pero Mónica Lago lleva demasiados años sentada frente a asesinos, mentirosos y víctimas.

Y sabe perfectamente cómo luce la sonrisa de alguien que esconde algo.

SÁBADO

16

Mónica apoya la nuca contra la pared de ladrillo del portal, se ajusta las gafas de sol —a pesar de que la mañana es gris— y le da un sorbo al café que Rayco le ha comprado de camino en la gasolinera. Está tibio, aguado y amargo. Perfecto para una resaca como la suya.

Rayco cuelga el teléfono, guarda el móvil en el bolsillo de la cazadora y se vuelve hacia ella.

—La casera dice que está a cinco minutos.

—Hace cinco minutos también dijo que estaba a cinco minutos.

Rayco la mira de arriba abajo con una media sonrisa insoportable.

—¿Qué? —gruñe Mónica.

—Nada.

—Rayco…

—Que nada. Solo pensaba en lo radiante y descansada que te ves esta mañana.

—Estoy en la flor de la vida. Y deja el sarcasmo para los profesionales, no te queda bien.

—Ya. Mercedes llegó a casa con un zapato de cada par. Uno negro, de tacón, y una zapatilla de deporte blanca. Todavía estoy intentando descifrar la física de ese milagro.

—¿Llegó muy tarde?

—Las tres y pico. —Rayco se encoge de hombros, pero una ternura evidente le suaviza la mirada—. Se metió en la cama, me dio un beso en la frente y me dijo: *«Eres el mejor puto marido del*

mundo». Le recordé que todavía no nos hemos casado, y me contestó: *«Pues espabila, tío bueno»*. Luego se quedó frita. Literalmente. Conté hasta tres y ya estaba roncando.

Mónica no puede evitar un amago de sonrisa que disimula tras el vaso de cartón.

—¿Mercedes ronca?

—Solo cuando bebe o está congestionada. Y créeme, en esas ocasiones suena como un tractor soviético. Pero ese es un dato clasificado y me lo llevaré a la tumba.

Mónica da otro sorbo. La cabeza le late justo detrás de los globos oculares con un pulso propio, lento y rencoroso. ¿Por qué demonios aceptó ese último chupito de licor de piruleta? Maldita seas, Patricia.

—¿A qué hora es lo de Jamie? —pregunta Rayco, consultando su reloj.

—A las dos en mi casa. John ha contratado a un mago. —Resopla mientras niega con la cabeza—. Un ilusionista, Rayco. Para un niño que cumple cuatro años y todavía cree que esconderse detrás de las cortinas lo hace invisible.

—Los ingleses y sus excentricidades.

—Yo le dije que con una tarta de chocolate y cuatro globos el niño era el rey del mundo, pero claro, luego la que queda como la madre aburrida soy yo.

—¿Va Andrés?

—Sí, claro.

—Bien.

—Sí, fenomenal. Estarán Andrés y John. Los dos en la misma habitación, disputándose el título de macho alfa frente al niño. La última vez que coincidieron, Jamie le preguntó a Andrés si él también era su papá.

Rayco suelta una risa corta; un ladrido involuntario que ahoga con el dorso de la mano.

—No tiene gracia —advierte Mónica.

—Un poco sí que tiene.

Él se mete las manos en los bolsillos y su expresión cambia.

—Oye, otra cosa. ¿Has visto las noticias esta mañana?

Mónica baja un milímetro las gafas de sol.

—¿Qué noticias?

—El nombre de Nacho Pareja se ha filtrado. Ha salido en Telemadrid y en la edición digital del 20 Minutos. Con foto y todo.

—Joder. ¿Quién ha abierto la boca?

—Algún vecino, seguramente. O alguien de la joyería que vio las cámaras. Ya sabes cómo funciona esto. Solo hace falta un móvil y ganas de cinco minutos de fama.

—Rayco, si este tío ve su cara en las noticias, se nos va a meter en un agujero y no lo sacamos ni con aceite hirviendo.

—Lo sé, la misma mierda de siempre.

Mónica aplasta el vaso vacío y lo tira a una papelera.

—Y si resulta que no es él, acabamos de destrozarle la vida a un tipo que lo único que hizo fue escribir una carta.

Rayco no contesta. Ambos saben cómo funciona esto: la prensa dispara primero y pregunta después, y la policía limpia los restos.

Antes de que Mónica pueda añadir algo más, algo llama su atención. Una mujer de cincuenta y tantos años se acerca por la acera a paso rápido, entre pequeños jadeos. Lleva un chándal gris jaspeado, zapatillas de deporte impecables y una cruz de oro macizo rebotando contra su pecho. Sujeta un enorme manojo de llaves como si fuera un rosario. Tiene el pelo teñido de un rubio ceniza que empieza a rendirse en las raíces, y unos ojos pequeños, rápidos y nerviosos.

—¿Ustedes son los de la policía? —pregunta la mujer, deteniéndose a dos metros.

—Inspectores Lago y Medina. —Mónica le muestra la placa sin quitarse las gafas de sol—. ¿Encarna Ruiz?

—Sí, sí. Perdonen el retraso, de verdad. Es que el sábado es mi día de recados y…

—No se preocupe. ¿Nos abre?

Encarna asiente repetidamente, empuja la pesada puerta y pasa primero. Una vez dentro, mira el tramo de escaleras como si albergara una enfermedad contagiosa y comienza a subir.

Pareja vive en un segundo piso sin ascensor. Los peldaños de madera vieja crujen bajo las zapatillas de la mujer. El hueco de la escalera huele a humedad propia de un edificio antiguo.

—Miren, yo quiero colaborar con lo que haga falta, que quede claro —dice Encarna sin volverse, con su voz rebotando en las paredes—. Pero quiero que sepan que yo soy una ciudadana honrada, ¿eh? Que pago mis impuestos religiosamente.

Rayco y Mónica intercambian una mirada a sus espaldas.

—Nadie ha insinuado lo contrario, señora Ruiz —dice Rayco.

—Ya, ya. Es que… bueno. —Encarna se detiene ante el 2ºB y baja la voz a un susurro conspiratorio—. Es que con el chico este, con Nacho, no tenemos un contrato como tal. Es un acuerdo… verbal. Él me paga en efectivo los días uno y yo le dejo el piso. Pero es todo legal, ¿eh? Bueno, legal, legal… Igual no está en el registro, pero tampoco es que yo sea una criminal.

—Señora —la corta Mónica, agotada—. No somos inspectores de Hacienda. Estamos investigando un homicidio.

Encarna traga saliva y asiente, visiblemente aliviada. Introduce la llave en la cerradura.

La puerta cede con un chirrido.

Lo primero que perciben es el olor: cerveza rancia, ceniza fría y un matiz dulzón y agrio que flota por debajo, similar a comida de gato mezclada con toallas húmedas. Mónica se lleva la mano a la nariz por instinto. Rayco la adelanta, va directo a la ventana del salón y la abre de par en par. El aire helado de la mañana entra como un soplo de aire fresco.

El apartamento es una caja de cerillas opresiva. Un salón con cocina americana amueblado con productos baratos de Ikea. Los muebles se cuentan rápidamente: un sofá hundido del color de la nicotina, una lámpara de pie y una mesa baja con cercos de humedad incrustados en la madera. Agrupadas junto a una pata hay docenas de latas vacías. Encima, un cenicero desbordado, coronado por una colilla arrugada. En el mueble del televisor, un reguero de aceite reseco baja desde una mancha oscura hasta el suelo. Y en el suelo, junto al sofá, una sábana arrugada hecha una bola.

En una esquina, enfrentada a la pared, hay una batería. Mónica se queda mirándola un momento. Alguien que vive en esta miseria, que huele así, que se deja pudrir entre cuatro paredes… se sienta frente a esos tambores y toca. En la pared opuesta, a la altura de

una cabeza, hay una marca: un agujero del tamaño de un dedo gordo, con la pintura reventada en estrella y astillas de yeso en el suelo. ¿Una baqueta lanzada con fuerza? Mónica observa la marca, luego los tambores, y finalmente vuelve a mirar la marca.

No es música lo que sale de ahí. Es otra cosa.

Rayco se acerca a la batería, curioso. Su bota roza sin querer el pedal del bombo, y el golpe mecánico, seco y hueco, retumba en el silencio del apartamento.

—El gato no está —dice luego, agachándose junto a la pequeña encimera de la cocina.

Mónica se acerca. Hay un cuenco de agua en la superficie y otro con restos secos de comida húmeda. Junto al fregadero, sepultado bajo una montaña de platos sucios, reposa un saco de pienso a medio abrir.

—Ha estado aquí hace muy poco —dictamina Mónica.

En la pila, observa un plato con restos de lo que pudo ser un huevo frito. La grasa todavía tiene la textura blanda de lo reciente, no la costra amarilla de algo que lleva días pudriéndose. En la encimera hay una Mahou a medio beber. Mónica introduce la yema del dedo meñique en el aluminio. El líquido está templado.

Se dirige al dormitorio. La cama está deshecha: la sábana bajera retorcida y el nórdico tirado a un lado, sin funda. Pasa la palma de la mano por el colchón. No está caliente, pero tampoco tiene la frialdad del abandono. Queda una tibieza fantasma, el eco físico de un cuerpo que se ha levantado hace no mucho.

—Horas —dice Mónica en voz alta—. Puede que menos de un día.

Rayco aparece en el hueco de la puerta.

—Ayer, cuando vinimos y no abrió, debimos fallar por un pelo.

Mónica no responde. Su mirada escanea el cuarto: una mesita de noche con un despertador digital; un armario entreabierto, con ropa colgada sin criterio; y debajo de la cama, asomando tímidamente, una carpeta de cartón marrón.

Se agacha, la saca y la abre sobre el colchón.

Contiene fotos. Decenas de ellas, sueltas, sin orden. Algunas están pegadas con celo a hojas de papel; otras tienen las esquinas

dobladas por el uso. Casi todas muestran a la misma persona: Abby Brennan. Abby sonriendo en un bar. Abby caminando por el Retiro con un café en la mano. Abby en una terraza, hablando con alguien que no aparece en el encuadre. Muchas de las instantáneas están tomadas desde lejos, con ese ángulo furtivo de quien inmortaliza a alguien que no sabe que está siendo observado.

Pero también hay fotos distintas. Selfis viejos. Nacho y Abby juntos, de adolescentes. Él con el pelo más corto y una sonrisa abierta que no encaja con la descripción del bicho raro que Cecilia les dio ayer. Ella, con el rostro cubierto de pecas y una sudadera de los Foo Fighters.

—Rayco. Ven a ver esto.

Él se inclina sobre su hombro y exhala un silbido.

—Menudo personaje.

—Ternura y acoso, todo en la misma carpeta —murmura Mónica.

Debajo del taco de fotos hay un cuaderno. Tapas de cartón negro, del tamaño de una cuartilla, con una goma elástica que lo mantiene cerrado. Mónica lo abre por una página al azar.

La letra es pequeña, apretada, inclinada hacia la derecha —la misma que en la carta del buzón—. Cuesta leerla, pero algunas frases saltan del papel como esquirlas:

«Hoy he pasado por su calle. Tenía la luz encendida. He querido subir y llamar a la puerta, pero no me he atrevido. Tal vez mañana».

Pasa unas páginas hacia atrás.

«No contesta al teléfono. ¿Por qué coño no contesta? Solo quiero saber si está bien. ¿Tan difícil es coger el puto teléfono?».

Y más adelante:

«He soñado con el patio del colegio. Abby me cogía de la mano y me decía que no tuviera miedo. Que ella siempre iba a estar ahí. He abierto los ojos y la habitación estaba vacía. Bowie dormía a los pies de la cama. Me he puesto a llorar como un gilipollas.»

Mónica relee la entrada. La lee una tercera vez. Hay algo en ella que no encaja con las anteriores. Las dos primeras entradas del cuaderno las habría firmado cualquier acosador de manual. Esta tercera la habría firmado un niño perdido.

Avanza hasta la última página escrita. Aquí la letra es distinta: más pausada y redonda, como si la mano hubiera dejado de temblar.

«Bernie dice que tengo que dejar de buscarla. Que el amor no es perseguir a alguien que no quiere ser encontrado. Puede que tenga razón. Hoy no le he escrito. Es la primera vez en seis meses».

Cierra el cuaderno. Al hacerlo, algo se desliza entre las páginas y cae sobre la cama.

Es una fotografía pequeña, más antigua, con los bordes ondulados y el color desvaído de otra época. Está colocada en el cuaderno como un marcapáginas, protegida entre dos hojas. Muestra a dos niños de unos nueve o diez años, sonriendo a la cámara en el patio de cemento de un colegio. Él tiene el pelo revuelto, una camiseta que le queda grande y la sonrisa mellada de la infancia. Ella es inconfundible: pelirroja, pecosa y con un brillo desafiante en los ojos.

Mónica le da la vuelta. En el dorso, con letra infantil de bolígrafo azul:

«Nacho y Abby, mejores amigos para siempre».

Se queda mirando la instantánea durante un largo segundo. «Los monstruos también fueron niños que sonreían en el recreo», piensa. «Y esa es la parte de la historia que nunca sale en las noticias».

Mónica guarda la foto y el cuaderno en bolsas de evidencias separadas. Sale del dormitorio.

Ve a Rayco de pie frente a la nevera. Un imán de propaganda de una pizzería sujeta una tarjeta blanca.

Arriba, impreso en negro: *«Alcohólicos Anónimos — Grupo Nuevo Amanecer»*. Debajo, a bolígrafo, con letra clara y firme: *«Bernardo Helguera»* y un número de teléfono móvil. Más abajo: *«Llámame cuando quieras. A cualquier hora»*.

Mónica libera la tarjeta del imán.

—Está en un programa de Alcohólicos Anónimos.

—Y Bernardo Helguera es su padrino —dice Rayco—. Tenemos que hablar con él. Quizá sepa dónde se esconde.

Mónica guarda la tarjeta en el interior del abrigo y abre la nevera. El interior está prácticamente vacío: cuatro latas de cerveza barata, dos mandarinas, un *tetrabrik* de leche abierto y un trozo de

queso envuelto en plástico que ha empezado a desarrollar vida propia. Suspira y cierra.

En el vestíbulo, sobre una pequeña balda de madera junto a la puerta, encuentra un juego de llaves.

Son solo dos llaves plateadas unidas por una anilla. Colgando de ellas hay un llavero: una figurita de madera, de esas baratijas que se compran en los mercadillos por cincuenta céntimos. Tiene las iniciales A.B. grabadas. La madera se ve gastada, decolorada, con los bordes redondeados por años de roce contra la tela de un bolsillo.

—A.B. —lee Mónica, sosteniéndolas en alto por la anilla para no contaminarlas—. ¿Las llaves del piso de Abigail Brennan?

Rayco asiente despacio.

—Joder, cómo pinta la cosa…

Encarna Ruiz sigue en el rellano, con los brazos cruzados y la espalda pegada a la pared. Da un paso adelante al verlos salir.

—¿Han encontrado algo?

—Señora Ruiz, ¿cuándo fue la última vez que vio a Ignacio Pareja? —pregunta Mónica.

La mujer se muerde el labio inferior. El carmín mancha uno de sus incisivos.

—Ayer, creo. Sí, ayer por la mañana. Vine a cobrar el mes pasado, que aún tenía pendiente de pagar. Ya saben, a arreglar cuentas. Llamé al timbre y me abrió. —Se rasca el cuello, incómoda —. Me dio el dinero en un sobre, como siempre, y me cerró la puerta en las narices. No hablamos. Nunca hablamos mucho, la verdad.

—¿Cómo lo notó? ¿Nervioso, alterado? ¿O normal?

—Normal no sé si es la palabra, inspectora. Normal para él, supongo. Es que Nacho es… un chico muy encerrado en su mundo. Muy raro. Yo no creo que sea mala persona, ojo. O eso creo. Pero raro, sí. Raro de narices.

—Defina raro —interviene Rayco.

—Pues mire, una vez lo vi en el portal hablando solo. Gesticulando con las manos, como si estuviera discutiendo a gritos con alguien, pero estaba completamente solo. Otra vez me llamó a

las once de la noche para quejarse de que el grifo del baño goteaba. Le dije que era viernes y que llamaría al fontanero el lunes. Se puso como un basilisco. Me levantó la voz y le colgué. Y a los cinco minutos, me mandó un mensaje de audio llorando. Un audio de tres minutos pidiéndome perdón por haberme gritado.

—¿Recibía visitas?

—No, que yo sepa. Su única compañía era ese condenado gato. Le daba más atenciones que a un hijo. Una vez le compró un rascador gigante que casi no cabía por el portal. Tuve que prohibirle que lo atornillara a la pared para no destrozarme el gotelé y casi le da un parraque.

Encarna descruza los brazos. Mira a Mónica, luego a Rayco, y baja la voz, obligándolos a acercarse.

—¿Es verdad lo que dicen por ahí? ¿Lo de la chica?

—¿Qué dicen por ahí? —replica Mónica, inescrutable.

—Pues… que encontraron muerta a una chica en Malasaña. La televisión ha dicho que buscan a alguien de este barrio. —Traga saliva y señala la puerta del 2ºB con la barbilla—. ¿Es él? ¿Es Nacho el asesino?

—Es una investigación en curso, señora Ruiz. No podemos darle detalles.

La mujer asiente, pero la respuesta no parece aliviarla. Se lleva la mano a la cruz de oro del cuello y la aprieta entre los dedos.

—Mire, yo no soy cotilla. Pero una cosa le voy a decir a usted: ese chico necesitaba ayuda profesional.

Mónica se queda mirándola a los ojos. Luego se vuelve hacia Rayco.

—Llama a Fernando Vara. Que mande a su equipo a peinar el apartamento.

Rayco marca el número y espera. La voz de Vara suena metálica y quejumbrosa al otro lado del teléfono.

—¿Puede esperar al lunes, Medina? Tengo a dos técnicos con gripe y estoy hasta arriba de…

—Fernando —lo interrumpe Rayco, pasándose la mano libre por el pelo—. Tenemos un piso hasta arriba de huellas dactilares y ADN

del tipo que casi con total seguridad violó y estranguló a Abigail Brennan. ¿Te parece que puede esperar hasta el lunes?

Pausa al otro lado de la línea.

—*Dame una hora.*

Rayco cuelga y mira a Encarna.

—Que nadie toque esa puerta. Este apartamento queda oficialmente acordonado.

Bajan las escaleras en silencio, dejando a la propietaria sola en el rellano, aferrada a su manojo y con la boca entreabierta.

Fuera, el sol cae oblicuo y sin fuerza. Rayco mira su reloj.

—La una y veinte.

—Lo sé —responde Mónica.

—El cumpleaños.

—Ya, Rayco.

Se suben al coche. Mónica se quita finalmente las gafas de sol y las tira en la bandeja del salpicadero. La resaca ya es solo un ruido blanco, reemplazada por un agotamiento mucho más profundo.

Tienen las piezas. Saben cómo se llama el monstruo. Dónde duerme, qué bebe, cómo escribe y cuántas veces suplicó por amor antes de rendirse a la violencia. Lo único que no saben es dónde coño se esconde.

El móvil de Mónica vibra en su bolsillo. Es un mensaje de WhatsApp de John, con una imagen adjunta que le ablanda el corazón. Jamie está sentado en la silla infantil del coche, con un gorrito de cartón de cumpleaños ladeado sobre sus rizos y una sonrisa de dientes de leche que ilumina la pantalla. John asoma cortado por el ángulo del selfi, con medio rostro visible y una mano levantada en un saludo torpe. Debajo de la foto, un texto:

El capitán Jamie está ready para la magia 🎂

Mónica se queda mirando la pantalla. Luego baja la vista hacia la bolsa transparente que descansa en su regazo.

A través del plástico, la otra fotografía. Dos niños sonriendo en un patio de cemento.

Mejores amigos para siempre.
Bloquea el móvil y mira al frente.
—Arranca el coche, Rayco. Vamos a ver un truco de magia.

17

Se detiene frente al escaparate.

Lo hace a menudo. Siempre elige tiendas en las que jamás podrá permitirse entrar, pero le da igual: el cristal no cobra peaje.

Del bolsillo interior de su abrigo saca un pequeño peine de plástico descolorido, con tres púas rotas. Se lo pasa por el pelo despacio, de la frente hacia la nuca, y luego repite el movimiento un poco más rápido.

Se peina.

Se despeina.

Se vuelve a peinar.

Nada funciona. Su cabello sigue cayendo lacio, sucio y sin gracia.

El peine era de Madre. Ella lo usaba para arreglarse frente al espejo del recibidor justo antes de abrirle la puerta a los hombres que venían a visitarla. Él no sabe por qué lo lleva encima. Nunca se ha hecho esa pregunta. Si se la hiciera, probablemente no le gustaría la respuesta. Hay cosas que se heredan sin permiso, como el color de los ojos o la forma de rechinar los dientes cuando algo duele.

Se coloca frente al cristal, alineando su reflejo con el de un maniquí que luce un traje gris marengo. Cuadra los hombros e intenta imitar la postura de la figura de plástico: la barbilla ligeramente levantada y las manos caídas a los lados con elegancia; esa indiferencia innata que solo poseen los hombres que no necesitan impresionar a nadie.

Se estira un poco. Mete tripa. Levanta la barbilla un centímetro más.

Una mujer pasa a su lado empujando un carrito de bebé. Al verlo, aprieta el paso y desvía la mirada.

La puerta de la *boutique* se abre. Un dependiente joven, con el pelo engominado y esa actitud de perdonavidas que solo tienen los que trabajan en tiendas donde no puedes comprar, se acerca.

—¿Puedo ayudarle en algo?

Lo dice con *ese* tono. No es una pregunta; es una orden disfrazada de cortesía. *Lárgate. Estás ahuyentando a los clientes. Aquí no pintas nada.*

—No. Solo miraba.

El dependiente asiente lentamente, escaneando su ropa barata. Finalmente, cierra la puerta. Al encajar en el marco, el cristal vibra y el reflejo del maniquí tiembla frente a él, como si se riera.

Por un instante minúsculo, un lapso que no dura más que el parpadeo de un semáforo, logra imaginarse dentro de ese traje gris. Siente el roce de la tela ajustándose a sus hombros. La corbata anudada a la perfección. El peso de los zapatos de cuero italiano. Se imagina caminando, y que alguien, una mujer, lo espera al final de la acera y sonríe al verlo llegar.

Un autobús de la EMT ruge a sus espaldas, escupiendo humo negro. El escaparate vuelve a temblar, quebrando el reflejo.

Cuando la imagen se recompone, el hombre del traje ha desaparecido. Solo queda él, un tipo encorvado, con el cabello aplastado hacia un lado, un plumífero que le queda grande en los hombros y unos ojos hundidos en charcos de insomnio.

Un fantasma urbano al que la gente evita mirar.

Madre tenía razón.

Se lleva el pulgar a la boca y lo muerde hasta notar el tirón de la carne viva.

Cara de sapo.

El olor a manzana le llega de algún sitio. No es real. Nunca lo es.

La chica se llamaba Susana y olía a champú de manzana.

Cada vez que pasaba a su lado por los pasillos del instituto, el mundo perdía fricción. Se ralentizaba como en esas películas románticas que Madre veía las tardes de domingo tirada en el sofá, esas donde un hombre y una mujer se cruzan a cámara lenta y estalla una balada pop. Solo que en la versión de su vida no había música. Solo el chirrido de sus propias zapatillas desgastadas contra el suelo y el zumbido de la sangre en sus oídos, tan fuerte que le nublaba la vista.

Susana se sentaba dos pupitres por delante de él, junto a la ventana. A veces, a primera hora de la mañana, el sol atravesaba el cristal y le iluminaba el pelo, tejiéndole una corona dorada sobre la cabeza.

Él se moría por acariciarla.

No como los idiotas de la última fila, que hablaban de sus tetas con la boca llena de bocadillo. Él buscaba algo mucho más profundo. Quería que Susana lo mirara de verdad. Que le sonriera. Que pronunciara su nombre sin que sonara como un insulto.

Había reunido valor durante tres semanas. Veintiún días de ensayar la frase frente al espejo del baño, de caminar detrás de ella a la salida del instituto con las palmas de las manos sudadas y sin atreverse a abrir la boca. Veintiún días mordiéndose las uñas hasta la carne viva, ignorando los gritos de Madre: *¡animal asqueroso!*

El último día, antes de salir de casa, cortó una rosa blanca de la maceta del balcón. El tallo se le escurrió y una espina gruesa se hundió profundo en la yema del dedo índice. La sangre brotó al instante, espesa y brillante, cayendo sobre los pétalos blancos.

No le importó. Envolvió el tallo en un trozo de papel de periódico húmedo, lo metió en la mochila y corrió al instituto.

La abordó a la salida. Susana estaba con su grupo habitual: tres chicas que reían demasiado alto, mascaban chicle con la boca abierta y llevaban los labios pintados de un rosa prohibido por el reglamento escolar.

El corazón le golpeaba las costillas con tanta violencia que temió que ellas pudieran escucharlo.

—Susana.

Ella se giró. El olor a manzana llegó hasta él como un tsunami dulce.

—Una flor… para la flor más hermosa —tartamudeó, recitando la frase que había ensayado tanto.

Extendió la mano. Le temblaba tanto el pulso que los pétalos vibraban en el aire como si hubiera viento. La sangre de su dedo, aún fresca, había manchado el periódico y la correa de su mochila, pero él estaba ciego a todo lo que no fuera el rostro de ella.

Se produjo un silencio.

Las tres amigas bajaron los ojos hacia la rosa. Luego hacia él. Finalmente, se buscaron entre ellas, intercambiando miradas que pretendían pisotearlo.

—¿Este es tu admirador secreto, Susi? —preguntó una de ellas, una morena con aparato dental—. Qué nivel… ¡Es patético!

—Es el bicho raro —añadió otra, dando un paso atrás.

La tercera, una rubia de bote con las uñas pintadas de negro descascarillado, dio un manotazo y le arrancó la rosa de los dedos. La sostuvo en alto, agarrándola por el tallo como si fuera una rata muerta, y arrugó la nariz.

—¡Joder, está manchada! ¡Qué puto asco!

Abrió los dedos y la rosa cayó al asfalto sucio, aterrizando entre las zapatillas del grupo.

Él no miró la flor. Solo miró a Susana. Esperaba que ella las hiciera callar. Que se agachara, recogiera la rosa y le diera las gracias con esa voz dulce que usaba para leer en voz alta en clase de Literatura.

Pero solo lo miró con sus enormes ojos claros, y en sus pupilas él vio algo reflejado que le dolió un millón de veces más que los insultos de sus amigas: lástima. Esa incomodidad compasiva y repulsiva con la que la gente normal mira a un perro callejero. *Pobrecillo. Qué pena da. Pero no lo toques, que lo mismo tiene algo.*

Y entonces, Susana se tapó la boca con la mano y reprimió una carcajada.

Fue un sonido minúsculo, un resoplido ahogado tras los dedos. Pero él lo escuchó como si le hubieran partido un hueso.

—Lo siento —dijo ella. Sus ojos ya no lo miraban a él, sino que buscaban la aprobación cómplice de su grupo—. No eres mi tipo.

Él se agachó cuando el grupo de víboras se alejó riendo a carcajadas. Uno de los pétalos manchados de sangre se había desprendido y estaba aplastado contra el asfalto bajo la huella de una suela de goma. Lo despegó con cuidado y lo recogió también.

Caminó hasta su casa con la flor muerta apretada en el puño. A mitad de camino, la arrojó a una papelera.

Esa misma tarde, Madre descubriría que faltaba una rosa en el balcón.

Y lo que pasó después pertenece a otro recuerdo. Uno que guarda más adentro, donde absolutamente nadie —ni siquiera él mismo— se atreve a mirar.

18

El globo se resiste como un animal acorralado.

Mónica lo aprieta entre los dedos, estira la boquilla de goma y sopla con todas sus fuerzas. Sus mejillas se hinchan como las de un trompetista, pero el maldito trozo de látex apenas crece un par de centímetros antes de desinflarse con un quejido patético.

—¿Necesitas ayuda?

Andrés aparece bajo el marco de la puerta de la cocina, sosteniendo dos bolsas de hielo.

—No, gracias. Puedo inflar un globo.

—Llevas diez minutos peleándote con ese.

—Lo tengo contra las cuerdas.

Andrés deja las bolsas sobre la encimera, se acerca por detrás y le quita el globo de las manos con un gesto suave. Toma aire y lo infla en tres segundos. Perfecto. Redondo. Obscenamente amarillo. Le hace un nudo y se lo tiende.

—Odio que hagas eso —dice ella, cogiéndolo por el nudo.

Él le guiña un ojo y ella no le devuelve la sonrisa.

Los primeros en llegar son Patricia y Leticia, la madre de Mónica, que se han cruzado en el rellano. Leticia entra portando un regalo envuelto en papel de princesas Disney. Jamie ha pedido superhéroes, pero su abuela lleva años confundiendo a Spider-Man con Frozen y nadie en la familia tiene ya moral para corregirla.

Patricia, por su parte, carga con una botella de vino blanco que se apresura a meter en la nevera.

—He traído un Verdejo. ¿O estamos de resaca por lo de anoche?

—Están a punto de coincidir mi novio, mi ex y mi madre en la fiesta de cumpleaños de mi hijo —responde Mónica—. Abre esa botella ya.

—Esa es mi chica.

Leticia se pasea por el salón inspeccionando la decoración con el ojo clínico de una inspectora de Sanidad. Toca una guirnalda, recoloca un plato de cartón que ya está recto y frunce el ceño al palpar el mantel.

—¿Esto es papel? —pregunta, con el mismo tono que usaría si acabara de encontrar un cadáver desmembrado en la alfombra.

—Es un cumpleaños infantil, mamá. No la boda de la infanta.

A los cinco minutos, llegan Rayco, Mercedes y Faina. Mercedes trae un *táper* de cristal con su famoso bizcocho de limón. Es el tipo de mujer que lleva repostería casera a una fiesta donde ya hay postre por encargo, y además queda bien. Faina, con sus auriculares colgando del cuello y la expresión de quien acaba de ser secuestrada por sus padres, se deja caer en la primera silla libre y saca el móvil sin decir hola.

Rayco abraza a Mónica y le tiende un paquete envuelto en papel con decoración de viñetas de cómic.

—De parte de los tres —dice.

—¿Qué es?

—Un teclado electrónico para niños. Y antes de que desenfundes el arma: viene con auriculares.

Mónica lo mira y suspira, sopesando la caja.

—Te quiero, Rayco Medina. Pero si mi hijo aprende a quitarse los auriculares y empieza a aporrear el teclado a las siete de la mañana, voy a matarte y haré que parezca un accidente.

La conversación fluye con la nerviosa ligereza típica de las reuniones en las que falta gente por llegar y todos lo saben. Leticia interroga a

Mercedes sobre la boda, y esta se ilumina. Rayco pone cara de superviviente de guerra. Andrés sirve refrescos.

Patricia aprovecha un hueco para arrinconar a Mónica junto a la ventana.

—Oye, ¿quedamos el lunes cuando salgas del trabajo? —le susurra con una sonrisa canalla—. Así comentamos la jugada de anoche. ¿Viste a la Toñi bailando Aqua? Pensé que se dislocaba la cadera. ¡Qué mujer!

—Me temo que no voy a poder. Tengo que quedarme con Jamie. Andrés se va a Valencia para el cumpleaños de su hija.

Nada más terminar la frase, el salón se queda en silencio y todos se vuelven hacia ella, lo que indica que no ha calculado el volumen de su voz.

—¿Y tú no vas con él, hija? —dispara su madre.

—No puedo, mamá. Jamie tiene cole.

Leticia parpadea.

—¿Y John? Que se quede John con el niño. Para eso es su padre, digo yo.

Desde la cocina, Andrés hace un gesto con la mano que viene a decir: *¿Ves? Es lo que llevo diciendo yo.*

—Es que, además, tenemos muchísimo trabajo. —Mónica siente todas las miradas sobre ella, acompañadas de un calor repentino que le sube por el cuello—. De hecho, casi llegamos tarde hoy por culpa del caso.

Leticia abre la boca para lanzar una réplica, pero capta algo en la mirada desafiante de su hija que le aconseja abortar la misión y comienza a buscar algo inexistente en su bolso.

Patricia bebe un trago largo de Rueda. Mercedes y Rayco intercambian una mirada.

Y el silencio dura exactamente cuatro segundos, que en un salón lleno de invitados equivalen a una era glacial.

A las dos y diez, el timbre rompe la tensión. Mónica abre la puerta y Jamie entra como un proyectil, abrazándose a sus piernas.

—¡Mami! ¡*Daddy* me ha dejado elegir la tarta!

Detrás del torbellino, entra John. Chaqueta de cuadros, el flequillo algo más largo que la última vez, gafas de pasta nuevas sobre la nariz roja por el frío, y una sonrisa diplomática que, aparentemente, no sabe muy bien dónde aterrizar. Carga con una enorme caja de pastelería y un paquete envuelto en papel de regalo que parece haber sufrido un accidente. John envuelve regalos como escribe: con entusiasmo y violencia.

—*Hey*, Mónica.

—Hola, John.

Se dan un beso torpe, sus mejillas apenas se rozan. John entra en el salón y saluda a todos. Patricia lo escanea de arriba abajo con su descaro habitual. Leticia lo envuelve en un abrazo maternal. Rayco le da un apretón de manos y una palmada en la espalda. Mercedes lo recibe con los brazos abiertos.

Faina levanta la vista del teléfono durante un nanosegundo.

—Hola, John. —Y vuelve a la pantalla.

Andrés sale de la cocina, secándose las manos con un trapo. Se acerca al escritor con paso medido y le tiende la mano.

—Bonito pañuelo.

John, que lleva una bufanda de lana escocesa enrollada al cuello, le devuelve el apretón.

—Gracias. Es una bufanda.

—Ah, claro. De todas formas, es bonita.

Se miran en silencio.

—Dios mío, esto parece uno de esos programas de la tele donde meten a todos los ex en una casa —suelta Leticia, incapaz de morderse la lengua.

Mónica pone los ojos en blanco.

—Mamá, por favor…

—¿Qué? Si solo digo que sois todos muy modernos. Yo lo veo estupendo.

Patricia esconde la risa tras su copa.

El mago llega diez minutos tarde. Se llama Óscar, aunque insiste en que lo llamen «El Gran Óskar, con K». Trae un desvencijado maletín

del que no dejan de salir pañuelos de colores, cartas marcadas y un conejo de peluche al que llama Copperfield. Lo que sigue es una hora interminable de trucos mediocres que solo fascinan a Jamie. Rayco graba con el móvil con la seriedad forense de quien documenta una escena del crimen. Leticia aplaude cada vez que desaparece una moneda. Faina no aparta los ojos de TikTok. Andrés y John ocupan extremos opuestos del sofá, separados por un foso de cojines, y aplauden de vez en cuando con la incómoda coordinación de dos extraños atrapados en un ascensor averiado.

El Gran Óskar hace su reverencia final y todos le vitorean como si acabara de representar Hamlet en el teatro de la ópera. Jamie pide más, pero el resto de la audiencia está hambrienta y cansada. Cuando el mago cobra sus ciento veinte euros en negro y se marcha arrastrando a Copperfield por una pata, atacan la comida.

Las cajas de pizza grasienta y las bandejas de sushi ocupan cada milímetro de la mesa. Mónica ha pedido suficiente comida como para alimentar a un pelotón, una forma fácil de compensar el hecho de que no sabe cocinar.

La tarta es colosal: dos pisos de bizcocho sepultados bajo *fondant* con el escudo del Capitán América.

Cuando Jamie sopla las cuatro velas —más una de propina, porque Leticia insiste en que «una de más trae suerte»—, Mónica observa a su hijo, con los mofletes hinchados, los ojos apretados y las pestañas temblando por el esfuerzo, y el mundo se pone en pausa. Es un segundo de felicidad pura, destilada. Un instante donde no existe el caso, ni Andrés, ni John, ni Nacho Pareja, ni esa jodida flor junto al cadáver.

Solo Jamie.

Luego, el segundo pasa, como todos.

Es durante el reparto de la tarta cuando Rayco mira la pantalla de su móvil, frunce el ceño y le hace un gesto a Mónica con la cabeza. Ella se limpia los dedos de azúcar en una servilleta y se acerca.

Rayco inclina el móvil para que solo ella pueda leer.

Dos mensajes de texto.

El primero es de Pablo, el informático:

Portátil de Abigail Brennan limpio. Ni rastro de apps de citas. Historial normal: Netflix, Gmail, apuntes de universidad, Instagram. Nada de perfiles ocultos.

Mónica lee el texto y un engranaje frío gira en su cabeza. Recuerda a Cecilia, ayer, sentada en el sofá de su madre con los ojos llorosos: *«Usaba esas apps constantemente. ¿Quién no?»*.

Pero el portátil de Abby cuenta una historia totalmente distinta.

¿Cecilia les mintió a la cara? ¿O hay algo que se le escapa?

En el mensaje, Pablo también menciona el título de la última canción reproducida en la aplicación de música de Abby, que es la que seguramente sonaba en bucle durante el asesinato, según los testigos.

«Qué curioso», piensa Mónica, alzando las cejas.

El segundo mensaje es de Fernando Vara:

Identificada flor del cadáver. Lamprocapnos spectabilis. Nombre común: Corazón sangrante. Origen asiático. Planta ornamental extremadamente rara en España. Seguimos tirando del hilo.

Corazón sangrante. Un nombre terriblemente poético para dejarlo junto a una mujer estrangulada.

Mónica cruza una mirada pesada con Rayco.

—¿En serio? —La voz de Patricia atraviesa el salón como un misil —. ¿Estáis mirando cosas de trabajo en el móvil? ¿En el cumpleaños del niño?

Leticia se suma al linchamiento con una mirada que habría hecho confesar a un sicario del cártel.

—Colgaos una placa de «fuera de servicio» aunque sea una hora, ¿no? —añade Patricia, levantando su copa en un brindis irónico—. El crimen puede esperar a los chupitos.

Rayco levanta las manos en gesto de disculpa y guarda el teléfono.

Después de comer, Jamie se tumba en la alfombra a jugar con sus regalos. Faina se sienta a lo indio a su lado y empieza a ayudarle a montar el camión de bomberos que le ha regalado Andrés, mostrando una paciencia infinita que, curiosamente, solo reserva para los niños y los animales. Los adultos, mientras tanto, se sirven café.

La conversación orbita irremediablemente en torno a la boda, como ha estado haciendo en cada reunión social durante los últimos tres meses. Mercedes desgrana los preparativos con una ilusión radiante. Rayco le pasa el brazo por los hombros mientras ella explica que Faina ya se ha probado el vestido de dama de honor y que —milagro de milagros— apenas ha protestado.

—Protesté lo justo —murmura Faina desde la alfombra, sin levantar la vista del camión—. El vestido es rosa. Rosa chicle. Muy fuerte.

—Es coral —corrige Mercedes.

—Es rosa Peppa Pig, mamá. Asúmelo.

Mercedes mira a su prometido buscando apoyo y resopla. A modo de respuesta, Rayco desliza la mano y le acaricia juguetonamente el cuello, exactamente en el lugar donde sabe que le hace cosquillas. Ella lo aparta entre risas.

Mónica los observa. Hay algo en la forma en que Mercedes mira a Rayco, en cómo le pone la mano en la rodilla sin pensar, en cómo él le retira un mechón de pelo de la cara, que hace que el mundo parezca un lugar menos podrido.

Leticia, por supuesto, aprovecha la ventana emocional para lanzar su dardo envenenado.

—¿Y tú para cuándo, hija?

Mónica clava los ojos en su madre.

—¿Cuándo qué, mamá?

—Ya sabes. —Leticia hace un gesto vago que abarca a Andrés, las alianzas del mundo y el concepto general del matrimonio—. Que

ya tienes una edad.

—Mamá. Frena.

—Solo digo que el tiempo pasa, Mónica.

—El tiempo pasa para todos, mamá. También para ti. Y no te veo buscando novio.

Leticia se lleva una mano al collar de perlas, escandalizada. Mónica gira la cabeza hacia su ex.

—Y tú, John: prohibido usar esto en tus próximas novelas, que nos conocemos.

El escritor levanta ambas manos en señal de paz, riendo por lo bajo, mientras Patricia se atraganta con el café.

—Por cierto, John —interviene Rayco, inclinándose hacia él—. Si te apetece, después de la ceremonia habrá una copa informal. Algo tranquilo. Pásate un rato.

John parpadea, genuinamente sorprendido.

—Ah. Yo… no quiero molestar, de verdad. Es vuestro día.

—No molestas a nadie. Es mi boda y me gustaría que estuvieras.

John traga saliva, conmovido, y asiente.

—Allí estaré. Gracias, Rayco.

De reojo, Mónica capta un leve movimiento. Andrés, hundido en el sofá, no cambia de expresión, pero aprieta ligeramente la taza entre los dedos. Dura apenas un segundo. Luego afloja el agarre, se recuesta y sonríe como si no hubiera pasado nada.

Mónica deja pasar cinco minutos. Luego se levanta, roza el hombro de Rayco y le dice en voz baja:

—Ayúdame con los licores.

Rayco la sigue a la cocina. Mónica cierra la puerta con cuidado.

—¿Por qué lo has invitado? Sabes perfectamente lo complicado que es tener a John y a Andrés en la misma habitación.

Rayco se apoya contra la encimera con parsimonia.

—Ese hombre cruzó media Europa por ti, Mónica. Ha renunciado a más cosas de las que quieres admitir. Y sigue plantándose aquí cada cumpleaños de vuestro hijo con una sonrisa, tragándose el orgullo porque sabe que en esta casa hay otro tío ocupando su lugar en la cabecera de la mesa. Lo mínimo que puedo hacer por él es invitarle a un cubata en mi boda.

Mónica abre la boca para disparar. La cierra y la vuelve a abrir. No tiene munición. Porque él tiene razón.

—Además —añade Rayco, suavizando el tono—, John me cae bien. Tiene un gusto cojonudo para el whisky. Y ha traído una tarta que te cagas.

Mónica suelta el aire por la nariz.

—Eres insufrible cuando tienes razón.

—Pues la tengo casi siempre, así que imagina lo que sufres.

Salen de la cocina. Nadie pregunta por los licores.

Son casi las cinco y la luz de la tarde empieza a teñir el salón de un ámbar sucio. Leticia recoge los platos con la ayuda de Faina —que no se ha atrevido a negarse cuando la mujer le ha pedido ayuda— mientras el resto se abandona a la letargia del sofá. Jamie se ha quedado dormido en el regazo de John.

—Hay una cosa de la que no habéis hablado. —Patricia cruza las piernas y adopta un tono misterioso—. La canción. ¿Con qué balada cursi vais a arrancar el baile nupcial?

Mercedes sonríe tímidamente, desviando la mirada hacia Rayco.

—No lo hemos hablado todavía. Me da un poco igual, la verdad. Es una boda. ¿Qué importancia tiene ese baile? Lo que cuenta es que estemos todos y lo pasemos bien. Ademas, Rayco baila como un pato mareado.

Él le responde con una mueca divertida.

—Ahora en serio —añade Mercedes—. No creo que una canción deba definir un día tan importante.

—Pues cuidado —interviene Mónica, picando un ganchito—. Hay a quienes les gusta poner banda sonora mientras matan.

—¿Perdona? ¿Me lo explicas? —pregunta atónita Patricia.

Mónica mira a su hijo, roncando al abrigo de su padre, y baja la voz.

—En el piso de la chica que estrangularon —contesta mientras mastica—, estuvo toda la noche sonando esa de los Hanson. *MMMBop.*

—¡Joder, hay que ser sádico! —exclama Patricia, y se arranca a tararear—: *Mmm bop, ba duba dop, ba du bop…* Esa sonó ayer en el bar, ¿no?

—Estamos como para acordarnos de algo de anoche. Yo, al menos, soy todo lagunas —bromea Mónica, aunque por el rabillo del ojo no pierde detalle de la reacción de Mercedes: tiene las manos sobre el regazo, muy quietas, como si acabara de recibir un golpe del que aún no ha sentido el dolor.

—Cariño. —Rayco le pone una mano en la rodilla, pero ella la retira con suavidad—. ¿Estás bien?

—Sí. Sí, claro. —Mercedes se pasa la palma por la cara, estirando la piel para forzar una mueca que pretende ser una sonrisa—. Demasiado vino, supongo.

La conversación intenta remontar el vuelo como un pájaro herido. Leticia ofrece más café. John ve con Jamie, despierto de nuevo, los dibujos animados en el teléfono. Rayco lanza una anécdota torpe sobre el cura que los va a casar. Todos ríen de forma exagerada.

Todos excepto Mercedes, que permanece sentada como una estatua de sal, con los labios sellados y las manos inmóviles.

Es Patricia, cómo no, la que vuelve a escarbar.

—Venga, va, no nos dejéis a medias. Contadnos algo más del caso. Yo ya me muero de curiosidad. ¿Qué habéis descubierto hoy, aparte de lo de esa canción?

Mónica la observa con cansancio.

—Patricia, el niño está despierto.

—Está absorto con los dibujos. Vamos, solo lo básico. ¿Quién era la víctima? ¿Qué pasó?

Rayco se encoge de hombros, pasándole la pelota a Mónica con una mirada que dice: *tú decides.*

Mónica exhala y cede. Cuenta la versión esterilizada: joven irlandesa, veinticinco años, violada y estrangulada en su apartamento. La puerta no fue forzada. Y junto al cuerpo, una flor exótica.

—¿Qué flor? —quiere saber Patricia.

—Tiene forma de corazón. Mirad. —Rayco busca la foto que le ha mandado Fernando y la gira hacia Patricia—. Es preciosa, pero en este contexto te pone los pelos de punta.

Patricia coge el teléfono y lo acerca a su cara. Entrecierra los ojos.

—Joder, qué cosa más rara. ¿Y esta flor qué significa?

—Eso quisiéramos saber nosotros —responde Rayco.

Mónica observa de reojo a Mercedes. Sigue en el sofá, con la mirada fija en el suelo. No parece estar escuchando.

Patricia le da la vuelta al teléfono de Rayco y lee en voz alta el pie de foto del mensaje de Fernando:

—*Lamprocapnos specta… spectabilis*. Nombre común: corazón sangrante. —Levanta las cejas—. Madre mía. Corazón sangrante. Vaya nombrecito.

Mercedes se pone de pie.

El movimiento es tan brusco que su taza de café tiembla sobre la mesa. Es una eyección, como si el sofá hubiera ardido debajo de ella. La reacción llama la atención de John, de Leticia, e incluso Faina levanta los auriculares.

No mira a nadie. Cruza el salón a zancadas, tropezando con la esquina de la alfombra, y entra en el baño de un portazo. El clic metálico del pestillo resuena en el pasillo.

Luego, amortiguado por las paredes, llega el sonido hueco y agónico de alguien vaciando el estómago en el inodoro.

El silencio que sigue en el salón es sepulcral. Jamie se remueve ligeramente en los brazos de John: *«¿Qué pasa, Daddy?»*. Patricia es la primera en romper el hielo.

—Madre del amor hermoso —dice, y una sonrisa pícara y cautelosa asoma a sus labios—. ¿Tensión preboda? ¿O estará embarazada?

Andrés y John ríen la broma sin convicción.

Rayco se ha puesto en pie, ignorando el comentario. Se queda mirando hacia el pasillo, con los brazos en jarra y la frente fruncida.

Mónica levanta despacio su taza de café y le da un sorbo.

No hay ninguna resaca. No hay ningún embarazo sorpresa. Mercedes Escribano no se ha encerrado a vomitar por los nervios de

la boda.

Hay algo mucho más oscuro vomitando bilis detrás de esa puerta.

19

Las baldosas están heladas.

Es el único pensamiento sólido al que Mercedes logra aferrarse mientras su estómago le da otro latigazo. Heladas. Puede quedarse ahí, sentada en el suelo del baño de Mónica, con la espalda contra la pared y las piernas dobladas como una niña castigada. Puede quedarse todo el tiempo que haga falta.

El sudor frío le empapa la frente y se desliza por su cuello, pegando la blusa a su piel.

En el borde de la bañera, un patito amarillo de goma la observa con su sonrisa pintada e inmutable. Un juguete de Jamie. Alegre, inocente, estúpido. Mercedes aparta la vista.

Corazón sangrante. La flor.

Y la canción.

Do ba dop, ba doo bop…

Antes, cuando Mónica la ha mencionado —*Estuvo toda la noche sonando esa de los Hanson*—, alguien ha tirado de sus pies hacia abajo, dejándola suspendida sobre un agujero oscuro, y le ha dado a Mercedes mucho tiempo para mirar a la nada, hasta que, de pronto, ese mismo alguien la ha soltado. Se ha hundido en la negrura, sus manos buscando asidero, el cuerpo girando, esperando, casi deseando estrellarse contra el fondo. Mientras, Jamie le gritaba a los dibujos. Alguien le rozaba la rodilla. Y Rayco le hablaba en voz baja: «Cariño, ¿estás bien?».

Ella lo ha tranquilizado con una sonrisa impostada. El momento se ha congelado.

Ahora, la dichosa melodía gira dentro de su cráneo como un tiovivo al que alguien le ha arrancado el freno. Alegre. Obscena. Era la canción favorita de *ella*. ¿Quién demonios elige una estupidez pop como esa para definir su vida?

Ella, por supuesto.

Clara.

Mercedes aprieta los párpados con fuerza, pero cerrar los ojos es peor. En la oscuridad, oye su risa. Después de tantos años, la oye con una nitidez que le perfora los tímpanos.

Se mira las manos. Todavía tiene un rastro pegajoso en las yemas de los dedos. Restos de nata de la tarta del Capitán América. Empieza a frotárselas contra la tela de los vaqueros, despacio al principio y luego con más fuerza, hasta que la fricción le quema la piel. Frota como si debajo de la nata y el azúcar del cumpleaños hubiera algo más. Algo que no se va a ir con agua y jabón.

Ba duba dop…

«Cállate… ¡Cállate! ¡CÁLLATE!»

Apoya una mano en la tapa del inodoro y tira de su propio peso hacia arriba. Las rodillas le tiemblan como gelatina, pero logra ponerse en pie. El diamante de su anillo de compromiso destella bajo la luz blanca del baño.

Se apoya en el lavabo y abre el grifo al máximo. Se moja la cara con agua helada, obligando a su sistema nervioso a regresar al presente. Goteando, levanta la vista al espejo.

Tiene los ojos surcados de venas rojas y la piel del color de la cera.

Se arregla los mechones sueltos del pelo con los dedos húmedos. Se seca la cara a toquecitos con una toalla. Se alisa la blusa, tirando de la tela hacia abajo. Respira hondo, llenando los pulmones, exhala despacio…

… y sonríe.

Es una sonrisa agradable. Perfectamente creíble. La ha practicado durante veinte años; a estas alturas, es casi un reflejo muscular automático.

Sale del baño y recorre el pasillo. La fiesta sigue al otro lado: el tintineo de los vasos, la carcajada escandalosa de Patricia contando alguna anécdota graciosa de las suyas, los dibujos animados de Jamie reproduciéndose en el móvil de John.

Rayco está de pie, junto a la ventana del salón, con una cerveza en la mano y tres surcos en la frente; hace cinco minutos no estaban ahí. La mira como si ella fuera lo mejor que le ha pasado en la vida y su único deber en el mundo fuera protegerla de todo mal.

Mercedes le devuelve la sonrisa perfecta, sintiendo un vacío de cemento en el pecho.

Él no tiene ni idea.

No tiene ni idea de con quién se va a casar.

20

El salón parece la zona cero de una batalla campal.

Mónica pisa algo blando y pegajoso que cruje bajo su zapatilla; prefiere no mirar, pero reza para que sea fondant azul y no plastilina. Se cambia el teléfono a la otra oreja mientras recoge un plato de cartón sepultado bajo una montaña de servilletas arrugadas.

—Te lo juro, tía —dice Patricia al otro lado—, he visto a John muchísimo más guapo. Se nota que la soltería le favorece.

—Ni se te ocurra, Patri. Cualquier hombre menos mi ex. Hablo completamente en serio.

—¿Qué? ¿De verdad crees que…? Vamos, no me van los guiris ni los pelirrojos, con la única excepción de Ed Sheeran. Pero reconozco que tu ex tiene un empujón.

Mónica sonríe. No puede evitarlo. Patricia tiene el don exasperante de ofenderla y robarle una sonrisa en la misma frase. Tira de una serpentina verde que se ha quedado pegada al respaldo de una silla y la mete en la bolsa de basura.

—Oye, ¿y la Merche? —Patricia baja medio tono, adoptando su frecuencia de chismorreo clandestino—. Lo de hoy ha sido muy raro.

—¿El qué?

—Tía, lo del baño. Ha salido disparada como alma que lleva el diablo y ha estado ahí encerrada un buen rato. Y luego ha vuelto al salón con una sonrisa, como si nada. Pero le pasaba algo. Eso se nota.

—A lo mejor algo le sentó mal.

—¿En serio? ¿Eso es lo que me vas a decir? ¿Que algo le sentó mal?

—Patri, a veces la gente vomita. Sin más. No todo en esta vida es un capítulo de tu telenovela turca.

—Primero: no es turca, es coreana. Y no es una telenovela, ten un poco de respeto cultural. Segundo: Mercedes no es de las que pierden los papeles en público sin un buen motivo. Apenas bebió vino y ni siquiera probó la tarta.

Mónica lo sabe. Vaya si lo sabe. Pero no piensa convertir el asunto en el pasatiempo nocturno de Patricia.

Suena un estruendo en algún punto de la casa. Probablemente es Jamie, desafiando las leyes de la gravedad con algún juguete nuevo.

—Tengo que dejarte, Patri.

—Claro, huye. Pero dale una vuelta, ¿vale? Eres policía, se te da de miedo leer a la gente. Algo le pasa a esa mujer.

—Buenas noches.

—Vale, vale. Cambio y corto. Dale un beso enorme a Jamie de mi parte.

Mónica cuelga y se queda un segundo mirando la pantalla del móvil. Patricia tiene razón. Lo de Mercedes ha sido raro. No por el hecho de vomitar, sino por la forma en que volvió al salón después, con los ojos un poco más brillantes y los hombros demasiado rectos.

Como alguien que acaba de ver un fantasma.

Arrastra la bolsa de basura hasta la cocina. Andrés está frente al fregadero, secando la bandeja de la tarta con un paño de cocina. Se ha quitado la camisa y lleva una camiseta de algodón gris que le queda grande. Tiene el pelo revuelto y sombras de agotamiento bajo los párpados que, por algún extraño motivo que a ella le jode, le hacen parecer aún más atractivo.

—Jamie está en su cuarto —informa él, sin darse la vuelta—. Le he puesto el pijama y le he lavado los dientes, pero se niega rotundamente a cerrar los ojos si no vas tú a saludar al dragón.

—¿Qué dragón?

—No me preguntes. Al parecer, hay un dragón viviendo debajo de su cama que necesita que le des las buenas noches, o no

duerme. El dragón, no Jamie. Aunque tampoco Jamie.

—Fantástico. Justo lo que me faltaba hoy.

Mónica deja la bolsa junto al cubo del reciclaje y se llena un vaso de agua fría del grifo. Se lo bebe casi de un trago.

—¿Era Patricia? —pregunta Andrés, colgando el trapo.

—¿Quién si no? Llamaba para hacer la autopsia de la fiesta.

—¿Y cuál es el veredicto?

—Favorable. Aunque le ha parecido raro lo de Mercedes en el baño.

Andrés se apoya en la encimera y la mira por primera vez. Sus ojos la escrutan con calma. Son del color de la corteza de los árboles después de llover: un marrón verdoso que cambia según la luz; a esta hora de la noche, bajo los fluorescentes de la cocina, parece más oscuro de lo habitual.

—Había demasiada comida basura. Y están los nervios de la boda. Una mezcla explosiva.

—Eso le he dicho yo.

—Pues ya está. Asunto cerrado.

Pero no lo está. Y los dos lo saben. Simplemente, no tienen energía para desenredar ese nudo ahora, con la cocina oliendo a pizza fría, el lavavajillas hasta arriba y un niño de cuatro años hablando con un dragón imaginario.

—Voy a acostar a Jamie —dice Mónica.

Le lleva diez minutos. El dragón se llama Paquito —nombre escogido por Jamie, no negociable—, es de color naranja radioactivo y se alimenta exclusivamente de galletas de chocolate. Mónica le da las buenas noches al dragón, arropa a Jamie y besa la cabeza de plástico del Buzz Lightyear que duerme entre los dos.

Está a punto de levantarse cuando Jamie saca una mano de debajo del edredón y la agarra de la muñeca con esa fuerza de pinza que tienen los niños pequeños.

—Mami.

—Dime, bicho.

—¿Mañana puede papi Andrés llevarnos al parque de los columpios a mí y a Paquito?

Mónica se queda quieta. *Papi Andrés.*

Jamie la mira con los párpados muy abiertos, esperando una respuesta. Para él no es una pregunta complicada. Para él, el mundo tiene una lógica sencilla: hay un papá que ve de vez en cuando y habla de forma graciosa, y hay otro que vive en casa y le pone el pijama. Los dos son papá. Fin de la historia.

—Ya veremos, cariño. Duérmete ya.

Jamie frunce el ceño con una gravedad que resulta cómica en una cara tan pequeña, pero acepta la respuesta. Se da la vuelta, abraza a Buzz y cierra los ojos.

Mónica sale de la habitación y deja la puerta entreabierta. Se queda un segundo en el pasillo, con la mano todavía en el pomo y la garganta un poco más estrecha que antes.

Papi Andrés. Hay que joderse.

Cuando regresa al salón, Andrés ya está derrumbado en el sofá. Los restos de la fiesta han desaparecido, salvo una guirnalda de papel que cuelga torcida de la lámpara del techo y que ninguno de los dos piensa descolgar hoy. Él tiene las piernas estiradas sobre la mesa baja y la nuca apoyada en el respaldo.

Mónica se deja caer a su lado. El sofá los engulle.

Durante un momento, ninguno abre la boca. Es un silencio cómodo, de los que solo existen cuando dos personas han superado la fase de creer que el silencio hay que rellenarlo.

—Jamie se lo ha pasado bien —dice Andrés.

—Sí. Es un niño fácilmente impresionable.

—Se lleva muy bien con su padre.

Ahí está. La mina antitanque.

Mónica no cambia de postura ni aparta la mirada. No hace nada que pueda interpretarse como una reacción. Pero todos sus músculos se contraen a la defensiva.

—John ha estado bien hoy —continúa Andrés—. Se nota que quiere al niño. Y ha sido… no sé. Agradable. Normal. Esperaba que fuera mucho más violento.

—¿Y por qué iba a ser violento?

Andrés la mira de reojo.

—Mónica, por favor.

—¿Qué?

—Es tu ex.

—Precisamente. El prefijo «ex» lo inventaron para algo. Es historia.

—Ya sabes por dónde voy.

Hay algo en la madurez de Andrés que la irrita profundamente. Si él fuera un celoso de manual y le montara un número, ella sabría cómo responder. Tiene un arsenal entero de réplicas para hombres inseguros. Pero Andrés no lo es. Es un hombre que verbaliza las cosas importantes de frente, sin levantar la voz. Y eso a ella la deja sin balas.

—No quiero hablar de John —sentencia.

—No estamos hablando de John. Estamos hablando de Jamie.

—Ya. Que no nací ayer, Andrés.

Él se incorpora un poco, girando el torso hacia ella. Sus ojos están dolorosamente tranquilos.

—Solo he dicho que me ha parecido un buen tío.

—Es un buen tío. Eso nunca ha sido el problema.

—¿Y cuál es el problema?

Mónica aprieta los labios.

—No hay ningún problema —dice, cortando el aire con la mano —. Déjalo estar.

—Vale.

«Vale». Así. Sin reproches. Sin peleas. Sin el portazo emocional que cualquier otro hombre ofendido habría dado.

Mónica odia ese «vale». Lo odia con toda su alma.

—No te estoy atacando, Mónica. Solo he dicho que tu ex me ha caído bien. ¿Tan difícil es aceptar eso?

Ella no contesta. Porque la respuesta es sí. Sí es difícil. Es difícil aceptar que el hombre con el que duermes se lleve bien con el hombre con quien dormías. Es difícil que los dos mundos se toquen sin que algo explote.

Andrés estira el brazo por encima del respaldo del sofá, dejando su mano a dos centímetros del hombro de ella.

Entonces, Mónica hace algo no planeado: se deja caer hacia él. Su cabeza encuentra el encaje perfecto en el hueco entre el hombro

y el cuello de Andrés. Él baja el brazo, la rodea y la atrae hacia su calor sin decir una palabra más.

Mónica cierra los ojos, respirando su olor.

—¿Soy imbécil? —murmura.

—Un poco, la verdad.

—Se supone que tienes que decir que no.

—¿Para qué? Los dos sabemos que miento fatal.

Ella le da un puñetazo suave en las costillas y él se ríe por lo bajo. Ella también, a su pesar.

Durante treinta segundos, todo está bien.

Y entonces, el puto móvil empieza a vibrar.

Andrés lo siente antes que ella: el zumbido mecánico contra la mesa de cristal, ese sonido que, en casa de un policía de Homicidios, siempre puede significar malas noticias.

Mónica se incorpora, frotándose la cara. Mira la pantalla iluminada.

Fernando Vara.

A las nueve y cuarto de la noche de un sábado. Mala señal. Fernando no llama en fin de semana para preguntar qué tal el cumpleaños del niño.

—Dime, Fernando —dice al descolgar.

—Mónica. Perdona la hora.

—Perdonado. ¿Qué tienes?

—Hemos terminado de cotejar las huellas dactilares que recogimos en el domicilio de Nacho Pareja esta mañana. Pomos, latas de cerveza, la batería… Lo hemos cruzado todo con las muestras latentes del apartamento de Brennan.

Andrés se endereza y apoya los codos en las rodillas. Mira a Mónica con la intensidad de un depredador olfateando sangre.

—¿Y el resultado? —pregunta ella.

—Coinciden. El segundo grupo de huellas de la escena del crimen pertenece a Ignacio Pareja. No hay margen de error. Están por todas partes: en la puerta del baño, en la cocina… y en el cuerpo de la víctima.

Mónica se queda callada durante tres latidos completos. Su cerebro policial clasifica y organiza la información en carpetas

mentales.

—¿En el cuerpo?

—En ambos antebrazos y en el lateral del cuello —confirma Fernando—. Son marcas compatibles con un contacto físico, aunque no concluyentes sobre el mecanismo exacto de estrangulamiento. Pero el tipo estuvo allí. La tocó. La agarró. Las huellas son suyas.

—¿Había restos de semen en la chica?

—No. El cabrón debió de usar preservativo.

—Entendido. Gran trabajo, Fernando. ¿Algo más?

—De momento, no. Te envío el informe pericial completo a tu correo mañana a primera hora.

—Gracias. Descansa.

Mónica cuelga y deja el teléfono en la mesa, muy despacio, como si el aparato hubiera duplicado su peso.

—¿Fernando? —pregunta Andrés, aunque ya conoce la respuesta.

—Las huellas de Nacho Pareja están esparcidas por toda la escena del crimen, incluido el cuello y los brazos de Abby Brennan.

Él se pasa la mano por la mandíbula, asintiendo.

—Mañana a primera hora llamo al juez de guardia y pido la orden de búsqueda y captura.

Mónica asiente. Es el procedimiento, lo lógico. Las huellas en el piso de la víctima, la carta en el buzón, la cámara de la joyería grabándolo. Todo forma una flecha perfecta y luminosa apuntando a la cabeza de Ignacio Pareja.

Sin embargo, hay algo. Algo que le raspa en la base del cerebro como una etiqueta mal cortada en una camiseta. Algo que no consigue ubicar. No tiene que ver con Nacho. Es otra cosa. Algo que le ha estado molestando desde esta tarde.

Y tiene que ver con Mercedes.

Con ese instante concreto que Mónica fotografió en su mente sin darse cuenta y que ahora le vuelve como un fogonazo: el momento en que su amiga, con la corona de plástico en la cabeza, empezó a tararear *MMMBop*. La forma en que su rostro se vació de sangre cuando Mónica dijo en voz alta que esa era la canción del asesino. Duró un segundo, quizá dos. Y, justo después, el nombre de la flor:

Corazón sangrante. Mercedes se levantó, murmuró algo sobre el baño y desapareció.

¿Por qué reaccionó así? ¿Fue una indigestión? ¿Casualidad pura y dura?

Ella quiere creerlo, pero su instinto le aúlla que no.

En cualquier caso, eso tendrá que esperar. Porque esta noche, en algún rincón sucio de Madrid, un hombre solitario y peligroso está durmiendo, huyendo o afilando el cuchillo para la siguiente. Y al amanecer, irán a cazarlo.

El cerco sobre Nacho Pareja acaba de cerrarse.

O, al menos, eso creen todos.

21

Da tres pasos fuera del portal y se detiene en la acera.

El neón del letrero —una silueta de mujer que parpadea en rosa — le baña la cara con intermitencias de un color enfermizo.

Se palpa los bolsillos del abrigo oscuro. Están vacíos. Ni un billete. Ni calderilla.

Se ha dejado hasta el último céntimo de dignidad ahí dentro.

Cubre su cara con las manos y respira hondo. Aún le huelen a la chica. Las yemas de los dedos, los nudillos, bajo las uñas. Un perfume barato, empalagoso, con un fondo químico persistente que recuerda a las flores de plástico de un bazar.

Pero es perfume de mujer. Y durante los últimos quince minutos, esas manos han tocado una piel suave y viva que no era la suya.

Echa a andar sin rumbo.

Madrid de noche tiene algo de acuario sucio: luces que se reflejan en los charcos, gente que se mueve detrás de cristales y ese silencio viscoso que se impregna en las calles cuando los bares bajan la persiana. Él camina con las manos en los bolsillos y ligeramente torcido hacia la izquierda, como un barco que hace agua por un costado.

Ha bebido. No hasta perder el conocimiento, pero sí la dosis exacta para que el mundo pierda sus bordes afilados y la realidad se vuelva maleable, un poco más blanda bajo sus pies.

Al pasar junto a una urbanización vallada, el chasquido rítmico de unos aspersores lo sobresalta. El agua traza arcos perezosos en la

oscuridad; abanicos líquidos que brillan un milisegundo bajo la luz de las farolas antes de estrellarse contra el césped.

El olor levanta el vuelo, se le cuela por las fosas nasales y le cae a plomo en el estómago. Hierba húmeda. Tierra removida. Barro. Y algo que no está aquí, pero que, de repente, lo inunda todo: el patio interior de un bloque de Lavapiés, tres pisos más abajo, un martes de octubre de hace demasiados años.

Se detiene en seco.

Los aspersores siguen girando con su *clic-clic-clic* mecánico. Una ráfaga de viento empuja el agua y le salpica los zapatos, pero él no se mueve. Está paralizado.

Tenía dieciséis años y las manos vacías.

La rosa robada había acabado pudriéndose en una papelera de la calle Embajadores, a cuatro manzanas del instituto. La tiró sin mirar, como quien se arranca una tirita.

Se había clavado una espina en la yema del pulgar cuando la cortó del rosal del balcón; la gota de sangre ya había coagulado, formando una costra negra y dura que parecía una garrapata. Le latía, pero no le dolía. O puede que un poco, pero el dolor físico era tan ridículo comparado con lo otro…

Lo siento. No eres mi tipo.

La voz de Susana, dulce, condescendiente y letal, le rebotaba dentro del cráneo como una pelota de goma.

No fueron solo las palabras. También fue la mueca que las acompañó, entre la mofa y la incomodidad: los labios curvándose hacia abajo en las comisuras y la mirada huyendo hacia sus amigas como quien pide auxilio.

No eres mi tipo.

Subió las escaleras del edificio arrastrando la mochila. Primer piso: olor a guiso de lentejas. Segundo: tufo a lejía y el televisor de doña Carmen a todo volumen. Tercero: su propia puerta.

Abrió.

Madre estaba sentada a la mesa de la cocina, fumando con la mano izquierda. En la derecha sostenía un vaso de tubo con dos dedos de anís. El cilindro de ceniza del cigarro era tan largo que

parecía imposible que no se hubiera caído. El cenicero desbordaba colillas aplastadas y la botella de Marie Brizard estaba en las últimas.

No lo miró cuando entró.

La puerta corredera del balcón estaba abierta de par en par. Desde la cocina, las macetas se veían alineadas contra los barrotes como un pelotón de fusilamiento: los geranios rojos, los crisantemos, la hierbabuena que ella usaba para sus malditas infusiones. Y, en el centro, el hueco donde esa misma mañana había lucido la rosa. Su rosa perfecta, la más preciosa de todas.

Él lo supo antes de que ella abriera la boca.

—¿Dónde está mi flor? —preguntó Madre a la pared de azulejos amarillentos.

Tragó saliva. Ahí estaba, el tipo de frase con la que comenzaban los castigos. Hacía dos años que su padre los había abandonado, obligándolos a buscar un nuevo techo donde cobijarse; uno cuyo alquiler pudiera afrontarse con los beneficios de una florista de mercado. Así fue como terminaron en ese tercero interior de Lavapiés. La mudanza había obligado a Madre a renunciar al invernadero, y él, en su inmensa inocencia, pensó que las torturas también se acabarían, al igual que la obsesión de ella por las flores. No fue así.

Él dudó.

—Se la he regalado a una chica.

Madre dio una calada. La ceniza cayó por fin sobre la mesa. Ella ni parpadeó.

—¿A una chica?

—Sí.

Lentamente, ella giró el cuello y lo miró por primera vez desde que había entrado. Sus ojos eran dos pozos turbios, vidriosos por el alcohol, que lo escanearon de arriba abajo: los hombros hundidos bajo una sudadera vieja, la postura encorvada, los brazos colgando como pesos muertos, la mancha de sangre seca en el pulgar.

Lo vio todo. Lo diseccionó entero en menos de un segundo. Y lo entendió.

Y entonces, se rio.

Fue una risa corta, áspera, expulsada por la nariz como el resoplido de una yegua cansada. Un sonido exento de humor, pero cargado de una confirmación cruel.

Era exactamente la misma risa. Susana. Madre. El mismo sonido. Todas las mujeres de este puto mundo parecían compartir un único idioma de desprecio reservado exclusivamente para él.

—¿Tú? ¿Regalándole flores a una muchacha? —Madre hundió el cigarrillo contra la montaña de colillas del cenicero, aplastándolo con saña—. ¿Y qué te ha dicho la afortunada?

Él bajó la vista hacia las baldosas y se mordió el interior de la mejilla. No contestó.

—Te ha dado calabazas, ¿no? Qué sorpresa. —La burla de Madre subió de volumen, volviéndose un graznido rasposo—. A quién se le ocurre. Un niño como tú, patético, torpe y maricón. Un *cara de sapo*.

Él se quedó petrificado, apretando las muelas hasta sentir dolor en las encías. *Niño*. Odiaba que lo llamara así. Tenía dieciséis años. Era un hombre.

Bajo la costra negra del pulgar, la sangre le palpitaba ahora como si tuviera pulso propio.

—Igualito que tu padre —continuó ella, arrastrando las palabras. Bebió un trago largo de anís y un reguero resbaló por su barbilla. Se limpió con el dorso de la mano—. Un don nadie. Estúpido y cobarde como él. Escúchame bien: ninguna mujer te va a querer en la vida.

Acto seguido, se levantó con una parsimonia insultante, dejó el vaso sobre la encimera, junto al estropajo seco, y caminó hacia el balcón. Pasó por su lado, a menos de un palmo de distancia, y no se dignó a mirarle la cara. Él contuvo la respiración, pero el olor de su madre lo embistió: anís dulce, Ducados y, por debajo de toda la podredumbre, ese aroma a tierra mojada y fertilizante que siempre la acompañaba.

Ya en el balcón, ella se inclinó sobre las macetas. Apoyó el estómago contra la barandilla de hierro y empezó a revisar los geranios. Tocaba las hojas con la yema de los dedos, acariciando los tallos, susurrándoles, comprobando que la tierra estuviera húmeda. Los trataba con el amor reverencial de una madre primeriza asomada a una cuna.

Pero su verdadero hijo estaba detrás de ella. De pie, convertido en una sombra invisible en medio de la cocina.

Sus manos se movieron antes de que su cabeza diera la orden.

Fueron uno, dos, tres pasos. Las palmas abiertas y sudorosas impactaron de lleno contra los omóplatos huesudos de Madre, sobre la fina tela del jersey, empujándola hacia adelante.

No fue un golpe hercúleo. Pero Madre estaba borracha. La barandilla era baja. Las baldosas estaban húmedas.

El centro de gravedad hizo su trabajo.

Las manos de Madre arañaron el aire, buscando desesperadamente algo a lo que aferrarse. Encontró un geranio con la mano derecha, nada más. El tirón volcó la maceta, y luego desaparecieron en el vacío.

Por un segundo que pareció durar una eternidad, no se oyó absolutamente nada. El mundo se quedó en silencio.

Después, llegó el impacto. Un chasquido húmedo, como el estallido de una sandía madura contra el cemento, acompañado por el crujido seco de la cerámica haciéndose añicos.

Se asomó, agarrándose a la barandilla con las manos agarrotadas.

Tres pisos más abajo, el patio era un rectángulo de sombra que apestaba a humedad y a basura. Ella yacía allí, en el centro del patio, rodeada por los restos de la maceta destrozada. La tierra negra se había desparramado a su alrededor. Todo estaba destrozado, mezclado con el polvo de la cerámica y con el cuerpo de ella, que había quedado retorcido en un ángulo grotesco.

Bajó corriendo.

Escaleras. Puerta. Patio.

Cuando llegó junto a Madre, ella tenía los ojos abiertos. Su boca se abría y cerraba de forma espasmódica, pero no salían palabras; solo un burbujeo rojo y espeso que le resbalaba por la barbilla. Intentaba articular algo. Tal vez una súplica. Tal vez su nombre. Tal vez una maldición. Él nunca lo sabría.

No gritó. No pidió auxilio a los vecinos. No se arrodilló para cogerle la mano. No le dijo que aguantara, que la ambulancia estaba en camino, que todo iba a salir bien.

Se quedó de pie, a un metro de distancia, observando cómo la vida de la mujer que lo había parido se apagaba. Vio cómo la luz abandonaba esos ojos vidriosos, dejándolos opacos y vacíos. Vio cómo la mandíbula cedía y la boca se quedaba abierta en una mueca, a medio camino entre la sorpresa y el dolor.

El último movimiento de Madre fue en la mano izquierda, aquella con la que fumaba y lo abofeteaba. Los dedos se desenroscaron muy despacio, uno a uno, rindiéndose. La mano quedó descansando sobre un lecho de pétalos rojos machacados, con la palma hacia arriba. Como si, en el último suspiro, estuviera pidiendo una caridad que nadie iba a concederle. Junto a la mano abierta estaba el geranio aplastado, y la imagen de la flor se le quedó a él grabada en la memoria para siempre.

Esperó.

Esperó a que le temblara el labio. El grito, el temblor, el vómito.

Pero no llegó nada.

Se miró las palmas, las mismas que la habían empujado. No temblaban. Tenían la costra negra en el pulgar y un poco de tierra bajo las uñas. Nada más. Manos normales, anodinas. Las manos de un chico de dieciséis años que podría estar volviendo del instituto o de un entrenamiento de fútbol.

Eso fue lo que más le asustó.

La quietud. El silencio absoluto dentro de su cabeza. La paz.

La certeza repentina y helada de que era capaz de arrebatar una vida, de ver morir a alguien de su sangre, y no sentir absolutamente nada.

Solo un alivio inmenso y cristalino.

La policía cerró el caso en cuarenta y ocho horas. Causa oficial de la muerte: accidente doméstico. Historial médico de alcoholismo severo, barandilla que no cumplía la normativa y baldosas mojadas por el riego de las plantas.

A nadie le importó lo suficiente como para investigar más. Nadie miró dos veces al huérfano de dieciséis años, con la cabeza gacha y los hombros encogidos, que lloraba desconsoladamente frente a la tumba.

Y es que, al fin y al cabo, la gente es estúpida. Siempre comete el error de confundir las lágrimas con el dolor.

22

Tan pronto como la llave gira en la cerradura, Rayco sabe que algo no va bien.

Faina entra la primera. Deja caer las zapatillas en el suelo de la entrada con dos golpes secos, se tira la chaqueta sobre el puf y desaparece por el pasillo sin apartar la mirada de la pantalla del móvil. Ni buenas noches ni qué tal la fiesta. Toda la apatía de la pubertad condensada en cinco segundos.

Sin embargo, se detiene en el marco de su puerta y se vuelve hacia ellos.

—Mamá, ¿mañana puedo ir a casa de Laia por la tarde?

—Sí.

Rayco se queda quieto, con la cremallera de la cazadora a medio bajar.

Faina se encoge de hombros, acepta el regalo y cierra la puerta. Le da exactamente igual el milagro que acaba de presenciar; ha conseguido un «sí» gratuito y no piensa cuestionarlo.

Pero Rayco sí. Mercedes se convierte en una agente de la KGB cuando se trata de las salidas de la niña. Normalmente, habría exigido el nombre y apellidos de Laia, el número de teléfono de la madre, la dirección exacta con código postal y un certificado de antecedentes penales de todos los adultos presentes en el domicilio antes de soltar un simple «ya veremos».

Hoy, solo un «sí» vacío. Un eco.

Rayco cuelga la cazadora en el perchero y abre la nevera de la cocina para beber un trago largo de agua helada. Es su rutina de sábado por la noche. El momento de descompresión tras una comida con amigos. Y también es el instante exacto en el que Mercedes suele dejar el bolso en la silla del recibidor, descalzarse frotándose los talones, y ambos empiezan la disección: lo rica que estaba la comida, lo enorme que está Jamie, o la cara de terror que ha puesto Andrés cuando el niño casi le tira la tarta encima.

Pero Mercedes no deja el bolso en la silla. No se descalza. No dice una sola palabra.

Pasa por el lado de Rayco como un fantasma, camina recta hacia el dormitorio principal y cierra la puerta tras ella. Lo hace despacio y con cuidado, como si quisiera evitar que el clic resonara en el silencio del pasillo.

Del cuarto de Faina empieza a filtrarse el zumbido sordo de los graves de alguna canción de trap. En el techo, el foco del pasillo parpadea. Llevan semanas diciendo que hay que cambiar el maldito fluorescente, pero ahora a Rayco ese parpadeo le parece el latido de un corazón enfermo.

Su instinto de novio le dice que le dé espacio. Que la deje respirar.

Su instinto de policía le grita que derribe esa puerta.

Recorre el pasillo y se detiene frente a la habitación. ¿Cuál fue el momento exacto en el que la tarde descarriló?

Rápidamente le viene a la cabeza, nítido como una película. Estaban todos en el salón. Patricia preguntó por la canción del baile. Mercedes le restó importancia y Mónica mencionó la canción que sonaba en le piso de Abigail. Patricia empezó a tararearla y algo cambió en el aire. Luego vino la foto de la flor. Y Mercedes corrió al baño para echar la comida.

Más tarde, salían por la puerta de Mónica y Andrés. Mientras esperaban al ascensor, Rayco les dio las gracias por la comida. Mercedes estaba detrás de él, con el abrigo ya puesto y el bolso cruzado sobre el pecho como un escudo protector. Normalmente, habría sido ella la que liderara la despedida. La que se ofreciera a

bajar la basura, a ayudar a recoger los platos y a llevarse las sobras en un *táper*. Mercedes es así.

Pero hoy no.

Hoy no dijo nada.

Cuando el ascensor llegó, solo murmuró un débil «Adiós» con una sonrisa frágil, y entró la primera, como si la cabina fuera un búnker.

Mónica se inclinó hacia Rayco, le puso una mano en el brazo y bajó la voz:

—¿Ella está bien?

—Cosas de la boda —respondió él, intentando restarle importancia.

Mónica lo miró con el ceño fruncido. Sabía perfectamente que él estaba tan confuso y preocupado como ella, si no más. Pero no insistió. Se limitó a darle un beso rápido en la mejilla y un puñetazo en el hombro, que es la forma que tiene Mónica Lago de decir *«cuídate, te quiero»* sin pronunciar las palabras en voz alta.

El viaje en coche hasta casa ha sido un velatorio sobre cuatro ruedas. Rayco ha encendido la radio. Ha subido la calefacción para apagarla a los cinco segundos. Ha intentado arrancar una conversación normal, buscando desesperadamente un salvavidas:

—¿Has visto la cara de Mónica cuando su madre ha sacado el tema de la boda? Casi le salen bolas de fuego por los ojos.

Nada. Silencio absoluto. Con su hija no podía contar para animar el ambiente, eso lo sabía; Faina estaba inmersa en su teléfono, iluminada por la luz azul en el asiento trasero.

Pero lo de Mercedes era nuevo.

Rayco la ha observado por el rabillo del ojo mientras conducía. Miraba por la ventanilla, dándole el perfil, ignorando sus palabras. Las farolas le iban pintando rayas de luz y sombra en la cara, como los barrotes de una celda en movimiento. Tenía la mandíbula tensa y las manos juntas sobre el regazo, con los dedos entrelazados tan fuerte que los nudillos asomaban blancos.

Rayco conoce ese gesto. Lo ha visto en sospechosos en las salas de interrogatorio, en testigos acorralados, en viudas que acaban de identificar un cadáver en la morgue. Es el lenguaje corporal de

alguien que tiene una bomba de relojería en el estómago y no sabe cómo desactivarla.

Apoya la frente contra la puerta del dormitorio. Debería haber parado el coche en doble fila, apagado el motor, bloqueado las puertas y haberle dicho: *«No nos movemos de aquí hasta que me mires a la cara y me digas qué te pasa»*.

Baja la manivela y abre la puerta.

La encuentra de espaldas a él, de pie frente al armario abierto, quitándose los zapatos con movimientos mecánicos, de sonámbula. Su postura… la rigidez de su espalda, los hombros curvados hacia dentro, indican que hay un problema enorme, invisible y pesado aplastándola.

—¿Mercedes?

No contesta. Ni siquiera se gira.

Él cruza la habitación en dos zancadas, la rodea por la cintura y empieza a hacerle cosquillas. Su debilidad.

—Vamos, Pirujina —dice él, con tono juguetón—, ¿qué te pasa esta noche?

—¡Te he dicho mil veces que no me llames así!

Rayco se queda de piedra. Piruja. El apodo de su infancia. Se lo puso su padre porque tenía una graciosa verruga en la mejilla. Años después, ella decidió eliminarla en una sencilla intervención quirúrgica, pero los motes infantiles son como un primer beso: nunca se olvidan. Mercedes mantuvo el seudónimo de Piruja durante muchos años, y aunque no le hacía gracia —Rayco lo usaba cuando quería chincharla—, nunca había reaccionado así, ni de lejos. Y menos, con él.

La coge del brazo con suavidad y la obliga a girarse hacia él.

Se le cae el alma a los pies. Tiene los ojos inyectados en sangre y los párpados hinchados por un llanto contenido.

—Cariño, por Dios. ¿Qué ocurre?

Ella niega con la cabeza, evitando su mirada a toda costa.

—Nada. Estoy muy cansada. Eso es todo.

Él le coge las dos manos. Están heladas.

—Mercedes, mírame.

—De verdad, no es nada. Mañana hablamos, ¿vale? Ahora solo quiero…

—No —la corta él. Lo dice mucho más duro de lo que pretendía. En la quietud del dormitorio, su voz de mando suena como un latigazo en el aire—. Mírame a la cara.

Mercedes levanta la barbilla por fin. Sus ojos chocan con los de él, y lo que Rayco ve le da un vértigo que le hace flojear las rodillas. Es la mirada de un animal acorralado que lleva horas peleando a muerte contra sí mismo.

La cabeza de Rayco escanea las opciones a toda velocidad.

—¿Es por mí? —pregunta rápido—. ¿He dicho algo en la fiesta que…?

—No.

—¿Es la boda? ¿No quieres…?

—No es la boda, Rayco.

—Entonces, ¿qué coño es?

La suelta, se sienta en el borde del colchón y se frota la cara con las palmas. Luego le pone una mano firme en la rodilla.

—Dímelo. Ahora.

Rayco espera. Ha utilizado la táctica del silencio mil veces en las salas de interrogatorio de Jefatura. Sabe cómo funciona la presión atmosférica del mutismo; sabe que termina por quebrar a la persona que tienes delante. Pero esto no es la puta sala dos. Es su dormitorio. Y la mujer que se está rompiendo a pedazos frente a él no es una sospechosa; es su vida entera.

Se levanta de golpe.

—Lo que sea, cariño. Sea lo que sea que tengas en la cabeza, lo podemos arreglar juntos.

Ella abre la boca. Va a decir algo. El muro está a punto de caer.

Y entonces, la puerta del dormitorio se abre de par en par.

Faina irrumpe con su teléfono en la mano y la melena revuelta. En pijama. Sin llamar. Como un huracán adolescente que arrasa con todo, incluida la atmósfera de la habitación.

—Mamá, no encuentro el cargador. ¿Sabes dónde…? —Se detiene en seco. Los mira a los dos, demasiado cerca el uno del otro, demasiado tensos—. Perdón. ¿Estáis… peleando?

—No —responden ambos al unísono, como un resorte.

Tras un segundo de silencio atrozmente incómodo, Mercedes se suelta del agarre de Rayco, se pasa los nudillos por debajo de los ojos —un movimiento rápido, eficiente, el mínimo imprescindible para borrar el rastro de humedad— y se dirige hacia la puerta con una naturalidad que pone los pelos de punta.

—El cargador está en el cajón de la cocina, el de los cables —le dice a Faina, rozándola al pasar por su lado—. ¿Has mirado ahí?

—Sí, pero es que…

—Voy yo.

Sale del dormitorio antes de que Rayco pueda abrir la boca para detenerla.

Él la oye cruzar el pasillo y el roce de la madera del cajón de la cocina al abrirse y cerrarse. Los pasos rápidos volviendo hacia el cuarto de Faina. La voz de Mercedes, perfectamente modulada y serena, diciéndole a la niña que lo enchufe y no se quede despierta hasta muy tarde mirando la pantalla.

Y luego, oye la puerta del baño cerrarse.

Faina se queda mirando a Rayco desde el umbral, con el cable blanco en la mano y una expresión que mezcla la culpa de haber interrumpido con la perplejidad.

—¿Seguro que no estabais peleando? —insiste.

—Buenas noches, hija.

Faina asiente lentamente y desaparece.

Rayco se queda solo en el dormitorio. Se sienta despacio en el borde de la cama, apoya los codos en las rodillas y clava la vista en la madera del suelo. Desde el baño, a través del tabique, llega el sonido del agua del lavabo corriendo a toda presión.

Y él sabe que es solo una sabe que es solo una coartada para camuflar su llanto. Una manera elegante de camuflar lo evidente: Mercedes está llorando y no quiere que él la escuche romperse.

Rayco estira el brazo, apaga la luz de su mesilla de noche y se tumba en la oscuridad, dispuesto a fingir que está dormido cuando ella regrese.

23

El parque de siempre. Los de siempre. Las mismas litronas de Mahou, la misma manta raída sobre la hierba húmeda y el mismo altavoz Bluetooth escupiendo reguetón a un volumen que los vecinos del bloque de enfrente deben de agradecer enormemente.

Cecilia conoce este ritual de memoria; lo ha repetido cada sábado desde la época del instituto. Sentarse en círculo y cruzar las piernas sobre la tela, con el ruido de la M-30 de fondo y las luces de Pirámides parpadeando a lo lejos. Beber a morro. Reírse de cualquier estupidez. Dejar que las horas se disuelvan en conversaciones que no llevan a ningún sitio.

Hoy todo sabe distinto.

La cerveza le sabe a agua sucia. El humo del tabaco de liar no la anestesia, solo le raspa la garganta. Se ríe cuando los demás se ríen, pero llega medio segundo tarde, soltando una carcajada hueca y obligada, como un eco defectuoso.

Arranca una tira de la etiqueta de su botella y la enrolla entre el índice y el pulgar hasta convertirla en un cilindro minúsculo. Lo arroja a la oscuridad del césped. Arranca otra tira.

—Ceci, tía, ¿estás bien?

Levanta la vista. Marta la está mirando.

Siempre Marta. La que pregunta cómo estás para poder contarte después lo estresada que está ella con sus propios dramas de pacotilla.

—Sí, sí. Es que no he dormido mucho.

—Normal, tía. Con la movida de tu amiga…

Ahí está. No han aguantado ni veinte minutos sin sacar el cadáver a pasear.

—¿Es verdad lo que dicen? ¿La asesinaron?

Cecilia arranca otra tira de etiqueta, despellejando el cristal.

—Sí.

—Joder. Qué puto horror. ¿Y la poli tiene idea de quién fue?

—Están investigando.

«Están investigando, sí. Y yo les he mentido a la cara».

—Pues espero que pillen al desgraciado —sentencia Marta, dándole un trago largo a su botellín como si acabara de brindar por la justicia universal.

Cecilia asiente en silencio. Mira su botella. Ya no queda papel que arrancar, solo el vidrio frío.

El círculo es grande esta noche. Está Sergio, que estudia Económicas y tiene opinión sobre todo. Lucía, que lleva seis meses saliendo con un erasmus alemán y ha decidido que España es el tercer mundo. Carlos, que no ha abierto un libro en su vida pero cita a Napoleon Hill cuando lleva tres cervezas de más. Y un par de acoplados que esta noche le parecen extras borrosos de una película que ella no ha elegido ver.

—Tronco, es que Madrid ya no es lo que era —arranca Sergio, gesticulando con un cigarro, porque él siempre dice que *algo* ya no es lo que era—. El otro día leí en un hilo que los casos de violencia de género han subido un treinta por ciento en…

—No fue violencia de género —lo corta Cecilia.

Sergio se detiene con el mechero a medio encender.

—Bueno, eso no lo sabes. Si no han pillado al tío…

—Sí lo sé. La policía me lo ha dicho.

Silencio en la manta. Sergio levanta las cejas.

—Ah. ¿Has hablado con la poli?

—Era mi mejor amiga, Sergio.

—Ya, ya, joder, perdona. No te pongas a la defensiva.

Otro trago generalizado. Otra pausa incómoda. Cecilia agarra una lata de un pack de cartón y tira de la anilla. El *pssst* del aluminio abriéndose suena obscenamente balsámico.

La conversación vuelve a desviarse. Carlos cuenta algo sobre un bar en Huertas que ha cerrado. Lucía se queja de su alemán. Marta enseña un TikTok sobre la última polémica de *La Isla de las Tentaciones*.

Y durante un par de minutos, Cecilia casi lo consigue. Casi se disocia por completo. Casi se olvida de Abby y del coche patrulla.

Hasta que Lucía abre la bocaza.

—Tu amiga… vivía sola, ¿no?

—Sí —se adelanta Marta, que es más lista que nadie—. En un piso cerca de Malasaña, creo.

—Es que vivir sola, siendo tía y encima extranjera… —Lucía niega con la cabeza—. Yo no lo haría ni loca, te lo juro. Sin familia aquí en la ciudad…

—Me tenía a mí —replica Cecilia.

—Ya, pero sabes que no es lo mismo. Me refiero a que si tienes novio, o compartes piso con alguien, al menos…

—¿Al menos qué?

Lucía parpadea, sorprendida por el tono cortante.

—Pues no sé. Que no estás tan expuesta a que entre un zumbado.

—¿Expuesta? —Cecilia nota algo caliente trepándole por el pecho —. ¿Expuesta a qué, exactamente? ¿A que te estrangulen en tu propio baño?

—Ceci, no lo saques de quicio. Solo digo que una chica guapa, que vive sola, joven, en una ciudad que no es la suya…

—Que no es la suya —repite Cecilia, y su voz suena rara hasta para ella.

—A ver, haya paz —interviene Carlos, con ese tonillo de mediador de la ONU que adopta cuando quiere hacerse el maduro—. Lo que Lucía quiere decir es que, estadísticamente, es más probable que te pase algo si…

—Carlos.

—¿Qué?

—Cierra la puta boca.

El grupo enmudece. Alguien, en un acto reflejo de incomodidad, toquetea el móvil y sube el volumen del reguetón, que es lo que se

hace cuando la conversación se pudre.

Pero Sergio no pilla la indirecta.

—Es que, joder, Ceci, no puedes negar que la piba se la jugaba un poco. Una tía así de guapa, que vivía sola y que encima chateaba con desconocidos de internet…

Internet.

El corazón de Cecilia da un vuelco tan violento que casi le hace escupir la cerveza.

—¿Y tú de qué coño sabes que chateaba con desconocidos por internet? —dispara, inclinándose hacia adelante.

Sergio se encoge de hombros.

—Pues porque lo dice todo el mundo. Salió en las noticias, ¿no?

El pecho le late como si le hubieran conectado un cable de alta tensión. «¿Saben algo? ¿Alguien ha encontrado el perfil?».

—No. No ha salido eso en las noticias.

—Bueno, lo he leído en Twitter o en algún foro. La gente comenta que usaba Tinder y esas mierdas.

—Twitter. Claro…

—Ya sabes cómo van estas cosas, Cecilia. Hay que tener cuidado con las apps, ¿no? ¿Cuántas veces hemos dicho que esas mierdas son peligrosas?

—Para ir de intelectual por la vida, eres bastante imbécil.

—¿Perdona? Oye, entiendo que estés jodida, pero tranquilízate un poco.

—Que te follen, Sergio.

—El caso es que si metes a tíos raros en tu casa…

—¡El caso es que no la conocíais! —estalla Cecilia. Se pone en pie de un salto, pateando sin querer una lata vacía que sale rodando por la hierba—. Ninguno de vosotros la conocía de verdad. No sabéis nada de su vida. Nada. Así que dejadla en paz. Lavaos la boca antes de hablar de ella. ¡No es una estadística ni un puto tuit!

Se da la vuelta y echa a andar rápido, con los puños apretados en torno al faldón de su abrigo, conteniendo las lágrimas a base de morderse el labio.

A su espalda, el silencio en la manta dura tres o cuatro segundos. Luego, alguien sube el volumen del altavoz un poco más.

Y la voz de Marta, creyendo que la distancia y la música la protegen, la alcanza nítida en la oscuridad:

—Joder, qué histérica se pone. Está fatal de la cabeza.

Cecilia la oye.

Y le da igual.

Solo quiere perder de vista a esos capullos que no saben nada. Porque la verdad es un millón de veces peor de lo que ellos puedan imaginar.

La pantalla del móvil proyecta un rectángulo de luz azul en el techo de su habitación.

Son las dos y cuarto de la madrugada y su madre ronca suavemente al otro lado del pasillo. El piso está sumido en un silencio sepulcral.

Asesinato estudiante Madrid. Refresca la página.

Abigail Brennan caso policía. Refresca.

Sospechoso asesinato Malasaña febrero. Refresca.

Cada vez que desliza el dedo hacia abajo, Google le escupe más resultados. Más basura. Más opiniones de gente que no sabía ni pronunciar el nombre de Abby y que ahora la usa para ganar *likes* y visitas. Periodistas de sucesos de medio pelo, tuiteros anónimos con fotos de anime exigiendo pena de muerte, tertulianos de matinales masticando el morbo entre anuncios de detergente.

Abby Brennan se ha convertido en *trending topic*, un cadáver viral, y a Cecilia le dan ganas de arrancarse los ojos.

Está haciendo *scroll* compulsivo, cegada por la luz de la pantalla, cuando su pulgar se queda paralizado en el aire.

Ignacio Pareja. Sospechoso principal.

Treinta y pico caracteres ocupando el faldón de una noticia de la edición digital de *El Mundo*, un titular que el resto de periódicos ya está replicando como un mantra. *El amigo obsesionado. El acosador del barrio. El monstruo en la sombra.*

Cecilia cierra el navegador, abre Instagram y teclea el nombre. No hay perfil. Entra en Facebook y lo busca. El algoritmo no tarda en escupirle un resultado.

La foto de perfil de Nacho Pareja es exactamente el desastre que ella esperaba encontrar: una imagen borrosa, mal iluminada, un *selfi* torpe frente a un espejo de baño que pide a gritos una buena pasada de limpiacristales. Pelo grasiento pegado a la frente. Ojos pequeños, esquivos. Una camiseta dada de sí.

«Nacho».

Abby hablaba de él con esa mezcla rara de ternura infantil y pena. *«Es buen tío, Ceci, en serio»*. Y luego añadía alguna excusa sobre la batería de mensajes que le había mandado esa mañana, poniendo los ojos en blanco con una sonrisa que no terminaba de cuajar.

Es buen tío.

«Pues mira, Abby», piensa Cecilia, con la garganta seca. «Tu buen tío tiene su jodida cara de chalado estampada en todos los periódicos de España».

Con dos dedos, Cecilia amplía la foto hasta que la cara de Nacho ocupa toda la pantalla. Tiene esa pinta inconfundible de no haber encajado nunca en ningún sitio, de no haber dormido bien en toda su vida.

La policía va a por él. La prensa ya lo ha condenado. Todo el país sabe que fue él.

La duda emerge de las profundidades de su cerebro y le golpea la nuca, limpia y directa como el impacto de un bate de béisbol.

«¿De verdad fue Nacho?»

Traga saliva, notando el sabor a cerveza rancia.

Porque si fue él, entonces todo lo demás no importa. Abby murió víctima del tópico más antiguo del mundo: un loco solitario que la quería demasiado y no supo aceptar un rechazo. Punto. Caso cerrado. Una tragedia espantosa, sí. Pero explicable. Y, sobre todo, completamente ajena a Cecilia.

Si fue Nacho, lo que ella hizo no cambia absolutamente nada. Está limpia.

Pero si fue otro…

Cecilia aprieta el botón lateral. La pantalla se apaga de golpe y la habitación se hunde en una oscuridad total.

Si fue otro, entonces tal vez —*tal vez*— la culpa de que Abby esté muerta sea suya.

Se queda mirando el techo invisible en la oscuridad. El silencio zumba en sus oídos. Sabe que no va a dormir esta noche. Ni la próxima. Ni la siguiente.

«Ojalá haya sido Nacho.»

Cierra los ojos con fuerza bajo el edredón.

«Dios mío, por favor. Haz que haya sido él.»

DOMINGO

24

El bar se llama La Estrella, aunque la mitad de las letras del rótulo están fundidas y desde la acera solo se lee «La Estr». Barra de zinc, suelo de baldosa pegajosa y una tele empotrada en la pared que retransmite el canal 24 Horas sin sonido. Domingo a media mañana.

Mónica llega cinco minutos antes que Rayco, lo que constituye una anomalía estadística. En los casi siete años que llevan trabajando juntos, puede contar con los dedos de una mano las veces que ella ha llegado primero. Y le sobran dedos.

Se sienta en la mesa del fondo, entre el pasillo que lleva a los baños y una máquina tragaperras cubierta de pegatinas descoloridas. Pide un café solo. El camarero, un tipo con bigote de morsa y un mandil gris, se lo trae sin mediar palabra. Un aroma a café recién hecho inunda el aire, compitiendo con el de bollería industrial recalentada y pan tostado.

Rayco aparece por la puerta a las once y cinco.

Normalmente, el canario entraría haciendo algún comentario sobre el tráfico, la decoración del garito o la fiesta de cumpleaños de ayer. Pero hoy solo se deja caer en la silla frente a ella, mira hacia la barra y levanta dos dedos pidiendo un cortado.

—¿Ha llegado ya? —pregunta, fijando la vista en el servilletero. No la mira a la cara.

Mónica enarca una ceja.

—¿Ya ni siquiera saludas? Pensaba que el rol de borde antisocial de la pareja me correspondía a mí con carácter vitalicio.

—Perdona. Buenos días.

—Menudas ojeras me traes. Te llegan hasta la corbata que no llevas.

Él se pasa la mano por la cara como si pudiera borrárselas.

—He dormido mal.

—Ya. Yo también me paso las noches en vela cuando Jamie no quiere dormirse. ¿Cuál es tu excusa?

Él no responde. Se queda mirando la superficie de la mesa, donde alguien ha grabado las iniciales «J + M» dentro de un corazón deforme. En la mesa de al lado, un matrimonio de jubilados desayuna churros con chocolate. El camarero morsa se acerca, deposita el cortado de Rayco con un golpe seco y desaparece.

Mónica escruta a su compañero. Su radar le pita en rojo.

—¿Va todo bien en casa? —pregunta, bajando la voz.

—Todo bien.

No hace el menor esfuerzo por sonar convincente. Rayco, el hombre capaz de convertir un parte de accidente en una anécdota divertida, acaba de despacharla con un «todo bien» vacío. No cuadra.

Mónica vuelve a pensar en Mercedes. En la cara que tenía ayer, justo antes de salir corriendo a vomitar en el baño de invitados. Aquella expresión no era de sorpresa ni de nostalgia. Era de miedo. El pánico primario de un animal que percibe la vibración de la tierra segundos antes de que la presa se rompa y el agua lo arrase todo.

Siempre ha sospechado que Mercedes también tiene un pasado, que alguna tragedia la golpeó hasta el tuétano. Pero nunca le ha preguntado al respecto. Ella tampoco le ha preguntado a Mónica sobre sus fantasmas. Simplemente, aún no tienen la confianza y complicidad necesarias para abordar esos temas.

—Nuestro hombre llega tarde —cambia Rayco de tema, mirando su reloj.

—Ya está aquí —contesta ella, señalando la puerta de cristal.

Bernardo Helguera tiene cincuenta y ocho años y el cuerpo astillado de alguien que se ha peleado a puñetazos con la vida y ha ganado el combate por los pelos. Es un hombre huesudo, con manos enormes y nudosas que no parecen acordes con su cuerpo. La piel le

tensa en los pómulos, reseca, con la textura del papel de lija, y tiene los ojos permanentemente acuosos, como si estuviera a punto de llorar o acabara de hacerlo. Lleva una cazadora vaquera pasada de moda y unas zapatillas de deporte desgastadas.

—¿Bernardo Helguera? —pregunta Mónica, poniéndose en pie.

—Bernie. Llámeme Bernie. —El hombre observa las dos tazas humeantes y las placas policiales que Rayco ha dejado a la vista—. Esto es por Nacho, ¿verdad?

Directo al grano. Sin rodeos de cortesía. Mónica aprecia eso.

—Siéntese, Bernie.

Él arrastra una silla y toma asiento. Pide un café con leche. Cuando se lo traen, rodea la taza con las dos manos, buscando calor.

—Somos los inspectores Lago y Medina —empieza Mónica—. Estamos investigando el homicidio de Abigail Brennan.

Bernie asiente despacio.

—Lo he visto en el telediario. —Traga saliva con dificultad—. Sé por qué están aquí. Han encontrado mi nombre y mi número entre las cosas de Nacho.

—Correcto. Usted es su padrino en Alcohólicos Anónimos, ¿no?

—Desde hace dos años y tres meses. —Hace girar la taza entre sus palmas, sin llegar a beber—. Miren… antes de que me pregunten nada, quiero dejarles claro algo. Nacho tiene problemas. Muchos problemas. Es una bomba de relojería. Pero no es mala persona.

Mónica ha oído esa frase miles de veces. En boca de madres protectoras, novias maltratadas, y vecinos sorprendidos. *«No es mala persona»*. Es el preámbulo universal que la gente utiliza justo antes de relatar algo espantoso.

—Cuéntenos qué problemas tiene —interviene Rayco.

Bernie suelta el aire por la nariz, resignado.

—¿Por dónde empiezo?

—Por el principio.

Bernie comienza a desenrollar la historia de Nacho Pareja como quien tira del extremo de un cable de alta tensión: rezando para no electrocutarse.

—Nacho no habla de cuando era crío, nunca ha querido contarme los detalles. Cierra la boca y se pone a temblar si le sacas

el tema. —Se rasca la nuca—. Lo único que sé es que su infancia fue un verdadero infierno. Carencias afectivas severas, dicen los terapeutas del grupo. Yo lo simplifico: nadie le enseñó a querer ni a entender lo que se siente al ser querido. Y cuando creces en ese vacío, la mente te hace clic y suceden dos cosas: o te rindes y te apagas, o lo intentas con demasiada fuerza. Nacho lo intenta demasiado.

En la mesa de al lado, el matrimonio de jubilados pide la cuenta. La mujer le limpia con delicadeza una miga de azúcar de la comisura del labio a su marido. Él protesta por lo bajo, pero ella insiste con cariño. Mónica observa ese pequeño milagro cotidiano y vuelve su atención al padrino.

—Hace apenas un año le diagnosticaron TEA: Trastorno del Espectro Autista. —Bernie pronuncia las siglas despacio, como si las hubiera memorizado con esfuerzo—. Imaginen el panorama. El chaval tiene veintiséis años y acaba de enterarse de por qué jamás ha encajado en este planeta de locos. Veintiséis años convencido de que era raro, retrasado o de que el mundo lo odiaba por ser como es.

—¿Cómo es su día a día? —pregunta Mónica, recordando el olor a cerveza y abandono de su piso.

—Es un fantasma. Se pasea por el centro con paso encorvado, mirando al suelo. A veces habla solo. La gente normal cruza de acera cuando lo ve venir. Si alguien se le queda mirando fijamente, Nacho entra en pánico, les grita cualquier salvajada y sale corriendo. Pero esa es solo la coraza. Por dentro, el chaval es una bomba. No tiene filtros. Siente demasiado, le llega demasiada información y no sabe qué hacer con ella. Así que la convierte en ruido para no volverse loco.

—Toca la batería —comenta Rayco, recordando el instrumento en el rincón del salón.

—Sí. La aporrea en ese cuchitril que tiene por casa. Así se calma un poco. Y tiene un gato. Bowie. El bicho es feo como un demonio. Pero es el único ser vivo del que habla con ternura real. Una madrugada me llamó a las tres de la mañana, llorando a mares,

porque el gato había vomitado y me suplicaba que lo llevara al veterinario de urgencia porque él no sabía conducir.

—¿Y el alcohol? —dispara Mónica.

La pregunta le cuesta a Bernie. Mónica lo nota porque es la primera vez que aparta la mirada, clavándola en la máquina tragaperras.

—Bebe para sedarse. Recae constantemente. Le he dicho mil veces que el alcohol en su cabeza es echarle gasolina a un incendio, pero Nacho… no tiene otra válvula de escape.

—¿Alguna vez le habló de Abigail Brennan?

Un velo oscuro apaga los ojos acuosos de Bernie.

—Abby. —Pronuncia el nombre con una reverencia casi trágica—. Se conocieron en el colegio. Ella fue la única que no le escupió ni le dio la espalda. La única que lo trató como a un ser humano.

—Estaba obsesionado con ella —afirma Rayco. No es una pregunta.

Bernie lo mira fijamente.

—Obsesionado es una palabra muy fuerte, inspector.

—¿Cuál prefiere usted?

—Devoción. Dependencia absoluta. —Bernie se frota los ojos con el dorso de la mano—. Para usted, para mí y para la sociedad, lo que hacía Nacho era acoso de manual. La bombardeaba a mensajes. Vigilaba sus redes. Le escribía en el minuto exacto en que la veía «en línea». Pero en su cabeza averiada, él la estaba cuidando. Es lo único que sabe hacer: aferrarse a la gente que quiere hasta lo enfermizo.

—¿Y ella cómo lo gestionaba? —pregunta Mónica.

—Tenía paciencia de santa. A veces le contestaba con cariño, poniéndole límites suaves. Otras veces, cuando él se pasaba de rosca, lo cortaba en seco o simplemente lo ignoraba durante un par de días. Y Nacho siempre venía a las reuniones de Alcohólicos Anónimos completamente destrozado. Cada vez que ella le decía *«Nacho, déjame respirar»*, él lo vivía como si fuera el fin del mundo.

—¿Abby llegó a denunciarlo?

—Nunca. —La respuesta es rápida, casi defensiva—. Yo mismo le sugerí la posibilidad a él, porque temía que el chaval acabara en el

calabozo. Me juró que Abby jamás le haría eso a su *mejor amigo*.

—Usted no cree que fuera Nacho quien la estranguló, ¿verdad? —Mónica escudriña su rostro, buscando la mentira.

Bernie humedece sus labios agrietados.

—Inspectora, llevo dieciocho años sobrio. Y le juro por Dios que todavía hay madrugadas en las que me despierto sudando y lo único que quiero hacer es vaciarme una botella de ginebra en la garganta. No lo hago, pero el demonio sigue queriendo beber. —La mira directamente a los ojos—. Con Nacho pasa lo mismo. Siente cosas monstruosas que no sabe manejar. Y cuando no sabes manejar un demonio, a veces la correa se rompe. Pero este no es el caso, estoy convencido. Sinceramente, no creo que fuera él. No a Abby. La quería demasiado.

Mónica deja un silencio. A veces, el silencio después de una confesión es más útil que cualquier pregunta. La gente lo llena con lo que realmente quiere decir.

Pero Bernie no lo llena. Se queda mirando su café intacto.

—Encontramos una carta manuscrita en el buzón de la víctima —dice Mónica, cambiando de ángulo—. Firmada por Nacho.

El impacto golpea la cara de Bernie como una onda expansiva. Primero llega la sorpresa, luego la comprensión y, por último, una losa de culpa que le hunde los hombros.

—La carta… —susurra, llevándose las manos a la cabeza—. Dios mío.

—¿Sabe de qué estamos hablando?

Él asiente despacio, incapaz de levantar la vista.

—Fui yo quien le aconsejó que la escribiera.

Rayco se inclina hacia adelante, de repente muy interesado.

—¿Usted le dijo que escribiera esa carta?

—Era un ejercicio terapéutico, un cierre emocional. Le pedí que vomitara todo lo que sentía por Abby en un papel, nada más. Que vaciara su mente. Le sugerí que lo escribiera, lo leyera en voz alta en su casa y luego lo quemara.

—Pero no lo quemó. Lo echó al buzón de ella.

—Le dije mil veces que no se lo entregara. Que era para él, no para ella. Le advertí que, si se lo daba, la iba a asustar. —Traga

saliva—. No pensé que fuera a hacerlo, se lo juro. Creí que me había hecho caso.

Mónica lo mira con empatía fría. Sabe perfectamente lo que es dar un consejo bienintencionado y que todo salga al revés.

—Necesito que escuche algo.

Mónica saca el móvil del bolsillo de sus vaqueros y abre el archivo de audio que les pasó Informática. Es la grabación de la llamada anónima al 112 la noche del crimen: una voz temblorosa, rota y entrecortada informa que hay una chica muerta en un apartamento de Malasaña. Cuarenta y dos segundos de terror comprimido.

Le tiende a Bernie sus propios auriculares.

—Póngaselos y díganos si reconoce la voz.

El padrino se ajusta los auriculares de cable con torpeza. Mónica pulsa el *play*.

Mientras el audio corre, la vida del bar sigue su curso: alguien pide una caña a gritos en la barra, la máquina tragaperras vomita una melodía electrónica triunfal y la puerta de cristal se abre, dejando entrar una ráfaga de aire helado.

Pero Bernardo Helguera ya no está en el bar. Tiene la mirada fija en la mesa, la mandíbula apretada, y algo le recorre la cara como una corriente eléctrica que va iluminando cada arruga a su paso.

Cuando terminan los cuarenta y dos segundos, se quita los auriculares despacio y se pasa dos dedos trémulos por la boca.

No habla.

Rayco mira a Mónica. Ella levanta un dedo imperceptible: espera.

Cuando finalmente habla, lo hace casi para sí mismo.

—Podría ser él. Suena… suena exactamente igual que cuando me llama de madrugada, borracho y en pleno ataque de pánico porque no puede respirar.

—Bernie —dice Mónica, apoyando los antebrazos en la mesa—. Si Nacho mató a Abby en un ataque de ira, ¿por qué llamó a emergencias para dar el aviso?

Él la mira con extrañeza. *¡Tú eres la policía, joder, dímelo tú!*, parece gritar su expresión.

—Ojalá lo supiera.

—¿Cree que en el fondo quería que lo atrapáramos? —pregunta Rayco.

Niega con la cabeza.

—Nacho no funciona así. No calcula. No premedita un crimen para luego arrepentirse como en las películas. Él simplemente reacciona a los estímulos, y cuando baja la marea, no entiende qué ha hecho ni por qué. —Empuja la taza de café unos centímetros, apartándola como si de repente le diera asco—. Una madrugada, en pleno invierno, se subió al tejado de su bloque de pisos en calzoncillos. Se sentó en el alféizar, con los pies colgando sobre el vacío. Los vecinos entraron en pánico y llamaron a los bomberos creyendo que iba a saltar. Cuando lo bajaron a la fuerza, el psicólogo del Samur le preguntó por qué lo había hecho. ¿Saben qué contestó el chaval?

Mónica y Rayco guardan silencio.

—Dijo que solo quería ver las estrellas más de cerca, porque desde su ventana no se veían. —Bernie se pone de pie de golpe, haciendo chirriar la silla contra el suelo—. Tengo que irme. ¿Algo más?

—Una última cosa —dice Mónica—. ¿Sabe dónde puede estar escondido?

El hombre deja escapar un gemido amargo que pretende ser una risa.

—Si lo supiera, ya lo habría arrastrado yo mismo a comisaría. —Se ajusta la cazadora vaquera, que le cuelga como una vela sin viento—. Escúchenme. Si lo encuentran… díganle que me llame. Por favor.

No espera respuesta. Se da la vuelta y camina hacia la salida, con los hombros hundidos y las manos sepultadas en los bolsillos.

Cuando la puerta del bar se cierra tras él, Rayco es el primero en hablar. Su voz carece de la ironía de siempre.

—¿Tú te lo crees? ¿Que llamó por arrepentimiento?

Mónica no contesta enseguida. Piensa en el audio del 112. En el temblor gutural de esa voz. En cómo repetía *«Por favor, vengan, por favor»*. No es el tono de un psicópata que juega al gato y al ratón

con la policía. Es el tono de alguien que está aterrado por lo que acaba de suceder.

—No lo sé —admite, frunciendo el ceño—. Pero si se arrepintió en el acto, ¿por qué esconderse ahora? ¿Por qué no entregarse?

Rayco clava la vista en el fondo de su taza.

—A veces, intentas ayudar a alguien haciendo lo que crees correcto, y lo único que consigues es darle munición al enemigo.

Mónica lo escruta en silencio. Tiene la impresión de que no está hablando solo de Nacho.

—Rayco.

—Dime.

—¿Seguro que estás bien?

Rayco levanta la vista. Sus ojos, habitualmente brillantes e inquisitivos, la miran sin verla. Por un instante, su amigo y compañero parece veinte años más viejo y cien veces más cansado.

—No seas pesada, anda. Vámonos de aquí. Este sitio me está dando ganas de suicidarme.

Se acerca a la barra para pagar y sale de La Estrella sin mirar atrás.

25

Ni siquiera él mismo se reconoce.

Sin la melena sucia, su cabeza parece demasiado pequeña, anormalmente frágil. Como la de un preso de guerra o un paciente de quimioterapia.

Se rapó ayer de madrugada, en los aseos de una gasolinera de la M-40, con una maquinilla barata que compró en efectivo. El pelo fue cayendo al suelo en mechones gruesos y apelmazados que parecían cuervos muertos. Salió de allí sin mirar atrás, dejando su identidad tirada junto al retrete.

Ahora, frente al espejo rajado de un hostal de Carabanchel que cobra cuarenta euros la noche y no pide DNI, Nacho Pareja se ajusta unas gafas. La imagen que le devuelve el cristal es la de un fantasma. Un tipo cualquiera, anodino, definitivamente invisible. Alguien que podría entrar ahora mismo en un bar, pedir un café con leche y que nadie levantara la vista del periódico para llamar a la policía.

Oculto a la vista de todos, como dice el dicho.

Por primera vez en su vida, ser invisible le conviene.

Se sienta en el borde del colchón y saca el móvil prepago que compró ayer en un locutorio de Usera. Le costó cincuenta euros. El tiempo y el dinero se le escurren como arena.

Abre el navegador y teclea su propio nombre.

Lo primero que escupe la pantalla es su cara. La foto antigua; la del pelo largo, la tez cetrina y los ojos hundidos. Debajo, el titular en

negrita le golpea las retinas: *«Principal sospechoso del asesinato de Abigail Brennan, en busca y captura».*

Y justo debajo, el foso de los leones. Los comentarios. El coro anónimo de miles de bocas abiertas, gritando al unísono desde el otro lado del cristal:

Acosador.

Enfermo mental.

Basura humana.

Ojalá lo encuentren muerto en una cuneta.

Hay que cortarle las manos con un machete para que no vuelva a tocar a una tía.

Mejor los huevos…

Nacho bloquea el teléfono y lo lanza contra la colcha. Se levanta respirando deprisa, con un pitido agudo taladrándole los oídos. Se acerca a su cazadora tirada en el respaldo de la silla de plástico y hunde la mano en el bolsillo.

Saca el cuchillo.

Es pequeño, de hoja retráctil, con el mango de madera astillado. Al igual que las gafas falsas, lo compró en un bazar chino a dos calles de allí. Abre la hoja y comprueba el filo presionando la yema de su pulgar izquierdo contra el metal. Aprieta un poco más de la cuenta. La piel cede y una gota de sangre gruesa y oscura brota de inmediato, hinchándose como una mariquita.

Suficiente.

Se lleva el dedo a la boca y succiona la herida. El sabor metálico de la sangre le inunda la lengua.

Ese sabor es el detonante. Abre la puerta del recuerdo que lleva horas intentando tapiar, y la imagen espantosa vuelve a asaltarle por sorpresa, nítida y brutal, succionando todo el oxígeno de la habitación del hostal.

Fue ayer. Nacho todavía estaba en su apartamento.

Para acallar el caos que le hervía en el cerebro, se había sentado frente a la batería. Cerró los ojos y empezó a aporrear las baquetas. Sin ritmo ni melodía. Solo golpear. Descargando violencia contra la goma tensa de las cajas. El ruido sordo y blanco le inundaba los oídos, aislando el mundo exterior, las voces, el miedo… y la muerte

de Abby. Las manos le sudaban, resbalando sobre la madera de las baquetas. Las ampollas se le abrieron, pero no paró. Sabía que, si paraba, el silencio regresaría, y con él, las voces.

Golpeó hasta que los tendones de los antebrazos le ardieron y los músculos dejaron de responderle.

Agotado, soltó las baquetas. Lo engulló un silencio espeso y un vacío asfixiante que flotaba en el piso.

Bowie debería haber estado ahí. En el reposabrazos del sofá, en el suelo o en el alféizar de la ventana. Mirándolo con esos ojos dispares que parecían pertenecer a dos gatos distintos cosidos en el mismo cuerpo.

Pero Bowie no estaba.

Lo buscó en la cocina. Debajo de la cama. En el fondo del armario. En el baño, donde al animal le gustaba acurrucarse porque le gustaba el fresco de la porcelana.

Nada.

Volvió al salón. Se quedó plantado en medio de la estancia, mirando fijamente los cojines, como si pudiera materializarlo por pura fuerza de voluntad.

Tampoco. Ni rastro de su animal.

Un olor extraño le llegó entonces desde la entrada. Algo agrio, picante.

Caminó hacia la puerta principal y la abrió.

Durante la noche, mientras él dormía, alguien había subido hasta su descansillo para dejarle un indeseado regalo.

Sobre el felpudo yacía el cadáver medio carbonizado de un gato.

Nacho dejó de respirar. El olor a pelo quemado y carne asada se mezclaba con el hedor a lejía de la escalera. El animal estaba tumbado de costado, rígido como una tabla de madera. Las pupilas dilatadas, cubiertas por esa película lechosa y opaca que Nacho recordaba haber visto de niño en los ojos de los pescados muertos del mercado. El pelaje de la espalda estaba achicharrado, crujiente, pero en la cabeza y las patas aún se distinguía el gris jaspeado inconfundible de Bowie.

Su collar rojo estaba intacto, tirado a un palmo del hocico inerte. Y junto al cuerpo rígido, apoyado contra el marco de la puerta, había

un trozo de cartón arrancado de una caja de cereales. Llevaba una palabra escrita con rotulador permanente negro, en letras toscas y furiosas:

ASESINO

Nacho se quedó congelado en el umbral.

No gritó ni lloró. Su cerebro neurodivergente hizo lo que hacía cuando la realidad era demasiado monstruosa para procesarla: entró en modo de emergencia.

Se sentó muy despacio en el suelo del descansillo, cruzó las piernas y cogió a Bowie en brazos. El animal no se dobló; el *rigor mortis* lo mantenía tieso. Pesaba poquísimo. Como si el fuego y la muerte le hubieran robado algo más que la vida.

Lo acomodó sobre sus muslos y le pasó la mano por la cabeza, donde el pelo seguía suave y todavía olía a él. A pienso y a polvo y a esa cosa indefinible que tienen los gatos viejos.

Dejó caer la cabeza hacia adelante, hundió la nariz en el cuello intacto del animal y aspiró tan hondo que los pulmones le dolieron.

—Perdona, colega —dijo en voz baja—. Perdóname.

No supo cuánto tiempo se quedó allí sentado. Un minuto. Dos horas. Era irrelevante. Solo acunó el cadáver tieso, acariciándole las orejas con movimientos mecánicos, repetitivos, mientras algo dentro de él se rompía sin hacer ruido.

Cuando por fin se levantó, las rodillas le crujieron. Tenía la camiseta pegada al pecho por un sudor gélido. Metió el cadáver en casa, sacó una sudadera gris del cajón de su dormitorio y envolvió a Bowie en ella como si fuera un bebé prematuro. Lo dejó en la cama, sobre la almohada, tapado hasta el cuello.

Se quedó mirándolo desde la puerta.

Alguien iba a pagar por aquello.

Alguien iba a pagar por todo.

El pinchazo en el pulgar lo devuelve al hostal de Carabanchel.

La sangre se ha extendido y ya tiñe todo su dedo.

El mundo le ha declarado la guerra a Nacho Pareja. La policía está rastreando sus pasos; la prensa lo ha condenado; Internet quiere castrarlo; han asado vivo a su único amigo y le han dejado un cartón llamándole asesino en su propia puerta.

Vale.

Si el mundo quiere guerra, él se la va a dar. Ya no tiene absolutamente nada que perder.

Y sabe perfectamente por dónde empezar. Sabe quién tiene las respuestas.

Hay una persona. Una chica.

Deja caer el cuchillo sobre la cama, recupera el móvil y abre de nuevo el navegador. Teclea un nombre rápido, dejando una marca rojiza en el cristal. Estudia la foto de perfil que aparece en pantalla. La examina con la intensidad fría de quien ha pasado demasiadas noches en vela descifrando comportamientos ajenos en la red.

Cecilia.

La mejor amiga de Abby.

Ella siempre lo miraba como el resto, por encima del hombro. Ponía cara de asco cada vez que él pasaba cerca. Y envenenaba la cabeza a Abby, intentando aislarla de él, tratándolo como a un puto retrasado mental.

Zorra.

Pero Nacho no es estúpido. Su cerebro registra detalles que los demás pasan por alto. Y Nacho sabe algo sobre la pobre y afligida Cecilia. Un detalle minúsculo. Un secreto sucio que ella creyó que nadie descubriría.

Guarda el cuchillo en el bolsillo interior de la cazadora. Se pone de pie y se cuadra frente al espejo, ajustándose las gafas falsas sobre el puente de la nariz.

Cuando miras el abismo —escribió Nietzsche—, *el abismo también te mira a ti.*

—El abismo soy yo, amiguita —susurra al cristal—. Yo.

26

Mónica detesta los domingos por la tarde. Odia las calles medio vacías, las persianas a medio bajar y el silencio de sala de espera que parece envolver a toda la ciudad, conteniendo la respiración antes de la vuelta al ruedo el lunes.

Está recostada en el sofá con el expediente de Abigail Brennan desplegado sobre la mesa de centro. Fotos forenses, informes toxicológicos y notas adhesivas con la letra caótica de Rayco y la suya propia, más pequeña y agresiva. La fotografía de la flor hallada junto al cadáver —esos pétalos rosados con forma de corazón invertido— la observa desde una esquina del dosier. Mónica casi puede sentir cómo la planta se burla de ella.

Llevan días dándose de cabezazos contra una pared, y el caso sigue ahí, agazapado en las sombras, negándose a revelarse por completo.

Mujer irlandesa de veinticinco años, agredida sexualmente y estrangulada en su propio piso. Cerradura sin forzar. Una flor exótica como firma. Y un sospechoso fugado cuyas huellas dactilares cubren toda la escena del crimen.

Y, debajo de la superficie, la sensación chirriante de que las piezas no encajan del todo.

Pasa la yema del dedo índice por el borde de la fotografía en vida de Abby y aparta la mirada con un suspiro.

No está concentrada.

Y lo que más le jode es que sabe exactamente por qué.

Andrés se ha ido hace poco más de una hora con una pequeña bolsa de viaje, un beso en la frente que le ha sabido a trámite y un neutro «te llamo cuando llegue». El AVE a Valencia salía a las cinco. Motivo del viaje: el cumpleaños de su hija Laura. Unos días de desconexión de padre e hija en los que Mónica no pinta absolutamente nada.

No. Eso no es justo. Está mintiendo.

Andrés no la ha excluido; se ha excluido ella solita. Él le propuso acompañarle hasta en tres ocasiones y ella activó el protocolo de evasión, soltando una batería de excusas mediocres que ni ella misma se cree.

La pantalla del móvil sigue en negro. No ha llegado ninguna notificación.

«Te llamo cuando llegue».

Pues no ha llegado todavía. O lo ha hecho y no la ha llamado.

Es patético. Parece una adolescente de quince años esperando un WhatsApp del chico que le gusta, y la simple imagen le da ganas de pegarse un tiro.

Para distraerse, se levanta y va a la cocina a por un caramelo. Abre el cajón del desastre —donde conviven pilas gastadas, menús de comida a domicilio y un rascador oxidado— y sus dedos rozan un cartón rígido.

Saca la tarjeta de visita con letras en relieve.

TG CONFIDENTIAL

TONI GALÁN — INVESTIGADOR PRIVADO. NUEVA YORK

El tipo de la cojera y la sonrisa torcida que le abolló el Mini. La mira durante un segundo, sopesándola, y la vuelve a tirar al fondo del cajón antes de coger un Chupa Chups de cola.

Piensa fugazmente en llamar a Patricia, pero sabe exactamente cómo sería esa conversación. Patricia la arrastraría a un bar de moda, pedirían una botella de Verdejo y, en algún momento de la segunda copa, su amiga dejaría de escuchar los problemas de Mónica para describir con precisión los abdominales de su último

ligue de Tinder y sus preferencias bajo las sábanas. Mónica acabaría riéndose a carcajadas, sí, pero volvería a casa con el mismo nudo en el estómago y una resaca de campeonato.

Y esta tarde necesita desenredar el nudo.

Suena el timbre de la puerta, provocándole un respingo.

La voz de Jamie al otro lado llega antes que todo lo demás.

—¡Mamáááá!

Mónica abre y Jamie se le tira encima como un huracán de pelo revuelto. Detrás de él, en el rellano, John sostiene una mochila de la Patrulla Canina en una mano y una bolsa de plástico del Mercadona en la otra. Lleva las gafas ligeramente torcidas y esa sonrisa suya, torpe y amable, que siempre parece pedirle perdón al mundo por ocupar espacio.

—He sobrevivido —anuncia él, con ese acento que convierte cada frase en español en algo vagamente entrañable—. Aunque anoche intentó convencerme de que los Lacasitos son una cena nutritiva.

Mónica le revuelve el pelo a Jamie.

—¿Y lo consiguió?

—Casi. —John le tiende la bolsa—. Te he comprado leche. Se te había acabado, ¿no?

Mónica coge la bolsa, parpadeando. John Everett, el hombre con el que rompió hace años de la peor manera posible, acaba de traerle leche del súper porque ayer, durante el cumpleaños, la escuchó quejarse de pasada. Sorprendente.

—Pasa —le dice, haciéndose a un lado—. ¿Quieres un café?

John duda un segundo en el umbral, como si el ofrecimiento viniera con letra pequeña.

—Si no es molestia.

—John, por el amor de Dios. Si fuera molestia no te lo ofrecería.

—Es verdad. Siempre olvido eso de ti.

Minutos después, Jamie se ha instalado en el sofá y está absorto en unos dibujos animados en el televisor. Mónica y John se han refugiado en la cocina. Mientras ella enciende la cafetera eléctrica, John abre por inercia el armario superior y saca dos tazas: la blanca para él, la de Nirvana desconchada para ella. Las deja en la

encimera y se sienta en el taburete alto, el que siempre fue su sitio cuando vivían juntos.

—¿Cómo va la novela? —pregunta ella, más por llenar el silencio que por interés real.

—Lenta. Nyquist está atrapado en Estambul y no consigo sacarlo de allí.

—¿No puedes matarlo y empezar otra saga?

John sonríe de medio lado.

—Mi editora me mataría a mí primero.

—¡Mamá! —grita Jamie desde el salón—. ¡¿Sabías que los pulpos tienen tres corazones?!

—¡Me alegro por ellos, enano! ¡Búscate otro animal que no dé asco!

—¡¿TRES?! ¡Pero eso es trampa!

John se inclina sobre la isla de la cocina y baja la voz:

—Lleva todo el fin de semana preguntándome datos macabros sobre los órganos internos de los animales. Estoy empezando a dudar de si estoy criando a un futuro biólogo marino o a un psicópata en serie.

—Con la genética que le hemos dado tú y yo, las probabilidades están al cincuenta por ciento.

La cafetera escupe el último chorro oscuro. Mónica le pone la taza enfrente. John la envuelve con sus pálidas manos, absorbiendo el calor.

—Suéltalo de una vez —dispara ella, apoyándose contra el mármol y cruzándose de brazos.

—¿El qué?

—Lo que sea que estás rumiando. Te conozco, John. Tienes exactamente la misma cara de cordero degollado que pusiste aquel día que dejaste una bolsa de plástico encima de la vitrocerámica encendida y me dijiste que casi quemas el edificio entero.

John levanta la vista. Sus ojos claros, siempre un poco tristones, la escrutan con esa mezcla de timidez y franqueza brutal que en el pasado la dejaba sin aliento.

—Ayer, en la fiesta de cumpleaños… —empieza, midiendo las palabras—. Andrés y tú estuvisteis toda la tarde esquivándoos.

Mónica endurece la mandíbula.

—Eres escritor de ficción. Ves cosas donde no las hay.

—Veo cosas donde las hay, pero nadie quiere mirar.

En el salón, un dibujo animado antropomórfico empieza a cantar una canción insufrible sobre la amistad y los arcoíris. Jamie tararea la melodía sin acertar una sola nota.

—Perdóname. No es asunto mío —dice John, empujándose las gafas contra el puente de la nariz—. Y si me dices que me calle, lo haré. Pero…

—¿Pero qué?

—Pero nunca te había visto así con él. El cumpleaños del niño es tu día favorito del año, el único día que apagas el móvil del trabajo. Y ayer parecía que deseabas que se abriera un agujero en el suelo del salón para tragarte.

Mónica abre la boca para decir que todo está bien. Que no se meta. Es su respuesta por defecto, el muro de contención que levanta antes de que el enemigo pueda encontrar una grieta.

Pero algo falla. Quizá es el cansancio. Quizá es el domingo, que le ablanda las defensas como cartón mojado. Quizá es que el móvil sigue sin sonar. O quizá es simplemente que John la mira sin juzgarla, y eso es exactamente lo que necesita ahora mismo.

—No sé si estamos bien, John —acaba admitiendo en un susurro ronco. Mónica casi se sorprende de oírse a sí misma.

Él no contesta. No hace ningún gesto de comprensión impostada. Solo se queda callado.

Y entonces, el muro se derrumba.

Mónica le cuenta cómo se ha ido envenenando todo en los últimos meses. Habla de la semilla de desconfianza que ella misma plantó, de las acusaciones sin pruebas y de la culpa corrosiva. Le explica que Andrés la ha perdonado de palabra, pero que el cuerpo no sabe mentir; hay cosas que se comunican con la rigidez de los hombros al rozarse en el pasillo, con los centímetros extra de distancia en la cama, con la urgencia con la que él huye al trabajo por las mañanas.

—Y lo de Valencia ha sido la gota que colmó el vaso —confiesa Mónica, mirando el fondo de su taza—. Me invitó a ir con él al

cumpleaños de su hija.

—Y no has ido.

—Le dije que tenía que cuidar de Jamie.

—Podías habérmelo pedido a mí. No me habría importado, ya lo sabes.

—Eso mismo me contestó él. Entonces le dije que teníamos mucho trabajo. Y es verdad, el caso de Malasaña está que arde.

—Pero no es el verdadero motivo.

Mónica abre la boca y la cierra de nuevo. Se muerde el interior de la mejilla.

—Es que… Andrés necesita tiempo a solas con Laura. Son padre e hija. Llevan meses viéndose poco, y yo ahí sobro. Soy un estorbo.

John no dice nada. Solo la observa con atención. Y al escucharse, Mónica sabe que la excusa se desmorona sin necesidad de que nadie la empuje.

—Mira, creo que Andrés me invitó por compromiso —añade ella, con la voz temblando un milímetro—. No insistió cuando le dije que no. Se rindió a la primera. Si realmente hubiera querido que yo estuviese allí, si le importara que yo formara parte de la vida de su hija, habría luchado un poco, ¿no? Creo que se está cansando de mí, John. Creo que ya no confía en la relación. Y lo peor es que me lo merezco.

Mónica cierra los ojos un segundo. *«¿Qué coño estoy haciendo?»*, se grita a sí misma en su cabeza.

Le está desnudando su alma a John Everett.

A John.

Al padre de su hijo. Al hombre que no supo pelear por ella y al que ella tampoco le dio la oportunidad de hacerlo. A quien antepuso su carrera literaria a ella. Al tipo que vive en un mundo de espías de ficción porque la realidad le viene grande.

¿Por qué a él y no a Rayco?

Porque, de acuerdo, Rayco es su mejor amigo, su compañero de trinchera, su Pepito Grillo, pero también es amigo de Andrés, de modo que no sería objetivo.

Necesita a alguien que la conozca bien y esté completamente al margen.

Con John, la batalla terminó hace años. Ambos perdieron. Y precisamente por eso, porque entre ellos ya no queda orgullo que defender ni territorio que conquistar, Mónica puede sentarse en el taburete de su cocina y decir en voz alta lo que le aterra confesarle al espejo.

Frente a John Everett, Mónica Lago puede permitirse ser una cobarde.

—Mira, a lo mejor el problema soy yo —dice, apoyando la frente en la palma de la mano—. Jorge me engañó con una cualquiera y lo nuestro se fue al garete. Contigo la cosa estalló por los aires. Y ahora Andrés se me escurre entre los dedos. Tres hombres distintos. Tres fracasos estrepitosos. La única constante en esa ecuación soy yo.

John deja el café en la encimera. Se quita las gafas y las limpia con el bajo de la camisa.

—Moni.

A Mónica le recorre un escalofrío por la nuca. Hacía años que John no usaba ese tono con ella.

—Tú no eres el problema —dice él, volviendo a ponerse las gafas —. Pero te niegas a ser la solución. Y ahí está el asunto.

Ella frunce el ceño.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que eres la mujer más valiente que conozco. Te he visto enfrentarte a sospechosos que me harían mearme en los pantalones. Lidiar con cosas que mi editora me censuraría por ser demasiado oscuras. Eres de titanio, Mónica. Pero te da auténtico terror admitirle a la persona que amas que la necesitas.

Siente el impacto de la frase justo debajo del esternón.

—Eso no es…

—Cuando la cosa se puso fea entre nosotros en el pasado —la interrumpe él, levantando un dedo para silenciarla—, tú levantaste el puente levadizo al instante. Te atrincheraste en tu castillo, levantaste las murallas y te sentaste a esperar a que yo hiciera todo el trabajo de asedio para salvar lo nuestro. Y yo no fui capaz. No supe escalar esa muralla, lo reconozco. Pero tú tampoco hiciste el menor amago de bajar a abrirme la puerta.

—Joder con el símil medieval.

—Perdona, es defecto profesional. Y no te lo digo con rencor. Ya no hay rencor entre nosotros. Pero necesitas oírlo de alguien que ha estado en ese bando, porque estás haciéndole exactamente lo mismo a Andrés. Me acabas de confesar que te invitó a Valencia y que tú le respondiste que no, dándole excusas absurdas. Estás sentada en tu trono, esperando a que él insista, a que él demuestre. A que él arrastre el culo para convencerte. Y mientras tanto, te pudres de pena aquí, un domingo, mirando la pantalla negra del móvil y autocompadeciéndote.

En el salón, Jamie ha dejado de tararear. En la tele suena la sintonía inconfundible de un anuncio de juguetes.

—Eres demasiado orgullosa, Moni. Y lo digo con todo el cariño de un hombre que te quiso mucho.

Mónica no dice nada. Se queda observando la taza, con el logo de Nirvana devolviéndole la mirada desde la cerámica desconchada. Un smiley amarillo con los ojos en cruz. Siempre le pareció que esa cara resumía bastante bien su vida sentimental.

—¿Me permites decirte una última cosa, antes de que me eches de tu casa? —pregunta John, con suavidad.

—¿Puedo impedírtelo?

—No.

—Pues adelante. Acaba conmigo.

—Apenas conozco a Andrés. Hemos intercambiado cuatro frases incómodas en los últimos dos años. Pero ayer, en el cumpleaños, vi cómo te miraba cuando tú estabas distraída con Jamie.

—¿Y qué viste? —Mónica contiene la respiración.

—Vi a un hombre agotado, sí. Preocupado. Pero también a alguien que está enamorado hasta el tuétano por ti. Vi a un hombre profundamente enamorado de la mujer que tiene en su casa. Y tú, Mónica, no le devolviste la mirada ni una sola vez en tres horas.

Ella levanta la vista. Siente un calor repentino en las mejillas.

—Lo que intento decirte —concluye John, bajándose del taburete — es que a lo mejor, solo a lo mejor, ese hombre está tan asustado como tú, esperando exactamente lo mismo: que el otro dé el primer paso para arreglarlo. Y si dos personas testarudas se quedan

esperando en la estación, al final el tren parte vacío. Si algo he aprendido matando espías de ficción es que el héroe nunca gana la partida quedándose sentado en el sofá.

—¿Me estás comparando con el espía ese de tus libros?

—Te estoy comparando con la mujer de carne y hueso que conocí. Que, de paso, te digo que es mil veces más compleja e interesante que cualquier personaje que pudiera inventar.

Mónica siente una presión ardiente detrás de los ojos. Se niega a llorar. No delante de John. Ni delante de nadie, joder. Pero hay una verdad en el discurso de su ex que se le ha clavado en el cerebro con la precisión de una astilla de madera debajo de la uña: es pequeña, parece insignificante a simple vista, pero el dolor te impide ignorarla.

John tiene razón.

Mónica jamás luchó por él. Cuando descubrió sus mentiras imperdonables, no discutió a gritos, ni se sentó a hablar, ni buscó soluciones. Hizo la maleta y se fue. Dinamitó el puente. Y durante años se convenció a sí misma de que era lo correcto porque *Mónica Lago no suplica el amor de nadie*.

Pero quizás arreglar las cosas no consista en suplicar. Quizás consista, simplemente, en tragarse el ego, coger un puñetero AVE a Valencia y presentarse en la puerta diciendo: *«Me he equivocado. Estoy aquí»*.

—¡Mamá! —el alarido de Jamie interrumpe la epifanía desde el salón—. ¡Los pulpos ADEMÁS tienen la sangre de color AZUL!

—¡Enhorabuena, hijo! —grita ella de vuelta, parpadeando rápido para ahuyentar las lágrimas—. ¡Eres la Wikipedia con patas!

—¡¿Qué es una pedía?!

John suelta una carcajada limpia y sincera. Mónica también se ríe, sintiendo cómo el bloque de hormigón que le aplastaba el pecho empieza a resquebrajarse.

Entonces, mientras John habla sobre llevar a Jamie a ver las barcas del Retiro el próximo sábado, a la inspectora de Homicidios se le cruza por la mente una idea absolutamente temeraria, impulsiva y maravillosa.

27

—¡Papá, no te lo vas a creer! ¡Me han cogido para las prácticas en la productora!

La cara de Hannah ocupa toda la pantalla del portátil. Lleva un corte de pelo nuevo, más moderno —a capas, con las puntas rubias desafiando su castaño natural— y tiene las mejillas encendidas, como si acabara de subir corriendo tres tramos de escaleras. Probablemente lo ha hecho. Hannah no camina por la vida; la ataca a la velocidad de un cometa.

Rayco sonríe desde el sofá. La primera sonrisa genuina del día, y ya son las siete y media de la tarde.

—Enhorabuena, bichito. ¿Cuándo empiezas?

—¡El lunes que viene! Bueno, si es que consigo entregar el trabajo final de Narrativa Audiovisual antes del viernes, que no sé ni por dónde empezar. Pero eso son detalles menores.

—Detalles menores —repite Rayco, frotándose los ojos.

—Detalles insignificantes. Microscópicos. Partículas subatómicas de detalle. Y no me llames *bichito*, papá, que ya tengo una edad…

Hannah habla con las manos, con los ojos y con todo el cuerpo. Detrás de ella, en el encuadre de la *webcam*, su habitación de la residencia universitaria en Toulouse parece el resultado de un bombardeo: ropa acumulada sobre la silla de escritorio, apuntes desparramados por el suelo como una alfombra de papel y cuatro tazas alineadas peligrosamente en la estantería.

—¿Y tú qué tal? —pregunta ella, sentándose sobre su propia pierna—. Tienes una cara horrible.

—Vaya. Gracias, hija.

—Es la verdad. ¿Va todo OK?

—Están siendo días duros en el trabajo, nada más.

—¿Mercedes está bien?

Rayco se pasa la mano por el pelo, intentando mantener la máscara en su sitio.

—Sí, claro. Anda liada con cosas de la boda.

—Dale un abrazo enorme de mi parte, ¿vale? Y dile que luego le mando por WhatsApp las fotos de un vestido que vi ayer en el centro. Le va a flipar.

—Se lo digo.

—Y come algo, por Dios, que te veo flaco.

—No estoy flaco, Hannah. Ni que fueras mi madre.

—Estás flaco y tienes mala cara. Es mi diagnóstico oficial.

Rayco se ríe. Hannah le lanza un beso sonoro desde la pantalla, le dice que lo quiere con la misma naturalidad con la que diría que llueve en Francia, y la videollamada se corta.

La pantalla vuelve al escritorio. El salón se queda a oscuras. Y el silencio, en esta casa, hoy pesa como una losa de plomo.

Mercedes lleva así todo el día. Se ha levantado antes que él, lo cual no es raro. Lo preocupante es que no ha preparado café. Ella hace café cada mañana desde el primer día que empezaron a vivir juntos. Es uno de esos rituales diminutos y automáticos que sostienen una casa sin que nadie se dé cuenta, como echar la llave por la noche o regar las plantas. Hoy, Rayco ha entrado a la cocina a las nueve y se ha encontrado la cafetera helada y a su prometida sentada a la mesa, en silencio, con las dos manos alrededor de una taza de poleo menta que ya estaba fría.

—Buenos días —ha dicho él, tanteando el terreno.

—Buenos días —ha repetido ella, sin mirarlo.

Y eso ha sido todo.

El resto del domingo ha transcurrido como una obra de teatro mal ensayada. Mercedes ha cocinado, ha puesto la mesa, ha recogido los platos y ha doblado la ropa limpia. Ha ejecutado cada

una de sus rutinas domésticas a la perfección, solo que sin la música.

Faltaba el ruido.

Ella es ruido en el mejor sentido de la palabra: tararea mientras cocina, habla sola cuando busca algo en un cajón y comenta en voz alta los titulares del móvil. Hoy no ha hecho nada de eso. Ha estado presente pero completamente vacía.

Rayco ha intentado romper el hielo dos veces desde la interrupción de Faina la noche anterior. La primera, al cruzarse en el pasillo. Le ha puesto la mano en la zona lumbar. Mercedes no se ha apartado, pero su cuerpo se ha tensado bajo los dedos de él, rígido como la cuerda de una guitarra a punto de romperse.

La segunda ha sido durante la comida. Él, harto de la guerra fría que se había instaurado en casa, le ha preguntado directamente si le pasaba algo. Mercedes ha levantado la vista del plato de pollo, le ha dedicado una sonrisa de plástico y ha dicho:

—Igual estoy incubando un virus.

Rayco no se ha tragado ni una sola sílaba. Pero Faina estaba sentada delante de ellos, así que él se ha mordido la lengua y ha dejado pasar la bola.

Ahora son casi las ocho. El salón está en penumbra porque a ninguno se le ha ocurrido encender la lámpara de pie, y la última luz anémica de la tarde se cuela por las cortinas. Sobre la mesa del comedor, la carpeta con las pruebas de impresión para las invitaciones de boda sigue exactamente donde la dejó ella el viernes. Abierta por la misma página. Sin tocar.

Su futura mujer no ha tocado un solo papel del enlace en todo el fin de semana.

Y eso a Rayco le da más miedo que cualquier discusión.

Faltan tres semanas para el altar. Tres semanas para un evento que Mercedes ha planificado con la precisión matemática de un desembarco militar: menú, lista de canciones, flores, fotógrafo. Todo controlado. Todo perfecto.

Entonces, ¿qué ha cambiado?

La cabeza de Rayco hace lo que hacen todas las cabezas cuando se quedan sin respuestas lógicas: fabricar desastres.

Mercedes ha hablado con alguien.

Una amiga le ha comido el coco.

Se ha dado cuenta de que casarse con un madero cuarentón, viudo y con dos hijas no era el cuento de hadas que tenía en mente…

—Me voy a casa de Laia a estudiar.

Faina aparece por el pasillo. Lleva una chaqueta vaquera sobre la sudadera del pijama y el pelo recogido con una pinza de plástico que parece a punto de rendirse.

Rayco parpadea, sacudiéndose la paranoia, y vuelve al presente.

—¿A estas horas?

—Tenemos examen de lengua mañana a primera hora.

—¿Y no podéis estudiar cada una en vuestro cuarto?

Ella lo mira con la misma expresión que pone cuando Rayco menciona grabar algo en un pendrive o usar Facebook.

—Papá, aquí no me concentro. El ambiente está rarísimo.

«Normal. Yo también estoy a punto de asfixiarme», piensa Rayco.

No tiene energía para ejercer de padre estricto, así que capitula. Le dice que no vuelva tarde, que le escriba en cuanto cruce la puerta de Laia y que tenga cuidado. Faina le da un beso rápido en la mejilla y se larga.

Rayco se queda solo en el sofá. Agudiza el oído. En la cocina suena el grifo del agua corriendo. Un cajón se abre y se cierra. En la terraza tendedero, la lavadora arranca la fase de centrifugado; el zumbido le llega a través del tabique, grave y constante, vibrando en el suelo como un animal gruñendo dentro de una jaula.

Se levanta. Da dos pasos hacia la cocina y se detiene.

Vuelve al sofá.

Mira la carpeta de las invitaciones.

Se levanta otra vez.

Esta vez no se detiene.

La encuentra pasando una bayeta húmeda por la encimera, a pesar de que ya está impecable; Rayco lo sabe porque la ha visto limpiarla hace exactamente veinte minutos. Está puliendo la nada.

Se queda plantado en el umbral, con el hombro apoyado contra el marco de la puerta. La observa. Así de cerca, los signos de alarma son imposibles de ignorar. Los hombros tensos. Los movimientos circulares, frenéticos y mecánicos de la mano. Y sus ojos, clavados en la superficie de granito, negándose a levantar la vista.

—Mercedes.

Ella no se gira. La bayeta sigue dibujando círculos concéntricos.

—Mercedes, para.

Ella se detiene de golpe, con la bayeta muerta bajo su mano derecha. Pero sigue sin darse la vuelta.

—Faina se acaba de ir —dice él—. Estamos solos. Y llevas veinticuatro horas evitándome.

El centrifugado de la lavadora llena el espacio entre los dos.

—Si es por la boda…

—No es la boda.

Lo suelta rapidísimo, como un reflejo automático. Como si llevara dos días esperando esa pregunta para poder descartarla.

Rayco nota un alivio fugaz que se transforma inmediatamente en algo peor: si no es un ataque de pánico nupcial, ¿qué demonios es?

—Entonces, ¿qué? Dímelo.

Mercedes se da la vuelta despacio. Tiene la bayeta estrujada en un puño. Está pálida y, por primera vez en todo el día, Rayco ve lágrimas en su rostro. Tan solo un amago de llanto, como un brillo más intenso en la comisura de los ojos.

—Tengo que contarte una cosa —dice, con la voz quebrada—. Y necesito que me escuches hasta el final.

Rayco siente el frío antes de procesar las palabras. No es la corriente de la ventana; es un frío viejo, conocido. Un hielo que nace en el centro del pecho y se expande por las venas hasta las yemas de los dedos como una mancha de tinta en el agua. Es el terror puro de un hombre que ya sabe lo que es perder a la persona que duerme a su lado.

El corazón le da un vuelco doloroso.

No.

Cruza la cocina en dos zancadas. Le coge las dos manos y se las aprieta. Están heladas.

—¿Estás enferma? —La voz le tiembla, traicionando al duro inspector de Homicidios—. Mercedes, por lo que más quieras, dime que no es eso.

—No estoy enferma, Rayco.

Algo se afloja en el pecho del inspector. Una bocanada de aire entra por fin en sus pulmones. Pero el alivio dura un segundo, porque la cara de su futura mujer no cambia. Si cabe, se vuelve más oscura y atormentada. Rayco suelta sus manos y le aprieta los brazos por encima de los codos.

—Entonces, ¿qué has hecho, cariño? —le implora—. Sea lo que sea que tengas guardado, dímelo. Me da igual lo que sea. Lo podemos arreglar.

Mercedes se libera de su agarre y deja caer la bayeta sobre la encimera. Mira hacia la ventana como si la respuesta estuviera al otro lado del cristal. Luego, rindiéndose, baja la barbilla.

—Es que no sé por dónde…

Se interrumpe. Se lleva los dedos a las sienes y aprieta con fuerza, cerrando los ojos, como si intentara mantener dentro del cráneo un monstruo que quiere salir a la fuerza.

—El otro día, en la despedida de soltera… —su voz es un hilo frágil—. Cuando sonó aquella canción que tarareé ayer…

Coge aire, temblando.

—Era la favorita de Clara.

Rayco la mira con el ceño profundamente fruncido. El nombre flota en el aire sin significado para él.

—¿Qué Clara? No entiendo nada, Mercedes.

—Espera. Déjame terminar. Si no lo digo ahora, no tendré valor para hacerlo nunca.

Rayco permanece clavado en las baldosas.

Mercedes lo mira fijamente. El muro que lleva levantando todo el fin de semana se agrieta y se derrumba sobre ellos en cámara lenta. Abre la boca para dar el golpe de gracia, pero le falla el aire. Tiene que tragar saliva y aclararse la garganta antes de pronunciar las palabras que van a volver su vida del revés.

En la terraza, la lavadora concluye el centrifugado. El zumbido desaparece de golpe, y el silencio que lo sustituye es tan repentino

que parece que alguien ha pulsado el botón de *mute* del universo entero.

—Sé quién mató a esa chica, Rayco.

Él suelta el aire. La mira, incapaz de procesar.

—¿Qué?

—Sé quién mató a Abigail Brennan —repite Mercedes, con los ojos anegados en lágrimas pero la voz firme, libre al fin del secreto —. Y no es la primera vez que lo hace.

28

—Sé quién mató a Abigail Brennan. Y no es la primera vez que hace algo así.

La cocina está tan en silencio que Mercedes puede distinguir el sonido de su propia respiración.

Ella no se suicidó.

La frase ha estado rebotando en su cabeza desde ayer por la tarde, desde el momento exacto en que Rayco mostró en el teléfono la maldita flor y Patricia pronunció su nombre científico. En ese instante, sintió que las tablas del suelo desaparecían bajo sus pies. Todo lo que había aprendido a callar comenzó a salir a la superficie, sin pedir permiso y sin que ella pudiera hacer absolutamente nada para detenerlo.

Yo tenía razón. Yo siempre lo supe. No se tiró.

Se apoya contra la puerta de la nevera, sintiendo el frío a través de la blusa, y mira a Rayco.

Piensa en cómo empezar. Hace casi veinte años que no habla de esto en voz alta. Jamás se lo ha contado a nadie: ni a su madre, ni a su difunto marido, ni siquiera a la psicóloga a la que fue a ver tres meses después del entierro de Clara, y a la que dejó de ir porque no sabía cómo explicarle la verdad sin parecer una paranoica.

—Todo empezó como un juego —dice al fin.

Rayco no se mueve. Deja que ella hable.

Mercedes cierra los ojos.

Era el año 2006. El año del Messenger: los estados con letras coloridas alternando mayúsculas y minúsculas, los zumbidos que hacían temblar la pantalla del ordenador y el sonido inconfundible cada vez que alguien se conectaba. A Mercedes le sigue dando un vuelco el corazón cada vez que recuerda ese sonido. *¡TA-DA!* La puerta virtual a un mundo lejano donde podías ser otra persona.

Tenía veinte años y estudiaba segundo de Derecho, convencida de que su vida debía ser mucho más interesante y salvaje de lo que en realidad estaba resultando. El Messenger era la prueba de que tenía razón: detrás de cada icono pixelado había un ser humano, y detrás de cada ser humano, la promesa de algo nuevo y excitante.

Resultaba adictivo.

El alias de él apareció en su pantalla una tarde lluviosa de octubre.

Flor_de_la_tierra.

Sonaba raro. Poético y original, pero raro. A Mercedes le había hecho gracia. No era el típico alias de un universitario salido —nada de referencias a grupos de rock, ni iniciales con el año de nacimiento —. Era extraño. Pero extraño-interesante, no extraño-peligroso.

O eso creyó entonces. Qué estúpida. Qué tremendamente estúpida y arrogante era a los veinte años.

Empezaron a chatear.

Ella también usaba un seudónimo, como todo el mundo. Era parte del juego: construir un avatar a medias, dar los detalles suficientes para despertar interés, pero retener lo suficiente para mantener el misterio. Él era hábil en ese juego. Sabía escuchar y leer entre líneas, lo cual ya era muchísimo más de lo que podía decirse de los tíos de su facultad. Hacía preguntas que profundizaban un poco más. Tenía un sentido del humor peculiar, seco, que a ella le costaba unos segundos procesar antes de teclear un *«jajaja»*.

Coquetearon a diario durante cuatro semanas.

Luego, él quiso quedar en persona.

¡TA-DA!

Mercedes vaciló. El juego era atractivo precisamente porque no era real. Se lo contó a Clara, su mejor amiga y compañera de

facultad, la persona a la que le confiaba todos sus secretos. Ella, por supuesto, se emocionó con el salseo.

—¿Y si es un friki? —le había dicho Mercedes, mordiéndose las uñas mientras le mostraba el chat con él en la pantalla.

—¿Y si es el amor de tu vida y tú lo mandas a la mierda por cobarde?

Esa palabra. *Cobarde*. Dicha en broma, empujándola en el hombro, acompañada de la carcajada inmensa de su amiga, capaz de iluminar una habitación entera. No había mala intención. Solo era Clara siendo Clara: directa, echada para adelante, más valiente que ella.

Veinte años después, *cobarde* sigue siendo la última palabra que oyó salir de su boca.

La noche antes de la cita a ciegas, él le mandó un mensaje inusualmente largo por Messenger. Mercedes todavía lo recuerda. Lo ha intentado borrar de su cabeza mil veces, pero las palabras están grabadas a fuego.

Empezaba bien. Tierno. Decía que tenía muchísimas ganas de verla, que llevaba un mes entero pensando solo en ella. Pero hacia el final del párrafo, el tono viraba. Había una frase que desentonaba, como una nota desafinada en una partitura: *«Todas me han hecho daño. Pero tú eres diferente. Tú no eres como las demás.»*

No era una amenaza directa ni había violencia explícita. Era el típico comentario de mierda que lees rápido y te halaga, pero que si lo lees dos veces, te congela la sangre.

Mercedes apagó el ordenador de golpe, sin contestar. Esa noche le costó conciliar el sueño.

Al día siguiente, a la hora acordada, se presentó en la calle de todos modos. Era lo que hacía siempre que el miedo la paralizaba: caminar hacia el borde del precipicio solo para asomarse, sin intención de saltar.

Pero a él no le había dado su propia dirección. Le había dado la de Clara.

Ese fin de semana, Clara estaría en una casa rural con su novio. El tipo de internet no lo sabía, por supuesto. Mercedes había elegido ese piso precisamente porque no era el suyo. Ella lo vería llegar

desde lejos. Si el chico resultaba ser un psicópata o le daba mala espina, se marcharía sin saludar, y él se quedaría plantado frente a un edificio donde ella no vivía.

Jaque mate. Un pequeño y brillante arranque de precaución femenina.

Han pasado dos décadas y Mercedes sigue sin poder pensar en esa decisión sin que el estómago se le cierre como un puño.

Llegó a la calle quince minutos antes de la hora. Hacía un frío cortante, ese frío húmedo de Madrid en invierno que te acuchilla la nuca antes de que te des cuenta. Se apoyó en la pared de la acera de enfrente, con el Nokia apretado en la mano, repasando mentalmente la excusa que usaría si decidía echarse atrás y no presentarse.

Se pegó a la fachada, medio escondida entre la puerta de un estanco y el escaparate de una tienda de electrodomésticos con el cierre a medio bajar.

Luego, esperó.

Lo vio llegar exactamente a la hora acordada.

Era un hombre gris, anodino, completamente carente de cualquier rasgo que llamara la atención. El tipo de individuo que miras en el vagón del metro durante cinco minutos y, en cuanto te bajas, eres incapaz de describir. Edad indefinida, entre los veinte y los cuarenta. Llevaba un abrigo oscuro que le quedaba un poco grande de hombros y el pelo aplastado y lacio. Caminaba ligeramente encorvado.

Y sostenía algo en la mano derecha.

Una flor.

Aquello, lejos de halagar a Mercedes, le erizó el vello de los brazos.

El hombre se detuvo frente al portal. Mercedes, al otro lado del asfalto, se pegó contra el cristal del escaparate y dejó de respirar.

Un vecino salió del portal arrastrado por la correa de su perro beagle, que olfateaba la acera con devoción como buen sabueso. El desconocido aprovechó y se coló en el interior del edificio.

Mercedes esperó dos minutos, quizá más. Había perdido por completo la noción del tiempo. Solo recuerda el frío en los dedos de

los pies y a ese hombre gris que acababa de entrar en un edificio vacío a buscar a alguien que no iba a abrirle la puerta.

No pensaba quedarse a comprobar cuándo salía, pues su decisión estaba tomada: no mantendría una cita a solas con ese hombre. Dio media vuelta y echó a correr calle abajo hacia el metro, sin mirar atrás una sola vez.

Abre los ojos y vuelve a estar en la cocina, de vuelta en el presente.

Rayco la ha escuchado atento, sin mover un solo músculo. Tiene los ojos fijos en ella y la mandíbula tan apretada que se le marca el tendón bajo la oreja.

—Me enteré de su muerte a la mañana siguiente, por una amiga en común —sigue ella, con la voz rota.

Rayco ladea la cabeza un milímetro.

—¿Su muerte?

—La de Clara. —Mercedes carraspea, haciendo un esfuerzo por terminar sin derrumbarse—. Había caído por el balcón. Desde un cuarto piso. Contra el patio interior.

—Joder, cariño… —Rayco da medio paso hacia ella—. Lo siento muchísimo. No tenía ni idea.

Las pupilas de él titilan a toda velocidad. Mercedes casi puede escuchar los engranajes de su cerebro policial procesando variables, midiendo tiempos y calculando posibilidades.

—¿Ella… se tiró? —balbucea Rayco finalmente, consciente de que no es la teoría más probable.

—No hubo nota de suicidio. Pero Clara había roto con su novio la tarde anterior y, en lugar de irse a la casa rural, se había quedado en el piso. Supongo que estaba destrozada. Eso, aparentemente, le bastó al juez para dar carpetazo y pasar al siguiente. Una niñata con el corazón roto que salta al vacío. Caso cerrado. —Niega con la cabeza—. Pero yo nunca me creí esa versión. Y mucho menos después de lo que pasó en el cementerio, durante el funeral.

—¿Qué pasó?

Mercedes mira al suelo y viaja a la niebla helada de la Almudena. El recuerdo huele a tierra mojada. Aún duele.

Los padres de su amiga se habían acercado a ella tras el entierro, cuando la multitud ya se dispersaba hacia los coches. La madre de Clara estaba irreconocible, envejecida diez años de golpe, con los ojos tan secos de llorar que daban miedo. Le agarró las muñecas y le suplicó que le dijera si había visto deprimida a su hija en los últimos días, si había dado alguna señal de querer morir.

—No lo sé… —respondió Mercedes sin pestañear. Fue su primera gran mentira por omisión. Le seguirían muchas más.

—Los vecinos dicen que sonaba música a todo volumen en su casa cuando cayó —intervino el padre de Clara, con la mirada perdida en la hilera de coches aparcados al otro lado de la verja—. Llevaba horas sonando la misma melodía. Era su canción favorita de cuando era niña. Una canción muy alegre para una chica que quiere matarse, ¿no crees, Mercedes?

Se lo soltó como quien piensa en voz alta, sin acritud. Pero la onda expansiva le reventó por dentro.

No supo qué responder.

Los padres de Clara se alejaron hacia su coche, sin saber que acababan de clavarle a la mejor amiga de su hija una estaca oxidada en el pecho que nunca, jamás, iba a poder sacarse del todo.

Esa tarde, encerrada en su habitación, Mercedes Escribano buscó en Google los requisitos académicos para presentarse a las oposiciones del Cuerpo Nacional de Policía. Entraría en comisaría, accedería a las bases de datos y, algún día, atraparía al hijo de puta de la flor.

—Nunca me perdoné ser una cobarde —dice ahora, mirándose los zapatos—. Los padres de Clara no creían que su hija se hubiera suicidado, y yo sabía perfectamente que no lo había hecho. Pero no tenía pruebas. ¿Qué iba a decirle a la policía? ¿Que le había dado la dirección a un tipo de un chat? Solo tenía un presentimiento. Un hombre sin nombre, con un abrigo y una flor, del que ni siquiera sabía a ciencia cierta si había subido y llamado a la puerta. Eso, y una canción demasiado alegre que no encajaba con un suicidio. Nada más.

Rayco vuelve a cogerle las manos. Las envuelve entre las suyas con fuerza, anclándola a la realidad.

—Esa canción… —susurra, atando el último cabo—. ¿Es la misma que sonaba en el apartamento de Abigail Brennan? ¿Por eso reaccionaste así ayer, cuando Mónica la mencionó?

Mercedes asiente, y una sonrisa triste le tuerce los labios.

—Con los años, aprendí a enterrarlo. La gente de la facultad me decía que Clara estaba deprimida, que su novio la trataba fatal, que las señales siempre estuvieron ahí. Y yo me dejé convencer. Pensé: *«Quizá sí. Quizá fue un suicidio de verdad. Quizá soy yo la que se inventa a un asesino por internet porque es mucho más fácil culpar a un desconocido que aceptar que no lo había visto venir»*.

Hace una pausa para tomar aire.

—Y ayer… en el cumpleaños de Jamie… Mónica mencionó la canción de Clara. Dijo que estaba sonando a todo volumen en el apartamento de Abigail mientras el asesino la estrangulaba.

El silencio en la cocina dura exactamente un segundo. El tiempo que tarda ella en romperse.

—Clara estaba en casa —gime, y se lleva una mano a la boca, sorprendida al descubrir que es la primera vez que lo expresa en voz alta—. Yo estaba en la acera de enfrente, escondida, viendo cómo ese cabrón entraba al portal. ¡Y Clara estaba en casa llorando por su novio! ¡Yo le llevé al monstruo!

El diabólico juego de los *«si…»* se ha puesto en marcha en su cabeza a mil revoluciones por minuto; lo siente girar como una rueda que no puede parar: *si no hubiera accedido a quedar con él*, *si no le hubiera dado esa dirección*, *si le hubiera mandado un SMS a Clara*, *si hubiera ido a la comisaría la mañana siguiente*, *si hubiera hablado en el cementerio*, *si hubiera, si hubiera, si hubiera…*

Las lágrimas empiezan a rodar copiosamente por sus mejillas y unas gotas se le quedan suspendidas en la barbilla antes de caer sobre las baldosas.

Rayco le toma la cara entre las manos. Solo eso. Sus palmas anchas, ásperas y cálidas ahuecan sus mejillas, sujetándola como si fuera un jarrón de porcelana fina a punto de hacerse polvo. El gesto detiene todo. La rueda deja de girar. Mercedes siente el calor de su piel y nota que sus pulmones vuelven a funcionar.

Rayco le permite llorar contra sus palmas un momento. Luego, acerca su rostro al de ella hasta que sus frentes casi se tocan.

—Escúchame bien. Tu amiga había roto con su novio y tú no lo sabías. —Su voz es grave, un susurro ronco y rotundo. Como quien sabe que no hay palabras mágicas para curar la culpa, pero está dispuesto a inyectárselas en vena—. Fue una sucesión de desgracias. Una tragedia impredecible. Pero si le hubieses dado tu dirección y no la de Clara… habrías sido tú, Mercedes. Si no hubiese sido ella, habrías muerto tú.

Mercedes niega con la cabeza entre sus manos.

—Eso no me consuela, Rayco. Al revés. Me hace sentir mil veces más culpable. Yo sobreviví porque fui una cobarde.

—Sobreviviste porque no podías adivinar el futuro. No puedes cargar con los crímenes de un psicópata. No pienso permitírtelo.

Mercedes sabe que él tiene razón. Pero no le consuela.

—Además —sigue él—, lo que me has contado no demuestra que el asesino de Clara fuera el mismo que el de Abby. Sonaba la misma canción durante el asesinato, vale. ¿Y qué? Pudo ser una coincidencia.

Ella se separa muy despacio, secándose la cara con el dorso de la mano. Luego coge aire por la nariz.

—No fue una coincidencia.

El ceño de Rayco vuelve a fruncirse. El inspector de Homicidios ha vuelto a tomar el control.

—Vamos, cariño, no demos cosas por hecho —dice, colocando los brazos en jarras—. Veinte años son muchos, y esa canción no demuestra nada.

—No lo entiendes —lo interrumpe ella, tajante.

Rayco espera.

—Te he dicho que el tío se hacía llamar *Flor_de_la_tierra* en el Messenger —dice ella, sintiendo que el asco le retuerce los labios—. Tenía una foto de perfil. Durante dos décadas me obligué a olvidarla. Creí que lo había conseguido.

Levanta la vista y clava sus ojos en los de su prometido.

—Pero ayer, en casa de Mónica, cuando tú enseñaste la foto de la firma del asesino…

Se detiene. Ve cómo la nuez de Rayco sube y baja al tragar saliva.

—Era la misma flor, Rayco. La foto de perfil de ese cabrón hace veinte años era una *Corazón sangrante*.

29

20 años antes

Se había perfumado tres veces.

La primera, frente al espejo empañado por el vaho de la ducha. La segunda, en el coche, restregándose las muñecas; le pareció que el olor se había disipado durante el trayecto. La tercera, en el portal: un toque rápido en el cuello. Lo comprobó frotando los dedos contra la piel y llevándoselos a la nariz.

Seguía ahí.

La flor también. La sostenía con ambas manos, envuelta en papel de seda blanco como un órgano vital recién extirpado para un trasplante. Había tardado dos semanas en conseguirla. Dos semanas rastreando viveros, buceando en foros y regateando con un importador que le cobró el triple por estar fuera de temporada. Pero mereció la pena. Era la flor más hermosa del mundo: *Lamprocapnos spectabilis*. Tenía la forma de un corazón diminuto y, cuando la miraba, sentía algo parecido a la paz.

La calle estaba muerta, bañada en un silencio espeso e impropio de Madrid. Se detuvo frente al portal y, de pronto, el vello de la nuca se le erizó.

Sintió que alguien lo observaba.

Giró la cabeza despacio, escaneando el callejón de enfrente, las ventanas oscuras y los coches aparcados en batería. Una farola parpadeaba. Nada más.

Se llevó el pulgar a la boca por puro instinto y se mordió el padrastro hasta saborear el metal. Sangre vieja en las cutículas. Se obligó a sacar el dedo de entre los dientes y lo escondió tras el papel de seda.

Respiró hondo y se alisó la camisa. Iba a pulsar el telefonillo cuando el portal se abrió de un empujón. Un tipo en chándal salió arrastrando a un perro atado a una correa extensible. Él le sostuvo la puerta. El perro le olfateó el zapato con desinterés; el tipo ni siquiera le miró a la cara. La invisibilidad de siempre.

Entró directamente, sin llamar. Así la sorpresa sería mayor. Había leído en alguna parte que a las mujeres les gustan los hombres que se atreven, que toman la iniciativa. Él nunca había sido uno de esos hombres, pero esta noche iba a serlo.

Subió los escalones con la flor pegada al pecho y el pulso taladrándole las sienes. En el rellano del segundo, se detuvo a atusarse el pelo graso.

Cuando llegó al cuarto, se plantó frente al B y tragó saliva. Un nudo áspero le arañó la garganta.

Desde dentro se filtraba música a todo volumen. Un ritmo pop, absurdamente alegre. Un estribillo con voces agudas, casi infantiles. Era buena señal, suponía.

Hundió el timbre con el pulgar.

Al cabo de algunos largos segundos, el pestillo giró con un chasquido metálico y la puerta se abrió.

El mundo se desordenó con la violencia de un accidente de tráfico.

La chica que apareció llevaba unos pantalones de chándal, una camiseta descolorida que marcaba un poco sus senos y el pelo recogido en una coleta. Aun así, era guapa. Tenía uno de esos rostros que no necesitan trucos para resultar agradables: piel limpia, ojos grandes y una boca que parecía hecha para sonreír.

Aunque en ese momento no sonriera en absoluto.

Pero no era la de la web. O quizá sí, pero sin el maquillaje, la iluminación estudiada y ese filtro que hace que todo el mundo parezca otra persona en internet. ¿Tal vez lo había engañado con la

foto de perfil? Si era eso, no podía juzgarla. Él mismo había usado un perfil falso. Todos mentían. Era parte del juego.

Ella lo miró parpadeando bajo la luz amarilla del rellano, con la misma expresión bovina de quien escucha hablar en un idioma que no entiende.

—¿Sí?

Él sonrió, a pesar de que los labios le temblaban tanto que sentía que se le iban a desencajar de las encías. Esperaba que no se le notara.

—Ho-hola… Soy yo —balbuceó, tendiéndole el corazón sangrante.

Ella bajó la vista hacia el papel de seda. Luego volvió a mirarle a la cara. Algo se movió detrás de sus ojos, una especie de cálculo rápido.

—¿Tú quién? —Aún no había asco. Solo una barrera de confusión.

—Llevamos un mes hablando —dijo él, aún sonriendo, a pesar de que el estómago le dio un vuelco ácido y le dolían las mejillas de tanto forzar el gesto—. Habíamos quedado esta noche.

Ella retrocedió un paso. Un reflejo animal, el cuerpo tomando el mando antes que el cerebro.

—Oye, mira, yo no… No sé quién eres, tío. Pero te aseguro que no he quedado con nadie.

—Claro que sí. ¡Soy yo! —Lo repitió como si la insistencia fuese a arreglar algo. Pero la frente de ella se arrugaba cada vez más.

Levantó la flor como si fuera un escudo.

—Te he traído esto. Es muy difícil de conseguir. La más hermosa del mundo.

La mirada de ella lo recorrió de arriba abajo. Fue un escaneo rápido, clínico. Y él sintió en las tripas el segundo exacto en el que dejó de ser una persona a sus ojos para convertirse en un problema. Una molestia. Un friki que había llamado a su puerta un viernes por la noche con una flor ridícula y una sonrisa que no se sostenía.

El insecto repugnante que se ha colado por la ventana y hay que eliminar.

—Mira, tío, no sé de qué me hablas. Te has equivocado de piso o de persona. —Señaló las escaleras con el índice tenso—. Y hoy no estoy de humor para aguantar gilipolleces, así que…

—Pero tú me dijiste… Querías verme.

—¿Que yo quería verte a ti? —lo cortó ella en seco—. ¿De qué narices hablas?

La canción seguía atronando a sus espaldas. Estúpidamente alegre.

—Vete, ¿vale? —Apoyó la mano en el canto para cerrar—. No sé quién crees que soy, pero esto no me hace ninguna gracia.

—Es para ti. —Dio un paso al frente, invadiendo su felpudo.

Ella levantó la mano para detenerlo.

—Que te largues, ¿me oyes? Vete a tu puta casa. —Ahora sí había algo en su voz. Algo afilado que se parecía mucho al asco. El mismo tono de desprecio absoluto que usaba Madre—. Joder, ¿pero qué pasa, no me oyes? ¿Estás sordo? ¿Te parece normal presentarte así?

Él se quedó de piedra. Cuatro semanas ensayando frente al espejo. Un mes reproduciéndolo todo en su cabeza.

Y entonces, ella se rio.

Fue un bufido corto, nasal. Un cruce entre el nerviosismo y la burla. Una risa que decía: «esto no me está pasando». Una risa que no pretendía ser cruel, pero lo fue, porque él hacía tiempo que había aprendido a detectar el desprecio en los ojos ajenos.

¡Cara de sapo!

¡Patético…!

¡Ninguna mujer te querrá nunca!

Y la maldita canción infantil que no paraba de martillear.

You have so many relationships in this life…

El instinto tomó el control.

Pie en el hueco. Puerta bloqueada.

Ella dejó de mofarse, y una sombra tiñó su rostro en su lugar, hundiendo su mirada. En una fracción de segundo, todo el desprecio se transformó en algo primitivo que venía de muy adentro, del lugar donde el cuerpo sabe lo que la mente todavía no ha procesado.

Pero ya era tarde.

El ventanal estaba abierto y la barandilla era baja. Tan parecido a aquella vez que hasta le pareció una simpleza. Inconcebible no repetirlo.

Dio dos pasos y aferró los hombros de ella. Sintió el calor de su piel a través del algodón de la camiseta. Y el tacto de la clavícula, dura pero frágil, como el ala de un pájaro cediendo bajo sus palmas sudorosas.

La empujó a través del salón.

La joven intentó oponer resistencia. Quiso gritar, pero la música pop se tragó el sonido. Tropezó hacia atrás. Zapatillas resbalando en el parqué. Brazos como aspas de molino buscando el marco del ventanal.

Los dedos resbalaron por el aluminio.

Mmmbop, ba duba dop…

Por un instante quedó suspendida en el vacío, con la espalda arqueada sobre la barandilla y los ojos fijos en él.

Ba du bop, ba duba dop…

Tardó un mundo en caer. Igual que Madre.

Después, un silencio tan absoluto que hasta la canción pareció detenerse. Solo estaba él, de pie junto al balcón, y un vacío blanco dentro del pecho donde antes había algo que ahora no sabía nombrar.

La música volvió. Una brisa helada le lamió el sudor de la frente. Fuera, abajo, no se oía nada. No se asomó. Ya había visto esa película.

Dentro de él, la maquinaria se detuvo. Ni horror, ni pena, ni venganza. Solo un interruptor apagándose. Fue algo casi fisiológico, como cuando cesa de pronto un dolor de muelas que llevas soportando horas.

Alivio.

La risa había cesado. El ruido mental se había callado. Solo quedaban los críos de la canción cantando de fondo.

Miró su mano derecha. La flor seguía allí.

La posó sobre la mesa del salón, junto a un vaso de agua a medio beber y un mando a distancia. La colocó con cuidado,

girándola despacio hasta que los pétalos quedaron orientados hacia la ventana.

Oyó un gorgoteo agudo, rasposo. Tardó en darse cuenta de que salía de su propia garganta. Era una carcajada. Parecía venir de otro sitio, de otro cuerpo. Se tapó la boca con la mano, pero la risa empujaba, desbordándose por las grietas de sus dedos como un ataque de tos convulsiva. No podía pararla. No sabía por qué se reía ni por qué le temblaban las piernas. Y eso le dio más miedo que el sonido de la carne chocando contra el pavimento.

Dio media vuelta y salió al descansillo, cerrando el piso.

En las escaleras, la música todavía bajaba desde el cuarto, amortiguada por las paredes, como un recuerdo que lo perseguiría para siempre.

Voces agudas. Melodía de juguete.

La tarareó sin darse cuenta.

LUNES

30

La sala de archivos de la Jefatura huele a polvo, humedad contenida y ese tufo que Mónica siempre ha asociado con el fracaso policial: el de los casos archivados o sin resolver. Está en el sótano, sin ventanas, bajo la luz mortecina de unos fluorescentes que parpadean sobre estanterías metálicas que alcanzan el techo, cargadas con décadas de carpetas, cajas y expedientes numerados a mano con letra de funcionario.

Es el peor agujero del edificio. Y por eso mismo, el único lugar donde nadie va a molestarlos.

—Esto ha llegado esta mañana de la central de la Comunidad. —Rayco deja caer una carpeta sobre la mesa de chapa—. Se llamaba Clara Vega Montoya. Veintidós años. Malagueña.

Mónica clava la vista en el cartón sin tocarlo. Es raquítico. Los suicidios siempre lo son. Un sello rojo cruza la portada: *CERRADO*.

—¿De cuándo es?

—De hace veinte años. —Rayco se sienta y coloca las manos encima de la carpeta—. Murió en su apartamento. Cayó desde un cuarto piso.

—¿Saltó? ¿Se cayó?

—Eso concluyó el juez.

El fluorescente más cercano zumba levemente. Mónica arrastra una silla de tijera y se sienta junto a Rayco, que abre la carpeta.

La primera hoja es el levantamiento del cadáver. Mecanografiada y con correcciones a bolígrafo. Abajo, una firma ilegible y un sello

del juzgado de guardia. Caída accidental desde el balcón. No se descarta la hipótesis de suicidio. Caso cerrado por el juzgado de instrucción número nueve.

—«Caída accidental» —lee Mónica en voz alta—. ¿Investigaron la alternativa?

—Lo justo para rellenar el formulario. —Rayco pasa la página. Suena a hoja seca—. Era España hace veinte años. Una chica joven, sola de noche, desparramada en el patio interior de su bloque. Ese mismo día había discutido con su novio.

Mónica arquea una ceja, pero no dice nada. Deja que él hable.

—El vecino de abajo oyó el golpe —continúa Rayco—. Nadie vio ni oyó nada más. No había antecedentes de violencia ni signos de forcejeo. El balcón tenía la barandilla baja. —Se encoge de hombros —. Los padres montaron en cólera. Juraron que su hija era feliz, que no tenía motivos. Lo típico. El inspector lo apuntó en el atestado, le dio carpetazo y a otra cosa.

Mónica conoce la cantinela. Los padres siempre dicen que sus hijos son felices. El noventa y nueve por ciento de las veces se equivocan y no tienen ni puñetera idea de lo rotos que están por dentro.

Pero a veces, son el uno por ciento.

—Sigue.

Rayco saca otro documento que parece a punto de deshacerse: una declaración manuscrita. La letra está inclinada hacia la derecha, con la presión irregular de alguien que no escribe a menudo.

—Los padres fueron a comisaría tres días después. Habían vaciado el piso de la chica y encontraron algo que no les encajaba.

Mónica mantiene la vista fija en Rayco.

—Una flor —dice él, y señala un párrafo con el índice—. La madre lo dejó por escrito: *«Nunca habíamos visto esa flor. Tenía forma de corazón. Muy bonita. Muy rara. No sabíamos de dónde venía, pero Clara odiaba las flores. Por eso nos llamó la atención».*

Mónica baja los ojos hacia el papel.

Lamprocapnos spectabilis.

El corazón sangrante. La misma maldita flor que descansaba junto al cadáver de Abby Brennan.

—El instructor lo recogió como dato anecdótico. No le dio más importancia. —Rayco saca otra fotocopia—. Pero hay premio doble. El padre declaró que, al vaciar el piso, miró dentro del reproductor de CD del salón.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque varios vecinos coincidieron en que, la noche de la caída, Clara tenía la música a todo trapo. Algo muy alegre.

—Igual que Abby.

—Calcado. En el caso de Clara, fue otro motivo más para que los padres recelaran del suicidio. «¿Qué clase de persona se pone a escuchar pop adolescente antes de tirarse al vacío?», dijeron.

Rayco empuja la hoja hacia ella. Hay una línea subrayada en verde fosforito, probablemente esbozada por el propio Rayco esta misma mañana: *«En el interior había un CD de música pop americana».*

—¿Quiero saber de qué CD se trataba?

—Creo que ya lo sabes: Hanson. —Rayco deja la palabra en el aire—. *Middle of Nowhere*. 1997.

La luz del techo vuelve a titubear. Una tubería gotea al fondo del pasillo.

*MMMBop.*La misma canción insoportable que taladraba la pared mientras Abby Brennan agonizaba.

Mónica se recuesta en la silla. Necesita poner distancia física entre ella y el expediente, como si la información quemara.

—Es el mismo asesino —dice en voz baja.

—Tiene toda la pinta.

—Veinte años después.

—Ajam.

Es obvia la conclusión a la que han llegado ambos. Aun así, ella lo expresa en voz alta:

—Hace veinte años, Ignacio Pareja era un niño de seis. —Suspira —. ¿Estamos persiguiendo al tipo equivocado?

Rayco no responde, no hace falta. Solo cierra la carpeta, cruza los brazos y se queda mirando la mesa. Mónica lo observa. Su cerebro de policía archiva la flor y la canción, y se centra en el hombre que tiene delante. Y entonces, dispara.

—¿Cómo has encontrado esto, Rayco?

Él no duda ni una fracción de segundo.

—Crucé el nombre científico de la flor con casos archivados en la base de datos. —Suelta una media sonrisa, demasiado trabajada—. Solo saltó esta alarma.

Mónica asiente despacio.

«Mentira».

Ha contestado demasiado rápido. Se había preparado la respuesta, está claro. Además, lo que sugiere es imposible. En un suicidio cerrado, un juez no ordena inventariar objetos irrelevantes. No hay razón para hacerlo. Esa flor está en el expediente porque unos padres desesperados la metieron en un acta voluntaria, no porque nadie la hubiera recogido como evidencia. Ningún algoritmo de búsqueda rutinaria la habría pescado cruzando un nombre en latín.

Alguien le ha soplado a Rayco dónde mirar.

—Buen trabajo —dice finalmente, y vuelve los ojos al informe.

Él no añade nada. En ese breve cruce de miradas, ella lo ha notado: Rayco sabe que ella sabe que miente. Pero hay un asesino en serie suelto; no es el momento de atacarse entre compañeros.

Unos nudillos golpean el metal de la puerta.

—¡Adelante! —grita Mónica, agradeciendo la interrupción.

La puerta chirría y la cabeza desaliñada de Pablo Gil asoma.

—Al fin os encuentro. ¿Os pillo en mal momento?

—Si nos traes algo útil, te pongo un piso, Pablo. Pasa.

El informático cierra tras de sí y se queda de pie, incómodo. Tiene la energía particular de las personas que trabajan entre servidores y pantallas: un entusiasmo contenido, casi técnico, que se activa cuando encuentran algo y resulta ligeramente desconcertante en los contextos equivocados. Está a punto de cumplir los treinta años, lleva gafas de montura ancha que hace tiempo que dejaron de estar de moda y tiene la costumbre de apretar el portátil contra el pecho cuando trae información complicada. Es como lo lleva ahora.

—Tenemos el portátil de Brennan y sus cuentas digitales —empieza, ajustándose las gafas—. Accedimos anoche. Y no hay nada.

—¿Nada? —Rayco levanta una ceja.

—Ni de apps de citas, Tinder, Bumble, ni suscripciones raras. Solo Instagram, apuntes de la uni, Netflix… En resumen, más limpia que el culo de un bebé.

Mónica siente cómo la piedra que lleva horas dentro del zapato se clava un poco más hondo. Cecilia les dijo que Abby usaba esas apps constantemente. Que chateaba con desconocidos.

—¿Ninguna plataforma de contenido de adultos? —insiste.

—Ninguna. Al menos, no registrada a su nombre ni en sus dispositivos. El perfil digital de Abigail Brennan es el de una estudiante convencional.

Mónica guarda silencio un segundo. Piensa en Cecilia sentada en su sofá, tropezando con sus propias palabras. *Con la cara de Abby era fácil. Cualquier foto suya servía para…*

—Pablo, necesito que hagas una cosa. Coge la foto de perfil de su Instagram y haz una búsqueda de la imagen. Quiero saber si esa cara aparece en algún otro sitio de internet.

Pablo asiente con una media sonrisa de quien ya ha hecho los deberes antes de que se los manden.

—Ya lo he hecho. Y ahí sí hay premio.

Rayco se endereza en la silla.

—Su cara está en una plataforma premium de contenido de adultos —suelta el informático.

—¿OnlyFans? —pregunta Rayco.

—Algo parecido. Una variante más oscura. El perfil ya no existe, lo borraron. Pero los servidores guardan los registros durante un periodo mínimo de doce meses según la legislación europea. Si pedimos una orden judicial, podremos acceder a los datos de registro de la cuenta.

—¿Cuándo fue eliminado el perfil? —Mónica siente que el pulso se le acelera.

Pablo mira la pantalla de su portátil.

—El viernes de madrugada.

Mónica parpadea.

—El viernes. Un día después del asesinato.

«Y horas después de que ellos interrogaran a Cecilia.»

Quienquiera que estuviera detrás de ese perfil, esperó a que Abby estuviera en el depósito para eliminar las pruebas.

—Pide la orden judicial. Ya.

—Está redactada, esperando la firma del juez —se adelanta Pablo —. Cuando la tengamos, sabremos la IP, la cuenta bancaria donde iba el dinero y el móvil desde el que se gestionaba. Pero ya os adelanto una cosa: el dispositivo asociado a ese perfil fantasma llevaba siete meses operando, y no es el móvil de Abigail. Era otro teléfono. Otro usuario.

Con la cara de Abby era fácil…

La frase de Cecilia le da vueltas en la cabeza como un objeto afilado.

A su lado, Rayco deja caer el bolígrafo sobre la mesa. Luego mira el techo durante un segundo. Mónica sabe que en ese segundo no está pensando en Abby Brennan.

—Así que Abby no tenía ni idea de que su cara se paseaba por internet —murmura. Suena a padre aterrorizado, no a policía.

—Eso es lo que vamos a averiguar —responde Mónica.

Pablo asiente, da media vuelta y sale del sótano casi huyendo del mal rollo que impregna la sala.

A solas de nuevo, Mónica recoge el expediente de Clara Vega. Piensa en un matrimonio hace veinte años, entrando en una comisaría con una flor extraña en una bolsa de plástico, suplicando que alguien viera lo que la policía no quiso ver.

Nadie les creyó.

Dos décadas después, tal vez resulte que tenían razón.

—Cecilia —dice en voz alta, dirigiéndose a la puerta sin mirar a Rayco.

—¿Qué pasa con ella? —pregunta éste, incorporándose y poniéndose la chaqueta.

—Aún no lo sé, pero pronto saldremos de dudas. Vamos arriba. Necesito pedir esa orden yo misma.

Mónica sube las escaleras de cemento de dos en dos hacia la planta principal. El aire fresco empieza a colarse por el hueco del edificio. Detrás de ella, escucha los pasos de Rayco. Suenan firmes,

constantes. Pero Mónica ya no puede evitar que el pensamiento tóxico eche raíces en su cerebro.

Tiene al asesino de la flor más cerca que nunca. Pero el hombre que le cubre las espaldas le está mintiendo en la cara. Y ella necesita averiguar por qué antes de que alguno de los dos acabe muerto.

31

Son las cinco y cuarto cuando Cecilia sale por la puerta lateral de la facultad, hunde la barbilla en el cuello del abrigo y baja los escalones sin esperar a nadie.

Saca el móvil del bolso en un acto reflejo; ya ni se acuerda de cómo era la vida antes de que el aparato se convirtiera en una extensión de su mano. Tiene varios mensajes sin leer en el grupo de WhatsApp con las chicas. El último es de Marta:

> Ya estamos en el Café Berlín, pillad mesa arriba.

Se queda mirando la pantalla. Nadie la ha avisado del plan ni le ha preguntado si va. Ninguna de ellas le ha escrito un triste *«¿Te vienes?»*.

Bloquea el teléfono y lo guarda.

«Gilipollas. Todas».

Nacho Pareja lleva cuarenta minutos sentado en el banco frente a la facultad; uno de esos bancos de hierro verde que están allí desde que Franco era niño, con los listones de madera astillados y una plaquita del Ayuntamiento cubierta de grafitis. Se ha sentado encima de un chicle viejo y pegajoso que se ha adherido a su pantalón, pero eso le da exactamente igual.

Tampoco le importa que la gente lo mire con cierto desprecio. Está acostumbrado. Ayer, en el locutorio, el chaval del mostrador lo observó durante un minuto entero antes de preguntarle si quería algo. Nacho pagó dos euros en monedas sueltas por media hora de internet. El chaval le señaló un ordenador al fondo, el de la tecla de espacio atascada, y no le quitó el ojo de encima, como si temiera que fuera a robar el ratón.

Pero eso fue ayer. Ayer todavía no lo sabía.

Hoy lo sabe.

Y saber duele.

Todo empezó como una corazonada. Lo primero que hizo al sentarse frente a aquella pantalla mugrienta fue teclear la dirección de la plataforma y buscar el perfil de Abby. Lo hacía cada día desde que lo descubrió, semanas antes de que ella muriera. Cada maldito día. Se sentaba en el suelo de su piso, con Bowie ronroneando en su regazo, y entraba en aquella web que le revolvía el estómago pero que lo imantaba con una gravedad enfermiza.

Ahí estaba, la cara de Abby. Su pelo cobrizo. La foto de Lisboa con el puente al fondo, la de la camisa azul de su cumpleaños. Y debajo, los comentarios. Esos cerdos pervertidos escribían cosas que Nacho no era capaz de repetir ni dentro de su propia cabeza. Y ella… ella respondía. Coqueteaba. Los provocaba.

¿Cómo era posible? La Abby que él conocía no era así. La Abby que él conocía era la niña que lo defendió en el patio del colegio cuando tenía siete años y tres abusones lo llamaron subnormal. La que le cogía la mano y le decía: *«Déjalos, Nacho, son idiotas y tienen la cabeza llena de serrín»*.

¿En qué momento se había convertido en un pedazo de carne en un escaparate virtual?

Llegó a odiarla por ello, de forma lenta, como una infección asintomática. La odió con cada mensaje nuevo de un desconocido diciendo lo que le haría si la tuviera delante. Y lo peor era que, al mismo tiempo, seguía queriéndola. Las dos cosas a la vez. Queriéndola y odiándola; la forma más agotadora de amar que existe.

Pero ayer, en el locutorio, buscó el perfil y no estaba. Desaparecido. Borrado. Ni rastro.

Se quedó absorto. El cursor parpadeaba sobre el campo de búsqueda vacío como un ojo ciego.

¿Borrado?

Su cerebro —que funciona de una manera que los psiquiatras llaman «atípica» y que él prefiere llamar «una mierda muy cara de diagnosticar»— empezó a hacer lo que mejor sabe: conectar puntos.

Punto uno: La mañana siguiente al asesinato de Abby, él mismo visitó el perfil. Seguía ahí. Las fotos, los comentarios, todo.

Punto dos: Abby llevaba muerta desde la noche anterior. Ella no pudo borrarlo.

Punto tres: Alguien más tenía las contraseñas. Alguien que, al enterarse de la muerte de Abby, lo primero que hizo fue sentarse delante de un ordenador a destruir las pruebas de su presencia en esa web.

Punto cuatro y conclusión: Alguien que no era Abby gestionaba una cuenta con su nombre y su imagen en esa maldita web. Al fin y al cabo, la mayoría de los servicios ofrecidos no obligaban a mostrarse físicamente, más allá de la foto de perfil. La propia página lo explicaba en la portada, con la sutileza de un anuncio de burdel: todo se basaba en chats y conversaciones telefónicas muy picantes.

¿Entonces?

Nacho salió del locutorio con las manos temblando. Si era un tercero quien operaba la cuenta, significaba dos cosas. La primera: Abby estaba limpia. Nunca fue la chica que él se había obligado a odiar. Y eso supuso un alivio tan violento que le aflojó las rodillas y tuvo que agarrarse al marco de la puerta del locutorio para no caerse.

La segunda cosa era peor.

Alguien había puesto la cara de Abby en aquel escaparate para pajilleros. Y uno de ellos la había encontrado de verdad.

Ahora, sentado en el banco, vigila la puerta de la facultad. Tiene la mano metida en el bolsillo interior de la cazadora vaquera —la del cuello de oveja—, aferrada al mango de un cuchillo de cocina. No es

un arma táctica; solo es uno de esos cuchillos que sirven para pelar patatas y abrir paquetes de Amazon.

Los dedos le tiemblan contra el plástico. No sabe muy bien por qué lo ha traído. La policía cree que es un asesino, los vecinos le dejaron a su gato muerto en la puerta con una nota anónima amenazante, y medio país exige que se pudra en la cárcel. Pero la verdad es que él nunca ha pegado a nadie que no le pegara primero. Lo del bar no cuenta: aquellos capullos estaban insultando a Abby. Eso es diferente.

¿Verdad?

Verdad.

Saca las manos de la cazadora y las observa. Están llenas de callos y heridas. Son manos de loco. Manos que dan miedo. A veces se pregunta si el mundo tiene razón y él es exactamente el monstruo que todos ven.

Los estudiantes empiezan a salir en grupos, riendo a carcajadas. Llevan carpetas de colores, mochilas caras y esa seguridad insultante de la gente que nunca ha tenido que dormir en una casa de acogida.

El pecho se le acelera. A su modo de ver, solo hay una persona que pudiera suplantar la identidad de Abby. Alguien que estaba siempre con ella, que tenía acceso a sus fotos y que, además, sabía que Abby jamás se prostituiría, porque la persona que gestionaba la cuenta y se embolsaba el dinero era ella misma.

Cecilia.

La intocable mejor amiga.

No tarda en verla. Cecilia sale por la puerta lateral. Sola. Lleva un abrigo gris y mira el móvil mientras camina. Tiene la cara abotargada, como si llevara días sin dormir.

Nacho se levanta. El corazón le va tan rápido que siente las pulsaciones en los dientes. En los dientes, joder. No sabía que eso era posible. Pero ahí está: *tac-tac-tac*, como un insecto atrapado dentro de las encías.

Echa a andar tras ella.

Cecilia camina con la cabeza gacha, abriéndose paso entre grupos ruidosos de estudiantes que rebosan esa asquerosa energía de lunes después de clase. Hace una semana, ella era parte de eso: iba a clase, bebía cerveza aguada y se reía de los chismes.

Hace una semana, Abby estaba viva.

Se pone los auriculares inalámbricos. Necesita ruido, algo que tape la voz que le taladra la cabeza desde el jueves. Le tiemblan las manos y el auricular derecho se le resbala, rebotando contra el asfalto.

—Mierda.

Son ciento cincuenta pavos de auriculares. Se agacha a recogerlo, gruñendo. Al levantar la vista, se ve reflejada en el cristal de una biblioteca.

A ella… y a la sombra que tiene detrás.

A unos veinte metros, al fondo del cristal, un tipo con capucha oscura se ha quedado completamente quieto en el mismo instante en que ella ha levantado la cabeza.

Cecilia se incorpora despacio. Encaja el auricular en su oreja y retoma el paso, con la mirada fija en el reflejo del escaparate.

El tipo también arranca.

«¿Qué cojones…?»

Es una coincidencia. Madrid está lleno de gente con sudaderas con capucha oscura. Van en la misma dirección, eso es todo. Es la paranoia. Lleva días viendo amenazas en cada sombra porque la culpa es así: te distorsiona la realidad hasta volverte loca.

Aumenta el ritmo, intentando parecer natural.

El eco a su espalda también acelera.

«Joder. Se acabó la paranoia. Esto es real.»

Dobla la esquina por instinto. La calle de Larra, y luego el callejón que baja hacia su casa. Error. Un callejón estrecho nunca es buena idea. Las películas de terror adolescente advirtieron con severidad a toda una generación de mujeres que no entraran solas en un callejón. «Es una invitación a que te roben o te violen». Pero es su atajo. Ya ha pasado por aquí cien veces con Abby, discutiendo sobre tíos, apuntes y chorradas.

El sonido de sus zapatillas rebota contra las paredes de ladrillo. Aprieta el paso, pero sin llegar a correr, porque hacerlo sería admitir que tiene miedo.

Detrás de ella, pasos rápidos y agresivos. Demasiado próximos.

El pasadizo tendrá, ¿cuántos? ¿Unos cuarenta metros? Ya casi está fuera. Al fondo ve la calle principal. Coches. Luces. Solo tiene que llegar allí. Treinta metros. Veinte. Quince…

De pronto, los pasos a su espalda desaparecen.

Silencio absoluto. Como si alguien le hubiera dado al botón de *mute*.

Llega a la salida y se gira, con el corazón golpeándole la base de la garganta. El pasadizo está vacío. No hay sombras. Solo una tubería que gotea y una bolsa de basura atrapada en una rejilla.

Suelta el aire despacio, como le enseñaron en la única clase de yoga a la que fue con Abby antes de que las dos se partieran de risa y les pidieran que se fueran.

Es imbécil. Está perdiendo la cabeza. Mañana va a reírse de esto.

Se acomoda el bolso en el hombro y saca el móvil para grabar un audio de WhatsApp: *«Mamá, voy para casa, ponme algo de cenar que…».*

Se cierne sobre ella una sombra que no puede pasar por alto. Cuando alza la mirada, él está ahí, bloqueando la salida y ocupando su campo de visión.

Cecilia abre la boca, pero el grito choca contra un muro en su garganta. Retrocede a trompicones hasta que su espalda choca contra el ladrillo helado.

El tipo saca algo de la cazadora. Un filo gastado y doméstico que, entre las sombras del callejón, resulta lo más espantoso que ha visto en su vida.

Se baja la capucha… y Cecilia deja de respirar.

Lo reconoce al instante. Ha visto ese rostro en los informativos. En los hilos de redes sociales donde medio país pide su cabeza. Y, sobre todo, lo ha visto en el móvil de Abby, mil veces.

Nacho Pareja. El acosador. El hombre al que toda España busca por asesinar a su mejor amiga.

Tiene los ojos inyectados en sangre, hundidos en dos cuencas oscuras, y una barba rala y sucia. Apesta a tabaco rancio, sudor viejo y desesperación.

—No grites —susurra él.

Una gota de su saliva le salpica la mejilla. En cualquier otro momento se habría limpiado con asco, pero ahora el terror le ha bloqueado los nervios y licuado las tripas.

A ciegas, introduce la mano derecha en el bolsillo de su abrigo. Toca los botones laterales del móvil. Recuerda el procedimiento para avisar al 112: pulsar el botón de encendido cinco veces seguidas. Es pan comido.

El pulgar se posa sobre el botón.

Y se detiene.

Si llama a la policía, tal vez lleguen a tiempo. Pero tendrá que explicarles por qué el principal sospechoso de la muerte de Abby la ha acorralado. Sabe cómo acabará eso. Al final tendrá que contarlo todo. Toda la verdad: la plataforma; las fotos robadas; el dinero; su madre llorando a moco tendido en un pasillo de comisaría; la expulsión de la universidad… Y puede que la cárcel.

Llamar a la policía es salvarse del cuchillo para arruinarse la vida entera.

Su pulgar se queda quieto.

Nacho da un paso al frente, acortando el último metro que los separa, y levanta el arma. No la pincha, pero deja el filo flotando a tres centímetros de la tela de su abrigo.

—Sé lo de la aplicación, hija de puta —dice Nacho.

El callejón empieza a dar vueltas. El ladrillo, la tubería, los ojos desquiciados de Nacho. Quiere gritarle que está loco. Quiere echar a correr. Pero el cuchillo sigue ahí, y sus piernas son de cemento.

Entonces, el miedo a morir desaparece. La devora un pánico mucho más profundo, más oscuro y puramente egoísta.

Ya no le importa si el loco de Nacho va a clavarle esa mierda de cuchillo. Su cerebro solo puede procesar una única pregunta.

«¿Cuánto sabe?»

32

El terror la transforma por completo. Es como ver a alguien envejecer en medio segundo. Sus ojos se abren tanto que se ve el blanco alrededor del iris. La boca se le desencaja, pero no sale ningún sonido. La mochila se le resbala del hombro y cae en un charco de agua sucia sin que ella parezca darse cuenta.

A Nacho le tiembla tanto la mano que la hoja del cuchillo dibuja pequeños círculos en el aire. Los mismos espasmos que hace la aguja de un sismógrafo al detectar un terremoto lejano. Siente la boca seca. Tan seca que, al despegar la lengua del paladar, produce un chasquido húmedo.

—No grites —murmura.

Su propia voz le suena ajena, como si la escuchara a través de una pared.

Cecilia retrocede a trompicones hasta chocar contra el muro. Sus ojos están fijos en la hoja. Es ridículo en comparación con los cuchillos que aparecen en las películas, pero a diez centímetros del hígado, cualquier trozo de metal afilado parece una espada.

Arriba, entre las cornisas de los edificios, el cielo es una franja gris y pálida. Desde el fondo del callejón llega el ruido de la avenida, amortiguado, como el eco de un televisor encendido en otra habitación.

—¿Q-qué quieres? —balbucea ella.

—Sé lo de la web.

El corazón le bombea con tanta violencia que teme que ella lo escuche. Teme que la acústica del callejón amplifique sus latidos y delate lo aterrado que está.

Porque sí, está acojonado. Tiene un arma en la mano y está amenazando a una universitaria, y eso es exactamente lo que haría un psicópata, lo que haría el monstruo que la prensa dice que es. Si alguien asoma la cabeza en este callejón y lo ve así, con el cuchillo y ella llorando contra la pared, su vida se acaba. Se acabó la presunción de inocencia. Todo se irá a la mierda.

Pero no puede parar.

Porque Abby está muerta. Y Cecilia sabe por qué.

—Sé que fuiste tú —dice, y su voz suena más firme de lo que esperaba—. Tú borraste el perfil.

—No sé de qué hablas, puto chiflado —suelta Cecilia por inercia. Pero sus ojos dicen otra cosa. Dicen: *«Claro que lo sé. Lo sé desde la noche en que Abby murió y no he pegado ojo desde entonces»*.

—No soy gilipollas —escupe Nacho, furioso por la bravuconería de ella. Las palabras se le atropellan en la garganta—. El perfil de Abby estaba activo la mañana después de que la mataran. Yo lo había visto todo. Lo tenía memorizado: cada foto, cada comentario de los cerdos que le escribían.

Una gota de su saliva aterriza en la mejilla de Cecilia. Ella no se la limpia. Está demasiado paralizada para mover las manos.

—Al día siguiente, el perfil desaparece —continúa él, dando medio paso al frente—. ¿Quién lo borró? Abby no pudo. Estaba en el depósito, dentro de una bolsa de plástico.

A Cecilia le tiembla la barbilla. Aprieta los párpados con fuerza.

—Así que alguien más tenía acceso a esa cuenta. —Nacho acerca la hoja un centímetro más. Es un gesto automático, como si su brazo actuara solo—. Alguien que se enteró de que la habían asesinado y lo primero que hizo fue borrar el rastro. ¿Quién estaba siempre con ella?

Ella no responde.

—Tuviste que ser tú —gimotea Nacho—. Su única amiga en esta mierda de ciudad.

Ella abre los ojos. Hay lágrimas espesas, pero también ese pánico puro, primitivo, del animal acorralado que evalúa si huir o morder.

—Cuéntamelo todo. —La voz de Nacho es desigual, partida a medio camino entre un grito y un susurro—. O te juro que te rajo aquí mismo.

Mientras lo dice, una parte de él —la parte que todavía es Nacho Pareja y no el Monstruo de Malasaña— se horroriza de sus propias palabras. *Rajar*. Ha dicho rajar. Como un matón de tres al cuarto. Se le revuelve el estómago.

—Nacho, por favor…

—¡Ahora!

El grito rebota en el ladrillo. La hoja del cuchillo salva la distancia y se apoya contra el cuello de Cecilia, justo debajo de la mandíbula, en el hueco blando donde late la carótida. Nacho presiona lo justo para que ella note el frío del filo y para que él sienta, a través del mango, el pulso desbocado de la chica en sus dedos. *Tac. Tac. Tac*. Más rápido que el suyo.

Cecilia deja de respirar y se encoge contra el muro como si quisiera fundirse con el cemento, pegando las palmas al ladrillo húmedo. Una estatua de terror.

Nacho se da cuenta de lo que está haciendo y aparta la hoja de un tirón. Le tiembla la mano. Le tiembla todo. Quiere vomitar.

—Empezó… —balbucea Cecilia. Se lame los labios agrietados y lo intenta de nuevo, con la vocecita rota de una niña pequeña que acaba de romper un jarrón caro. Salvo que esto no es un puto jarrón —. Empezó hace casi un año.

—Me da igual cuándo. Quiero saber qué hiciste. Y por qué.

—Abrí una cuenta… en una de esas plataformas. —Traga saliva—. Los tíos pagan por hablar con chicas. Chat, teléfono, fotos. Es como una línea erótica, pero premium.

—Y usaste la cara de Abby.

No es una pregunta.

Cecilia asiente.

El asfalto se inclina unos grados bajo los pies de Nacho. No es un mareo, sino el peso de la verdad confirmándose. No era una

paranoia de su cerebro estropeado. Es real.

«Abby nunca hizo esas guarradas».

Es como salir a la superficie después de estar a punto de ahogarse. Nunca se vendió, ni escribió esos mensajes obscenos. Nunca fue la chica que él se había obligado a odiar. El último recuerdo limpio que le quedaba en el mundo sigue intacto.

Y la escoria que lo ensució está temblando delante de él, con la barbilla manchada de mocos y lágrimas.

—Abby no lo sabía —se apresura a jurar Cecilia, como si leyera el asco en su expresión—. Nunca se lo dije. Solo usé sus fotos porque…

—¿Por qué qué?

—¡Porque yo soy invisible, joder! —La voz le sale pastosa, pero las palabras suenan a algo que ha pensado muchas veces y nunca ha dicho en voz alta—. No existo para ningún chico. Si ponía mi foto, no me hablaba nadie. Literalmente, nadie. Cero notificaciones. Pero si ponía la cara de Abby, los mensajes caían a puñados. Cincuenta tíos al día diciéndole lo preciosa que era. Pagando por ella. Solo que no era ella. ¡Era yo! Yo ponía el tono, las palabras, la seducción. Todo lo que esos tíos decían, me lo decían a mí.

Nacho la mira. Probablemente debería sentir lástima. Una chica acomplejada e insegura escondiéndose detrás de su amiga guapa para mendigar un poco de dinero y atención. Es patético. Pero también comprensible. Él, más que nadie, sabe lo que es ser invisible. Lo lleva escrito en la frente desde que tiene memoria.

Aun así, no siente compasión.

Siente una rabia helada, densa como el mercurio, inundándole las venas.

—¿Le diste la dirección de Abby a alguno de esos cerdos?

—¡No! Nunca.

—¿Su nombre real? ¿Su barrio?

—¡Nada! —Cecilia se pone a la defensiva—. No soy imbécil, Nacho. Tenía claro que una cosa era el juego en la pantalla y otra muy distinta…

—Por supuesto que lo tenías claro. Por eso lo borraste todo en cuanto la mataron. —Nacho la señala con la punta del cuchillo, que

brilla bajo la luz sucia—. No para proteger su memoria. Para proteger… tu propio… ¡CULO!

Cecilia cierra los ojos. Una lágrima le resbala por la nariz y se queda atrapada en la comisura de los labios.

—Al principio era como un juego —susurra, rindiéndose a la evidencia—. Un juego estúpido e inocente. Abrir la web, leer los mensajes, contestarles. Poner voz de… de guarra al teléfono y decirles lo que necesitaban oír. Algunos eran patéticos. Otros eran graciosos. Y todos pagaban mucho. Cincuenta euros por una llamada de quince minutos. Cien por media hora de vídeo.

—¿Vídeo?

—Me ponía una máscara para que no me vieran y bailaba para ellos, me tocaba… —Se encoge de hombros, miserable—. A esos cerdos les daba igual la cara mientras el cuerpo se moviera.

Una arcada seca le sube a Nacho por el esófago. Una máscara. Carne en movimiento. El rostro de Abby como cebo y el cuerpo de Cecilia como producto.

—Era dinero fácil —sigue ella—. Empecé pagando la matrícula de la universidad. A mi madre le decía que trabajaba a tiempo parcial repartiendo paquetes de Amazon. Luego empecé a ganar tanta pasta que me compraba ropa de marca. Era pan comido, dinero caído del cielo. Y cada vez que pensaba en dejarlo, aparecía un recibo nuevo, y me decía: un mes más no le hacía daño a nadie.

—Le hizo daño a Abby —dice él, cortando las excusas.

Cecilia aprieta los párpados con fuerza.

—Había uno —añade Nacho—. Un tipo que escribía distinto a los demás.

Cecilia abre los ojos de golpe.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo también entraba a leer los comentarios cada noche —dice sin pudor. Ya no le queda dignidad que perder—. Los otros iban a lo que iban, pero este era distinto. Decía que la cara de Abby le recordaba a alguien. Quería conocerla en persona.

—Sí —admite ella en un susurro—. Lo recuerdo. Los demás eran directos, vulgares, iban a lo que iban. Pero este era… diferente.

Decía que quería conocerme en persona. Y escribía a horas raras, de madrugada, como si no durmiera.

—¿Y?

—Le dije que no, por supuesto. Siempre lo rechazaba. Una cosa era el juego, la pantalla, los mensajes… Eso era territorio controlado. Pero este me daba mal rollo. Quería cruzar al otro lado, llevar la conversación al mundo real. Y había algo debajo de sus palabras… Algo que no terminabas de ver, pero que estaba ahí.

—¿Le diste algún dato?

—¡Que no, joder! ¡Lo bloqueé! Pensé que así pillaría la indirecta y se cansaría.

Pero no se cansó. Claro que no. La gente con ese nivel de obsesión no se detiene ante un botón de «bloquear usuario». Analizan el fondo de las fotos para identificar una calle, un puente, el letrero de un bar. Rastrean los contactos de la chica. La siguen.

Nacho lo entiende perfectamente porque su propio cerebro funciona igual. Cuando algo se le mete en la cabeza, no hay modo de apagarlo.

Entonces se da cuenta de que él hizo exactamente lo mismo. Rastreó las redes de Abby. Memorizó los comentarios. Ha seguido a la chica que tiene delante hasta acorralarla en un callejón con un cuchillo. La diferencia entre él y el asesino de Abby es solo de un grado. Medio escalón. La misma obsesión con distinto final.

Aparta ese pensamiento y lo sepulta en lo más profundo de su cabeza.

—Yo no lo sabía —lloriquea Cecilia. Las lágrimas le dejan dos surcos brillantes en el maquillaje—. Te lo juro por Dios. No sabía que él iba a encontrarla. No sabía que iba a…

—¿A matarla?

La palabra queda flotando en el aire frío.

Cecilia asiente. Un movimiento espasmódico.

Nacho guarda el cuchillo. Lo ha entendido todo. Cecilia no apretó ninguna garganta. Lo que hizo fue colgar un trozo de carne virtual en un escaparate rodeado de lobos, y uno de ellos fue a reclamarlo al mundo real. No es lo mismo que apretar un gatillo, no, pero

tampoco es nada. El Código Penal no tiene un nombre para eso, pero las tripas sí.

—El alias —exige Nacho—. El de ese hombre. ¿Cómo se llamaba?

Cecilia niega con la cabeza.

—Lo borré todo, Nacho. Después de lo de Abby, borré la cuenta, los mensajes, el historial, todo. ¡Vacié hasta la papelera del servidor!

—Pues trata de acordarte.

—¡No puedo! —La voz le sale como un latigazo—. ¿Sabes cuántos mensajes recibía al día? ¿Cuántos hombres me escribían? No puedo acordarme de todos.

—No te estoy pidiendo que te acuerdes de todos. Te estoy pidiendo que te acuerdes de uno. El que quería quedar en persona.

Cecilia mira al suelo. Las baldosas están resquebrajadas y entre las grietas crece un verdín oscuro.

—Algo con L —dice por fin, sonándose la nariz—. Empezaba por L. Loto. Sí, era eso. Loto.

Loto.

Nacho da un paso atrás. Cecilia lo observa con la mezcla de terror y alivio de quien ve alejarse a un perro rabioso que acaba de enseñarle los dientes.

—Si la policía te pilla, diles la verdad —dice él, dándose la vuelta —. Sin guardarte nada. Porque si no lo haces tú, te juro que lo haré yo.

Empieza a caminar hacia la salida. A mitad de camino, se detiene. No se gira.

—Una cosa más.

Cecilia no dice nada.

—Abby te quería de verdad. —La voz se le quiebra en la última sílaba. Se lleva la mano a la boca, intentando contener la emoción, y se queda así un segundo. Luego baja la mano y la cierra en un puño —. Eras lo mejor que le había pasado. Me lo dijo ella misma. Espero que puedas vivir con eso.

Sale del callejón. La calle lo recibe con el estruendo de un autobús frenando. El mundo sigue girando, ajeno a todo.

Nacho camina deprisa, con la capucha puesta. Tiene una aguja clavada en el centro del cerebro y no va a parar hasta arrancarla.

Loto.

Piensa encontrarlo. Irá al locutorio. Peinará internet, foros, redes, lo que haga falta. Y cuando lo encuentre, no llamará a la policía. La policía lo busca a él para colgarle la medalla del asesinato. No van a escucharlo.

Va a buscar a Loto. Y esta vez, no llevará solo un cuchillo de pelar patatas.

Cecilia permanece inmóvil durante un minuto entero.

Sus piernas no responden. Se ha quedado pegada a la pared, con el corazón golpeándole la garganta como un puño que llama a una puerta, observando cómo la silueta de Nacho desaparece en el rectángulo de luz gris de la calle.

Y entonces, entra el frío. No es el frío de febrero. Es un hielo negro que nace en el estómago, en ese lugar oscuro que no aparece en las radiografías, y se extiende hasta lo más hondo del alma.

Las rodillas le fallan y se desliza por el ladrillo hasta quedar en cuclillas. La humedad del suelo le cala el abrigo, pero le da igual.

Piensa en la última vez que estuvo con Abby. Una cerveza en el bar de Malasaña de siempre. Abby riéndose de algo que había dicho un profesor. Y ella, mirando el móvil por debajo de la mesa, tecleando obscenidades para un viejo verde mientras cobraba cincuenta euros. Abby, ajena a ello, le había preguntado: *«¿Todo bien?»*. Y ella había sonreído: *«Todo genial»*.

Eso fue hace tres semanas. Ahora Abby está en una caja y ella sigue aquí, de cuclillas en un callejón, con las piernas adormecidas y la conciencia destrozada.

Saca el móvil del bolsillo. Tiene la pantalla resquebrajada por una esquina. Lo mira durante varios segundos, con la mente en blanco.

Finalmente, marca el número de su madre. Lo coge al primer tono.

—¡Ceci! ¿Dónde estás?

Parece preocupada. Ella siempre se preocupa por todo. Si supiera…

—En la calle, mamá. Acabo de salir. Quería oírte, solo eso.

—Justo iba a llamarte yo. Ven… a casa ahora mismo.

Cecilia frunce el ceño. Es el mismo tono exacto que su madre usó el día que llamó para decirle que la yaya había muerto.

—¿Qué pasa, mamá?

El silencio al otro lado de la línea se alarga demasiado.

—La policía ha vuelto a casa, cariño —dice su madre, y se le rompe la voz—. Y quieren que los acompañes a declarar.

33

El camarero deja el carajillo sobre la barra pegajosa y sigue su camino sin mirarlo. Lunes por la tarde. A su alrededor, la clase media se agolpa frente a los grifos de cerveza, hastiada de sus trabajos mediocres y quejándose de los *hijoputas* de sus jefes para anestesiar lo insulsas que son sus vidas.

Él rodea el vaso de cristal con las manos. Está ardiendo, pero le gusta que queme.

Piensa en la mujer de esta mañana.

Hoy ha preparado el ramo de otra novia. Veinticuatro rosas *Avalanche* dispuestas en una espiral perfecta, con ramitas de paniculata rellenando los vacíos y el tallo envuelto en satén marfil con un alfiler de perla. Cuarenta minutos de trabajo milimétrico. Las cosas hermosas exigen devoción.

La novia se llamaba Cristina. Cris, según el imbécil de su prometido. Los novios siempre acortan los nombres de sus parejas, como si tuvieran prisa por llegar a algún sitio. Cuando se lo ha entregado en la trastienda, ella, con el vestido aún enfundado en su bolsa y los ojos brillantes de una emoción infantil que ya es rutina para él, ha hundido la cara en los pétalos, ha inspirado hondo —siempre inspiran hondo— y entonces ha hecho algo estúpido. Lo ha abrazado.

Un impulso de felicidad desbordada.

Él ha sentido la presión de sus brazos finos, el calor repentino de otro ser humano y el olor a laca en su cuello. Pero solo ha durado un

segundo. En cuanto Cristina se ha dado cuenta de lo que estaba haciendo, de que estaba tocando al tipo de la floristería, se ha apartado con torpeza, ha dicho «gracias, gracias, es precioso» clavando la vista en los azulejos del suelo, como si se avergonzase por el impetuoso gesto, y ha salido corriendo hacia la puerta, donde la esperaban el novio, las amigas y su vida perfecta.

Nunca le miran a los ojos.

La puerta del bar se abre, dejando pasar una ráfaga de aire gélido y una parejita. Ella luce una melena negra y ondulada que se balancea al quitarse el gorro de lana y una de esas risas escandalosas que exigen la atención de todo el local. Se sientan a tres taburetes de distancia. El novio pide dos cañas. Ella se ríe de algo que él le dice al oído, echando la cabeza hacia atrás y tensando los tendones de su pálido cuello. El chico le aparta un mechón de la cara con el dorso de la mano.

Él observa a la chica por el rabillo del ojo mientras bebe un sorbo. Se percata de que tiene las sienes ligeramente encanecidas; no se ha retocado el tinte en semanas. Hace chasquear la lengua con desagrado.

«Las más bonitas siempre son las más descuidadas», piensa. «No saben lo que tienen. No saben lo frágil que es todo».

La morena gira la cabeza. Sus ojos resbalan por él en un escaneo rápido, de apenas dos décimas de segundo. Él imagina lo que está viendo: un hombre gris de cuarenta y dos años tomando alcohol fuerte, solo, un lunes por la tarde. La chica frunce el ceño, visiblemente incómoda, y le susurra algo a su novio. Algo relacionado con él, es de suponer, pues el tipo se gira de inmediato, lo repasa de arriba abajo con esa prepotencia del que folla habitualmente y mueve su taburete para bloquearle la visión.

Putos clasistas.

Da otro trago. El líquido caliente le baja por el pecho. Va a ser lo único caliente que sienta en todo el día.

El móvil vibra en el bolsillo de su pantalón.

Un reflejo antiguo, casi pavloviano, le tensa los músculos de la espalda. Saca el aparato despacio, aunque se muere por leer el nuevo mensaje. La pantalla se ilumina con la notificación de la app.

Ese corazón rojo sobre fondo negro que parece una invitación al pecado. El único lugar del mundo donde alguien requiere su atención.

«Una chica», piensa, con los dedos crispados alrededor de la funda de plástico, y se le seca la boca. «Otra que ha leído lo que escribí y quiere conocerme».

Desbloquea el teléfono y abre la bandeja de entrada.

La foto de perfil es pequeña, del tamaño de una moneda, pero le basta. Una chica joven. Pelo castaño, ojos grandes, sonrisa ladeada. No es espectacular, pero tiene algo. Una mirada directa que dice «mírame» sin necesidad de filtros ni poses estudiadas.

El nombre del perfil es «Begoña». Sin apellido ni edad visible. El mensaje es corto:

> He pasado por tu perfil tres veces. Tiene que ser una señal. ¿Eres real o me lo estoy inventando? Hoy me siento muy perra y no quiero estar sola… ¿te apetece pasar un rato divertido?

Se queda muy quieto. El calor del carajillo se convierte en un bloque de cemento en su estómago. Baja las manos de inmediato, ocultando el móvil en su regazo, bajo la barra, para que nadie pueda ver la pantalla.

Nota un cosquilleo en el dorso de la mano derecha y empieza a rascarse el lateral del puño con la uña del pulgar. Arriba y abajo. Fuerte. La piel se enrojece, levantando escamas secas, pero no puede parar. Es un movimiento mecánico, rítmico. Como un jardinero afilando las tijeras de podar antes de amputar una rama.

Lee el mensaje otra vez. Y otra. Los mensajes que recibe en la plataforma suelen ser transaccionales. Fríos. «Veinte euros por media hora de conversación». «Si quieres un vídeo en directo, son cincuenta más». Basura funcional de gente que solo busca dinero fácil, no conexión. Pero esta chica, esta Begoña…

«Soy real», escribe. Borra. «Más real de lo que te imaginas». Borra. Respira hondo. Escribe. Sus pulgares vuelan sobre el aparato.

Los mismos dedos precisos que esta mañana anudaban satén alrededor de un ramo perfecto escriben ahora una respuesta de una sola línea con la hora y el lugar del encuentro.

Pulsa enviar y el indicador de «leído» aparece casi de inmediato. Esta chica está al otro lado de la pantalla, esperándolo. No es un sitio romántico. Pero él no propone lugares románticos. Propone lugares seguros. Seguros para él.

La respuesta llega en menos de treinta segundos:

Allí estaré. Nos vemos esta noche. Besos.

Deja el móvil sobre el mostrador, boca abajo.

Se bebe de un trago lo que queda de carajillo. El vidrio tintinea contra el platillo. Saca un billete de cinco euros y lo deja junto al azucarero. Al pasar por detrás de la parejita, deja que su manga roce a propósito la melena azabache de la chica. Ella ni siquiera lo nota.

Sale a la calle. Lavapiés huele a tubo de escape y a comino. Un perro ladra desde un balcón enrejado y dos chavales en patinete eléctrico le pasan rozando sin pedir perdón.

Camina hacia su casa con el cuello de la chaqueta subido y las manos en los bolsillos. Cualquiera que se cruzara con él en ese momento vería a un triste oficinista volviendo de tomar algo. Un tipo inofensivo. Un hombre sin historia.

Cualquiera se equivocaría de cabo a rabo.

34

El Ensanche de Vallecas es un barrio dormitorio en el sur de Madrid, diseñado para parejas jóvenes y familias de mediana edad. Se caracteriza por avenidas demasiado anchas, parques sin sombra, un gran centro comercial y un mar de urbanizaciones a medio construir.

El interior de un edificio en obras a las nueve menos diez de la noche de un lunes de febrero es el último lugar donde alguien cuerdo querría estar.

Nacho Pareja espera de pie, fumando junto a una valla metálica de contención que el viento ha derribado. El solar es un esqueleto de hormigón y varillas de acero. Lleva meses esperando a que alguna constructora decida ponerle ladrillos encima. Cuatro niveles de estructura desnuda, sin fachada, sin ventanas, sin nada que se asemeje remotamente a un lugar habitable. Los andamios trepan por los laterales como las costillas de un animal prehistórico varado en el asfalto, y el suelo es un revoltijo de adoquines sueltos, sacos de cemento reventados y charcos de agua negra.

Hace un frío que corta la cara; el viento afilado se cuela por el cuello de su cazadora y se instala directamente en sus huesos.

En un cartel de papel plastificado se puede leer: *«Acceso restringido por obras. Prohibido el paso»*. A Nacho siempre le han hecho gracia esos carteles. Se pregunta qué pasaría si escalara el andamio, se colara en el primer piso y se echara un sueñecito entre los pilares de lo que dentro de un año será el salón de alguien. Nada, eso es lo que pasaría. El cartel es solo un aviso para asustar a

la gente normal. El miedo es el hilo invisible que mueve el mundo; mantiene al rebaño en su sitio.

Pero llega un punto en la vida de un hombre en el que las advertencias dejan de funcionar. Cuando ya te han quitado todo lo que tenías —que en su caso no era mucho—, las amenazas rebotan contra ti como pelotas de goma contra un muro. ¿Qué van a hacerle? ¿Multarlo por allanamiento? ¿Detenerlo? Ya le busca media España por un asesinato. ¿Matarlo? Tampoco sería el fin del mundo.

Da una calada profunda mientras espera. Con la mano derecha, palpa el mango del cuchillo que guarda en el bolsillo de la cazadora. En el otro lleva el móvil. Lo saca y activa la cámara de vídeo. El segundero rojo empieza a avanzar en la esquina superior de la pantalla. Enfoca una hormigonera volcada y unas bolsas de basura desparramadas. Bien. Todo se ve nítido.

Sostiene el teléfono en alto, a la vista.

Faltan ocho minutos.

En ese tiempo, habrá hecho justicia o habrá cometido la última y mayor gilipollez de su vida. Aunque, si es sincero consigo mismo, la mayor gilipollez fue enamorarse de Abby a los seis años.

Hace tres horas estaba en el locutorio de la calle Payaso Fofó, sentado frente a un ordenador con la pantalla llena de huellas grasientas. Acababa de amenazar a Cecilia en el callejón y, desde entonces, tenía un zumbido en la cabeza que no se le iba. Era una especie de interferencia, como cuando la antena de la tele capta dos canales a la vez y ninguno se ve bien.

Ella puede llamar a la policía. Puede contarles que el Monstruo de Malasaña la ha acorralado con un arma blanca. Sí, puede hacerlo. Pero Nacho no apuesta por ello. Cecilia tiene sus propios fantasmas.

Y aunque lo hiciera, ¿qué más da? ¿Amenaza con arma blanca? Él ya carga con un asesinato que no ha cometido. Una amenaza más o menos sería como tirar un vaso de agua al mar.

Tecleó *Loto* en el buscador de la plataforma erótica de pago. Tardó menos de dos minutos en encontrarlo. El perfil estaba pelado. Sin edad, descripción ni foto de cara. Solo la imagen de una flor de loto blanca, abierta sobre un fondo negro. Por lo demás, poca información. Como si el tipo no quisiera ser encontrado.

Se quedó mirándolo un buen rato. Tenía dos opciones. La primera: escribirle un mensaje directo revelándole que sabía lo que había hecho. Amenazarlo. Acorralarlo. Obligarlo a dar la cara.

La idea le duró exactamente cuatro segundos. Si le mandaba un mensaje de amenaza, el tipo se asustaría. Borraría la cuenta. Desaparecería en la maraña de internet como una cucaracha escurriéndose por una rejilla. Y Nacho se quedaría exactamente donde estaba: fugitivo, solo y sin una sola prueba.

Y sin saciar su sed de venganza.

Necesitaba sacarlo de su madriguera. Necesitaba que Loto se presentara en un sitio concreto, a una hora concreta, con la guardia baja. Y para eso, había una segunda opción. Más sucia. Más inteligente. Exactamente la clase de mierda que ese cabrón mejor sabía hacer.

Nacho creó un perfil falso de mujer.

Eligió la foto con cuidado. Una chica morena, de sonrisa torcida y ojos grandes, sacada de una cuenta de Instagram con cuarenta seguidores y ningún comentario en los últimos seis meses. Una persona que nadie echaría en falta en internet. Se inventó un nombre: Begoña. Sin apellido. Sin bio extensa. Solo una línea: «He pasado por tu perfil tres veces. Tiene que ser una señal. ¿Eres real o me lo estoy inventando? Hoy me siento muy perra y no quiero estar sola… ¿te apetece pasar un rato divertido?».

Cuatro líneas. Cada una calibrada para perforar las defensas de un hombre con una obsesión, su punto débil.

Se dobló de la risa al enviarlo.

La respuesta de Loto llegó con una dirección y una hora. Un solar en obras en el Ensanche de Vallecas. A las ocho.

Contó hasta diez. Respiró. Se acordó de las manos de Abby, de cómo le ponía la palma en la mejilla cuando todo daba vueltas. Tecleó la última línea:

Allí estaré. Nos vemos esta noche. Besos.

Nacho cerró la sesión del ordenador. Se quedó quieto unos segundos, con las manos apoyadas en el teclado mugriento del locutorio, escuchando el murmullo de los inmigrantes que hablaban por Skype a su alrededor. Sintió un latigazo gélido en el estómago, supuso que similar a lo que siente un escalador cuando mira hacia abajo y comprende que el mosquetón se ha soltado: la certeza absoluta de que el siguiente paso no tiene marcha atrás.

Loto iba a ir al solar creyendo que lo esperaba una chica que quería conocerlo.

Y en cierto modo, tenía razón. Alguien estaría esperándolo.

El cigarro se le ha consumido hasta quemarle el filtro. Nacho lo tira a un charco, donde se apaga con un siseo, y enciende otro. El humo le sale por la nariz en dos columnas densas que el viento destroza al instante.

Piensa en Abby. Se obliga a no pensar en la Abby muerta en el suelo del baño, esa imagen que se le ha quedado tatuada detrás de los párpados, así que piensa en la otra. En la Abby que se reía con todo el cuerpo, su pelo rojo cayéndole por los hombros. La que le ponía la mano en la mejilla cuando él colapsaba de ansiedad y le decía: *«Eh, mírame. Estoy aquí»*. Sin más. Solo tres palabras, y el mundo dejaba de girar tan rápido.

Nunca va a volver a escuchar esa voz. Y el hijo de puta que se la apagó está a punto de aparecer por la esquina. Creyendo que lo espera una mujer joven que quiere tocarlo, mirarlo, decirle que es especial. Pensando con la polla, como todos los demás.

Aprieta el mango del cuchillo hasta que los nudillos le crujen.

Si esto sale mal, nadie va a llorar por él. Su madre lo abandonó al nacer. Abby está muerta. Y Bernie… Bernie lo ha vendido a la policía. Con buena intención, seguro. Bernie es un buen tío. Pero lo ha entregado. Y hay traiciones que simplemente no se perdonan.

El móvil vibra de repente en su mano izquierda. Da un respingo tan violento que el cigarro sale volando de su boca y aterriza en el suelo con una lluvia de chispas diminutas.

Baja la vista hacia la pantalla. La grabación de vídeo se ha interrumpido. Una llamada entrante parpadea en el centro del cristal.

Bernie.

Nacho se queda mirando el nombre de su padrino. Es casi como si el universo se estuviera burlando de él. O dándole una última señal de advertencia.

Su pulgar duda sobre la pantalla. Luego, aprieta el botón rojo y rechaza la llamada.

Vuelve a activar la grabación.

—Lo siento, Bernie —murmura—. Se acabó.

Lo ve por la pantalla primero. Aparece por el fondo de la calle. Una silueta que camina deprisa, con un nerviosismo apenas contenido en el paso, con la mirada giratoria de quien busca a alguien en la oscuridad.

Nacho aprieta los dientes. El muy cabrón se ha arreglado. Incluso a esta distancia, bajo la luz naranja de la farola, puede ver que lleva la chaqueta abrochada hasta arriba, el pelo peinado con algo de gomina y las manos fuera de los bolsillos, como si quisiera parecer relajado y accesible. El disfraz de un hombre normal. De un tipo con el que una mujer puede sentirse a salvo.

Sostiene el teléfono a la altura del pecho, con la cámara apuntando directamente al hombre. Quiere que sepa que está siendo grabado. Que cada palabra quede registrada para la policía.

El tipo se detiene al borde del solar, justo donde termina la luz de la farola. Es… decepcionante. Un monumento a la mediocridad. Tiene el pelo lacio y entradas incipientes. Apenas puede verle la cara, pero apostaría a que no es deslumbrante. Es el ser humano más anodino que Nacho ha visto en su vida.

Por algún motivo, eso le alivia.

El tipo mira a los lados. Busca. No ve a ninguna chica de pelo castaño y sonrisa torcida. Solo ve a un hombre flaco, sucio y desaliñado que lo graba con un móvil.

—¿Quién coño eres tú? —dice.

—¡Begoña te manda recuerdos! —grita Nacho. Su voz retumba contra las paredes de hormigón armado.

Un segundo de silencio. Loto procesa. Nacho observa cómo le cambia la cara: de la sorpresa al cálculo, del cálculo a la rabia, de la rabia a algo frío y controlado. Lo escudriña como diciendo: «¿De verdad?».

—Me has tendido una trampa. —Su voz es grave y plana.

—Como las que tú le tendías a ellas.

—¿Qué estás haciendo con el teléfono?

Loto da un paso atrás. Instintivo. El gesto de alguien que está evaluando la distancia hasta la salida. Pero no huye. Se queda al borde de la farola, con medio cuerpo en la luz y medio en la sombra, como una imagen partida por la mitad.

—No sé de qué cojones hablas —dice, pero la voz le ha cambiado. Ya no es plana. Tiene filos.

—Lo estoy grabando todo, hijo de puta. —Nacho da un paso al frente, pisando un cascote de ladrillo—. Para que todo el mundo vea tu puta cara.

El hombre gris mira el móvil y suspira, como si acabara de darse cuenta de que está perdiendo el tiempo con un niño pequeño.

—Graba lo que te dé la gana —dice al fin, cruzando la valla caída y adentrándose en el solar con pasos medidos—. Me la suda.

—Tú mataste a Abby.

El viento arrastra una bolsa de plástico de un supermercado que se enreda en la valla. Un andamio de metal gime en algún lugar de la obra.

—Yo no he matado a nadie, chaval —responde Loto, con la calma de quien ha ensayado esa frase muchas veces dentro de su cabeza —. Lee los periódicos. La mataste tú.

—¡La prensa miente! ¡Yo sé la verdad! —grita Nacho. La rabia le quema la garganta—. Sé que tú fuiste a su casa.

El hombre se detiene a tres metros de distancia. Algo cambia en él. La postura se le endurece. Los ojos se le vuelven oscuros y carentes de brillo.

—Así que la maté yo. ¿Y qué tienes exactamente?

—Sé lo de la web erótica. Tú estabas al otro lado.

—Eres más estúpido de lo que pareces —dice el tipo, sin elevar la voz—. Y eso que pareces bastante retrasado. Sin ánimo de ofender.

—Abby era la mejor persona del mundo. —A Nacho le tiembla el brazo que sujeta el móvil, pero mantiene el encuadre—. Y tú le quitaste la vida porque eres un jodido enfermo.

Saca la mano del bolsillo. La hoja del cuchillo de cocina tiembla bajo la luz naranja de la farola.

El desconocido mira el cuchillo. No retrocede. Ni siquiera parpadea. Esboza una media sonrisa torcida, condescendiente, que a Nacho le revuelve las tripas.

—¿La mejor persona del mundo? —se burla—. Vamos, hombre, vas a hacerme llorar. Era una zorra como todas las demás. Solo la quité de en medio. Limpié la suciedad.

Nacho nota que el corazón se le acelera. Tiene ganas de llorar de rabia.

—Retira eso. Ella no era ninguna zorra…

El hombre lo mira fijamente durante tres segundos que duran una vida.

—Pues gritaba como tal cuando la violé.

Clic…

Es el mismo ruido que Nacho escuchó dentro de su cabeza en aquel bar. Un resorte saltando. Le arde la garganta. Le tiemblan las manos. Ya no hay pensamiento, solo calor. El mundo entero tiñéndose de rojo.

Ruge, soltando todo el aire de los pulmones, y se lanza hacia delante. El cuchillo corta el aire, apuntando al pecho de Loto.

Todo ocurre demasiado rápido. Absurdamente rápido.

El otro da un paso lateral preciso y con la mano izquierda le atrapa la muñeca en pleno vuelo. Es fuerte. Mucho más fuerte de lo que aparenta.

Le retuerce el brazo hacia abajo con un movimiento limpio, sin esfuerzo, que le hace rotar hasta quedar de espaldas a él. El dolor le estalla en el codo. Los dedos se le abren solos y el cuchillo cae al cemento con un ruido metálico. Pero Nacho sigue en pie. Y eso significa que todavía tiene una oportunidad.

Se revuelve, carga el peso hacia la izquierda e intenta soltar un cabezazo hacia atrás. Nota que conecta. Algo cruje. El tipo suelta un sonido breve, casi de sorpresa. *Ahí está. Ahí está*. Entonces el brazo

le rodea el cuello desde atrás y el mundo se cierra de golpe. Tráquea bloqueada, aire cortado, los pies buscando suelo que ya no obedece.

Cuando nota el aguijón, ya es tarde. Algo frío perforándole la piel, justo debajo de la oreja derecha.

Abre la boca para gritar, pero no le entra aire. Y casi al instante, un calor extraño, espeso y químico le inunda la zona del hombro. Baja por la columna vertebral, adormeciéndole las piernas; alguien ha bajado el interruptor general de su sistema nervioso. Su cuerpo se desconecta, planta por planta, como las luces de un edificio de oficinas a medianoche.

Las rodillas ceden. El teléfono se le resbala de la mano y choca contra los escombros.

Lo último que oye es la respiración superficial de Loto junto a su oreja, y el silbido afilado del viento colándose entre las vigas de acero del edificio vacío.

Impacta de bruces contra el asfalto.

A medio metro de su cara, el móvil sigue boca arriba, grabando. El segundero avanza en silencio, registrando el cielo negro de Madrid y el sonido del viento.

Grabando la nada absoluta.

35

La última farola de la calle Valdeculebras lleva fundida desde hace meses. O años. Tal vez nació fundida. La cuestión es que, a partir de ese poste de metal, el asfalto del Ensanche de Vallecas se rinde y empieza la nada. Un agujero negro de matorrales secos y tierra suelta al sur de Madrid que no aparece en los mapas.

Alambre camina por delante, arrastrando las suelas manchadas de barro de sus Nike. Detrás va Dani, *el Rabonas*, riéndose solo de cualquier estupidez desde que salieron del kebab. Un par de metros más atrás, tragando el humo de los otros dos y cerrando la marcha, va el primo de Dani. Catorce años recién cumplidos. No tiene mote todavía. Los motes hay que ganárselos.

—Que te lo juro por mi vieja, *bro* —dice Alambre, escupiendo un gargajo hacia la cuneta—. La pava va y me suelta por WhatsApp: «Si no me llamas en diez minutos, te bloqueo». Y yo le puse: «Nena, relaja, que estoy en un funeral».

—Ni de coña —balbucea Dani.

—Que sí, bro, que es verdad.

—¿Y de quién era el funeral?

—Qué funeral ni qué cojones. Estaba jugando al FIFA con mi hermano. Pero le solté la bola para ver por dónde salía.

—¿Y qué hizo?

—Mandarme una foto en sujetador. Para que se me pasara la pena, dijo la tía.

Dani se dobla de la risa. El primo también se ríe, pero un par de segundos tarde; su cerebro necesita procesar primero cuál es la reacción socialmente aceptable para no parecer un pringado.

—Alambre, eres el puto amo —dice Dani, limpiándose una lágrima con la manga del plumas. Ya va ciego. Se le nota en la voz arrastrada por la hierba.

—Lo que soy es un incomprendido.

Dejan atrás la última hilera de bloques de pisos, los que parecen piezas de Lego plantadas en mitad del secarral. Luego tuercen a la izquierda por un sendero de tierra que se pierde entre la maleza.

El «parque» está en un claro al final del camino. Llamarlo parque es un chiste. No es más que un rectángulo de tierra prensada y cristales rotos. Hay un tobogán sin escalera, dos columpios con las cadenas oxidadas y el esqueleto metálico de lo que en los noventa debió ser un balancín. El Ayuntamiento lo precintó hace años con una cinta blanca que ahora cuelga rota. Las pintadas lo cubren todo: firmas ininteligibles, penes mal dibujados y faltas de ortografía.

Es su sitio. El punto ciego. Dani descubrió hace meses que las cámaras de tráfico de la avenida no enfocan hacia aquí. Es el lugar perfecto para fumar sin que ningún madero les amargue la noche.

Alambre se deja caer sobre una roca redonda y saca una bolsa de plástico del bolsillo interior de la chupa. Dani se sienta en el respaldo del banco, pisando el asiento.

—Pásame uno —exige.

—¿Otro? Pero si ya vas morado, desgraciado.

—No me rayes y pásalo.

Alambre le lanza el paquete de tabaco y la china. El primo de Dani se queda de pie, a un par de metros del banco, con las manos metidas en las mangas del jersey como un monje con frío.

—Eh, ¿tú no fumas o qué? —le suelta Alambre, señalándolo con la barbilla.

El chico niega con la cabeza rápidamente.

—Déjalo, tío —interviene Dani, liando el papel—. Es buen chaval. No lo corrompas.

—¿Buen chaval? Está en un descampado a las once de la noche de un lunes. Ya está corrompido, *bro*.

Dani se ríe. El primo no.

—Voy a mear —anuncia el más joven.

—A ver si te la encuentras con este frío —bromea su primo.

Más risas.

—Pues no te vayas muy lejos, que no se ve una mierda —le advierte Alambre, encendiendo el mechero. La llama ilumina su cara llena de acné durante un segundo—. Aquí por la noche salen los yonquis.

—Eso es mentira —salta Dani.

—Mis cojones es mentira. Mi hermano vio a uno la semana pasada durmiendo debajo del tobogán. Parecía un zombi de *The Walking Dead*.

El chico no contesta. Da la espalda a la luz del mechero y camina hacia la zona de los columpios. Necesita alejarse de ellos un momento, quitarse de encima la presión de encajar.

El suelo cruje bajo sus zapatillas. Se detiene junto a unas rocas cubiertas de verdín. El viento sopla, colándose por los tubos de la estructura de hierro del columpio con un silbido hueco. Las cadenas chirrían suavemente.

Se baja la cremallera del pantalón. Va a sacar el pene cuando algo en su visión periférica le hace detenerse.

Al principio, su cerebro se niega a procesarlo. Es un mecanismo de defensa primario. La mente de un niño de catorce años ve una forma anómala en la oscuridad y trata de encajarla en algo lógico. «Es un saco de escombros», piensa. «Alguien ha colgado un saco de boxeo de la barra superior».

Algo vertical. Pesado. Colgando en el hueco donde debería estar el asiento de goma.

Solo que no es un saco de boxeo ni de escombros.

El chico se olvida de respirar. La vejiga se le cierra de golpe. Da un paso atrás. Tropieza con una piedra, pero consigue mantener el equilibrio. Sus ojos se adaptan por fin a la penumbra.

A veinte metros a su espalda, oye la voz de Alambre riéndose de un vídeo de TikTok. Oye la carcajada ronca de Dani, tan fuerte que genera eco. Oye el chispero del mechero rasgando el silencio.

Sonidos normales de un mundo vulgar, aburrido y seguro que existía hace apenas cinco segundos.

Un mundo que acaba de saltar por los aires.

El viento racheado sacude la estructura del columpio. El bulto se balancea muy despacio. La cuerda tensa cruje contra el travesaño de hierro oxidado.

Y bajo la poca luz que ofrece la luna, el primo se queda mirando las suelas de unas zapatillas desgastadas.

Apenas a un palmo de la arena del suelo.

36

—Ya os dije todo lo que sabía.

Hay dos tipos de mentirosos en una sala de interrogatorios: los que te clavan la mirada para demostrar que dicen la verdad y los que se miran las manos. Cecilia pertenece al segundo grupo. Tiene los dedos entrelazados sobre la mesa de aluminio, como si rezara o como si intentara que no le temblaran. Probablemente hay algo de ambas cosas.

Mónica la observa en silencio. Es un viejo truco que aprendió de Paco Cereceda en su primer año en Homicidios: «El silencio después de una mentira pesa más que cualquier pregunta, niña». Mónica lleva más de una década comprobando que es cierto. A la gente le aterra el vacío; siempre intentan llenarlo con palabras. Y ahí es donde se les pilla.

Junto a la joven está su abogado de oficio. Un chaval pálido, con aspecto de no haber visto la luz del sol desde que estudió Derecho, que hojea un expediente que claramente acaba de descubrir. Ha dejado un vaso de café del Vips en la esquina de la mesa, como si fuera una prueba más de la defensa. Por su cara de resignación, sospecha que esta noche va a ser larga.

Hace apenas unas horas, cuando Mónica y Rayco se han presentado en el piso de Cecilia con la citación, les ha abierto la madre. La mujer los ha recibido con un delantal manchado de tomate y ojos muy abiertos. Les ha dicho que su hija no estaba, que había salido, que qué pasaba. Luego, ha llamado a su hija al móvil

delante de ellos. Le temblaban tanto los dedos que ha tenido que marcar dos veces. Diez minutos después, Cecilia entraba por la puerta. Llevaba la palabra «Culpable» escrita en la frente con letras de neón.

En el coche, camino de Jefatura, no ha dicho una sola palabra, a pesar de los intentos de Rayco por sacarle algo de información. La muchacha conoce bien sus derechos.

—Cecilia —dice Mónica ahora, dejando caer una carpeta sobre la mesa—. Te voy a dar una salida. Y te la voy a dar porque tienes veintitrés años y todos hemos hecho estupideces a esa edad. Sé que la mierda te cubre hasta la cabeza, pero necesito que dejes de mentirme a la cara.

La chica no levanta la vista.

—Mi clienta ya colaboró exhaustivamente en un interrogatorio previo —recita el abogado, sonando como alguien que ha memorizado la frase en un libro de texto.

—Y en ese interrogatorio previo, su clienta mintió —suelta Rayco desde la esquina de la sala. Está apoyado contra la pared, con los brazos cruzados. El poli bueno que hoy no tiene ganas de serlo—. Mintió sobre las aplicaciones que usaba la víctima. Y, lo que es peor, borró pruebas fundamentales para una investigación de homicidio.

El abogado abre la boca para replicar, cruza una mirada con Rayco y decide volver a cerrarla. Buena decisión.

Mónica abre la carpeta, saca tres folios impresos y los coloca frente a la joven, alineados como cartas del tarot.

—Esto es un registro de la web *LiveTouch*. ¿Sabes lo que es, Cecilia?

El fluorescente del techo emite un zumbido casi imperceptible que, a esta hora de la noche, suena como un taladro.

—Es un puticlub digital —traduce Mónica, sin piedad—. Los usuarios abren perfiles y cobran por mantener relaciones sexuales con otros usuarios. Chat, teléfono, vídeo. —Toca el primer folio con la punta del bolígrafo—. Este es el registro del perfil que usaba la foto de Abigail Brennan. La dirección IP de creación es el router de tu casa. La tarjeta prepago vinculada a los cobros se compró en el Carrefour de Méndez Álvaro. Y los dispositivos de acceso coinciden,

fíjate qué casualidad, con la dirección MAC de tu móvil y de tu portátil.

Mónica hace una pausa. Lo que viene ahora le da asco, pero su trabajo apesta a veces.

—La foto de perfil era un primer plano de tu mejor amiga. Y Abby no tenía ni idea de que la estabas vendiendo a trozos por internet.

Cecilia aprieta los labios, luchando por no echarse a llorar. El abogado mira a su clienta, luego a Mónica y, finalmente, a su café del Vips, deseando poder ahogarse en él.

—Abby no lo sabía, ¿verdad? —Mónica baja el tono de voz, volviéndolo casi íntimo.

—No.

Suena como una puerta cerrándose de golpe.

—¿Por qué lo hiciste?

Cecilia tarda un siglo en contestar. Mueve los dedos nerviosa. Cuando habla, lo hace tan bajo que Mónica tiene que inclinarse hacia adelante para oírla.

—Empecé por probar. Decidí abrir una cuenta falsa con mi mejor foto. No funcionó. Nadie me escribió. Era… invisible. Pensé en cerrar la cuenta y olvidarme. Pero un día, en plan coña, cambié mi foto por una de Abby, solo para ver qué sucedía. ¿Qué podía pasar? A las dos horas, un tío me mandó un mensaje diciendo que era la niña más preciosa que había visto en su vida. —Se le quiebra la voz—. Me lo dijo a mí. Bueno, a la foto de Abby. Pero fui yo la que lo leyó. —Traga saliva—. Por un instante, me sentí más deseada que en toda mi vida.

Mónica no dice nada. De repente, la frase que Cecilia dejó a medias en el primer interrogatorio cobra todo el sentido del mundo.

*«Cualquier foto suya servía para…»*Para esto. Para que una chica del montón, gordita, insegura y a la sombra de su amiga guapa, recibiera la atención que el mundo real le negaba. Es patético, sí. Pero Mónica ha visto matar por motivos mucho más estúpidos que un chute de autoestima.

—La cosa no se quedó en un piropo aislado, ¿verdad? —interviene Rayco.

Cecilia niega con la cabeza.

—Descubrí que se me daba bien. Poner vocecita por teléfono y calentarles la oreja. Y pagaban muy bien. Cincuenta euros por quince minutos de llamada. Algunos se contentaban con unos minutos de conversación picante. Pero otros querían más.

—¿Más qué? —pregunta Mónica.

—Más minutos. Más sesiones. Otros hasta me pedían que conectara la cámara y me tocara mientras ellos miraban.

—Joder, Cecilia… —Mónica no puede evitar el resoplido. El abogado se frota la frente, aún más pálido que antes—. ¿Te tocabas para esos tíos?

—Sí. Pagaban muy bien por esas sesiones especiales. De la noche a la mañana me vi ganando una fortuna por unos minutos de… actuación.

—¿Actuación? ¿Así es como lo veías? —pregunta Rayco.

Ella se encoge de hombros.

—¿Por qué no? ¿Acaso no es lo que hacen las actrices cuando ruedan una escena de sexo? —Vuelve la cara y se muerde el labio para no derrumbarse—. Por favor, no se lo digan a mi madre. Ella no sabe nada. Además, usaba una máscara para proteger mi privacidad.

«Y para que no se dieran cuenta de que el cuerpo no correspondía con la cara de la foto», piensa Mónica, sintiendo una mezcla de lástima y repugnancia.

—¿Alguno de esos salidos quiso cruzar la pantalla? —pregunta Rayco—. ¿Verte en persona?

—Claro, muchos. Pero yo nunca pasé de ahí. Los cortaba rápido.

—¿Hubo alguno en especial? ¿Alguien que no aceptara un no por respuesta?

Cecilia se limpia la nariz con el dorso de la mano, manchando la manga de su abrigo.

—Había uno. Muy pesado. Estaba obsesionado con conocerme. Yo le daba largas, pero como se puso intenso, lo bloqueé. Hace como tres semanas.

—¿Recuerdas su alias?

—Sí. Loto.

Mónica anota la palabra en su libreta y la subraya dos veces. *Loto*.

—¿Le diste a ese tal Loto la dirección real de Abby? ¿O algún dato para que la encontrara?

La reacción de la acusada es puramente física. Se echa hacia atrás en la silla como si Mónica le hubiera cruzado la cara.

—¡No! ¡Jamás! No soy imbécil, ¿vale? Nunca di datos reales. De Abby, solo veían la imagen de perfil.

Mónica la mira fijamente. Esta vez, Cecilia le aguanta la mirada. Y Mónica, que lleva media vida calibrando mentiras, sabe que en esto está diciendo la verdad. La chica es una usurpadora y una egoísta de manual, pero no entregó a su amiga conscientemente.

—Cambiemos de tema —dice Rayco, despegándose de la pared —. Nacho Pareja.

Cecilia contiene el aliento. El cambio es sutil, pero está ahí.

—Ya os conté todo sobre el acosador ese —dice demasiado rápido.

—¿Has vuelto a saber de él?

La joven se lleva la mano al cuello. Un gesto reflejo, rápido, como si comprobara que la cabeza sigue pegada al cuerpo. Mónica entorna los ojos. Hay un surco rojo en la piel de la chica, un rasguño justo debajo de la oreja.

—No —dice la joven.

Mónica percibe la mentira como un cambio de presión en la cabina de un avión. Cecilia se acaba de cerrar como una ostra.

—¿Qué te ha pasado en el cuello? —dispara.

La chica se tapa la marca con la mano.

—Nada. Me arañé con el cierre de un collar.

Es una mentira de mierda, y las dos lo saben. Pero hay noches en las que una inspectora tiene que elegir qué hilo tirar y cuál dejar que corra.

El silencio se alarga hasta volverse incómodo. Entonces, Cecilia baja la vista hacia sus manos y murmura algo, casi para sí misma.

—Él no tiene la culpa.

—¿Quién? —pregunta Mónica, frunciendo el ceño.

—Nacho. —Cecilia levanta la cabeza. Tiene los ojos inyectados en sangre—. Nacho Pareja no tiene la culpa de lo de Abby.

Mónica y Rayco cruzan una mirada por encima de la cabeza del abogado. No es lo que esperaban. Y, sin embargo, es la frase más honesta que ha salido de la boca de la chica en toda la noche.

El letrado carraspea y pide un receso. Cuando a Cecilia le pasan el acta de declaración para que firme, le tiembla el pulso. Será, con toda seguridad, imputada por usurpación de identidad y fraude. El abogado le recita las posibles penas con voz monocorde y ella asiente como un robot al que se le ha acabado la batería.

Cuando salen al pasillo, la madre de Cecilia sigue ahí, en la misma silla de plástico donde la dejaron hace horas, con el bolso sobre las rodillas y el abrigo puesto. Se levanta como un resorte al ver salir a su hija. Tiene los ojos hinchados, secos por haber agotado las lágrimas, y la mirada de quien ya ha llorado todo lo que tenía, dejando solo el miedo. No hace preguntas. Solo abre los brazos y Cecilia se derrumba contra ella, sollozando como si volviera a tener cinco años.

Mónica aparta la vista. Hay miserias que no le corresponde mirar. Pero antes de girar la cara, alcanza a ver cómo la madre acaricia el pelo de su hija con el gesto automático de quien lo ha hecho diez mil veces. Piensa en Jamie, probablemente dormido a estas horas en casa de John. Piensa en todas las infinitas maneras en que un hijo puede destrozarte el corazón sin necesidad de que nadie se muera.

Son casi las doce de la noche. Siente que este lunes ha durado un mes y medio. Mataría por una ducha hirviendo, una copa de vino y ocho horas de sueño profundo. Pero el universo tiene otros planes.

Mercedes aparece al fondo del pasillo, caminando hacia ellos con paso atropellado. Tiene la cara pálida y los labios apretados, y Mónica piensa que lleva todo el día con mala cara, que apenas ha hablado y que debería preguntarle qué le pasa.

Pero no le da tiempo.

—Acaban de llamar de la comisaría de Villa de Vallecas —dice Mercedes, frenando en seco delante de ellos. Respira por la boca, como si le faltara el aire.

—¿Qué pasa? —pregunta Rayco.

Mercedes traga saliva.

—Unos chavales han encontrado un cuerpo en un parque infantil abandonado. Ahorcado.

Mónica siente un pinchazo en la nuca.

—Creen que es Nacho Pareja —remata Mercedes.

37

El vaho de Mónica se disipa en el aire helado como un fantasma. Se frota las manos y se las mete en los bolsillos del abrigo, apretando la mandíbula para que los dientes no le castañeteen.

A su izquierda, los ojos de Rayco brillan como cristal bajo la luz de los focos que la Policía Científica ha colocado en el perímetro. La punta de su nariz está roja como un payaso triste. Mónica se estaría riendo de él si no estuvieran ante un cadáver.

El parque infantil lleva años abandonado. Hay un tobogán de plástico destrozado, un balancín oxidado que apunta al cielo como un dedo acusador y costras de grafiti cubriendo todo. En el centro exacto del claro está el columpio.

De la barra horizontal cuelga Nacho Pareja.

Tiene la cabeza ladeada y los ojos cerrados. Alguien con mucha imaginación podría decir que parece dormido, si no fuera por ese tono azul grisáceo que adquiere la piel cuando el corazón se rinde; el color de las personas que ya no respiran. La punta de su zapatilla izquierda roza la tierra.

A tres metros del cuerpo, un bombero espera junto a una camilla plegable. Le han ordenado que no toque nada hasta que Científica termine su baile. Tiene cara de querer estar en cualquier otro lugar del mundo. Mónica lo entiende. Comparte el sentimiento.

Un policía de unos veinticinco años se acerca con un bloc de notas. Le tiembla un poco la mano.

—Inspectora, los chicos que lo han encontrado están en el coche patrulla. Tres menores. Dicen que vinieron al descampado a…

—A fumar porros. Ya. —Mónica ni se molesta en mirarlo—. ¿Han tocado algo?

—Juran que no. Vieron el cuerpo desde lejos y salieron corriendo. Uno de ellos llamó al 112.

—¿Quién llegó primero a la escena?

—Nosotros. Mi compañero y yo.

Mónica asiente lentamente, sin apartar la vista del ahorcado. El policía sigue ahí plantado, aferrando el bolígrafo como si fuera un salvavidas.

—Es mi primer… —empieza a decir el chaval.

—Ya. —Mónica lo corta con suavidad, pero con un tono que deja claro que la conversación ha terminado—. Quédese con los chicos hasta que les tomemos declaración.

El chaval traga saliva y se aleja a paso ligero. Rayco, que ha estado observando la interacción un paso por detrás, se pone a su altura.

—Antes eras más simpática.

—Já. Sabes perfectamente que no.

Rayco sonríe y se aparta unos metros. Saca el móvil y se lo lleva a la boca, pulsando el botón de audio de WhatsApp. Mónica lo mira de reojo.

—*Se confirma que Pareja se ha suicidado, así que nos queda para un rato largo aquí. No me esperes despierta* —susurra Rayco. Baja la vista hacia la tierra y añade, bajando aún más la voz—: *Te quiero, cariño.*

Suelta el botón y guarda el teléfono en el abrigo con un gesto rápido, como quien esconde una carta marcada.

Mónica finge que no ha oído nada, pero por dentro su estómago le está avisando de algo. Rayco y Mercedes. Mercedes y Rayco. Hace tiempo que Mónica sabe que esos dos funcionan, que encajan, que lo que tienen es sólido de verdad y no esa imitación barata de estabilidad a la que ella se acostumbró primero con Jorge y luego con John. Pero escuchar a Rayco decir «te quiero» a la una de la madrugada, con un ahorcado a veinte metros, sin que le tiemble la

voz y sin sonar a sarcasmo barato, le produce una punzada que no es envidia, pero se le parece bastante.

A ella siempre le ha costado horrores decir esas tres malditas palabras. Con Andrés también. Aunque está trabajando en ello y tiene un plan al respecto que mañana, si el deber se lo permite, llevará a cabo.

Piensa en todo eso mientras contempla el cuerpo. Nacho Pareja tiene las greñas pegadas a la frente y las sienes. Sin la histeria colectiva de las redes sociales ni las cámaras de televisión persiguiéndole, ahora es solo un pobre hombre colgado de una cadena oxidada. Visto así, con la mandíbula floja y los brazos inertes, no parece un acosador, ni un asesino, ni el monstruo que la prensa ha vendido durante días. Solo parece un crío inadaptado que no pudo soportar la presión y decidió bajarse del mundo.

«Solo que… ¿de verdad lo decidió él?»

Aparta la vista.

Una técnica de la Científica, cubierta con un mono Tyvek blanco, se acerca a ellos. Trae una bolsa de evidencias transparente. Dentro hay un botín miserable: un mechero de propaganda, un paquete de Marlboro arrugado, cuatro monedas y algo vegetal, aplastado contra el fondo del plástico.

—Del bolsillo interior de la cazadora —informa la técnica—. Esto es todo. Sin documentación, ni cartera, ni móvil.

—¿Sin móvil? —Mónica coge la bolsa por el borde superior y la sostiene a la altura de los ojos.

—Hemos palpado hasta los bajos del pantalón, inspectora. Nada.

—De acuerdo. Buen trabajo.

La técnica asiente y vuelve al cordón policial. Mónica se queda hipnotizada mirando la bolsa. El mechero y la calderilla son ruido de fondo. Pero la hierba… Es un diente de león. Seco, marchito, aplastado contra el plástico como una mariposa disecada en un cuaderno de ciencias. La cabeza es solo una bola de pelusa medio calva y el tallo está doblado. Una mala hierba asquerosa y común.

—Rayco, mira esto.

Él se acerca. Mónica le señala la bolsa.

—¿Qué hace un diente de león en el ahorcamiento de un tío? —pregunta ella.

Rayco inclina la cabeza y se encoge de hombros.

—Estamos en un descampado, Mónica. Hay hierbajos saliendo hasta por las grietas del tobogán.

—Pero no estaba en el tobogán, ni pegada en la suela del zapato. Estaba guardada en su bolsillo interior.

—Un tío que viene a colgarse de un columpio no tiene la cabeza en su sitio. A lo mejor la arrancó de camino y se la guardó en un ataque de melancolía. La gente hace estupideces antes de morir.

Mónica no contesta. Sigue mirando la bolsa, pensando en *la otra* flor: la exótica, hermosa, con forma de corazón que encontraron junto al cuerpo de Abigail Brennan. Aquella flor era una firma, un mensaje en mayúsculas. Y esto… un diente de león aplastado es la antítesis perfecta. Basura de cuneta.

No tiene pruebas para su teoría, solo una vibración detrás del esternón, ese radar averiado que tantos años en Homicidios le ha afinado a base de palos, y que ahora mismo está pitando en rojo.

—No me lo trago —dice, bajando la bolsa.

—¿El qué?

—Esta mierda de escena.

Rayco la mira de reojo, esperando el monólogo. Mónica se lo da.

—Para empezar, el escenario. Nacho vivía en el centro, a kilómetros de aquí. ¿Viene hasta el culo del mundo, a un descampado sin luz, solo para colgarse?

—Llevaba días fugado. Puede que se estuviera escondiendo en una casa okupa por aquí cerca —rebate Rayco, haciendo de abogado del diablo—. O tal vez conocía a alguien y quería despedirse antes de…

Señala el cuerpo y deja la frase sin terminar.

—¿Y el móvil? —insiste ella—. ¿Dónde está? Un suicida impulsivo no tira el teléfono antes de matarse. Uno planificado deja una nota, un puto tuit, lo que sea. Aquí no hay nada.

—Dejó una carta en el buzón de Abby.

—Esa carta era de antes del asesinato. No me jodas, Rayco.

El viento racheado sacude las cadenas del columpio vacío —del que no cuelga Pareja— y el metal chilla con un sonido que a Mónica le recuerda al de una mecedora en un porche. Le pone los pelos de punta.

—Nacho Pareja era el enemigo público número uno de España —argumenta Rayco, bajando la voz—. Estaba siendo linchado en las redes, era el principal sospechoso de asesinato y llevaba días huyendo. Por no hablar de que había perdido al amor de su vida y a su mascota en cuestión de días. No ha podido con la presión y se ha suicidado. Punto. Es la navaja de Ockham, Mónica. La opción más sencilla suele ser la correcta. El juez lo va a cerrar así.

—Lo sé.

—¿Entonces?

Mónica saca las manos de los bolsillos. Los nudillos le duelen por el frío.

—Entonces pienso en Clara Vega —dice, mirándolo fijamente—. Hace veinte años. Misma flor rara, misma canción, mismo patrón. Aquello también se cerró como suicidio. Se equivocaron. Y nos estamos equivocando ahora. Pero no tengo pruebas —admite—. Solo tengo esto. —Levanta la bolsa con el diente de león—. Y esto no es nada.

El móvil de Rayco vibra, interrumpiendo el intercambio de ideas. Él lo lee en silencio mientras la pantalla ilumina su cara un segundo. Mónica no quiere mirar, pero acaba por leer el mensaje de soslayo:

Vale. Yo me voy a la cama. Bss.

Rayco deja escapar el aire y vuelve a guardar el teléfono. Los surcos de su frente son señal suficiente para que ella no pregunte.

Es el aparato de Mónica el que suena un minuto después. En la pantalla, Fernando Vara, el jefe de la Policía Científica. Contesta y se lleva el aparato a la oreja.

—¿Vara?

—Lago. ¿Te he despertado?

—Qué más quisiera yo. Estoy en un secarral en el Ensanche de Vallecas. Tenemos un fiambre fresquito.

—¿Identidad?

—Ignacio Pareja.

—Joder. ¿Cómo?

—Ahorcado en un parque infantil. Lo han encontrado unos adolescentes hace un par de horas.

Vara carraspea al otro lado de la línea. Mónica aprovecha para cambiarse el móvil de oreja y frotarse la nariz.

—Bueno… —dice el criminalista—, supongo que eso simplifica el papeleo.

—¿Simplifica? —Mónica frunce el ceño.

—El acosador oficial se carga a la chica y luego no aguanta la culpa y se cuelga. Fin de la película. Títulos de crédito.

—Títulos de crédito —Mónica repite la frase. Odia repetir frases de otros, pero lo hace cuando quiere subrayar que le parece una soplapollez.

—¿No lo ves así?

—No lo sé, Fernando. Tú lo ves muy fácil. Pero dudo mucho que sea como dices.

—Es lo que va a decir la prensa mañana a primera hora.

La prensa… El juez… Mónica empieza a estar harta.

—La prensa no investiga homicidios —contesta—. Yo sí. Y esto huele a mierda a kilómetros de distancia.

Clara Vega. La flor junto al cuerpo de Abby. El diente de león del bolsillo de Nacho… Fernando no tiene todas las piezas, pero no es el momento de ponerlo al día. No a la una de la madrugada, por teléfono, y con el cuerpo todavía colgando a sus espaldas. Hay un orden para estas cosas.

—Escucha. —Vara cambia el tono, poniéndose profesional—. Yo te llamaba por otra cosa. El tema del *corazón sangrante*. La flor del baño de Brennan.

Mónica se endereza. Rayco da un paso hacia ella, alertado por su cambio de postura.

—He cruzado datos con mi contacto en el Real Jardín Botánico —sigue Fernando—. La flor es una rareza como hay pocas en el mundo. No sobrevive al aire libre en el clima de Madrid. Exige sombra, tierra ácida y humedad controlada. O sea, un invernadero pata negra. No la venden en los chinos de la esquina, en resumen.

—Vale.

—Y hay más. Una vez cortada, se pudre rápido. Hablamos de horas. La que encontramos junto al cuerpo de la irlandesa estaba intacta y con los pétalos intactos, así que, quien la dejó allí, la cortó ese mismo día.

—Ve al grano, Fernando.

—Solo hay un proveedor registrado en toda la Comunidad de Madrid que comercializa con esa especie.

Mónica siente cómo algo se tensa en su pecho, un cable que llevaba semanas suelto y que de pronto encuentra dónde engancharse.

—¿Tienes el nombre?

—Te lo mando por correo electrónico ahora mismo. Nombre, dirección y datos de contacto. Copio a todo tu equipo.

—Gracias, Fernando. Te debo una cerveza.

—Lago, escúchame. —La voz de Vara duda un instante—. Si Pareja es el asesino y se acaba de suicidar… esta pista de las flores ya no importa.

Mónica observa a Nacho de reojo. El viento ha vuelto a mover las cadenas del columpio vacío y el chirrido metálico le araña los nervios.

—Importa —sentencia ella, y cuelga.

Rayco se acerca con el ceño fruncido.

—He pillado la mitad. ¿Un proveedor?

—Eso dice Fernando. Nos va a mandar los datos por email.

Mónica saca un Chupa Chups de cola del abrigo y le quita el envoltorio con los dientes. Se lo mete en la boca para tener algo que morder. El palito de plástico le tiembla entre los labios mientras abre su correo en la pantalla. Rayco hace lo mismo con su terminal.

El correo de Científica ya está en la bandeja de entrada. Mónica lee el texto en voz alta, rompiendo el silencio del parque:

—Jardines Albanta. Rivas-Vaciamadrid. Proveedor floral especializado en eventos.

Mónica aparta la vista de la pantalla y mira a su compañero, esperando que empiece a trazar el plan de la visita para mañana a primera hora.

Pero Rayco se ha quedado mudo.

Mónica entorna los ojos. Rayco tiene la vista clavada en la pantalla de su smartphone.

—¿Rayco? —insiste Mónica, sacándose el Chupa Chups de la boca.

Sigue sin contestar. El canario cierra el correo con un pulgar y abre otra aplicación. El bloc de notas, o tal vez un PDF, Mónica no alcanza a verlo bien. Desliza la pantalla hacia abajo rápidamente. Los dedos se le mueven rápido, torpes por el frío. Entonces, toda la sangre desaparece de su cara, quedándose más pálido que el cadáver que tienen a sus espaldas.

—Rayco, ¿qué coño pasa?

Él levanta la cabeza. Sus ojos azules están desorbitados. Mónica lleva doce años investigando con él, ha entrado en redadas con tíos armados y nunca le ha visto esa expresión. Es terror puro y destilado.

—Jardines Albanta… —balbucea con voz rota, como si se estuviera ahogando—. Proveedores de decoración floral para eventos.

—Sí, lo acabo de leer. ¿Y qué?

Rayco traga saliva. Su nuez sube y baja con esfuerzo.

—Mónica… esa es la empresa que trabaja en las flores de nuestra boda.

El columpio vacío vuelve a chirriar a sus espaldas, como si se riera de ellos en la oscuridad.

38

La luz amarillenta del extractor recorta un rectángulo perfecto sobre la encimera. El resto del piso es una cueva oscura.

Mónica llena el depósito de la cafetera eléctrica, pulsa el botón y se queda mirando cómo el café torrefacto cae en la taza. A su espalda, sobre la mesa de la cocina, el portátil zumba mientras arranca.

Rayco la ha dejado en casa hace diez minutos. Se han despedido en el coche, prometiéndose que a primera hora de la mañana iban a mover cielo y tierra para encontrar al hijo de puta que mató a Clara Vega, a Abby Brennan y, lo más seguro, acaba de colgar a Nacho Pareja de un columpio.

Ahora son las dos y cuarto de la madrugada y Mónica sabe que no va a pegar ojo. Siempre le pasa; la adrenalina de una escena del crimen no se apaga dándose la vuelta en la cama. Hay que quemarla. Así que se ha preparado un café doble, ha abierto el ordenador y se ha puesto a cavar.

Mientras el viejo trasto que es su portátil termina de cargar Windows —tiene que cambiar esta mierda de equipo, en serio—, comprueba que tiene un mensaje de Andrés en el móvil. Escueto, como todos sus mensajes cuando viaja: *«Todo bien por aquí. Laura manda un abrazo. Vuelvo el miércoles. Descansa. Bss».*

Bss. Ni siquiera se molesta en teclear las vocales. Mónica suspira y teclea: *«Buenas noches»*, seguido del emoji genérico de un beso.

Le arden los dedos por contarle lo del falso suicidio de Pareja, lo de la pista del proveedor y la conexión con la boda de Mercedes. Pero ¿qué le va a decir por WhatsApp a las dos de la mañana? ¿Que le pican las cicatrices? A un juez no se le piden órdenes de registro con «corazonadas», y a tu jefe, tampoco. Por mucho que te acuestes con él.

Bloquea el teléfono y abre Google en el ordenador.

Jardines Albanta. Rivas-Vaciamadrid.

La cafetera escupe las últimas gotas en un último gorgoteo. Mónica le da un sorbo a la taza sin apartar los ojos de la pantalla. La página web del proveedor es un desastre del pleistoceno digital. Fondo blanco roto, tipografía *Comic Sans* y un menú lateral con enlaces que no llevan a ninguna parte. En la página de inicio hay una foto pixelada del exterior de un vivero con una furgoneta blanca aparcada junto a la entrada. Cero información. Ni equipo, ni nombres, ni teléfonos de urgencia. Solo un formulario de contacto que probablemente nadie revisa desde que España ganó el Mundial de Sudáfrica.

Prueba con LinkedIn, pero nada. En Instagram encuentra una cuenta con doce fotos tristes de centros de mesa y ciento cuatro seguidores, la mitad de ellos bots con nombres rusos. Ni una sola cara humana. Ni una mención al personal.

Mónica se recuesta en la silla y da otro trago. El café ya está templado, tirando a frío. El reloj verde del microondas parpadea marcando las 2:31. Desde la calle sube el rugido del camión de la basura.

Piensa.

Y entonces lo ve. Pegada en la puerta de la nevera, sujeta por un imán hortera de la Torre Eiffel, hay una tarjeta de visita de cartulina gruesa. *Estefanía Robles. Wedding Planner*. Y un número de móvil debajo.

Mercedes la dejó ahí hace tres semanas. *«Por si pierdo el móvil y necesito que la llames de urgencia para lo de la boda, Mónica»*.

Mónica despega la cartulina de la nevera y la hace girar entre sus dedos. Es tan tarde que pronto será temprano, pero hay un asesino en serie jugando con ellos y acaba de cambiar las reglas.

Marca el número y se lleva el móvil a la oreja. Al sexto tono, está a punto de colgar, pero la línea se abre con un crujido.

—¿Diga…? —responde una voz pastosa, sepultada bajo capas de sueño.

—¿Estefanía Robles?

—Ajam.

—Soy la inspectora Lago, de la Policía Nacional. Nos conocimos el jueves en la finca donde se va a casar Mercedes Escribano.

Silencio al otro lado. Se oye el roce de unas sábanas.

—Ah… sí. Ya sé quién es. —El tono de la mujer deja claro que el recuerdo no es precisamente cálido. Mónica no la culpa; durante aquella visita al local, se pasó el rato resoplando y demostrando con su expresión tener cosas mejores que hacer—. ¿Qué ha pasado? ¿Es por la licencia de la carpa? Porque ya le dije a Mercedes que…

—No me importa la carpa, Estefanía. Necesito información sobre los empleados de su proveedor de decoración floral. Jardines Albanta.

—¿A las…? —la mujer aparta el teléfono de la cara, probablemente para mirar la hora iluminada en la pantalla—. ¿Dos y media de la mañana?

—También es esa hora para mí, lo crea o no.

Estefanía suelta un suspiro monumental.

—A ver… ¿Qué quiere exactamente?

—Los nombres de las personas del proveedor que trabajan con usted para la boda.

—Pues… son tres. Dos de ellos montan y transportan. Y luego está el florista encargado. Pero ¿qué ha pasado? ¿Por qué…?

—Los nombres, Estefanía.

—Deme un segundo, que tengo que buscar el contrato en el iPad.

Se oye un golpe sordo, un cajón abriéndose y un juramento en voz baja. Mónica da golpecitos con la uña sobre la mesa de la cocina.

—Aquí está —dice la mujer por fin—. A ver… Santiago Miranda. Es el chaval joven que me ayuda a descargar. Luego está Francisco Javier Heredia, el del transporte. Y el tercero es el experto, el que

hace los arreglos, los ramos de novia y los centros de mesa exóticos. Es el del vivero. Un tipo un poco raro, muy callado, pero es un artista.

Mónica siente un calambre frío en la boca del estómago.

—¿El nombre del florista?

—Espere… Mire, ¿sabe qué? Le mando una captura del contrato por WhatsApp y así me deja dormir, ¿le parece bien?

—Me parece perfecto. Gracias, Estefanía.

Mónica cuelga. Pasan noventa segundos. La pantalla del smartphone se ilumina con una notificación de WhatsApp. Mónica abre la imagen. Es un anexo de personal autorizado para entrar en la finca el día del evento. Tres nombres completos con sus números de DNI.

Santiago Miranda Molina. 23 años. Descartado al instante. Hace veinte años, cuando mataron a Clara Vega al son de *MMMBop*, este chaval estaba aprendiendo a ir al baño solo.

Francisco Javier Heredia López. 51 años. Logística y furgoneta. No toca una planta. Y el hombre que Mónica busca no es un simple conductor; es un psicópata meticuloso capaz de cultivar en secreto una *Lamprocapnos spectabilis*, una flor que el noventa por ciento de los floristas de Madrid no ha visto en su vida. Buscan a un jardinero experto, no a un transportista.

Queda el tercero.

Mónica vuelve al portátil. Teclea el nombre y los dos apellidos en el buscador de Google. Pincha en «Imágenes».

Solo aparece un resultado. Una foto diminuta de baja resolución. La página web de los años noventa del proveedor sí tiene una sección de «Nuestro Equipo», pero no está enlazada en el menú principal; está enterrada en el código fuente, olvidada por el informático que la diseñó. Mónica amplía la imagen con los dedos sobre el *trackpad* hasta que los píxeles casi se rompen.

Se queda mirando la pantalla sin pestañear.

Recuerda esa cara. Hace unos días, en la finca de la boda. Mercedes estaba repasando con Estefanía la distribución de las mesas. Faina tecleaba aburrida en el móvil, sentada en una silla acolchada. Y al fondo del salón, cerca de la puerta de servicio, había

dos hombres de uniforme descargando cajas. Mercedes los saludó con la mano. Ellos devolvieron el gesto educadamente.

Uno era el chaval de veintitrés años. Santiago.

El otro era *él*.

Ese hombre gris, anodino, que levantó la barbilla un centímetro para devolver el saludo. Que paseó la vista por las tres mujeres. Que sonrió a Mercedes.

No se dieron cuenta, por supuesto. Respiraron el mismo aire que el monstruo al que llevan días persiguiendo, y a ninguna de las tres le había llamado la atención. Pero ¿qué iban a saber ellas? En aquel momento ni siquiera conocían la existencia de Abigail Brennan.

Mónica aparta la vista del monitor. Tiene la garganta seca, pero la taza está vacía. Coge el móvil y hace la segunda llamada de la noche.

—¿Mónica? —La voz de Rayco suena grave y despejada. Al igual que ella, tampoco se ha acostado.

—Tenemos su nombre, Rayco —dice Mónica, clavando los ojos en la imagen pixelada—. Por fin lo tenemos.

Pero él no contesta. Solo se oye su respiración acelerada, superficial.

—Rayco. ¿Qué te pasa?

39

—Mañana vamos a cazar a ese cabrón —le ha dicho Mónica cuando él ha detenido el coche frente a su portal.

—Claro.

Son las únicas dos frases que se han cruzado desde que salieron del descampado del Ensanche de Vallecas. Mónica se ha enjuagado los ojos con los dedos y, por un momento, parecía que iba a añadir algo, pero solo le ha dado un beso rápido en la mejilla y se ha apeado sin mirarlo.

Rayco ha hundido el pie en el acelerador antes de que la puerta se cerrara por completo.

Ahora conduce en piloto automático. Los árboles, los carteles de las paradas de autobús, los semáforos en ámbar y los pocos noctámbulos de Madrid se funden en un borrón a través del parabrisas. La música suena en los altavoces del coche. Rayco no se molesta en apagar la radio.

No piensa en el asesinato de Abigail Brennan durante todo el trayecto, ni en el cuerpo balanceándose de Nacho Pareja. Tampoco piensa en Clara Vega saltando por un balcón hace veinte años, ni en la conexión de aquello con el presente.

Solo las imágenes de ese cabrón sin rostro colocando los centros de flores en las mesas de su boda intentan filtrarse una y otra vez, pero Rayco las elude y esquiva.

Da un volantazo para esquivar un taxi y aprieta los dientes. Se obliga a anclarse en pensamientos ridículos, preguntas estúpidas.

¿Dónde estaba él hace veinte años? En Gran Canaria, rellenando la solicitud para la Academia. *Vale. ¿Y qué estaba haciendo en el segundo exacto en que Clara Vega se estrellaba contra el asfalto?*

O: *¿cómo habría cambiado su vida si hubiera sido Mercedes en lugar de Clara?*

Sube el volumen de la radio y hunde aún más el pedal.

«Para.»

«Respira.»

Cuando por fin aparca y sube a casa, son las dos y veinte de la madrugada. Gira la llave despacio y entra. Se queda un segundo quieto en el recibidor, que está a oscuras. También el salón. Desde la puerta ve la cocina: hay un vaso de agua a medias sobre la encimera y una silla ligeramente separada de la mesa, como si alguien se hubiera levantado de golpe.

Un instinto viejo y helado le agarra las tripas. El mismo instinto que casi lo mata de pena hace años, en Las Palmas.

Recorre el pasillo y abre la puerta de Faina. Su hija duerme a pierna suelta, hecha un ovillo bajo el edredón. Cuando duerme así, parece que vuelve a tener seis años.

Rayco suelta el aire, cierra despacio y abre la puerta de su propio dormitorio.

La cama está intacta. Mercedes no está.

Saca el móvil y pulsa el botón de llamada rápida. Después del quinto tono, salta el buzón de voz.

Abre la puerta corredera del armario empotrado. En el estante superior, la funda reglamentaria de la pistola de Mercedes está en su sitio.

Vacía.

Se ha llevado el arma a pelo. Metida en la cintura del pantalón o suelta en el fondo del bolso. No hay un protocolo policial ahí. No es una agente de la ley acudiendo a un arresto; es una mujer desesperada corriendo a enfrentarse a un fantasma del pasado.

Un punto de presión le empieza a latir detrás del ojo izquierdo, como un clavo caliente empujando hacia fuera. Lo conoce bien. Es su alarma interna. La misma que se activó cuando descubrió que

alguien se había llevado a Faina en mitad de la noche, hace cien vidas.

Mierda.

Vuelve a probar a llamarla.

«El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura.»

Rayco baja la mano. Mira el móvil fijamente, como si pudiera obligarlo a sonar. Mercedes nunca apaga el móvil. Nunca. Ni durmiendo, ni en el cine, ni tampoco cuando discuten y ella quiere mandar el mundo al carajo. Su teléfono siempre está encendido, como el piloto de emergencia del pasillo de un hospital.

Confuso, abandona el dormitorio. En la mesa del salón, el portátil de Mercedes está cerrado, pero la luz de reposo parpadea. Lo abre y la pantalla se ilumina de golpe. No ha cerrado la sesión.

Hay cuatro pestañas abiertas en Google Chrome. La primera es la base de datos de la Policía Nacional. Una consulta cruzada de antecedentes penales. Un nombre que Rayco no reconoce. Resultado: sin antecedentes. Limpio como una patena.

La segunda es Google Search: *«Jardines Albanta»*.

La tercera es un registro del Ayuntamiento. Licencias de construcción. Titular: el mismo nombre de antes. Permiso concedido para la explotación de un invernadero en suelo privado a las afueras de Madrid.

La cuarta pestaña le detiene el corazón: Google Maps. Vista satelital. Y en el lateral izquierdo, una ruta de navegación.

El teléfono empieza a vibrar en su mano. Casi se le cae. No es Mercedes. Es Mónica. Descuelga al vuelo.

—Tenemos su nombre, Rayco. —La voz de Mónica suena emocionada—. Por fin lo tenemos.

Él no responde. Tiene los ojos fijos en el mapa. El punto de destino es una parcela aislada en mitad de la nada, a las afueras de la ciudad. La imagen muestra una estructura alargada, cubierta de plástico brillante: un vivero. No hay comercios ni vecinos alrededor, solo terreno salvaje y una carretera comarcal.

«Mierda. Mierda. Mierda.»

Rayco mueve el ratón y pincha en el historial del navegador. Las marcas temporales desfilan como la cuenta atrás de una bomba:

Consulta policial: 00:38.
Jardines Albanta: 00:51.
Registro mercantil: 01:04.
Google Maps: 01:12.

Mercedes salió de casa hace más de una hora.

—Rayco. ¿Qué te pasa? —insiste Mónica al otro lado.

—Sigo aquí.

—Nuestro cabrón se llama Adrián Salamanca. Y sé dónde tiene su invernadero.

—Yo también —dice él, soltando el ratón.

—¿Cómo que lo sabes?

—Mercedes no está en casa.

Mónica se queda en silencio. Rayco habla deprisa, atropellando las palabras. Le cuenta lo de la cama intacta, la pistola desaparecida y el historial del ordenador.

—Se ha llevado el arma sin funda, Mónica.

El silencio en la línea es tan denso que Rayco puede escuchar los engranajes de la mente de su compañera girando, calculando la magnitud del desastre, su maldición contenida.

—¿Cuánto hace que se fue? —pregunta ella. Su voz ha perdido cualquier rastro de cansancio.

—Buscó el mapa a la una y doce minutos. Así que, más de una hora.

—Joder.

—No ha dejado ninguna nota y su móvil está apagado. —Escucharse decirlo en voz alta es como recibir un balazo—. Creo que va a cometer una locura, Mónica.

Ella no le suelta el discursito de mierda para calmar a los familiares. No le dice «cálmate, seguro que hay una explicación lógica». Lo que le dice es:

—Baja a por el coche y ven a buscarme.

—Mónica… —Rayco aprieta el teléfono con tanta fuerza que el plástico cruje—. Hay algo de este caso que no sabes. Algo sobre Mercedes y…

—Me lo cuentas por el camino. Te espero en el portal. Date prisa.

Ella cuelga antes de que él pueda añadir una sílaba.

Rayco agarra las llaves del coche del cuenco de la entrada con un manotazo. En el umbral, se detiene en seco y echa un último vistazo hacia el pasillo en penumbra.

Una voz, algo primario, le grita que entre a despertar a Faina, que no la deje sola. Pero despertarla significa arrastrarla de golpe a esta pesadilla. Significa tener que darle explicaciones que no tiene. Asustarla. No, es mejor que duerma y se mantenga al margen de todo este infierno. Escribe una nota explicando que sus padres han tenido que salir y la deja sobre la encimera de la cocina, junto a la cafetera.

Tira de la puerta de la calle y sale corriendo hacia el exterior.

Tras sus párpados sigue grabada a fuego la imagen satelital del ordenador de Mercedes: la parcela aislada, el techo del invernadero brillando bajo el sol, la carretera comarcal muerta y, alrededor, la nada absoluta.

40

La carretera secundaria se extiende entre los campos como una vena negra.

Mercedes conduce con las manos agarrotadas en el volante y el móvil y la pistola reglamentaria en el asiento del copiloto. Su respiración se condensa en vaho cada vez que exhala. La pantalla del GPS ilumina el habitáculo en penumbra.

El termómetro del salpicadero marca tres grados. No ha encendido la calefacción. Tampoco la radio. El único sonido es el zumbido de los neumáticos sobre el asfalto mojado y el latido desbocado que le martillea las sienes.

El móvil comienza a vibrar sobre la tapicería del copiloto. Lo mira de soslayo: Rayco. En la pantalla aparece la foto de contacto que ella misma le puso: él sonriendo con Faina en brazos, un día de verano en el Retiro. Mercedes se muerde el labio inferior hasta hacerse daño.

Hace un par de horas estaba en casa, con los ojos fijos en la pared y el estómago revuelto. Rayco había ido con Mónica a la escena donde encontraron el cuerpo de Nacho Pareja.

Se confirma que Pareja se ha suicidado, así que nos queda para un rato largo aquí. No me esperes despierta, le había dicho en un mensaje de audio.

Suicidado.

Cuando cerraba los ojos, Mercedes veía la cara de Clara. La veía con la misma nitidez con la que la ha estado viendo cada madrugada

desde hacía veinte años. El pelo castaño, la risa escandalosa, la forma ansiosa de morderse los collares cuando algo le ponía nerviosa.

Clara no se suicidó. Mercedes lo supo en el fondo de su ser desde el primer momento, igual que sabía, desde que vio la extraña flor que dejaron junto al cadáver de Brennan, que Nacho Pareja no tenía nada que ver con el asesinato.

Era el cordón umbilical. El dichoso corazón sangrante. La misma flor que ese cabrón llevaba en su foto de perfil hace veinte años.

Se quedó en la cama, a oscuras, escuchando la profunda y rítmica respiración de Faina a través del pasillo, contando las rendijas de la persiana, repasando mentalmente cada detalle que Rayco y Mónica habían compartido del caso durante los últimos días.

El ordenador emitió un pitido. El correo de Fernando Vara llegó copiado al equipo. Una sola línea: «*Resultados botánicos - Lamprocapnos spectabilis*».

Mercedes abrió el correo desde la cama, con el portátil sobre las rodillas y el brillo de la pantalla como única luz en la habitación.

Un solo proveedor en toda la Comunidad de Madrid.

Jardines Albanta.

Se le secó la boca al instante. Jardines Albanta era la empresa botánica que trabajaba con Estefanía, su *wedding planner*. Los centros de mesa, el arco del altar… y su ramo de novia. El dichoso ramo que ella iba a llevar en las manos.

Lo que vino después fue mecánico. Se levantó de la cama con un movimiento lento. El aire de la habitación se había vuelto tan denso que podía apartarlo con la mano. Emigró al salón con el portátil y se sentó frente a la mesa de comedor. Allí abrió la base de datos de la Policía Nacional y cruzó el nombre del florista: Adrián Salamanca. Limpio de antecedentes penales.

Luego consultó el catastro del Ayuntamiento: Salamanca tiene un permiso concedido para la explotación de un invernadero privado. Clavó la chincheta virtual en Google Maps: un terreno apartado, a cuarenta minutos del centro de Madrid.

Las manos le temblaban sobre el ratón mientras miraba absorta el monitor. Sintió la sangre bombeando en los oídos con un ritmo

animal, primitivo. Le recordó a la primera vez que empuñó un arma en la galería de tiro de la academia de Ávila: el pulso acelerado, el sudor frío, la certeza de que algo irreversible estaba a punto de ocurrir.

Un tipo trabajando en silencio, entre cajas de flores y rollos de tela. Ella lo saludó desde lejos con un gesto de la mano. Él le devolvió el saludo. Un hombre que no dejaba huella en la memoria.

¿Se supone que tendría que haberlo reconocido?

Hace veinte años, cuando iba a tener aquella cita a ciegas y se acobardó en el último minuto, solo vio al tipo de lejos. Un chaval esmirriado esperando frente al portal de Clara. Una silueta anónima más en la ciudad.

Veinte años de culpa. Dos décadas despertándose de madrugada con el nombre de Clara atascado en la garganta. Preguntándose qué habría pasado si hubiera tenido el valor de acudir a esa cita. Si no se hubiera echado atrás. Si no le hubiera dado la dirección de Clara a ese monstruo.

Pero ahora, por fin, tenía un nombre. Una dirección. Y una pistola.

De vuelta en el dormitorio, se vistió en la oscuridad. Abrió el armario donde guardaba su arma. La desenfundó y comprobó el cargador: ocho balas. Se la colocó en la cinturilla del pantalón. En el pasillo, se detuvo frente al cuarto de Faina. No entró. Solo apoyó la mano en el marco y la observó durante cinco segundos. Pasado ese tiempo, silenció el teléfono y salió de casa sin dejar una triste nota.

El móvil sigue vibrando en el asiento del copiloto. Rayco es persistente.

Mercedes aparta la vista. No piensa contestar.

La punzada de culpa crece. Rayco no sabe dónde está. El hombre que la reconstruyó, el que le devolvió las ganas de tener una familia, igual se entera esta noche de que se ha quedado viudo —por segunda vez— a través de la emisora policial.

Mercedes aprieta más el volante.

«No pienses en eso. Solo céntrate en la carretera.»

El GPS del salpicadero marca tres kilómetros para llegar al destino. Las farolas de Madrid han desaparecido hace rato, tragadas

por la oscuridad espesa de los campos de secano. A ambos lados, los olivos se agitan con el viento.

Mercedes aminora la velocidad y pisa el freno.

Ahí está: un camino de tierra que se bifurca entre dos parcelas agrícolas delimitadas por alambre de espino. Una verja metálica, oxidada y abollada, debería cerrar el paso. Pero está abierta de par en par.

Mercedes pisa el embrague y deja el coche al ralentí. El motor ronronea en la oscuridad. Los faros iluminan el camino bacheado que desaparece en la negrura. Algo racional en el fondo de su cerebro le grita que una verja abierta a las dos de la mañana en mitad de la nada no es una invitación; es una trampa para ratones.

El lado irracional y vengativo gana la batalla.

Mete primera y acelera.

El camino es irregular, lleno de baches y charcos de agua estancada que salpican los bajos del coche. Los amortiguadores protestan. Las ramas bajas de los arbustos arañan la carrocería como uñas contra una pizarra. Mercedes conduce despacio, con los faros largos encendidos.

Una chabola emerge al final del sendero como una aparición. Es de una sola planta, con las paredes desconchadas y el tejado vencido. El terreno que lo rodea es un caos salvaje de hierbajos que casi alcanzan la única ventana. Hay una furgoneta blanca aparcada junto a la entrada, con el logotipo de Jardines Albanta borrado por el sol.

Pero es la estructura de hierro y cristal lo que atrapa su mirada.

Se extiende a la derecha de la caseta, con los paneles sucios y cubiertos de verdín. Las vigas de metal están oxidadas en las juntas. Desde el interior, las plantas presionan contra los paneles como prisioneros aplastados contra el cristal. La luz de la luna proyecta sus sombras deformes como dedos retorcidos, ramas que se curvan y se entrecruzan formando siluetas que parecen moverse.

Mercedes apaga el motor y los faros, y la noche la traga por completo.

Coge la pistola y se la ajusta en la parte trasera del pantalón. El metal está frío. Duda con el móvil, pero acaba apagándolo del todo y

guardándoselo en el bolsillo de la cazadora. Se acabó la red de seguridad; ya no hay vuelta atrás.

Sale del coche. El aire gélido huele a tierra mojada y estiércol lejano. La grava cruje bajo sus botas con un sonido obscenamente alto. Intenta pisar sobre la tierra blanda, pero no sirve de mucho: las suelas se hunden en el barro y cada vez que las levanta producen un chasquido húmedo.

Llega a la entrada del invernadero. La puerta es un panel de metacrilato enmarcado en aluminio. Al igual que la verja, está entornada.

La empuja con la mano izquierda y saca el arma con la derecha. Intenta recordar la postura isométrica de la galería de tiro: *Pies separados. Rodillas flexionadas. La mano izquierda envuelve la derecha*. Lo sabe de memoria. Pero disparar a un cacho de cartón bajo la luz de los fluorescentes es sencillo; esto es la vida real, y el brazo le pesa cincuenta kilos.

Entrar al vivero es como entrar en la boca de algo vivo. El interior le escupe una bofetada de aire denso, caliente y saturado de humedad. Se le empañan las gafas al instante. Las limpia rápidamente con la manga del jersey.

La inmensa nave se despliega en hileras de mesas metálicas. Hay semilleros, macetas volcadas, sacos de turba destripados y herramientas oxidadas por todas partes. En un nivel superior, una estructura metálica, a la que se accede por dos tramos de escaleras, rodea el perímetro; una pasarela de mantenimiento de cuyas vigas cuelgan infinidad de plantas de colores. Helechos gigantes rozan el suelo como cabelleras muertas. Trepadoras agresivas ascienden por el hierro hacia la pasarela, tapando la poca luz natural.

Al fondo, algo repiquetea rítmicamente. Un sistema de riego goteando. *Ploc. Ploc. Ploc*. En el silencio, suena como el reloj de una bomba de relojería.

Mercedes levanta el cañón de la pistola y avanza agachada, apuntando al hueco, conteniendo el aliento. Despacio. Un pie delante del otro. Uno, dos, cinco pasos. Los ojos barren las sombras de izquierda a derecha, escaneándolo todo.

Solo hay plantas a su alrededor. Y el goteo. Y el olor dulzón y podrido que le tapona las fosas nasales.

Respira despacio, hondo, oxigenándose los pulmones, y se dispone a continuar hacia el fondo de la nave. De repente, el pasillo se abre a una zona despejada y ahí están, dispuestas en semicírculo sobre una mesa de trabajo alta. Las ilumina una tira de luces LED ocultas bajo el borde, proyectando un resplandor cálido. Es la única fuente de luz del invernadero, y el contraste con la oscuridad convierte la escena en una especie de altar pagano en mitad de la podredumbre.

Decenas de *Lamprocapnos spectabilis*.

Los tallos son finos y curvados, como huesos de ave. De ellos cuelgan las flores rojas y rosadas, gotas perfectas en forma de corazón a punto de sangrar.

Mercedes baja el arma sin darse cuenta. Veinte años esperando esto. Cargando con la muerte de Clara a cuestas, y aquí están, las flores del monstruo. Su colección. Su firma.

Da un paso más. Le tiemblan las manos. También las rodillas.

De pronto, un ruido seco. Al fondo.

Mercedes levanta la pistola de un tirón, apuntando a la negrura absoluta más allá de las luces LED.

Tras la última hilera de helechos, algo acaba de moverse entre las sombras.

41

El invernadero respira. Es el primer pensamiento lúcido que cruza la mente de Mercedes al quedar paralizada en el pasillo central.

Un siseo grave y constante, como el ronroneo de una bestia enorme con los ojos abiertos. Las válvulas del techo, el zumbido de los extractores, el goteo de la condensación resbalando por hojas de un verde casi negro. Todo vibra con una frecuencia baja que le eriza el vello de la nuca.

Levanta la pistola. El cañón tiembla de forma patética.

La sombra se ha movido hacia la izquierda —¿o ha sido la derecha?—, escurriéndose detrás de una estantería metálica. El parpadeo de una silueta se recorta durante una fracción de segundo contra el plástico sucio del fondo, y luego, la nada. Pero ha sido suficiente para confirmarlo: no está sola.

La ira toma el control de sus palabras.

—Sé que estás ahí, *Flor_de_la_tierra* —dice con la voz temblorosa.

Se queda muy quieta, agudizando el oído, esperando alguna reacción a su provocación.

Nada.

Avanza un paso. Las suelas de sus botas resbalan sobre el baldosado manchado de barro y humedad. Algo cruje bajo su pie. Mercedes se congela, aguantando la respiración. ¿Una rama? ¿Una maceta rota? Solo eso. Exhala y da otro paso.

—Da la cara, hijo de puta —susurra entre dientes—. Enfréntate a mí. Ya no soy la ingenua con la que quedaste hace veinte años, la tarde que mataste a Clara Vega.

Pero él sigue sin morder el anzuelo.

La oscuridad aquí no tiene nada que ver con la de una calle de Madrid. Es una oscuridad vegetal, espesa. Las pocas bombillas emiten una luz anaranjada y enferma que apenas roza el pasillo. Todo lo demás son sombras afiladas.

Y se mueven.

Gira a la derecha con el arma por delante.

Nada.

Trata de tragar saliva. Imposible. Tiene un regusto metálico en la lengua, como si estuviera chupando una moneda. Los dedos le hormiguean sobre la empuñadura. Los aprieta más fuerte, pero no sirve: las manos hacen lo que quieren. Llevan haciéndolo desde que entró aquí.

De pronto, un roce a su espalda. Tela contra hojas. O piel contra plástico.

Llevada por el pánico puro, Mercedes gira sobre los talones y aprieta el gatillo.

El fogonazo ilumina la nave entera durante un milisegundo. En ese destello, su cerebro lo registra todo: las infinitas hileras de plantas raras, las mangueras enredadas, los palés de tierra…

Y ninguna persona.

Ha reventado un maldito saco de abono. Un reguero de sustrato negro sangra por un agujero del tamaño de un pulgar.

El estampido le deja un pitido agudo taladrándole los tímpanos. Después, un silencio que dura tres segundos. Tal vez cuatro.

Y entonces, un *clac* metálico. Un relé general.

Las bombillas anaranjadas mueren todas a la vez, como si alguien hubiera cortado el cable maestro con un hacha. La oscuridad le cae encima como una lona de plomo. Mercedes ni siquiera puede ver la pistola que sostiene a palmo y medio de su cara.

De inmediato, llega el agua.

Empieza con un traqueteo en el techo, válvulas escupiendo agua a presión en cadena, una tras otra, como fichas de dominó. Mercedes alza la vista por instinto y recibe el primer impacto de agua helada. Una cortina densa, disparada a presión desde todas las direcciones. El diluvio artificial le aplasta el pelo contra el cráneo y le inunda los ojos.

El rugido de los aspersores golpeando el plástico de las paredes, las hojas anchas y el suelo es ensordecedor, un ruido blanco a volumen máximo. La jugada perfecta. El agua se traga cualquier otro sonido. Por ejemplo, los pasos de un hombre acercándose por su espalda.

Mercedes alza el arma con las dos manos y dispara al techo. El retroceso le sacude los hombros, pero apenas oye el estampido. Tampoco escucha el casquillo chocar contra el suelo. Está sorda, ciega y empapada.

Intenta restregarse los ojos con la manga. Es inútil. El agua no da tregua.

Piensa de nuevo en la Academia. *Piernas separadas, peso equilibrado, respira despacio*. Qué chiste tan malo. Todo eso no vale de nada aquí. Aquí no hay dianas de cartón, ni luz, ni cascos aislantes del ruido. Solo hay una trampa de agua, un asesino psicópata que conoce cada maldita baldosa de este laberinto ciego y un arma que se escurre entre sus dedos congelados como un pez vivo.

El barro se está formando bajo sus pies, succionándole el calzado. La ropa mojada le añade diez kilos de peso al cuerpo. Está exhausta.

Entonces, lo percibe.

No es un ruido, es un espacio hueco desplazándose a menos de un metro de ella. Alguien interrumpiendo el flujo del riego.

Contiene la respiración.

Lo está sintiendo.

A su izquierda. ¡No! ¡A su espalda!

Se gira. Demasiado tarde.

El pinchazo es limpio. El aguijonazo helado de una avispa en el lateral del cuello, sobre la clavícula. Al dolor le sigue inmediatamente un río de hielo que se desborda por su sistema nervioso. Un brazo fuerte la envuelve desde atrás, cruzándole el pecho y bloqueándole los hombros contra un torso duro como una tabla.

Los dedos de Mercedes se abren, inútiles. La pistola cae. Ni siquiera suena al golpear contra el barro; la tierra se la traga.

Quiere gritar, pero los músculos de su garganta ya no responden. Las piernas se le derriten como si le hubieran quitado los huesos. El brazo que la sujeta desde atrás la sostiene con una delicadeza repulsiva.

—Ya está. Tranquila —le susurra una voz al oído.

Los aspersores se detienen de súbito y las electroválvulas se cierran con un quejido mecánico. Solo queda el agua escurriéndose de las hojas, gota a gota, en una cadencia lenta, rítmica y pesada.

El invernadero vuelve a respirar. Tranquilo. Como si estuviera haciendo la digestión.

42

RAYCO CONDUCE COMO si quisiera matarse. Desde que salió del garaje, se ha saltado dos semáforos en rojo.

Sus manos vibran sobre el volante. Coge el móvil a ciegas y marca el número de Mercedes por enésima vez. Un tono. Dos. Tres.

La voz de ella llena el habitáculo desde otro mundo. Alegre, vital y radiante, como es ella.

«¡Hola! Soy Mercedes. Ahora mismo no puedo contestar, pero déjame un mensajito y te llamo en un periquete. ¡Un beso!».

Rayco aparta el teléfono de la oreja y lo arroja contra el asiento.

Un beso.

Un puto beso.

Esta mañana ni siquiera se han dado un pico al despedirse. Rayco ha cogido las llaves de casa, ha murmurado algo sobre llegar tarde a Jefatura y ha salido por la puerta con la cabeza enterrada en el caso.

No se le pasó por la cabeza que aquel acto mediocre podría ser la última vez que viera viva a la mujer de la que estaba locamente enamorado.

Y ahora va a ciento cuarenta por la M-30, esquivando camiones a las tres de la madrugada, y lo único que le martillea el cerebro es eso.

Que no la besó.

El móvil de Mónica vibra justo cuando está cerrando la puerta. Es Andrés.

—¿Te pillo despierta?

—Sí.

—He leído el correo de Fernando.

Mónica suelta el pomo y se apoya contra la madera fría.

—Adrián Salamanca es nuestro hombre, Andrés. El florista. Tiene cuarenta y dos años y es el proveedor de la empresa que organiza la boda de Rayco y Mercedes. Él mismo cultiva y suministra los corazones sangrantes.

Andrés permanece en silencio.

—Mercedes ha estado investigando por su cuenta —añade ella.

—¿Qué?

—Ha encontrado la dirección del vivero de Salamanca. Al parecer, ha cruzado los datos y ha sumado dos y dos antes que nosotros.

—Llámala ahora mismo y evita que haga alguna estupidez.

—Ya lo he hecho. Tiene el teléfono apagado. Rayco está de camino. Estará aquí en cuestión de minutos e iremos a por ella.

—Voy a llamar al juez de guardia para obtener la orden de entrada. Y avisaré al GEO por si los necesitáis.

—Vale.

Mónica escucha la respiración pesada de Andrés a través del auricular.

—¿Llevas la pistola? —pregunta él al fin.

—Sí.

Andrés no dice nada más. Mónica piensa por un segundo que la cobertura ha caído.

—Mon.

—¿Qué?

—Nada. Solo… ten cuidado.

Ella cuelga y se queda un momento mirando la pantalla negra del teléfono. Ese *«ten cuidado»* ha sonado a despedida. Guarda el móvil, saca la Glock de la funda, comprueba que está cargada y baja las escaleras de tres en tres.

Plantas. Es lo primero que su cerebro procesa. Hojas anchas, verdes y húmedas rozan su cara.

Mercedes intenta abrir los ojos. Solo el izquierdo obedece; el derecho es un ente muerto.

Ve fragmentos borrosos. Un techo de cristal sucio sobre su cabeza. Y más allá, un cielo de invierno despejado y helador, cuajado de estrellas, la observa desde arriba como un público mudo.

La están arrastrando. Siente el suelo mojado bajo la espalda, las baldosas frías, los charcos. Sus botas dejan dos surcos lentos en el barro. Alguien la sostiene por debajo de las axilas y tira de ella con paso firme.

Pronto oye el chirrido de sus propios talones al chocar contra una superficie metálica. Las escaleras que suben a la pasarela de mantenimiento. La rejilla de hierro le araña la columna a través del jersey.

El hombre tararea, y a ella se le hiela la sangre. Reconoce la melodía infantil en la oscuridad. La reconocería en cualquier parte del mundo, bajo cualquier grado de sedación.

Mmmbop, ba duba dop, ba du bop…

Quiere gritar, pero sus cuerdas vocales no le obedecen. Es una parálisis casi total, similar a esas pesadillas en las que intentas correr y el aire es de gelatina. Como en los terrores nocturnos que ha sufrido en silencio durante veinte años. Solo que esto es atrozmente real: el agua gotea, el hierro le muerde la espalda y las estrellas del techo de cristal no son producto de su subconsciente.

Se concentra con todas sus fuerzas en los dedos de su mano derecha. *¡Obedece!*, le grita a su propio cuerpo desde lo más profundo de su mente. *¡Reacciona!*

El dedo índice tiembla. Se mueve apenas un milímetro.

Está encerrada viva dentro de un cadáver.

El hombre deja de tararear. Se detiene. Mercedes nota que su cuerpo deja de moverse.

Han llegado a lo alto de la estructura.

El taxi aparece de la nada.

Rayco pisa el freno con los dos pies y las ruedas chillan, quemando goma contra el asfalto. El cinturón de seguridad se bloquea y le muerde el esternón con la fuerza de un bate de béisbol. El morro de su coche se detiene a diez centímetros de la puerta del taxista.

El conductor nocturno hunde el claxon, baja la ventanilla, rojo de ira, y le escupe una retahíla de insultos que Rayco no llega a procesar.

Silencio sepulcral dentro del habitáculo. Las manos aferradas al volante. El corazón golpeándole la tráquea y un sabor a óxido en la boca; se ha reventado el interior de la mejilla de un mordisco sin darse cuenta.

«Imbécil —se dice a sí mismo—. Si te matas, nadie va a llegar a tiempo.»

Mete primera. El motor ruge y el vehículo sale disparado de nuevo. Pulsa la marcación por voz. Llama a Mónica.

—¿Dónde estás? —responde ella.

—Llegando a tu portal.

—Date prisa. Ya estoy aquí.

En la acera, el frío corta la piel.

Los faros halógenos del coche de Rayco barren la calle, cegándola por un instante. El vehículo frena bruscamente frente a ella y derrapa un palmo. Mónica tira de la manilla y se lanza al asiento del copiloto antes de que las ruedas terminen de girar.

Rayco hunde el acelerador. Mónica se abrocha el cinturón mientras el cuerpo se le pega al respaldo por la aceleración.

No se miran ni se dicen «vamos».

No hace falta perder el tiempo en gilipolleces.

Una gota helada cae sobre su frente.

Mercedes no puede parpadear para quitársela. Solo puede mirar el techo de cristal. El firmamento comienza a volverse borroso, perdiendo sus bordes. El vapor de su propia respiración se vuelve cada vez más tenue.

El químico le está apagando el cerebro. La arrastra hacia abajo, hacia el fondo de una piscina negra y sin luz.

Lucha. Clava las uñas en la pared de su consciencia. Se aferra a cualquier cosa: al rostro de Rayco, al olor del cabello de Faina, a la risa de Hannah. Al frío del agua en su mejilla, que significa que su corazón aún bombea sangre.

El índice de su mano derecha se mueve medio centímetro más. Roza el barro.

Y entonces… a lo lejos, lo oye. Muy lejos. O quizás no tan lejos. Tal vez sea solo una alucinación fabricada por un cerebro que se apaga.

Es un rumor. Puede que un motor. Y neumáticos crujiendo contra la grava. O solo es el viento engañándola.

Mercedes exhala un último hilo de aire. Las estrellas se apagan.

43

Un sabor químico inunda su garganta. Veneno.

Mercedes intenta despegar los párpados. El mundo se presenta en fragmentos, roto y borroso, como una fotografía sumergida en agua sucia. La rejilla metálica de la pasarela, en lo alto del invernadero, vibra suavemente bajo su cuerpo.

La voz del monstruo resuena, lejana y al mismo tiempo junto a su oído. Parece hablarle a través del cristal grueso de una pecera.

—No te muevas. Te vas a caer.

No es una amenaza, y eso es aún peor. Su tono es sutil y cuidadoso. Mercedes siente unos dedos fríos que le apartan un mechón de pelo empapado de la frente. Ese roce íntimo, casi cariñoso, le revuelve las tripas con más violencia que si le hubiera puesto una navaja en la garganta.

—Tu amiga dijo tu nombre antes de caer. ¿Lo sabías?

Mercedes aprieta los párpados.

Ve a Rayco.

No en un momento épico o romántico, sino en lo monótono de la rutina. Escucha el sonido que hace al remover el café por las mañanas: la cucharilla chocando contra la cerámica de la taza. Tres vueltas. Siempre tres.

Ve a Faina mirándose en el espejo del pasillo con el vestido de dama de honor, quejándose de que la hace gorda cuando, en realidad, le queda perfecto.

Ve las malditas servilletas del banquete. Color marfil. Las eligieron un domingo lluvioso por la tarde en el sofá, y Mercedes recuerda haber pensado que nunca, en toda su vida, había sido tan ridículamente feliz.

«Voy a morir igual que Clara: sola, reventada contra el suelo.»

Un ruido metálico, fuerte.

Mercedes abre el ojo izquierdo. Abajo, alguien acaba de forzar una puerta de chapa.

La mano del monstruo queda flotando en el aire. El silencio se estira, tenso como la cuerda de un piano a punto de reventar.

Los segundos pasan sin que suceda absolutamente nada.

La expresión del florista es perturbadora. Parece tristeza, pero está completamente hueca.

—Las flores siempre acaban marchitándose, *cara de sapo* —susurra.

No se lo está diciendo a ella. Mercedes se percata de la locura en sus pupilas.

Se lo está diciendo a los fantasmas de su propia cabeza.

Otro estruendo, esta vez mucho más cercano. Metales chocando y cristales rompiéndose.

Trata de levantar la barbilla. El mundo gira de golpe, se desliza hacia la izquierda y amenaza con hacerla vomitar. Por debajo del borde de la pasarela solo hay un vacío absoluto. Diez metros de caída en picado. Abajo esperan mesas de cultivo, palas de punta, herramientas oxidadas y baldosas húmedas.

Un empujón. Eso es todo lo que Adrián necesita hacer.

La quietud es definitiva.

«Nadie va a venir.»

El hierro helado de la rejilla le muerde la piel. Mercedes imagina a Clara suspendida en el aire, veinte años atrás, comprendiendo que se acababa el tiempo. El suelo acercándose a la velocidad de la luz. Su propio nombre saliendo de los labios de su amiga en el último segundo de terror.

Entonces, escucha pasos. Rápidos, acelerados. Botas golpeando el cemento.

Y una voz. Un grito salvaje que retumba contra las paredes del invernadero.

Mercedes no entiende las palabras. El sedante las tritura, convirtiéndolas en ruido blanco, en un zumbido eléctrico que no significa nada. Pero el timbre… Reconocería ese timbre bajo el agua, en coma profundo o muerta.

Es Rayco.

O tal vez no. Tal vez solo sea el veneno haciendo su último truco de magia. El cerebro fabricando un analgésico final antes de apagarse para siempre: regalándole la voz del hombre al que ama diciéndole que todo va a salir bien.

Si es un rescate o la antesala de la muerte, Mercedes ya no tiene forma de saberlo. Sus ojos se cierran y la oscuridad se la traga entera.

44

AQUELLOS VEINTITRÉS DÍAS fueron lo más parecido a la felicidad que Adrián Salamanca había experimentado en sus cuarenta y dos años de vida.

Veintitrés días exactos. Los contó todos. Contaba las horas muertas entre mensaje y mensaje, los segundos precisos que ella tardaba en escribir y los latidos que le daban contra las costillas cada vez que la pantalla se encendía con una notificación nueva.

Veintitrés días en los que alguien —una mujer real, con cara y nombre— le habló como si fuera una persona normal.

La había encontrado en una de esas plataformas de las que los hombres decentes no hablan en voz alta. Una web donde se paga por chatear con mujeres. Adrián no era estúpido; sabía perfectamente que lo que ocurría al otro lado del teclado era una transacción comercial. Pero al ver aquella foto de perfil, algo se descolocó dentro de su cabeza.

La chica tenía el pelo rizado y abundante, del color del cobre iluminado por una luz cálida. Tenía ojos claros y piel muy blanca, salpicada de pecas tenues en el puente de la nariz. Y una sonrisa que no era de actriz porno ni de modelo posando en Instagram; era la sonrisa de alguien que se ríe de verdad, sin darse cuenta de que la están mirando.

Adrián contempló la foto durante cuarenta minutos antes de atreverse a teclear. Un mensaje estúpido. Algo cursi sobre flores,

probablemente. No recordaba las palabras exactas, solo que ella respondió. Y que no se rio de él.

Después vinieron los días buenos.

Se acostaba con el teléfono en la mano, como un puto adolescente de instituto. Él, que ya era un hombre que afrontaba la cuarentena. A veces se despertaba a las cuatro de la madrugada con la pantalla hundida en la mejilla y un mensaje sin leer esperándolo. Esas madrugadas eran la gloria. El piso vacío, el silencio sepulcral de la calle, la luz azul del móvil tiñéndole las manos y las palabras de ella flotando en la oscuridad.

La chica le preguntaba todo tipo de cosas: qué hacía, dónde trabajaba, si le gustaban los animales. Adrián no mentía del todo. Le dijo que trabajaba con plantas, que vivía solo y que le costaba mirar a la gente a los ojos. Ella le respondió que eso le parecía bonito. *Bonito.* Nadie en su perra vida había usado esa palabra para definirlo.

Una noche, ella le envió un mensaje de audio. Apenas duraba diez segundos. Se reía de algo que él le había escrito sobre un cliente idiota que quería un ramo con forma de caniche. La risa era grave, un poco ronca, como la de alguien que acaba de salir de la cama. Adrián lo escuchó veintiséis veces seguidas.

Entonces, le pidió cruzar la pantalla. Verla en persona.

Ella respondió que no.

Se lo pidió una segunda vez unos días después. Más amable, arrastrándose un poco.

No.

A la tercera, ella le castigó dejando de responder durante ocho horas. Adrián, al borde del ataque de pánico, le envió cuatro mensajes seguidos. Luego uno más suplicando, pidiendo perdón, jurando que no quería molestar, que solo quería verla una sola vez y luego la dejaría en paz si ella quería. Le ofreció pagarle el doble, el triple.

La última respuesta de ella fue una única línea:

«No insistas, tío. Esto no funciona así.»

Al día siguiente, el perfil había desaparecido. La foto, los mensajes, la risa… Todo. Como si nunca hubiera existido.

La buscó.

No tenía su nombre real, ni su dirección, ni su teléfono. Solo cada rasgo grabado a fuego en su retina: cada peca, cada mechón de pelo, cada sombra bajo los pómulos.

Primero probó en internet. Rastreó la plataforma creando cuentas falsas, pero fue en vano. El perfil estaba muerto. Subió la foto a Google Imágenes, Yandex y TinEye. Nada. Peinó Instagram y Facebook, pero la chica se había convertido en un fantasma digital; una imagen borrada del servidor por alguien que ya se había aburrido de jugar con él.

Decidió buscarla en la vida real.

Recorrió Madrid como un perro buscando dueño: Argüelles, Gran Vía, Malasaña, La Latina. Miraba las caras de la gente. Miles de mujeres de mierda. En el metro, en los cruces, en los escaparates. Ninguna era ella. Empezó a salir del trabajo una hora antes, mintiendo a su jefe, para caminar sin rumbo con el teléfono en la mano y su imagen grabada en la mente.

Algunas tardes tomaba el metro hasta estaciones aleatorias y se sentaba en un banco del andén solo para observar a las mujeres salir de los vagones. Pelirrojas. Buscaba pelirrojas. En Madrid había muy pocas. Cada vez que veía una a lo lejos, el corazón le daba un salto mortal que le aplastaba el estómago de pura decepción. Nunca era ella.

Pasaron tres semanas. Un hombre normal habría aceptado la humillación, se habría lamido las heridas y habría seguido con su triste vida. Habría entendido que una mujer que te bloquea en un puticlub virtual no quiere saber nada de ti.

Pero Adrián Salamanca no es normal.

No podía parar. Parar significaba volver a encerrarse en el piso de Lavapiés, entre las paredes que todavía apestaban a la colonia barata de Madre. Volver al silencio atroz de las noches en las que solo escuchaba el goteo de la cisterna, los gemidos de los vecinos y su propia respiración.

Así que siguió buscando. Y una mañana, cuando ya estaba a punto de rendirse y reventarse la cabeza contra la pared, la vio.

Estaba saliendo de una tienda de ropa en plena calle Fuencarral. ¿Qué probabilidades hay de cruzarse con la obsesión de tu vida en la calle más concurrida de una ciudad de tres millones de habitantes? Aquello no era azar; era el destino premiando su devoción. Una señal divina.

La siguió.

Mantuvo la distancia. Había aprendido a caminar a la sombra de la gente sin que se dieran cuenta; lo había estado haciendo años, cada vez que veía a una mujer hermosa en la calle y quería observarla un poco más, solo hasta la siguiente esquina, solo hasta que girara y desapareciera. Pero esta vez, ella no iba a desaparecer. Esta vez le iba a abrir la puerta de su casa.

Ella caminaba deprisa. Llevaba dos bolsas de papel en la mano y una mochila negra al hombro. De vez en cuando, se apartaba un mechón de la frente con un gesto rápido, echándoselo hacia atrás con dos dedos, y entonces él sentía un tirón eléctrico en el vientre. Un dolor exquisito, mezcla de lujuria y resentimiento, que le mordía las tripas.

Cuando ella entró en un portal de Malasaña, él se quedó allí, fingiendo mirar un escaparate. No iba a ser tan estúpido como para llamar a su puerta a plena luz del día, rodeado de vecinos y testigos. Pero justo cuando la puerta iba a cerrarse de nuevo, él la detuvo y entró. Subió por las escaleras hasta que el ascensor se detuvo con ella dentro, y esperó en las sombras hasta que ella entró en su piso. Ya la tenía. Sabía dónde vivía. Volvería mañana por la noche. Volvería para conocerla en persona, como debía haber sido desde el principio.

Vivió las siguientes treinta y seis horas en un estado de nerviosismo febril, al borde del delirio. Iba a verla. No podía creer que la hubiera encontrado.

La noche siguiente, se miró en el espejo del ascensor de su edificio. Era un ascensor viejo, con paredes de metal arañado y una luz fluorescente que zumbaba como un insecto friéndose.

Se sonrió. La sonrisa le salió torcida, demasiado amplia en un lado y corta en el otro, como una grieta en una pared de yeso. Se pasó el pulgar por los incisivos para asegurarse de que no tenía restos de comida. Luego se escupió en la palma de la mano y aplastó el poco flequillo graso que le quedaba, pegándoselo al cráneo.

Al salir a la calle, se puso unos guantes de lana gris gruesos que, sin él saberlo, se convertirían en sus mejores cómplices. La flor estaba escondida en el bolsillo interior de la cazadora, protegida por un pañuelo de papel suave. La había cortado esa misma mañana en el invernadero, eligiéndola con devoción absoluta: una *Lamprocapnos spectabilis* perfecta.

Caminó hasta la boca del metro más cercana y se sumergió en las entrañas de la ciudad.

Malasaña de noche era una fiesta enorme a la que nadie le había invitado. Niñatos ocupando las aceras, risas estúpidas y un olor a porro barato que se mezclaba con el aceite quemado de las hamburgueserías. Adrián flotó entre ellos como un tiburón en aguas profundas, cruzando un acuario de colores: nadie lo vio, nadie se apartó, nadie registró su existencia. Su invisibilidad era su superpoder.

Así había sido siempre. Y así sería siempre.

Llegó al edificio y esperó hasta que alguien abrió el portal desde dentro. Un chaval con rastas y una bolsa de basura salió sin mirarle a la cara. Adrián propulsó el zapato contra la puerta y se coló dentro.

Al igual que hizo veinte años atrás, subió las escaleras. De la misma manera que aquella vez, su corazón golpeaba contra las costillas con tanta violencia que lo sentía en la garganta y en las yemas de los dedos, a través de la lana de los guantes.

En el rellano, sacó la flor y la desenvolvió con cuidado. Estaba intacta, perfecta. Los pétalos rosados temblaban ligeramente, como si la planta compartiera su pulso.

Se paró frente a la puerta, respiró hondo y se alisó el pelo una vez más.

Llamó con dos golpes secos de nudillos.

Cuando ella por fin abrió la puerta, su rostro cambió de golpe. Estaba desorientada. A Adrián le excitó muchísimo verla vulnerable.

Tenía unos ojos enormes y claros, y una masa salvaje de pelo rizado. Ella bajó la mirada hacia la flor que él le tendía, y entonces su expresión se rompió. O tal vez se rompió al mirarle a él. Las mujeres siempre cambiaban su expresión y retrocedían cuando le miraban a los ojos. Asco. Rechazo. Miedo.

Él dio un paso al frente, cruzando el umbral e invadiendo la zona iluminada del recibidor. Al tenerla frente a frente, como le sucedió el primer día en la web, el mundo hizo un cortocircuito. Adrián creyó estar viendo a Paula.

No era Paula, por supuesto. No podía serlo. A decir verdad, ambas mujeres no se parecían mucho. Más bien, producían una impresión similar. En su interior se abrió una puerta. Y hasta ese momento, había creído que solo Paula había tenido la llave para abrirla.

Paula había sido su niñera. Entre sus seis y trece años, Paula había ido casi todos los sábados por la noche a cuidarlo mientras Madre salía a revolcarse con el amante de turno.

Paula era divertida, como una luz en la oscuridad. Organizaba juegos en la alfombra, alquilaba películas cómicas en el videoclub y le preparaba sándwiches de jamón y queso calientes con sobrasada, lo cual, decía, era su ingrediente secreto. Después de cada una de sus visitas, Adrián se pasaba toda la semana tachando los días en el calendario, esperando la noche del sábado para volver a verla.

Con el tiempo, ambos crecieron. Ella siempre le había parecido inalcanzable, una adulta de otro planeta. Sin embargo, a los doce años, algo cambió en Adrián. Empezó a tener la sensación de que, por una especie de alquimia, tal vez podría alcanzarla. Adelgazó, cambió de peinado y empezó a mirarse en el espejo buscando signos de hombría, a pesar de que Madre lo ridiculizaba cuando lo

pillaba. Su cuerpo de niño mutó. Y Adrián —Adri, lo llamaba ella— empezó a notarlo, a sentir algo especial, a pensar en ella bajo las sábanas mientras esperaba que volviera. Cuando estaban juntos, actuaba diferente, cargando aquellas noches de sábado con una tensión nueva y traicionera…, al menos por su parte.

Adrián suspiraba por Paula. El único bálsamo para calmarse era recordarla, sumergirse en esos pensamientos, cerrar los ojos y dejarse llevar. En su imaginación, tocaba esa piel pálida, deslizaba los dedos por los tirantes del sujetador y Paula se dejaba hacer mientras Adrián cerraba los ojos y gemía. Los siguientes pasos eran más bien borrosos, el proceso exacto no le quedaba claro, pero se imaginaba el después, los dos en la cama, ella con la cabeza enterrada en su cuello. A veces soñaba con ello y se despertaba de madrugada jadeando, con una humedad fría y pegajosa manchándole el pijama, sintiéndose sucio y a la vez un dios.

Una noche del último verano, mientras preparaba pizza en la cocina, Paula alzó los brazos para quitarse la sudadera y, sin querer, se levantó la camiseta, ofreciéndole un atisbo de su piel pálida y el borde rosa de su sujetador. Hubo algo en ese movimiento —ejecutado con una extraña y deliberada lentitud— que le hizo pensar que lo había hecho para él. Se convenció de ello. Paula le estaba enviando un mensaje: ambos sentían lo mismo.

Pero era mentira. Cuando él dio un paso al frente y extendió los brazos hacia ella, intentando agarrarla por la cintura como hacían los galanes de las telenovelas que veía Madre, Paula pegó un grito y retrocedió, tropezando con una silla.

Se asustó.

Luego se enfadó.

Y después de enfadarse… se rio.

Se dobló sobre sí misma, sacudida por carcajadas, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Se rio de lo patético que era aquel niño raro intentando besarla. Hasta que el olor a masa quemada inundó la cocina y el horno empezó a soltar humo negro. Cada célula del cuerpo de Adrián ardió en una llamarada de humillación y odio.

Ella seguía riéndose cuando Adrián dio media vuelta, corrió a su cuarto y se encerró. Se puso a dar puñetazos en la pared hasta que

se le entumecieron las manos. Se reventó los nudillos y el papel pintado se llenó de manchas de su propia sangre.

Paula no volvió después de aquella noche. Ni ella ni ninguna otra. Madre le llamó *«enfermo pervertido»* cuando se enteró de lo que había intentado, y le dijo que ya era mayorcito para quedarse solo en casa. «Solo» quería decir hasta medianoche, momento en que ella regresaba con quien quisiera que hubiese salido. Enviaba a Adrián a la cama y ellos se quedaban en la sala de estar.

La primera vez que sucedió tal cosa, Adrián oyó unos ruidos extraños y bajó a investigar, pensando que quizás el hombre se había puesto desagradable y que Madre necesitaba su ayuda. Salvarla repararía en cierta medida la culpa por el incidente con Paula. Pero ella no estaba en un aprieto. Por lo que Adrián entrevió a través de la puerta entreabierta de la sala de estar, Madre estaba disfrutando con lo que el hombre le hacía. Tras unos minutos oculto en las sombras de la escalera, se dio cuenta de que él estaba disfrutando al mirarlo.

No había vuelto a pensar en Paula desde hacía años. Ahora estaría vieja, fofa y ajada por los partos, como les pasaba a todas. Pero no. Allí, en el recibidor de aquel piso de estudiante en Malasaña, el fantasma de Paula acababa de reencarnarse.

Se llamaba Abigail, como descubriría después por las noticias. *Abby*. Debía tener veintipocos. Cuando abrió la boca para preguntarle qué hacía ahí, lo hizo con un marcado acento inglés. El dobladillo de su camiseta, que tenía un escote en «V» muy pronunciado, no le llegaba del todo a la cinturilla de los vaqueros, y la piel que quedaba a la vista era igual de tersa y pálida que la de Paula.

Adrián sintió un hambre animal de tocarla. La deseó con la misma desesperación rabiosa con la que había deseado a su niñera.

Solo que él ya no era un puto niño de trece años. Era mucho mayor que ella, mucho más fuerte. Esta vez, Adrián Salamanca tenía el control absoluto de la situación.

Esa chica no se reiría. No se atrevería.

45

Un aire denso, tropical y con sabor a químicos los golpea al cruzar la puerta, como el aliento de un animal enfermo.

Mónica entra la primera con la Glock en alto, barriendo el perímetro. Detrás entra Rayco. No hablan; llevan muchos años patrullando juntos y hay cosas que ya están grabadas en el ADN. Ella abre, él la cubre: protocolo de entrada táctica en recinto cerrado. Lo han hecho cientos de veces. Pero esta vez es distinto y ambos son conscientes de ello, porque en algún rincón de esta selva artificial está la mujer con la que Rayco va a casarse en unas semanas, y ninguno de los dos sabe si sigue respirando.

El vivero es mucho más grande de lo que parecía en el satélite. Hileras infinitas de mesas de cultivo se extienden a derecha e izquierda, repletas de macetas negras. Tubos de riego serpentean por el suelo como venas de plástico. Las luces de sodio, encendidas a pesar de la hora, tiñen la humedad ambiental de un naranja sucio y radiactivo.

El olor a tierra mojada y fertilizante químico inunda sus fosas nasales.

Mónica avanza por el pasillo central con la pistola por delante. Cada paso chapotea en los charcos, un sonido mínimo que retumba contra los cristales. Rayco camina pegado a su hombro derecho. Por el rabillo del ojo, ella nota algo que solo ha percibido en contadas ocasiones: la mano que sujeta el arma de su compañero tiembla.

Un silencio asfixiante los rodea, roto únicamente por el goteo constante de las válvulas de riego. *Plic. Plic.* Cada gota suena como el segundero de una bomba.

De pronto, lo oyen. Un chirrido metálico que viene de arriba, como algo arrastrándose sobre una rejilla.

Mónica levanta la vista y sus pies se clavan al suelo.

A seis metros de altura, recorriendo todo el perímetro superior del invernadero, hay una pasarela de mantenimiento. Una estructura de acero galvanizado con suelo de rejilla y barandilla a media altura a la que accede a través de dos tramos de escaleras, una a cada lado del vivero. Desde abajo, la pasarela parece una jaula suspendida en el aire. Y en el centro exacto de esa jaula, recortados contra la luz naranja como dos sombras en un teatro de pesadilla, están ellos.

Adrián Salamanca sujeta a Mercedes desde atrás. Va ataviado con un mono de trabajo y tiene un brazo grueso cruzado sobre el pecho de ella, aplastándola contra él. En la otra mano sostiene unas tijeras de podar de hoja curva, apoyadas directamente sobre la garganta de ella. Lo hace con una naturalidad terrorífica, como si estuviera a punto de cortar un rosal y no la yugular de una agente de policía.

La cabeza de Mercedes cuelga inerte hacia adelante. Las rodillas le fallan, y la única razón por la que no se desploma es porque el florista la sostiene. Tiene el pelo pegado a la cara, empapado de sudor, y un hilo oscuro le baja desde la sien hasta el cuello de la blusa. Sus ojos están entreabiertos. Los labios se mueven sin emitir sonido, como si rezara para sí misma.

Es el segundo exacto en el que Rayco deja de ser policía y se convierte simplemente en un hombre al que le están arrancando la vida.

—Mercedes…

Mónica apenas lo oye, pero, de alguna manera inexplicable, Mercedes sí. Su cuerpo sufre un espasmo milimétrico. Intenta levantar la barbilla y se le abre un ojo.

«Sigue aquí. Todavía sigue aquí.»

Salamanca los mira desde arriba. En su rostro no hay sorpresa, pánico ni rabia. Solo una calma plana y muerta. La tranquilidad de alguien que sabe que la partida ha terminado y ya no tiene prisa por recoger las fichas.

—Solo estamos hablando —proclama. Su voz resuena en la bóveda de cristal—. ¿A que sí, guapa? ¿Verdad que solo estamos hablando?

Mercedes no contesta. Tiene la mirada perdida en el vacío, a sus pies.

—Suéltala, Adrián.

La voz de Mónica suena firme y profesional, aunque por dentro está pisando un campo de minas. Mantiene el arma apuntando al pecho del hombre, a seis metros sobre su cabeza. Un ángulo de mierda. Si dispara y falla por un milímetro, le vuela la cabeza a ella.

Salamanca ladea la cabeza en un gesto infantil.

—¿Soltarla? —Mira a Mercedes como si la pregunta no tuviera sentido—. Pero si no hemos terminado de podar.

—Sí, Adrián. Se acabó. Ya no tienes adónde ir.

—¿Tú crees? —Salamanca aprieta las podadoras y la hoja se hunde medio milímetro en el cuello de ella, lo justo para que una gota de sangre asome y resbale por el acero—. Yo creo que esto acaba de empezar.

Rayco da un paso hacia adelante, levantando el arma. Mónica le pone la mano izquierda en el pecho, frenándolo en seco.

—No —le sisea por lo bajo.

—Mónica, la va a matar…

—¡He dicho que no!

Rayco se queda quieto. El temblor de su mano se ha extendido al antebrazo, pero no baja el cañón.

Mónica vuelve a centrarse en Salamanca. Escudriña esa cara gris y anodina, el tipo invisible que hace unos días colocaba flores de prueba para la boda…

Y decide jugársela.

—¿Sabes qué es lo que más me jode de ti, Adrián? Que me esperaba otra cosa.

Silencio en las alturas.

—Esperaba alguien… más grande. Más inteligente. La gente habla del *Monstruo de Malasaña* y se imagina a un genio criminal. Una mente brillante. Alguien que da miedo. Y resulta que te tengo delante y eres esto. —Lo señala desdeñosa con el cañón de la pistola—. Un triste florista acomplejado.

Salamanca no se mueve, pero la temperatura de sus ojos baja diez grados. Mónica acaba de pinchar hueso.

—Un triste florista —repite Adrián. Por primera vez, su voz tiene un filo peligroso.

—Sí. Y cuando esto acabe, cuando salgas mañana en el telediario, ¿sabes qué dirán tus vecinos? Dirán: «¿Ah, pero ese tío vivía aquí? Nunca me fijé en él». —Mónica da un paso lateral hacia las escaleras, buscando limpiar la línea de tiro—. Eres un don nadie, Adrián. Y vas a morir siéndolo.

La mandíbula del botánico cruje. La hoja de la tijera se tensa contra la arteria de Mercedes. Rayco suelta un sonido gutural. Está a punto de saltar.

Pero Mónica no se calla. No puede parar de hablar, porque mientras esa mirada enferma esté clavada en ella, no estará clavada en Mercedes. Y mientras no mire a Mercedes, no se dará cuenta de lo que su compañera está haciendo.

Porque su compañera está haciendo algo. Y Mónica lo acaba de ver.

Muy despacio, milímetro a milímetro, la pánfila, esa mujer que archiva expedientes por orden alfabético y que nunca deja un puto cabo suelto, lleva todo este rato moviendo su mano derecha a espaldas del florista. Y lo ha hecho con un objetivo: la manguera de riego.

Una serpiente de PVC verde y gruesa, sujeta con abrazaderas de acero a la barandilla de la pasarela. Mercedes, con el cuerpo anestesiado, ha conseguido dar dos vueltas de manguera alrededor de su propia muñeca. No es mucho, solo un nudo cutre y resbaladizo, pero es todo cuanto tiene.

Mónica sigue disparando palabras.

—¡Mírame, Adrián! ¿Querías atención? ¡Aquí la tienes! ¡Mírame a mí, cobarde de mierda!

Salamanca la mira.

Y en ese instante exacto, Mercedes termina de trabar la muñeca y tira el codo hacia atrás.

Es un golpe patético y débil; el espasmo desesperado de un cuerpo lleno de sedante. Le da a Adrián en las costillas con la fuerza de una niña pequeña.

Pero Adrián no se lo esperaba. Porque en su mente perturbada, Mercedes ya no es una mujer; es una flor a punto de ser cortada. Un tallo blando en sus manos. Y las flores no se mueven. Las flores no pegan codazos.

El golpe le saca el aire de los pulmones y lo desequilibra medio segundo. La tijera se separa del cuello.

Y Mercedes se tira al vacío.

Se dobla sobre la barandilla y simplemente se deja caer. Durante una fracción de segundo que a Mónica se le va a quedar grabada en el reverso de los párpados hasta el día de su muerte, Mercedes es una muñeca de trapo lanzándose a plomo sobre seis metros de aire, con el cabello rubio ondeando como una bandera.

Salamanca reacciona por puro instinto depredador. Se lanza hacia adelante y logra agarrar la manguera. No es para salvarla, sino para soltarla y dejarla caer, asegurándose de que el impacto contra el cemento sea letal.

Mónica lo entiende antes de que ocurra. Vuela hacia la escalera, subiendo los peldaños de tres en tres. Las rodillas le crujen, el corazón le bombea ácido, mientras grita algo que le desgarra la garganta. Cuando llega a lo alto de la pasarela, Salamanca tiene los dedos en torno al tubo que mantiene sujeta a Mercedes.

Mónica le apunta entre ceja y ceja.

—Déjala caer y te vuelo la puta cabeza.

No es una amenaza policial, es una promesa de muerte. Él la mira a los ojos y lo que ve ahí le hace apartar la mano. Se queda inmóvil, como un animal que no sabe si morder o huir.

Mercedes cuelga por fuera de la barandilla. El nudo de la manguera de PVC ha aguantado el tirón y muerde su muñeca derecha, estirándose como un tendón a punto de partirse. Gira lentamente en el vacío como un péndulo humano.

Abajo, Rayco ya está corriendo por la escalera del otro lado.

Mónica no aparta la pistola de la frente del botánico.

—¿La tienes? —grita, sin desviar los ojos del monstruo.

Rayco llega a la plataforma derrapando sobre la rejilla. Se agacha, mete los dos brazos por el hueco de la barandilla y agarra a Mercedes por las axilas y el cinturón del pantalón. Es la fuerza brutal de un hombre que no está dispuesto a perderlo todo otra vez.

Tira de ella hacia arriba. Ella suelta un quejido roto y minúsculo.

—¡Te tengo…! —gime Rayco, arrastrándola hacia el suelo seguro de la pasarela—. Te tengo, te tengo, te tengo.

Lo repite como un rezo loco mientras la aprieta contra su pecho.

Adrián Salamanca se mira las manos vacías. Le tiemblan. Tienen las uñas destrozadas, roídas hasta la carne viva, con costras de sangre vieja en las cutículas. Mónica mantiene el dedo en el gatillo, esperando el ataque suicida.

Pero él no pelea. No grita ni huye. Simplemente se sienta, dejándose caer sobre la rejilla como una marioneta a la que le han cortado los hilos. Deja las piernas colgando por debajo del hierro y contempla el invernadero desde las alturas. Su reino de cristal.

—Sabía que vendríais —susurra. No se dirige a nadie en particular, quizá a las plantas—. Tarde o temprano, las flores siempre se marchitan al final.

Mónica baja el arma despacio. Saca las esposas del cinturón.

—Adrián Salamanca: quedas detenido por el asesinato de Clara Vega, Abigail Brennan, Ignacio Pareja y el intento de homicidio de Mercedes Escribano.

Le agarra las muñecas y aprieta el acero mientras le recita sus derechos. Adrián no opone resistencia. Los brazos le cuelgan como ramas secas. El chasquido de las esposas suena en el invernadero como el golpe de un mazo judicial.

A dos metros de distancia, Rayco mece a Mercedes. Ella recupera el aliento con la cabeza apoyada en el hombro de él, mientras Rayco hunde la cara en su pelo mojado, respirando a bocanadas como si ella fuera la única fuente de oxígeno de la nave. La muñeca derecha de ella está despellejada, marcada con un surco violeta donde la manguera le ha arrancado la piel.

—Mercedes —solloza Rayco, incapaz de decir nada más.

Ella levanta la mano izquierda, temblando, y le acaricia la barba.

—Lo sé —murmura ella con un hilo de voz—. Ya lo sé.

Mónica los mira y siente cómo un bloque de cemento se le deshace en el pecho. Traga saliva a la fuerza, apretando la mandíbula hasta hacerse daño, porque una inspectora de Homicidios no se pone a llorar en medio de una escena del crimen. Nunca. Se lo repite a sí misma mientras, a lo lejos, cortando la noche rural, empiezan a sonar las sirenas de las patrullas de apoyo. Las luces azules y rojas bañan los cristales del invernadero como los relámpagos de una tormenta que ha llegado tarde.

Necesita salir de allí. Respirar aire puro, sin olor a tierra y muerte.

Se da la vuelta y conduce al prisionero escaleras abajo. Las esposas tintinean a cada peldaño, un sonido pequeño y metálico que queda sepultado por el ulular cada vez más cercano de las sirenas.

A mitad de camino, Mónica se detiene.

A su derecha, aislada del resto de cultivos, hay una mesa de aluminio sobre la cual descansan, dispuestas con una precisión enfermiza, varias macetas idénticas. En todas crece exactamente la misma planta: tallos verdes y curvos de los que cuelgan flores rosadas y blancas, delicadas, perfectas, partidas por el centro como corazones abiertos en canal.

Mónica contiene la respiración.

Corazones sangrantes. Docenas de ellos. Las flores más bellas, delicadas y raras, cultivadas en la oscuridad por las manos de un asesino.

Da un paso hacia la mesa sin soltar al detenido. Necesita acercarse para comprobar que lo que acaba de ver no es una deformación provocada por el cansancio, la adrenalina o el olor dulzón del invernadero.

Un escalofrío le nace en la nuca y le baja por la espalda, lento y helado.

Entre todas esas plantas intactas, hay una maceta con dos tallos podados.

Dos cortes limpios. Recientes. Hechos con la misma precisión con la que un florista escogería las flores de un ramo.

Uno de ellos corresponde a la flor que Salamanca dejó junto al cuerpo de Abby Brennan.

¿Y el otro?

Mónica siente que algo se le encoge por dentro.

Las sirenas entran ya en la finca. Las luces azules y rojas revientan contra los cristales del invernadero y transforman las hojas en sombras que palpitan sobre las paredes. Arriba, Mercedes sigue aferrada a Rayco. Viva. A salvo.

Pero Mónica solo ve ese segundo tallo cortado.

Solo puede pensar en una habitación cerrada. En una mujer sola. En una cuerda, en un frasco vacío, en una nota de despedida perfectamente creíble. En un cadáver que nadie examinó con la atención necesaria porque todos dieron por hecho que aquella mujer había decidido quitarse de en medio.

Y se pregunta si, tal vez, en algún lugar de Madrid, hay ahora mismo una corazón sangrante junto al cuerpo de una mujer cuyo suicidio nunca fue un suicidio.

MARTES

46

Mónica encuentra a Rayco sentado en una silla de plástico, al fondo del pasillo de Traumatología. Sostiene un café en una mano y un cruasán envuelto en papel en la otra. Lo primero que hace al verla es ofrecerle un pedazo.

—¿Cruasán de hospital? —Mónica arruga la nariz—. Prefiero lamer la barandilla de urgencias.

—Está decente. Lo he comprado en la panadería de ahí enfrente, en Arzobispo Morcillo.

—¿Arzobispo Morcillo? —Mónica levanta una ceja—. Sinceramente, no sé qué me da más miedo, si el nombre de la calle o ese cruasán.

Rayco sonríe. Tiene unas ojeras tan oscuras que parecen pintadas con carboncillo, pero su sonrisa es de verdad.

—¿Cómo está? —pregunta Mónica, bajando la voz.

—Apenas ha pegado ojo, pero está lúcida. Tiene una fisura limpia en la muñeca y un desgarro de ligamentos por el tirón de la manguera. Le han puesto una férula rígida. Al menos no es escayola. Dice que eso es lo único que le importa.

Mónica asiente. Conoce a Mercedes lo suficiente como para saber que es una preocupación genuina.

Entran en la habitación. Mercedes está sentada en la cama, con el brazo derecho inmovilizado y descansando sobre la sábana. Con la mano izquierda intenta abrir un brik de zumo de melocotón. Lo

aprieta, lo estruja y tira de la pestaña de plástico con los dientes, pero no hay manera.

Mónica se acerca, se lo quita de las manos, le clava la pajita y se lo devuelve sin decir una palabra.

—Gracias —gruñe Mercedes. Su voz es una lija oxidada. Con la cara lavada, el pelo sucio y sin rastro de maquillaje, parece diez años más joven.

—¿Qué tal la noche? —pregunta Mónica, sentándose en la silla para las visitas.

—Larga.

—¿Has conseguido dormir algo?

—A ratos. —Mercedes da un sorbo a la pajita—. Cada vez que cerraba los ojos, volvía al maldito invernadero. Veía las luces apagándose de golpe, sentía el olor a tierra mojada… y oía esa voz horrible.

Mónica no encuentra ninguna frase de autoayuda que sirva para eso, así que asiente y guarda silencio.

—Al menos no me casaré con una escayola hasta el codo —comenta Mercedes, levantando la férula unos centímetros—. Aunque, viendo cómo va mi vida últimamente, igual debería ir al altar con un chaleco antibalas.

Rayco, que se ha quedado apoyado en el marco de la puerta, suelta un bufido simpático.

—No le des ideas a la organizadora de la boda.

Mercedes le dedica una media sonrisa cansada. Luego deposita el zumo en la mesilla y deja caer las palmas en su regazo. Su expresión se endurece.

—Venga. Soltadlo todo.

Mónica se aclara la garganta.

—Adrián Salamanca ha cantado, lo ha soltado todo. —dice, apartando de su cabeza la imagen del segundo tallo cortado del invernadero. Hace una pausa calculada—. También lo de tu amiga, Clara Vega.

El nombre flota en la habitación como una burbuja que nadie quiere pinchar.

—Así que ya lo sabes —Mercedes clava la vista en Rayco por encima del hombro de Mónica.

Él asiente.

—Sí. Se lo conté todo anoche.

—Y Adrián Salamanca ha confesado lo de Clara… —repite Mercedes despacio. Parece necesitar oír las sílabas en su propia boca para confirmar que el fantasma que la persigue desde hace veinte años por fin tiene nombre y apellidos.

—Sí, cariño.

Mercedes cierra los ojos e inspira por la nariz. Es una respiración larga y trémula, como si estuviera midiendo el oxígeno exacto que necesita para no desmoronarse en esa cama. Cuando vuelve a abrir los ojos, están secos.

—¿Y el chico? ¿Nacho Pareja? ¿También ha confesado que lo colgó él?

—Sí. Y lo de Abby Brennan.

—El tío es un puto libro abierto —añade Mónica.

Mercedes asiente. Las piezas terminan de encajar.

—Salamanca nos ha contado también su historia —sigue Mónica —. Toda su mierda. Y creo que deberías conocerla.

—¿Su historia? —Mercedes frunce el ceño, asqueada—. ¿Y a mí qué me importa la vida de ese psicópata?

Mónica no se inmuta. Escoge las siguientes palabras con cuidado, como quien elige dónde pisar en un suelo de cristales rotos.

—Lo crio su madre sola. Se llamaba Dolores y tenía un puesto de flores. Y era cruel con él, Mercedes. Cruel nivel sociópata. Lo humillaba a diario. Si se le moría una planta, le castigaba. Y no estoy hablando de dejarle sin ver la tele.

—¿Qué tipo de castigos?

—Del tipo que dejan marcas. Físicas y emocionales. En fin, un fracaso más de los servicios sociales.

Mercedes aparta la vista hacia la ventana.

—No me pidas que sienta pena por ese cabrón, ¿vale?

—Nadie te está pidiendo eso. —Mónica se inclina hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas—. No tienes que perdonarlo, ni mandarle postales a la cárcel. Pero quiero que sepas de dónde viene

la infección. Tuvo una vida de mierda. Nada de eso excusa haber empujado a Clara o estrangulado a Abby. Pero mereces ver el cuadro completo para cerrar tu propia herida.

El ruido clínico del hospital llena el silencio: el pitido monótono y lejano de un monitor, el chirrido de unas ruedas de camilla en el pasillo y una risa apagada en alguna habitación cercana.

—Nada crece recto cuando el origen está torcido —añade Mónica.

Mercedes la mira fijamente. En sus ojos hay rabia, sí, pero también agotamiento. Veinte años cargando con la culpa de la muerte de su mejor amiga pesan mucho más que el trauma infantil de cualquier asesino.

Mónica saca una carpeta fina del bolso y la deja en la mesilla.

—Aquí tienes el resumen. Informes psicológicos e historial médico de la madre. Léelo cuando te apetezca. O tíralo. Es decisión tuya.

Mercedes mira el cartón como si fuera radiactivo.

—¿Dijo algo más sobre Clara? —pregunta, con la voz encogida—. ¿Sobre cómo fue el… momento final?

Mónica le sostiene la mirada. Su cerebro repasa la declaración exacta de Salamanca, la disociación, el terror en los ojos de Clara Vega. Y toma la decisión que tomaría cualquier amiga.

—Dijo que fue rápido. Sin sufrimiento.

No es la verdad, pero es la única verdad que Mercedes puede soportar hoy.

Rayco se acerca a la cama y le coge la mano sana. Ella entrelaza los dedos con los suyos. Es un gesto minúsculo, pero tan cargado de significado que Mónica se ve obligada a apartar la vista.

—Bueno, familia —dice, poniéndose de pie de un salto—. Os dejo descansar.

—Mónica —la llama Mercedes antes de que salga.

La inspectora se gira.

—Gracias. Por todo.

Mónica asiente con la cabeza. Antes de salir por la puerta, alcanza a ver de reojo cómo Mercedes desliza la mano hacia la mesilla y posa la yema de los dedos sobre la carpeta. Solo la toca,

como quien comprueba que algo es real antes de decidir si quiere enfrentarse a ello.

Sale al pasillo. Rayco la alcanza un par de minutos después y caminan juntos hacia los ascensores.

—Así que Salamanca cantó La Traviata —dice él.

—Todo. Nombres, fechas, la plataforma erótica… Ha sido hasta obsceno. Se sentó en la sala de interrogatorios, pidió un vaso de agua y empezó a recitar como si llevara media vida esperando tener público. Claro que, teniendo el ADN recogido en la autopsia, no tenía otra opción.

—A lo mejor era exactamente eso lo que quería. Sentirse importante. Observado, por una vez.

—La primera vez que mató fue a su madre —explica Mónica—. Asegura que fue involuntario, y yo le creo.

—¿Incluso sabiendo que ella lo maltrataba física y psicológicamente?

—Sí. Era un crío cuando ocurrió. No digo que algo en su subconsciente no se alegrara de ver a esa mujer sin vida, pero ¿podemos culpar a ese niño después de todo por lo que pasó?

Rayco no contesta a eso.

—Clara Vega fue la segunda —continúa Mónica, observando cómo los ojos de Rayco parecen oscurecerse mientras cierra los puños. Ella lo comprende; Adrián había quedado con Mercedes, no con Clara. Ella debería haber sido su primera víctima—. Según dijo, no acudió a su piso con intención de matarla, pero algo salió mal. La chica que le abrió la puerta no era con quien él se había citado. Ella no reaccionó bien y a Adrián se le cruzaron los cables. Menos mal que Mercedes se arrepintió en el último instante.

—Sí.

—Después de eso, estuvo veinte años sin reincidir —«o eso asegura él», piensa Mónica—. Encontró empleo en Jardines Albanta, hasta que Abigail Brennan se cruzó en su camino a través de la aplicación erótica. O, mejor dicho, Cecilia Montes, usando la imagen de Abby. Salamanca se obsesionó. Ella despertó viejas obsesiones del pasado.

Rayco arquea una ceja.

—¿Obsesiones?

—Su antigua niñera. Se llamaba Paula. Al parecer, el cerebro de Salamanca vio a la niñera, que era su amor platónico, en la imagen de Abby. Por eso con ella fue diferente. El depredador sexual que hay en él despertó cuando Abby abrió la puerta. La violó antes de estrangularla.

Se detienen frente a una máquina expendedora. Rayco echa unas monedas.

—Lo del chaval, lo de Pareja… eso me jode especialmente —dice, pulsando el botón del café doble—. Me jode mucho.

—Ya somos dos. —Mónica se cruza de brazos—. Pareja fue al piso de Abby la noche del crimen para dejarle la carta en el buzón. Solo eso. Terapia de Alcohólicos Anónimos para cerrar su obsesión con ella. Pero al salir, vio luz en el balcón y subió.

—Tenía llaves del piso —recuerda Rayco.

—Exacto. Entraría para comprobar si ella se había dejado las luces encendidas, o para sincerarse en persona, nunca lo sabremos. Pero se la encontró muerta en el cuarto de baño, con la flor a su lado y la maldita canción de los noventa sonando a todo volumen. Pareja tuvo un episodio disociativo, un bloqueo por shock compatible con su trastorno, y se quedó allí durante horas, con el amor de su vida. Tocándolo todo, contaminando la escena.

Rayco niega con la cabeza, asqueado.

—La acompañó toda la noche.

—Sí. Y cuando por fin reaccionó, llamó al 112 y huyó.

Mónica agarra el vaso que la máquina acaba de escupir. Le quema los dedos.

—Era inocente —murmura Rayco.

La palabra «inocente» siempre es grande y resbaladiza en esta profesión. Sobre todo aplicada a un tipo que mandaba cincuenta mensajes al día a una chica que no le correspondía.

—No era malo, supongo —concede Mónica—. Estaba roto y era obsesivo, un inadaptado de manual. Pero no mató a nadie.

—Nosotros solicitamos la orden de busca y captura —dice Rayco, y la culpa le oscurece el tono—. Le pusimos nombre y cara en televisión. La prensa lo despellejó vivo.

—Cuando le dejaron a su gato muerto en la puerta, decidió escapar. Y en lugar de entregarse, quiso tomarse la justicia por su mano y cazar al verdadero asesino.

—Salamanca lo ejecutó. Y además tuvo los huevos de trasladar el cadáver a un parque abandonado y colgarlo para fingir un suicidio. —Rayco resopla—. Lo que no entiendo es por qué se molestó en hacer la pantomima. Podría haberlo lanzado al Manzanares, o enterrarlo bajo un kilo de abono.

—A Salamanca le daba igual que lo pillaran. —Mónica bebe. Sabe a tierra caliente—. Creo que quería dejar un mensaje final.

—¿Cuál?

—Las flores. ¿No lo ves? Siempre las flores. A Clara le dejó un corazón sangrante intacto. A Abby, igual. Eran su firma de belleza, su obra maestra. —Mónica tira el vaso a una papelera de pedal—. Pero a Pareja le metió un mísero diente de león marchito en el bolsillo de la cazadora.

—Mala hierba.

—La peor de todas. Un diente de león es frágil, vulgar y se deshace si lo soplas. Eso es lo que Nacho era para el asesino. Una plaga que no merecía belleza, ni ritual, ni ceremonia. Solo un estorbo que se arranca y se tira a la basura.

—Veintiséis años. El pobre chaval solo tenía veintiséis años.

Rayco se queda en silencio. Llegan a los ascensores.

—Mónica —dice, apretando el botón de bajada—. Te debo una disculpa.

—Me debes muchas —contesta ella, burlándose, aunque ya supone por dónde va él.

—No, en serio. Te oculté lo de Mercedes y Clara. No tenía derecho a hacerlo. Obstaculicé tu investigación para proteger a mi prometida.

—Tú lo has dicho. Solo protegías a tu prometida. —Mónica le da una palmada en el pecho por encima del lino de la camisa. Las puertas de metal se abren con un pitido aséptico—. Pero si vuelves a ocultarme algo en una investigación, te juro que la próxima férula te la pongo yo.

Entran al ascensor y bajan hasta el vestíbulo sin despegar los labios.

—Al menos déjame invitarte a una caña —dice Rayco cuando cruzan las puertas automáticas del hospital—. Nos la hemos ganado.

Mónica comprueba su reloj. Tuerce el gesto.

—No puedo. Tengo que pillar un tren.

—¿Ahora? ¿Un tren? —Rayco la mira como si hablara en chino.

—¿Sabes lo que son? Esos chismes de metal, alargados y con ruedas, que raramente llegan a su hora.

—Hoy es martes, lista.

—Gracias por el dato, calendario andante.

—En serio, son las once y cuarto de la mañana de un martes. ¿Un tren a dónde?

—No es asunto tuyo. —Mónica levanta el brazo y un taxi que pasa por la rotonda del hospital enciende el intermitente—. Cuida de Mercedes, ¿vale? No la dejes sola ni un segundo.

—Oye, Mónica, ¿se puede saber a qué viene este misterio? —Rayco da un paso hacia ella—. ¿Vas a decirme de una vez adónde vas? Voy a empezar a creer que has perdido la chaveta.

—¡Ojalá la haya perdido, canario! —le grita ella, abriendo la puerta del taxi.

Rayco intenta decir algo más, pero ella no le da tiempo. Le rodea el cuello, le da un abrazo rápido y se mete en el coche de un salto. El taxi arranca de inmediato.

—¡Pues va a ser verdad! —le grita él desde la acera, viendo cómo el coche se aleja, llevándose a la inspectora a sabe Dios dónde—. ¡Estás como una puta cabra!

47

LAS DICHOSAS velas no se sostienen en pie.

Andrés Gordillo lleva cinco minutos lidiando con la física elemental. Un cinco y un cero de cera roja. Laura se ha empeñado en colocar medio siglo sobre la tarta, aunque en realidad cumple veinte.

—Así tendré más *likes* cuando suba la foto al Insta —ha dicho ella antes, sentada sobre la encimera de la cocina con los pies descalzos colgando.

—¿Y eso por qué?

—Porque llama la atención, papá. Descoloca a la gente y genera retención.

—¿Sabes que cuando hablas así me haces sentir como un viejo?

—Es que eres un carca.

—¿Sí? Pues el año que viene va a venir a celebrar tu cumpleaños la rana Gustavo.

La tarta es de nata con frambuesas. La compró esta mañana en una pastelería moderna que Laura le envió por WhatsApp. La vela del número cinco se inclina hacia la izquierda, como un borracho buscando la pared. El cero, directamente, se rinde y cae sobre la nata.

Laura salta al suelo.

—No hace falta que las claves como si estuvieras plantando la bandera en la Luna, papá.

—Si las fabricaran con una base en condiciones…

—Ponlas más juntas. Que se apoyen la una en la otra.

Andrés sigue su consejo. Le resulta extrañísimo. En Jefatura, él da las órdenes y todo el mundo corre. Aquí, en este apartamento pequeño y luminoso del barrio de Ruzafa que huele a juventud, manda Laura. La verdad es que siempre ha mandado; desde que aprendió a hablar.

Las velas, por fin, se sostienen. El cinco y el cero, apoyados el uno en el otro.

Veinte años. Su hija cumple veinte años y él no sabe en qué maldito momento ha pasado. Su niña ahora cocina, tiene un Excel de gastos que actualiza cada mes y baja la basura sin que haya que recordárselo a gritos. Se marchó a la universidad hace año y medio y ahora es una mujer casi desconocida que hace pan de masa madre.

Andrés da un paso atrás para contemplar el resultado. La cocina es diminuta, con azulejos de patrón valenciano y una ventana que da a un patio interior donde unas sábanas blancas respiran con la brisa de la tarde. Hay un silencio doméstico ligero, de los que no pesan.

Agradece este momento de padre e hija. Lleva todo el día arrastrando el expediente de Adrián Salamanca pegado al lóbulo frontal.

«Las flores siempre se marchitan al final». Eso es lo que el florista ha dicho esta mañana en la sala de interrogatorios, según le ha ido filtrando Mónica mediante mensajes cortos. Un psicópata de manual.

Hace dieciocho horas que Mercedes fue rescatada del invernadero y en estos momentos se está recuperando en el hospital. Rayco no se ha despegado de su cama. Mónica, en Jefatura, está tragándose el papeleo y fingiendo que todo va bien. Y él, en Valencia, colocando velitas mientras su equipo recoge los pedazos del mundo.

Se ha sentido como una rata durante todo el día por estar ausente en un momento tan importante, pero cada vez que la culpa le mordía, se obligaba a recordar la promesa que le había hecho a Laura. Estaría con ella en su cumpleaños. Y la promesa de un padre es sagrada. Punto final.

—¿Otra vez en la inopia? —Laura le mira mientras blande una cuchara de palo.

—No estoy en la inopia.

—Tienes la mirada perdida de cuando estás en la inopia.

—Es la única cara que tengo, hija. —Andrés se frota los ojos con fuerza, como si pudiera reordenarse el cerebro apretando los pulgares contra los párpados. Suspira—. Perdona, tienes razón. Desconexión total.

—No pasa nada. —Ella le tira un trapo de cocina a la cara—. Pero si te quedas frito en mi sofá después de cenar, te juro que te pinto un pene en la frente con rotulador permanente.

Andrés atrapa el trapo en el aire. Laura arquea las cejas, impresionada.

—Reflejos de carca —Andrés le guiña un ojo.

—Ese es mi padre —responde ella, y se pierde por el pasillo—. Voy a cambiarme.

Andrés lleva la tarta al salón y la deja en el centro de la mesa. Luego se deja caer en el sofá, sobre una manta de cuadros vieja. Era de Silvia, la difunta madre de Laura. La chica se la trajo cuando se mudó; él no hizo ningún comentario entonces y no lo va a hacer ahora. Hay heridas que es mejor dejarlas respirar.

Vibra el móvil en el bolsillo del pantalón. Lo saca. Un mensaje de Mónica.

Felicítala de mi parte.

Sin emoticonos. Sin besos. Sin un «¿qué tal estás?». Un mísero punto final. Un clásico de Mónica: la economía del afecto elevada a disciplina olímpica.

Laura vuelve de su habitación. Se ha puesto unos pendientes largos y se ha pintado los labios de rojo oscuro. Coge una aceituna del bol de la mesa y se la echa a la boca, mirándolo de reojo.

—¿Quién era?

—Mónica. Te felicita.

—Qué detalle. —Escupe el hueso en la mano—. ¿Qué tal está?

Andrés tarda medio segundo de más en contestar.

—Bien. Está bien.

Ella asiente, captando el tono, y decide no hurgar. Observa la tarta.

—Oye, las velas han quedado niqueladas.

—Me lo puedes agradecer cuando quieras —responde, jugando con un encendedor.

—Te lo agradeceré si consigues encenderlas sin quemarme el piso.

Andrés abre la boca para soltarle una réplica ingeniosa, pero se queda en blanco. Lo que le sale es mirarla. Su hija de veinte años. El pelo oscuro de Silvia, los ojos inmensos de Silvia, la risa fácil que Silvia tenía antes de que la quimioterapia se la llevara por delante como una marea silenciosa y cruel.

Pero la barbilla es suya. Y la terquedad. Eso es herencia Gordillo pura y dura, para bien y para mal.

El timbre suena con un zumbido molesto.

—Serán las chicas —dice Laura. Pasa el dedo índice por el borde de nata y se lo lleva a la boca. Pone los ojos en blanco, extasiada—. Les dije a las ocho, pero Sara siempre llega…

—Ya abro yo. Y tú deja algo de tarta para el postre, depredadora.

Andrés se levanta pensando que seguramente será el de Amazon. Laura recibe paquetes todos los días. Empieza a sospechar que le gusta el repartidor.

Abre la puerta y se queda de piedra. El encendedor se le escurre de los dedos y cae contra el felpudo.

Mónica está de pie en el rellano. En Valencia. A trescientos cincuenta kilómetros de donde debería estar.

Lleva su cazadora de cuero negra favorita, unas zapatillas planas y una bolsa de plástico de la que asoma algo envuelto en papel brillante. Tiene el pelo suelto, desordenado, como si se hubiera quedado dormida apoyando la cabeza contra un cristal. Y lo mira con un brillo húmedo y extraño en la mirada.

—¿Vas a dejarme pasar o piensas quedarte ahí con cara de idiota? —pregunta ella.

Andrés la agarra por la cintura y la estampa contra su pecho, envolviéndola con los dos brazos.

Ella se queda rígida durante un segundo —su cuerpo siempre reacciona así, como si necesitara autorización por escrito para dejarse querer— y luego cede. Se derrumba contra él, le pasa los brazos por la espalda y aprieta con fuerza.

—Te quiero —susurra Andrés contra su pelo.

Le sale sin pensar. Sin la intención de decirlo siquiera, exactamente igual que un estornudo: de golpe, con violencia y sin pedir permiso.

Ella no contesta, pero entierra la cara en su cuello y aprieta el abrazo aún más fuerte.

Andrés entiende el idioma. Lleva dos años aprendiendo a traducirla.

Se separan a medias. Mónica se recoloca las solapas de la cazadora con un gesto brusco y aparta la mirada. Él se frota la nuca. Ninguno de los dos sabe muy bien qué hacer con las manos ahora.

—¿Y Jamie? —pregunta Andrés.

—Con John. Se lo ha quedado un par de días más.

Andrés asiente.

—¿Cómo has venido?

Ella levanta la barbilla desafiante, como quien confiesa un delito menor.

—En tren.

Él arquea las cejas.

—¿Tú, Mónica Lago, te has subido a un tren?

—Que sí, que me he subido al tren. Ese invento diabólico de dos raíles de acero y un vagón claustrofóbico lleno de gente comiendo bocadillos.

Él se apoya en el marco de la puerta. Se le ha instalado una sonrisa idiota en la cara y no se había dado cuenta.

—Pero si tú odias el transporte público.

—Lo detesto con cada fibra de mi ser.

—Entonces…

—Entonces la culpa es tuya —le espeta, poniéndose en jarras—. Porque por tu culpa tengo el Mini en el taller hecho un acordeón

desde que te chocaste con el —abre comillas— *investigador privado* neoyorquino, ¿recuerdas? Así que me he pasado dos horas y media soportando a una señora de Gandía contándole a su hijo por teléfono todo lo que ha comido esta semana. Incluyendo el desayuno en la cafetería de Atocha. Para que veas.

—¿Para que vea qué, Mónica?

Ella se muerde el interior del carrillo. Él conoce esa micro expresión. Significa que está acorralada y a punto de decir algo que odia decir.

—Para que veas lo mucho que te quiero, idiota —suelta finalmente, clavándole el dedo índice en el pecho.

Andrés se queda sin aire, y no por la presión del dedo. Es una sensación física, de las que te pillan con la guardia baja en un ring. Alguien te da algo tan inmenso que el cuerpo no sabe cómo procesarlo y se limita a resetearse.

Mónica Lago acaba de decirle que le quiere. A su manera, de acuerdo. En su idioma retorcido. Escondiéndolo detrás de una queja sobre Renfe y clavándole un dedo en el pecho. Pero se lo ha dicho.

Ella levanta la vista. Y en ese segundo exacto en el que se cruzan sus miradas, el muro de contención de las últimas semanas salta por los aires. Las noches frías, los monosílabos, los mensajes de «Bss» y las distancias de seguridad. Todo a la mierda.

—¿Qué? ¿No dices nada? —lo provoca ella con las mejillas acaloradas.

Andrés le contesta robándole un beso húmedo, sin preámbulos. Le sujeta la cara con las dos manos y la saborea. Ella no se tensa esta vez; le pone una mano en la nuca, tira de él, y durante cuatro segundos, el rellano de un tercero sin ascensor en Ruzafa es el único lugar habitable de la Tierra.

Cuando se separan, Mónica parpadea, descolocada.

—Bueno —dice, carraspeando para recuperar el aliento—. Eso también me vale.

La voz de Laura llega desde el pasillo, ahogada por una canción de C. Tangana que acaba de poner en el altavoz.

—¿Papá? ¿Quién es?

Andrés abre la boca, pero Mónica se le adelanta.

—¡La loca del tren! —grita, entrando al apartamento.

Laura se asoma al salón con un trapo al hombro. Se le ilumina la cara, abre los brazos y suelta un chillido.

—¡No me jodas! ¡Mónica! ¡Sabía que vendrías!

—¿Cómo que lo sabías? —Andrés la escruta con la mirada.

—Qué va, papá, no tenía ni idea. Pero es que soy un poco bruja. —Corre a juntarse con Mónica—. Ven aquí.

Laura le da un abrazo cálido, de oso, de alguien que ya ha decidido unilateralmente que esa mujer forma parte de su familia. Mónica cierra los ojos un segundo, aceptando el golpe. Luego se separa, mete la mano en la bolsa de plástico y le tiende el paquete. Está envuelto en papel de regalo rojo con renos.

—Para ti. Felicidades, guapísima.

—¿Papel de regalo de Navidad? —Andrés señala el envoltorio—. ¿De verdad? Estamos casi en marzo.

—Era lo único que me quedaba en el cajón —se defiende Mónica, cruzándose de brazos.

—Pues a mí me parece súper *vintage* —dice Laura, cogiendo el paquete y sopesándolo—. ¿Pesa muy poco o es que está vacío para gastarme una broma?

—Ábrelo y cállate. Y os aviso: si me obligáis a cantar el *Cumpleaños Feliz*, me doy media vuelta y me vuelvo a Madrid.

—¿En tren otra vez? —se burla Andrés—. No lo harás.

Laura rasga el papel de renos con ansia y se queda mirando lo que tiene entre las manos. Una tableta de chocolate tamaño XXL. De las de formato industrial que venden en las tiendas *Relay* de las estaciones, justo al lado de las revistas del corazón. Medio kilo de Toblerone puro y duro.

—¡No me fastidies! ¡Me flipa! —Laura levanta el triángulo gigante por encima de su cabeza como si acabara de ganar la copa de Wimbledon—. ¡Mira esto, papá! ¡Un mega Toblerone!

Andrés observa el chocolate. Luego mira a su hija, que salta de alegría. Luego gira la cabeza hacia la estantería del salón. Allí descansa la cámara Canon de fotografía profesional que él le ha regalado esta mañana. La cámara que lleva tres semanas investigando en foros que no entendía. La que le obligó a pasarse

una tarde entera aguantando a un dependiente de la Fnac explicándole la diferencia entre un sensor APS-C y un Full Frame. Ochocientos euros de cámara que ahora descansan en su caja abierta sobre la estantería.

Laura le ha dado un abrazo precioso, sí. Le ha dicho que es el mejor padre del mundo. Pero no la ha levantado hacia el techo como el trofeo de Wimbledon.

Mónica le pilla la mirada.

—¿Qué pasa? —sonríe ella.

—Nada.

—Andrés…

—Que no pasa nada, de verdad.

Mónica entorna los ojos, mira a Laura —que ya está rompiendo el cartón para comer un triángulo— y luego vuelve a mirar al inspector jefe.

—Ah… —dice ella por lo bajo mientras sonríe. Una sonrisa de suficiencia absolutamente criminal—. Ya lo pillo.

—No pillas nada. Y cállate.

—Le ha hecho diez veces más ilusión mi chocolate de gasolinera que tu regalo hiper-caro, ¿a que sí?

—¡Mentira! —grita Laura desde el sofá, con la boca llena de chocolate y almendras.

Y rompe a reír a carcajadas. Mónica se ríe también. Y a Andrés, que las observa en silencio como si estuviera viendo una película extranjera, le pasa algo extraño. Le parece que las paredes del apartamento han encogido. Que antes le sobraba demasiado espacio vital, una llanura de soledad silenciosa, y que ahora, con la presencia de estas dos mujeres ocupando el salón, la casa tiene el tamaño exacto.

Retrocede un paso para cerrar la puerta y se queda un segundo de espaldas a ellas, con la mano en el tirador metálico.

Oye las voces de Laura y Mónica mezclándose con la música pop. Laura se está riendo de un comentario sarcástico que Mónica acaba de soltar en voz baja, una broma privada de chicas que él no pilla y que no le hace falta pillar.

La última vez que Andrés escuchó a dos mujeres riéndose así de relajadas en su casa, una de ellas era Silvia.

Siente una presión repentina en el centro exacto del pecho. No es dolor; es la antítesis del dolor. Pero se instala en el mismo sitio vacío donde antes vivía la tristeza.

Es la vida abriéndose paso a empujones.

Gira la llave, cerrando el mundo de fuera a cal y canto. Da media vuelta, se ajusta el cuello de la camisa, coge aire y camina hacia el salón para unirse a ellas.

18 DÍAS DESPUÉS

48

Lo despierta la luz. No la alarma, ni una llamada de Jefatura, ni un grito de terror en mitad de la noche. Solo la claridad limpia de marzo se cuela por la rendija de la persiana como un dedo tibio que le acaricia la cara.

Rayco parpadea. Tiene la boca pastosa y un regusto a menta del dentífrico de anoche. Se queda inmóvil unos segundos, mirando el techo.

«Hoy me caso».

La frase le cruza el cerebro con la misma naturalidad que un parte meteorológico. Hoy es el gran día. Ni taquicardia ni sudores fríos. Solo una certeza cálida, instalada en algún punto detrás del esternón, que se parece mucho a la felicidad, pero que él, por si acaso, prefiere no nombrar.

Alarga el brazo hacia el otro lado de la cama. El hueco de Mercedes está vacío, pero las sábanas aún conservan su calor. La almohada todavía guarda la forma de su cabeza y Rayco se descubre haciendo algo patético: apoyar la palma abierta sobre esa marca. Retira la mano antes de que nadie lo vea. Un hombre tiene su dignidad.

Desde el pasillo llega un murmullo. Es Hannah, hablando en francés. Llegó el jueves de madrugada desde Toulouse. Lleva allí meses, así que no es raro que se le escape algún *«oui»*, como a esa gente que se va fuera un cuatrimestre y finge olvidar el castellano. Pero esto es distinto. Es un tono bajo y rasgado, un susurro íntimo

lleno de pausas largas y risitas contenidas que Rayco reconoce al instante, porque hay cosas que un padre no necesita leer en ningún manual.

Eso no es una charla con una amiga de la facultad.

Se incorpora ligeramente y agudiza el oído. Desde la habitación del fondo llega un *«arrête»* susurrado que suena a todo lo contrario de parar. Luego, una risa ahogada contra lo que probablemente es un cojín.

Rayco hace el cálculo mental. Son las ocho y cuarto de la mañana de un sábado. A esta hora no llamas a nadie para contarle tu vida. A esta hora solo llamas a alguien con quien te has acostado, con quien te quieres acostar o con quien llevas toda la noche hablando, que a efectos prácticos es lo mismo.

Su cerebro de inspector activa de forma automática un protocolo de investigación:

Nombre.

Edad.

Nacionalidad.

Intenciones.

Antecedentes penales.

Sería tan fácil cogerle el teléfono a Hannah mientras se ducha y rastrear el número…

No.

Hoy no. No es día de interrogatorios ni de paranoias. Hoy es día de boda. El interrogatorio puede esperar al lunes.

«Al lunes como muy tarde.»

Se levanta. La rodilla derecha protesta como cada mañana, pero la ignora con la soltura de quien lleva años negociando con sus propios dolores. En el espejo del armario se encuentra con su reflejo: un hombre de pelo plateado y ojos demasiado claros que lo miran como preguntándole si va en serio.

El traje azul marino cuelga de la puerta, protegido por una funda de plástico. Se lo probó hace tres semanas y le encajaba como un guante. Sospecha que hoy le bailará un poco en la cintura; perseguir a un asesino en serie y casi perder a tu mujer te quita tres kilos por la vía rápida. Además, tiene la marca de una arruga de la almohada

cruzándole la mejilla izquierda, como si alguien le hubiera dibujado un mapa de carreteras comarcales mientras dormía.

Estupendo. Justo lo que necesita un novio a cuatro horas del altar.

Sale al pasillo. Del baño le llega la segunda señal de vida de la casa: Faina. Más concretamente, Faina destrozando un tema de Rosalía a pleno pulmón. El agua de la ducha marca la base rítmica y su hija adolescente pone el resto. El resultado es un cruce terrible entre el flamenco experimental y una tortura de Guantánamo. Cuando llega al estribillo, Faina ataca una nota aguda que hace vibrar el marco de la puerta y que, con toda seguridad, acaba de despertar al vecino.

Rayco sonríe.

Le gusta que la casa suene a caos, a desorden, a vida derramándose por los pasillos. Hubo una época, hace muchos años, en la que este piso estuvo demasiado callado. Habitaciones muertas, silencios largos y cenas para uno recalentadas en el microondas. Ahora hay botes de mascarilla abiertos en la bañera, zapatillas tiradas en el parqué y una nevera que se vacía como si tuviera un agujero en el fondo. Ahora hay susurros en francés a las ocho de la mañana y berridos desafinados que hacen temblar el pladur.

De camino al salón, pasa por delante de la habitación de Hannah, cuya puerta está entreabierta. Su hija está tumbada boca abajo en la cama, con los pies descalzos cruzados en el aire y el móvil en la oreja. Lleva una sudadera gris que le queda tres tallas grande. No es suya. Tampoco es de Faina. Y desde luego no es de Rayco.

Ella lo ve y tapa el micrófono del móvil con la mano.

—Buenos días, papá. Estás muy guapo.

Le lanza un beso al aire y vuelve a su conversación. Rayco se queda un segundo en el umbral. Su hija tiene una sonrisa que él no le conocía.

«El lunes. Sin falta.»

Encuentra a Mercedes en el balcón. Está descalza, con un pijama de cuadros y una taza de café humeante entre las manos. Hace dos días le quitaron la férula del brazo. «¡Justo a tiempo para la boda!»,

resopló ella. El pelo suelto, sin cepillar, le cae sobre los hombros. Es ella en estado puro, sin maquillaje, y Rayco piensa, con una objetividad aplastante, que no la ha visto más guapa en su vida.

Está contemplando el amanecer. El cielo de Madrid tiene esa luz limpia que parece recién lavada, como si alguien hubiera fregado el horizonte durante la noche. Ella no se gira cuando él pisa las baldosas del balcón. Simplemente sonríe. Lo ha sentido llegar.

—¿Estás bien? —pregunta Rayco, pasándole los brazos por detrás y rodeándole la cintura.

Ella asiente. Le coge la mano sin mirarlo. Tiene los dedos calientes por el contacto con la taza.

—Hoy me caso contigo, guapo.

Se gira entre sus brazos. Tiene los ojos brillantes, limpios de fantasmas, y la sonrisa más tranquila que Rayco le ha visto nunca. Su felicidad es casi palpable, como un rayo de sol en el rostro de él, y por un instante Rayco deja que le bañe ese calor.

—Estoy mejor que bien —susurra ella.

Rayco le aprieta la mano. Se quedan ahí, viendo cómo el sol enciende los tejados de Madrid, mientras Faina sigue masacrando a Rosalía en el baño y Hannah ríe al otro lado de la pared con alguien que él todavía no conoce, pero que va a conocer muy pronto, quiera ese alguien o no.

Lleva media vida buscando exactamente esto.

No la boda, ni la firma en el registro, ni el traje azul, ni el banquete, ni los anillos.

Esto.

Una mañana caótica y perfecta en la que todo, por fin, está exactamente en su sitio.

49

Lo primero que piensa Mónica al ver a Mercedes caminando por el pasillo hacia el altar es que no la reconoce.

No es la pánfila cuadriculada de los informes por triplicado ni la mujer asustada que era antes de sobrevivir a un psicópata armado con tijeras podadoras. Esta Mercedes es otra persona. Alguien nuevo a quien ha aprendido a querer mucho.

Lleva un vestido color marfil, sin mangas, que le cae como agua sobre los hombros. Nada de encajes rococós ni colas kilométricas. Es sencillo y limpio, como ella. El pelo recogido en un moño bajo deja al descubierto la línea del cuello y los pómulos angulosos que Mónica, muy en secreto, siempre le ha envidiado.

El sol de la mañana entra sesgado por los ventanales altos de la pequeña ermita de San Antonio de la Florida, dibujando rectángulos dorados y flotantes en el suelo de piedra. Las flores blancas adornan los bancos sin excesos. Huele a incienso viejo y a madera pulida. Es un sitio íntimo y perfecto para una boda que estuvo a un milímetro de no celebrarse.

Aparta la vista de la novia y mira a Rayco.

Está de pie junto al altar. Tiene los ojos encharcados —Mercedes Escribano es la única persona en el planeta Tierra capaz de hacer llorar a Rayco Medina sin dispararle antes— y la mandíbula apretada como cuando lidera un interrogatorio difícil. El traje le queda mejor de lo que Mónica habría apostado, y el peinado hacia atrás delata a

un hombre que se ha mirado al espejo más veces esta mañana que en todo el año.

A la derecha de Mónica, Andrés le roza el dorso de la mano con los nudillos. Él sabe perfectamente que ella detesta las ñoñerías en público y las exhibiciones de afecto de película de Antena 3, así que se limita a eso: un contacto mínimo que lo dice todo sin abrir la boca. Ella se lo agradece entrelazando su meñique con el de él.

Mercedes avanza a paso lento del brazo de su padre, un hombre mayor de hombros anchos y ojos nobles que parece a punto de explotar de orgullo.

Mónica baja la mirada hacia el ramo de la novia. Es discreto, de flores blancas convencionales, atado con un lazo de raso pálido. Pero, justo en el centro, asomando entre los tallos verdes y las rosas blancas, hay una sola flor que destaca. Es pequeña, de un rosa fucsia violento. Tiene la forma inconfundible de dos pétalos curvos que cuelgan como un corazón abierto por la mitad, del que resbala una gota blanca en la punta inferior. Como si estuviera sangrando.

A Mónica se le seca la boca de golpe.

Levanta los ojos hacia Mercedes. Y ella, a dos metros de pasar por su lado, la mira.

Es solo un segundo. Un brevísimo cruce de miradas antes de que la novia vuelva a fijar la vista en Rayco. Pero en ese microsegundo cabe todo: veinte años de silencio, la culpa por Clara Vega y una noche en la que un monstruo casi acaba con todo. Mercedes ha cogido el símbolo de su mayor pesadilla y lo ha convertido en un trofeo de victoria.

Mónica traga saliva y mira hacia otro lado.

En la segunda fila, al otro lado del pasillo, John sostiene a Jamie sobre sus rodillas. El niño juguetea con sus gafas de pasta, abriendo y cerrando las patillas como si fueran unas tijeras. Él lo deja hacer con esa paciencia inagotable y absurda de padre que nunca termina de creerse la suerte que tiene. Cuando Mercedes pasa por su altura, John le hace un gesto discreto a Rayco con el mentón. Rayco le devuelve un asentimiento desde el altar, con los ojos todavía brillando. Al final, la propuesta con la boca pequeña de Rayco de acercarse a tomar una copa tras el convite evolucionó en una

invitación formal a todo el evento. John no tiene por qué estar en esta boda. No es familia ni compañero en el Cuerpo. Es el ex de la testigo; el padre de un niño que nació en otro contexto, en una vida pasada en la que ella era una persona muy distinta. Pero se ha portado muy bien con ellos estas últimas semanas y es lo mínimo que pueden hacer.

En el banco de atrás, Patricia se seca una lágrima de la mejilla con la punta del dedo meñique. Le tiembla un poco la barbilla, pero aprieta los labios y parpadea rápido a modo de limpiaparabrisas, intentando que nadie se dé cuenta. Patricia llora en todas las bodas. Una vez lloró viendo un anuncio de la Lotería de Navidad.

Cuando Mercedes llega al altar, Rayco toma una gran bocanada de aire y sonríe. Está tratando de disimular, pero Mónica lo conoce como a un hermano: ahora mismo, es un manojo de nervios.

El punto álgido de la ceremonia llega cuando Faina aparece por el lateral del altar con el cojín de terciopelo de las alianzas y una expresión en la cara que grita: *«Si alguien me saca una foto haciendo esta estupidez, le hundo el iPhone en la pila bautismal»*. Lleva un vestido color coral —rosa chicle, según la niña— que Mercedes eligió para ella, y unas botas militares que eligió ella misma. Con Faina, las guerras se ganan trinchera a trinchera.

Cuando llega junto a su padre, le entrega las alianzas y se inclina hacia su oreja. Le susurra algo por lo bajo. Rayco suelta una carcajada breve, nasal, de padre orgulloso. Mercedes también se ríe, aunque es imposible que haya oído lo que la niña acaba de decir.

Los votos son breves; ni Rayco ni Mercedes son de discursos largos. Se miran a los ojos, se dicen las cuatro verdades que tienen que decir para saber que se van a cubrir la espalda el resto de su vida, y proceden a colocarse los anillos. A Rayco le tiemblan las manos al sujetar el oro. A Mercedes, que hace dieciocho días casi muere asfixiada por un sedante, no le tiembla ni un músculo.

Cuando él termina de deslizar la alianza en el dedo de su mujer, levanta la cabeza y su mirada choca directamente con la de Mónica en la primera fila. Él le guiña un ojo, con las pestañas todavía húmedas. Ella niega despacio con la cabeza, aprieta los labios en una línea fina y le señala disimuladamente con el dedo índice.

«Ni se te ocurra hacerme llorar, imbécil».

Rayco le sonríe. Llevan años hablando así: en una frecuencia que no usa palabras.

El beso que sella la boda es corto y firme. Los aplausos estallan, rebotando contra los muros de piedra de la ermita. Ajeno al protocolo eclesiástico, Jamie grita un entusiasta *«¡Bien!»* desde los brazos de John. Patricia se rinde definitivamente y llora a moco tendido, con el rímel aguantando la embestida por puro milagro.

Andrés le coge la mano entera a Mónica y ella aprieta con fuerza, sintiendo que no tiene ganas de soltarse nunca más.

Mercedes no recuerda en qué momento exacto dejó de sentir los dedos de los pies.

Calcula que debió ser en algún momento entre el postre y el quinto brindis, justo cuando el primo canario de Rayco —un armario empotrado llamado Yeray, que lleva la camisa desabrochada hasta el esternón y el acento isleño por bandera— le explicó a Patricia que en Gran Canaria las bodas duran tres días y que esta estaba siendo «tirando a flojita». Patricia le contestó algo al oído que Mercedes no alcanzó a oír, pero que hizo que el gigante soltase una carcajada tan bestia que silenció a la mesa de al lado.

Llevan hablando sin parar desde entonces. A Mercedes le fascina la velocidad depredadora con la que su amiga ha localizado al soltero más grande de la sala, en todos los sentidos de la palabra. Aunque Mónica ya se lo advirtió: Patricia tiene un radar militar para los tipos que marcan bíceps y saben hacer reír.

La sala del banquete es un antiguo patio acristalado en un caserón de las afueras de Madrid. Hay hiedra trepando por la piedra desnuda, farolillos de papel flotando bajo el techo de cristal y mesas redondas con manteles blancos y centros de flores. Desde su sitio, Mercedes repasa a los invitados como si estuviera haciendo un inventario de una escena del crimen. Deformación profesional.

En la mesa del fondo está la vieja guardia: Fernando Vara poniéndose al día con Yago Flores y Paco Cereceda. Yago, el antiguo inspector jefe, tiene el pelo más blanco y los ojos más hundidos

después del coma, pero está ahí, levantando una copa de agua mineral con la sonrisa lenta del hombre que ha vuelto del otro lado. A su lado, Paco, el viejo mentor de Mónica hasta que se retiró. El hombre al que Rayco sustituyó.

Goyo Velasco está a dos sillas de distancia. El forense lleva un traje gris y una corbata negra estampada con calaveras minúsculas. Cuando, a la salida de la ermita, alguien le ha preguntado por el dudoso gusto de la prenda, Goyo ha respondido sin inmutarse: *«Es mi corbata de las ocasiones felices. Tengo otra para los días tristes, pero esa lleva las tibias cruzadas»*.

Pablo Gil, el genio informático de Jefatura, engulle profiteroles a su izquierda. Ha venido con su novia, una chica vietnamita que no habla una palabra de español y que parece tan desubicada como un vegano en un matadero.

Mercedes sonríe encantada mientras sigue escaneando la sala. Al fondo, Loli, la administrativa de Jefatura, cotillea con la mujer de Goyo sobre el vestido de Patricia. Mercedes no alcanza a oír lo que dicen, pero Loli gesticula tanto que casi le tira la copa al camarero que pasa por detrás.

Rayco le da un toque con el codo y le señala una mesa apartada con la barbilla. Andrés y John están sentados codo con codo, cada uno con su copa. El novio actual y el ex, charlando como dos veteranos de guerra.

Mercedes localiza a Mónica tres mesas más allá. Está fingiendo que escucha a Patricia, pero tiene el cuello girado noventa grados hacia los hombres, como un búho detectando una presa en la oscuridad. Patricia le dice algo y ella asiente diciendo «sí, sí», sin tener la más mínima idea de lo que le están contando.

Mercedes no puede evitar la carcajada interna. Mónica Lago, la inspectora letal que ha mirado a los ojos a criminales sin parpadear, es incapaz de procesar que su novio y el padre de su hijo compartan una cerveza.

Como si el universo le exigiera intervenir, Mónica se levanta de su silla. Se ha cambiado los tacones por unas zapatillas planas entre el primer y el segundo plato, porque hay batallas que simplemente se niega a librar. Se alisa la blusa y marcha hacia la mesa de los

hombres. Coge un profiterol y se lo lleva a la boca, fingiendo una casualidad insultante.

—¿Todo en orden por aquí? —pregunta, con esa voz de «no estoy controlando nada, solo pasaba por aquí».

Andrés le guiña un ojo.

—Perfecto, cariño. John me estaba contando los detalles de vuestra huida por el centro de Londres en un coche eléctrico de alquiler. No sabía que estaba saliendo con la hermana de Jason Bourne.

Mónica fulmina a John con la mirada. Este se encoge de hombros y le dedica esa sonrisa tímida y torcida por la que, esa misma noche, durante la huida por Londres, ella cayó prendada de él.

—Fue una situación de emergencia —se defiende ella, tiesa como un palo.

—Contigo siempre es una emergencia, Moni —brinda John, levantando su cerveza.

Los dos hombres se echan a reír. Están chisposos, a medio camino de la borrachera alegre.

—Cuidadito con el alcohol, listillos —sisea Mónica, antes de dar media vuelta y volver a su mesa.

El volumen de la música ambiental baja y la luz de los farolillos se atenúa. La gente se pone en pie y empieza a despejar el centro de la pista, formando un círculo irregular con las copas en alto y las cámaras de los móviles preparadas. Es la llamada a filas.

Rayco tiende la mano a Mercedes.

—Nos toca. ¿Le damos a los fans lo que han pagado por ver?

—Bailas como un caballo percherón, cariño.

—He estado viendo tutoriales en YouTube. Confía.

Mercedes le agarra la mano y se deja arrastrar al centro de la sala.

La música arranca. No es *MMMBop*, por supuesto. Esa canción está desterrada de sus vidas para siempre. En su lugar, suena una balada de rock acústico que eligieron juntos hace una semana, tirados en el sofá de casa mientras revisaban fotos antiguas.

Rayco le pone una mano firme en la cintura y entrelaza la otra con la suya. Baila mal; falla el compás y pisa fuera de tiempo. Pero

la sujeta bien fuerte, como si el mundo fuera a acabarse y él no pensara soltarla bajo ningún concepto.

Mercedes apoya la cabeza en su hombro.

En el borde de la pista, Hannah se seca una lágrima con el dorso de la mano. Lo hace rápido, como si espantara una mosca, pero Mercedes la caza. Un poco más allá, Andrés abraza a Mónica por detrás. Ella apoya la espalda contra el pecho del inspector jefe, dejándose sostener, y se queda mirando a los novios con una expresión que Mercedes no le había visto nunca: paz. Mónica Lago respira paz.

Mercedes se permite cerrar los ojos un segundo, dejándose llevar por el balanceo torpe de Rayco.

Y entonces, Clara aparece.

No es el balcón, ni la flor, ni el invernadero. Esta vez, el recuerdo elige ser amable.

Formentera. Agosto. Tienen veinte años y la piel quemada por el sol. Están tumbadas en una cala diminuta, con los pies metidos en el agua y una botella de tinto barato clavada en la arena, entre las dos. Clara lleva un bañador amarillo desteñido y unas gafas de sol enormes que ha comprado esa misma mañana en el paseo del puerto. Llevan tres días durmiendo en una pensión sin aire acondicionado que huele a lavanda seca y a humedad, pero no les importa.

Clara levanta la botella, bebe un trago largo y se la pasa.

«Cuando me case», dice, mirando el horizonte con los ojos entrecerrados, «quiero que mi boda sea aquí. En una playa. Descalza y con arena en el pelo. Y tú serás mi testigo, Mechi. No acepto excusas.»

«¿Y el novio?», pregunta Mercedes, riéndose.

«El novio ya veremos. ¿Has visto a ese italiano?»

«Lleva diez minutos sin quitarte el ojo de encima.»

«¿De verdad? Pues me parece que hoy vas a dormir sola»

Se ríen las dos. Se ríen tanto que a Clara se le sale el vino por la nariz y Mercedes tiene que secarse los ojos con el dorso de la mano. Las gaviotas levantan el vuelo asustadas.

Mercedes abre los ojos.

La cala ha desaparecido. Queda la pista de baile, los farolillos y el cuello de la camisa de Rayco contra su mejilla. Siente el latido de su corazón contra su pecho. Rítmico, fuerte y vivo.

Clara no llegó a casarse. Ni en una playa ni en ningún otro sitio. Pero hoy está aquí, con ella. Puede sentirlo como se sienten las cosas que no se pueden explicar.

La canción termina y la sala explota.

Aplausos, silbidos y gritos. El DJ sube el volumen de golpe y los primeros bajos de Rasputin de Boney M revientan los altavoces. Es entonces cuando surge el momento de la noche: Paco Cereceda, con sus sesenta y ocho años, dos prótesis de rodilla y nulo sentido del ridículo, irrumpe en el centro de la sala bailando a lo robot. Hace giros mecánicos, brazos rígidos, giros de cabeza con pausa incluida… el número completo.

Fernando saca el móvil y empieza a grabar, riéndose a carcajadas. Goyo abandona su copa, se acerca al círculo y le hace palmas al viejo policía. Faina agita una servilleta de tela en el aire, y medio salón la sigue.

Mercedes no puede parar. Es una carcajada inmensa, liberadora, que nace en lo más hondo de su estómago y le quita años de encima.

Rayco le pasa un brazo por los hombros, atrayéndola hacia él.

—Si yo hago el ridículo de esa manera algún día, prométeme que me pegas un tiro.

—Si tú haces eso algún día —corrige ella, limpiándose una lágrima de risa—, te grabo, lo subo a TikTok y nos forramos.

—Eres malvada.

En la esquina opuesta, Hannah baila con el pequeño Jamie. Bueno, «bailar» es un término generoso. Jamie está de pie sobre los zapatos de Hannah, agarrado a sus manos, y ella lo desliza por el suelo con torpeza. El niño lleva los zapatos de hebilla destrozados por las rozaduras y una sonrisa que le parte la cara en dos. Cada vez que Hannah da una vuelta, el crío suelta un grito de pura histeria infantil.

Mercedes los mira y piensa en Hannah, con sus veintiún años y sus dramas franceses. Piensa en Faina agitando la servilleta. Piensa

en Jamie. Esa es la puñetera verdad: las familias no se construyen con sangre y genética; se construyen a base de decisiones. Rayco la eligió a ella. Ella eligió a Rayco. Todos los que están en esta sala, esta noche, son el resultado de haber apostado por quedarse cuando lo más fácil habría sido salir corriendo.

—¡Que lo tire! —grita una voz desde el fondo—. ¡El ramo! ¡Que lo tire de una vez!

La gente empieza a jalear. Alguien pone el ramo en sus manos —Mercedes no recuerda dónde lo había dejado, pero así funcionan los agujeros negros de las bodas— y ella se gira, dándole la espalda a una turba de mujeres enloquecidas y a unos cuantos hombres curiosos.

—¡Preparaos! —avisa.

Amaga el lanzamiento dos veces. A la tercera, coge impulso y lo tira por encima de su hombro.

El ramo vuela por encima de las cabezas, gira en el aire y aterriza directamente en las manos extendidas de Patricia, que suelta un grito tan agudo que Goyo, a su lado, tiene que taparse un oído. Patricia levanta las flores como si hubiera ganado el oro olímpico, y Yeray, el primo canario, aplaude desde la barra, soltando un silbido ensordecedor.

Mercedes busca a Mónica entre la multitud. La encuentra aferrada al brazo de Andrés, con la copa a medio camino de los labios y una expresión de absoluto terror. Es exactamente la reacción que esperaba.

Patricia, con el ramo en una mano y una copa de champán en la otra, se sube a una silla vacía con una agilidad suicida, dados sus tacones de aguja, y alza la voz por encima de la música.

—¡Vivan los novios!

El salón entero ruge en respuesta. Patricia repite el grito. Y otra vez más. Yeray corre a sujetarle las patas de la silla para que no se mate, y Mónica, desde el fondo, cierra los ojos y niega con la cabeza, pidiéndole paciencia al dios que quiera escucharla.

La fiesta continúa. La gente bebe, salta, se abraza y cuenta anécdotas que ya han repetido mil veces, pero que esta noche suenan como nuevas. Así son las bodas: máquinas del tiempo que convierten a los adultos en versiones más jóvenes de sí mismos durante unas horas.

Mercedes y Rayco permanecen en el centro de la pista. Se mueven despacio, abrazados, rodeados de quienes saltan y cantan a su alrededor, ajenos a los graves que hacen temblar el suelo. Son dos supervivientes aferrados a un salvavidas en medio de un huracán de felicidad.

Rayco se inclina y le susurra algo al oído. Ella se ríe con la boca abierta, apretando los ojos y echando la cabeza hacia atrás mientras le clava los dedos en los hombros. Se ríe como no recuerda haberse reído desde que tenía veinte años y la vida aún era un mapa en blanco.

En una existencia que ha girado y orbitado alrededor de secretos que destruyen el alma, este es el último de todos.

Y esta vez, por fin, no duele.

¿Quieres reservar la próxima novela de Mónica Lago?
HAZ CLIC AQUÍ, o pasa la página...

SERIE
MÓNICA
LAGO

GRACIAS POR LEER “LA FIRMA DE LA MUERTE”

Si has disfrutado de la novela, no olvides dejar tu comentario al final de este ebook o en la página de compra de Amazon. Tu opinión es importante para mí. Te estaré muy agradecido y ayudará a que otros lectores conozcan la historia.

Escribe tu opinión

MÓNICA LAGO #9

No te quedes fuera y consigue con descuento el noveno caso de la inspectora Mónica Lago:



Resérvalo ahora

ENTERRAR EL PASADO (NUEVA SERIE MISTERIO NOIR)

Pero antes…

¡Reserva ya tu próxima aventura! Un thriller psicológico independiente, de capítulos cortos y ritmo alto, que te hará dudar **de todo y de todos**.



Greg Abbot es uno de los cirujanos más reputados de Chicago. Hasta que una celebridad local muere en su mesa de operaciones y el mundo decide que es culpa suya.

Absuelto por los tribunales pero condenado por la opinión pública, Greg pierde su carrera, su matrimonio y todo lo que creía que lo definía. Acompañado de su perro Burbon, huye a Shelter Creek, un

pueblo perdido en las montañas de la Columbia Británica, donde nadie conoce su nombre ni lo que dejó atrás. Su única vecina es Carol Tremblay, una mujer hermética y hostil que parece llevar años enfadada con el mundo. Pero, tras un peculiar botín que el perro de Greg trae del bosque, la relación entre Carol y Greg da un giro de ciento ochenta grados.

Lo que Greg desconoce es que Carol también esconde un terrible secreto, y pronto se enfrentará a una pregunta que no quiere hacerse: ¿quién es realmente la mujer de la que se está enamorando?

La respuesta lo llevará al corazón del bosque, al borde de un acantilado y a una verdad que ni la medicina ni la justicia pueden reparar.

En este thriller psicológico dudarás de todo y de todos.

Consíguelo en preventa aquí

LA PRECUELA

La precuela de la inspectora Mónica Lago…

¡GRATIS!

Pincha en el enlace:

DESCARGA TU LIBRO GRATIS

O escanea el código y descárgalo en tu formato favorito.

¡ADVERTENCIA! La precuela de Mónica Lago puede provocar insomnio severo. Se recomienda consumir con moderación.

LA SERIE POLICIACA DE MÓNICA LAGO

0. LA CICATRIZ DE MÓNICA (PRECUELA)



El profesor Álvaro Montiel aparece muerto en el baño del instituto donde imparte clase. Dos puñaladas mortales. Sangre por todas partes...

Y ningún testigo.

Para la inspectora Mónica Lago, este no es un caso cualquiera. Es su antiguo instituto. El lugar al que juró no volver jamás. Pero cuando el deber la obliga a regresar, lo que descubre es mucho más retorcido de lo que esperaba.

La cicatriz de Mónica

---

1. ENTRE BAMBALINAS



Tras celebrar el final de la gira de teatro en la que está trabajando, Javier Conde despierta en el interior de un bodegón subterráneo empapelado con periódicos que llevan su imagen en primera plana. Está encadenado al suelo y tiene varios huesos rotos. Al escarbar entre sus recuerdos, Conde, popular actor de teatro, descubre que el motivo de su secuestro está relacionado con la obra en la que actúa.

Entre bambalinas

---

2. ENTRE LÍNEAS



La inspectora Mónica Lago recibe la extraña llamada de un afamado escritor inglés durante sus vacaciones. Minutos después, los informativos sorprenden con la noticia de que dicho hombre ha sido encontrado muerto en extrañas circunstancias. Intrigada por el suceso, y movida por su anhelo de ayudar a su compañero, el subinspector Rayco Medina, a encontrar a su hija desaparecida, Mónica viaja a Londres.

Entre líneas

---

3. ENTRE VIEJOS DESCONOCIDOS



Echando la vista atrás, todo comenzó el día del atropello. Fue en el verano de 1999 cuando las vidas de Diego y su pandilla comenzaron a desmoronarse. Veintidós años después, Diego lleva una vida tranquila en la villa costera de Getxo, su ciudad natal. Una mañana, recibe dos paquetes anónimos: contienen un reproductor de CD y un compact disc. Entonces se da cuenta de que el pasado está de vuelta. Y quiere cobrar sus deudas.

Entre viejos desconocidos

---

4. SECRETOS ENTRELAZADOS



John Everett, novelista venido a menos, recibe un encargo peculiar: escribir las memorias del magnate discográfico que catapultó la carrera de Sol Monroe, joven cantante superventas que fue encontrada muerta en la bañera de su suite durante su última gira. Para ello deberá viajar a la mansión del multimillonario en la gélida sierra de Gredos, Ávila. Mientras, Mónica, suspendida de empleo y sueldo, espera en Madrid el primer hijo de la pareja sin saber que su destino está ligado al nuevo encargo de John.

Secretos entrelazados

---

5. HERIDAS ABIERTAS



Cuando Yago Flores, el respetado inspector jefe de Homicidios, cae víctima de un enigmático atentado, Mónica se ve atrapada en una red de misterio y suspense psicológico que pone a prueba su tenacidad.

Un cadáver ha emergido en la Casa de Campo, lanzando a Mónica y su compañero Rayco Medina en una carrera contra el tiempo. La identidad de la joven muerta es un enigma; su historia, un laberinto de pistas crípticas y secretos que nadie quiere revelar.

Heridas abiertas

---

6. ASUNTOS PENDIENTES



Después de los eventos ocurridos en *Heridas Abiertas*, Mónica y un herido Rayco enfrentan un nuevo desafío: el asesinato de una ama de casa viuda desconcierta a los investigadores. Sin motivos aparentes, lo que parece un homicidio aislado revela ser parte de una red criminal… o un asunto familiar. Mónica y sus compañeros se verán atrapados en una trama peligrosa y profunda.

¿Podrán Mónica y Rayco desenmascarar al cerebro detrás de este juego macabro? ¿Resolverá Mónica sus sentimientos hacia John, el padre de su hijo, y Andrés, su nuevo jefe?

Asuntos pendientes

---

7. EL PRECIO DEL SILENCIO



Alicia Toscano es la hija adolescente de la que cualquier padre se sentiría orgulloso: responsable, aplicada, querida por todos. Por eso, cuando una mañana su padre descubre que no ha dormido en casa, la alarma se dispara.

Las primeras teorías apuntan a una fuga voluntaria. Pero algo no encaja. Ni para su familia, ni para la policía.

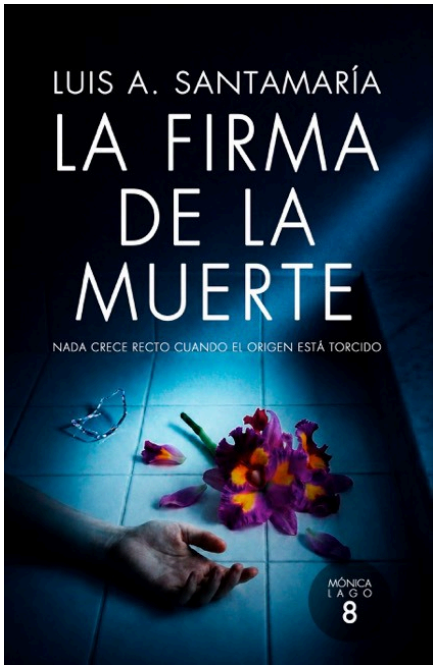
Y cuanto más tiempo pasa, más crecen las sombras.

Los inspectores Mónica Lago, Rayco Medina y Andrés Gordillo tiran del hilo… y se topan con un muro de silencios. Secretos familiares, amistades que esconden más de lo que muestran, y un entorno que parece haberse construido sobre mentiras bien guardadas.

El precio del silencio

---

8. LA FIRMA DE LA MUERTE



Faltan pocos días para que Mercedes y Rayco se den el "sí, quiero". Todo está listo: el lugar, los invitados, las flores. Pero la celebración amenaza con teñirse de oscuridad cuando la inspectora Mónica Lago es convocada a una escena del crimen desconcertante.

Una joven ha sido encontrada muerta en su apartamento. No hay signos de violencia, solo una puesta en escena escalofriante: una canción alegre sonando en bucle y una flor exótica depositada junto al cuerpo.

Mónica y Rayco se enfrentan a su caso más personal en un thriller donde la belleza y la muerte se entrelazan hasta el último baile.

La firma de la muerte

LA TRILOGÍA DE MARGOT LANE (PRECUELA DE MÓNICA LAGO)

1. MARGOT



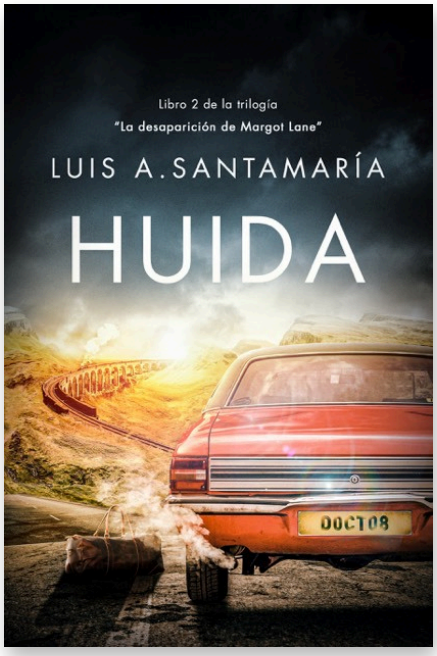
En 1983, Megan Anderson, la hermana de Neil, desapareció sin dejar rastro. Días más tarde, George Anderson, padre de ambos, fue acuchillado a la sombra de un callejón de los barrios bajos de Nueva York mientras buscaba a Megan. Neil siempre ha creído que los dos sucesos estaban relacionados.

Unos meses después, cuando ya es corredor de bolsa en un fondo de inversión de Wall Street, Neil recibe un paquete que lo llevará al borde del precipicio. Es la pista que estaba esperando para intentar atar todos los cabos sueltos del pasado, aunque para ello se verá obligado a ser partícipe de la desaparición de Margot Lane, una niña londinense que guarda un poderoso secreto.

Margot

---

2. HUIDA



Neil Anderson, después de escapar de la mansión de Califa junto con la ayuda de Christian Scott, se embarca en un viaje a Escocia en busca de su hermana desaparecida. Sin embargo, descubre que su situación es mucho más peligrosa de lo que imaginaba.

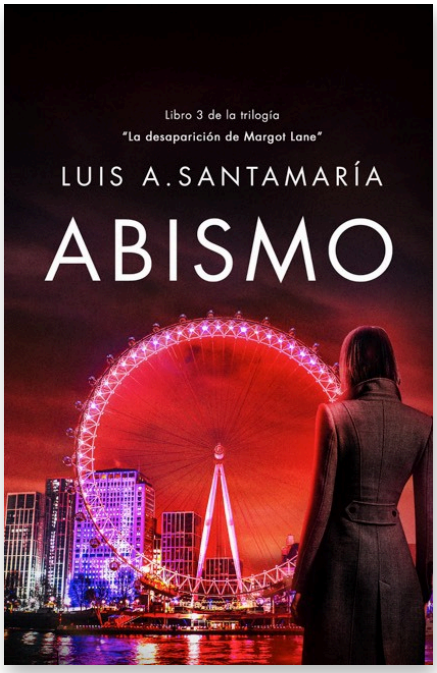
Perseguidos por Venus, la asesina predilecta de Califa, Neil y Christian se convierten en blancos de su implacable caza. A medida que intentan eludirla, también deben evadir a la Scotland Yard, que los considera sospechosos de secuestro y posible asesinato.

Pero hay algo que complica aún más su desesperada huida: en los asientos traseros del vehículo viaja Margot, una adorable niña de cinco años con un misterioso tatuaje en el brazo. Neil desconoce por completo los secretos que oculta el enigmático símbolo grabado en la piel de Margot.

Huida

---

3. ABISMO

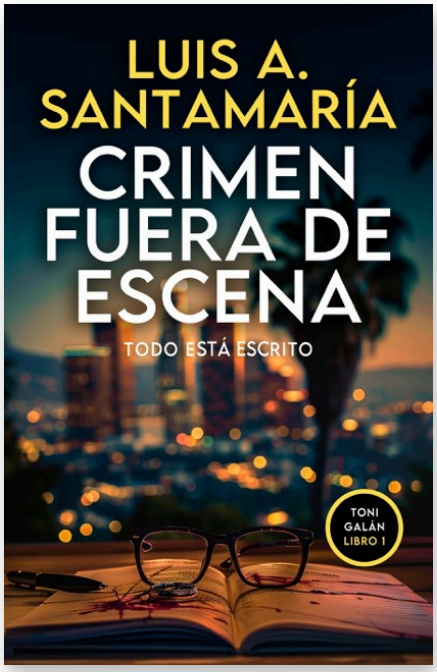


En las sombrías tierras de Escocia e Inglaterra, un oscuro secreto desencadena una implacable cacería. El destino de la joven Margot, atrapada en la telaraña de los asesinos de Califa, pende de un hilo. Determinados a rescatarla, Neil Anderson y Christian Scott emprenden una persecución suicida sin saber que al final del camino les aguarda una verdad inesperada. Un abismo de misterio y engaño se despliega ante ellos, obligándolos a enfrentar no solo a sus enemigos, sino también a sus propios demonios internos.

Abismo

LA SERIE DE MISTERIO DE TONI GALÁN

1. CRIMEN FUERA DE ESCENA



El primer gran logro de Toni Galán en Los Ángeles parece perfecto: es guionista de una exitosa serie de televisión. Pero cuando una mujer aparece muerta, todo cambia. Los detalles del crimen parecen sacados directamente de sus guiones, y Toni se convierte en el principal sospechoso.

Mientras la policía lo vigila de cerca y su carrera pende de un hilo, Toni debe sumergirse en un mundo de mentiras y traiciones que pensaba conocer. Con aliados inesperados y una enfermedad que complica aún más las cosas, deberá encontrar al asesino antes de que sus ficciones se conviertan en su realidad definitiva.

Crimen fuera de escena

---

2. LA ÚLTIMA NOCHE DE ANNE MILLER



Toni Galán solía ser un guionista prometedor en Hollywood. Ahora es un investigador privado en Nueva York, lidiando con los restos de una carrera que dejó atrás y las secuelas físicas de su enfermedad.

La primera gran oportunidad de Toni como investigador le viene de Sarah Campbell, una actriz retirada y socialité de los noventa. Su marido, Joshua Miller, viejo icono del cine de acción, ha desaparecido sin dejar rastro. La oferta es tentadora: discreción, dinero y una promesa de conexiones con la élite de Manhattan. Sin embargo, lo que comienza como un caso más, pronto se transforma en un juego mortal en un mundo sin piedad que Toni no conoce en absoluto.

La última noche de Anne Miller

---

3. JUEGOS PELIGROSOS



Un joven millonario neoyorquino se esfuma tras una noche de fiesta. Sus amigos asumen que está en otro de sus caprichos. Su familia, acostumbrada a sus excesos, no mueve un dedo. Y la policía, con una historia de infidelidad y billetes de avión, archiva el caso sin más.

Solo una persona se niega a aceptar esa versión: su novia, embarazada y convencida de que algo mucho más oscuro se esconde tras esa desaparición.

Contrata a Toni Galán, un investigador privado con olfato para lo turbio y experiencia con los casos que nadie quiere tocar. Lo que empieza como una búsqueda de rutina se convierte en un rompecabezas de secretos, traiciones y pistas cuidadosamente diseñadas para engañar. Cada testimonio contradice al anterior. Cada huella parece estar colocada con intención. Y cada personaje tiene algo que ocultar.

A medida que Toni desentraña la verdad, empieza a sospechar que todo forma parte de un juego mucho más retorcido. Un juego donde el tablero ya está dispuesto… y las piezas se han movido hace tiempo.

Juegos peligrosos

LA TRILOGÍA DE OLI

1. EL SECRETO DE OLI



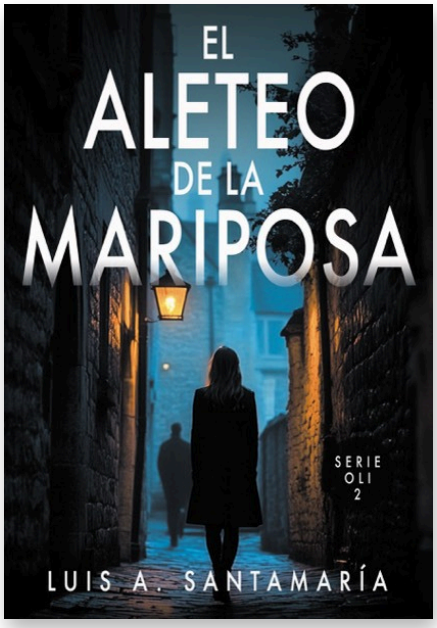
Oli, un entrometido niño de diez años, descubre que una enfermedad letal amenaza la vida de su madre. Inmediatamente construye en su peculiar imaginación un plan para salvar a su familia. Para ello cuenta con la ayuda del 'Yayo', sarcástico cirujano retirado, conocido por los inmorales tratos utilizados con sus discípulos y que tiene buenas razones para no preocuparse por las consecuencias del mañana.

Juntos se adentrarán en los oscuros misterios de la familia y en una trama en la que saldrán a la luz algunos turbulentos sucesos ocurridos en el pueblo pesquero de Ámbar: venganzas, corrupciones, traiciones… y un secreto que cambiará el destino de todos para siempre.

El secreto de Oli

---

2. EL ALETEO DE LA MARIPOSA



Cierto día del verano de 2006, cuando el pequeño Oli se atrevió a husmear en los resultados médicos de sus padres, una mariposa cualquiera apareció de la nada, y, sin ningún motivo aparente, batió sus alas.

Ese otoño, en Oxford, un solitario agente de policía es atracado mientras dormía, la misma noche que se produce un sangriento asesinato en la otra punta de la ciudad.

Ajena a ello, una joven inglesa toca el violín en la calle mientras piensa en un amor imposible del pasado.

En Madrid, un talentoso neurocirujano es acusado del homicidio de su propio paciente, el multimillonario dueño de una famosa empresa.

Aparentemente, ninguna de estas historias está relacionada con los sucesos del pasado 12 de octubre protagonizados por Oli y el Yayo. Aparentemente…

El aleteo de la mariposa

---

3. VEINTE VEINTITRÉS



Algunos de los empresarios más poderosos controlan de forma asfixiante la vida de los ciudadanos. Óliver es una víctima del nuevo sistema: debido a su pasado revolucionario, se le ha prohibido regresar a España desde Berlín. Todo cambia cuando, el día de su veintisiete cumpleaños, recibe de forma anónima la última fotografía de una misteriosa serie de cinco Polaroids. Cuando descubre que las fotografías son enviadas desde Ámbar, Óliver acepta el desafío de burlar la seguridad fronteriza para volver a su hogar y poner fin al gran misterio de su vida.

Veinte veintitrés

OTROS TÍTULOS

ENTERRAR EL PASADO



Greg Abbot es uno de los cirujanos más reputados de Chicago. Hasta que una celebridad local muere en su mesa de operaciones y el mundo decide que es culpa suya.

Absuelto por los tribunales pero condenado por la opinión pública, Greg pierde su carrera, su matrimonio y todo lo que creía que lo definía. Acompañado de su perro Burbon, huye a Shelter Creek, un pueblo perdido en las montañas de la Columbia Británica, donde nadie conoce su nombre ni lo que dejó atrás. Su única vecina es Carol Tremblay, una mujer hermética y hostil que parece llevar años enfadada con el mundo. Pero, tras un peculiar botín que el perro de Greg trae del bosque, la relación entre Carol y Greg da un giro de ciento ochenta grados.

Lo que Greg desconoce es que Carol también esconde un terrible secreto, y pronto se enfrentará a una pregunta que no quiere hacerse: ¿quién es realmente la mujer de la que se está enamorando?

La respuesta lo llevará al corazón del bosque, al borde de un acantilado y a una verdad que ni la medicina ni la justicia pueden reparar.

Enterrar el pasado

NO PUEDES SER TÚ



Hace veinticinco años, Moisés Pascual casi lo perdió todo: su carrera, su matrimonio y su cordura. La operación para desmantelar una red de narcotráfico en Madrid salió mal. Desde entonces, intenta dejar atrás el pasado en Positano, donde disfruta de una jubilación tranquila junto a su esposa, Adelina. A pesar de todo, nunca ha podido olvidar a Gaspard Lefebvre, el capo del narco gallego que le arruinó la vida. Y luego está ella.

De regreso a casa, Moisés ve de reojo a una mujer que le recuerda a alguien… ¿O es ese alguien? Si no lo es, el parecido con la fotografía de cómo sería ahora que guarda celosamente en su ordenador, fuera del alcance de su mujer, es realmente asombroso. Quizá los ojos puedan engañarlo, pero no el pálpito del corazón: ¿Nathalie Lefebvre está viva? Imposible: la asesinaron aquel aciago verano de 1999… O no.

No puedes ser tú

MENSAJES OCULTOS



Carlos es un perdedor. El contenido de su ordenador tiene más importancia que lo que le espera ahí fuera: un trabajo asfixiante y soledad, mucha soledad. Su escaso tiempo libre lo dedica a navegar por internet y fantasear con Nora, una guitarrista adolescente que anhela hacerse un hueco en el mundo de la música. Esta relación virtual es lo único que lo disuade de coger la cuchilla y acabar con todo.

Una noche, Carlos recibe un enigmático mensaje de Nora camuflado en una canción de los años sesenta. Al descubrir que se trata de una petición de socorro, se obsesiona y escudriña cada vídeo de la cantante en busca de otros mensajes ocultos. Es entonces cuando su mundo se resquebraja y los fantasmas de su pasado más oscuro salen a la luz.

Mensajes ocultos

REFLEJOS EN EL ESPEJO



Daniel Santos es un joven que no ve más que la parte negativa de las cosas. Se empeña en rechazar cualquier muestra de apoyo y cariño, ya sea por parte de su familia, de sus amigos, e incluso de Sofía, una bella muchacha que hará cualquier cosa para llamar su atención. Todo cambia cuando un extraño accidente provoca en él una metamorfosis que le hará descubrir los secretos de la felicidad a un alto precio.

Reflejos en el espejo

ACERCA DEL AUTOR



En septiembre de 1985, nací en España. Treinta y seis años después gané el Premio Literario Amazon Storyteller con la novela *Entre líneas*. Desconozco si llegarán más premios, pero no me importa demasiado mientras me lo pase en grande poniendo en apuros a mis protagonistas desde mi escritorio con vistas a la sierra de Madrid. Siempre que nuevas ideas sigan haciendo cola en mi cabeza clamando por salir, seguiré haciendo lo que más me apasiona.

Vivo con Silvia, mi mujer, la verdadera artífice de las mejores ideas pero demasiado humilde para admitirlo públicamente, y Yoda, mi perezoso perro mestizo que se asegura de que su dueño no procrastine.

En 2025 me estrené en el mudo editorial con la novela *No puedes ser tú*, publicada por Planeta Espasa.

www.luisalbertosantamaria.com

Sígueme en redes sociales:

